

ASTRID LINDGREN

Pippi Calzaslargas

Todas las historias



Pippilotta Delicatessa Windowshade Mackrelmint nació, con nueve años, en 1945. Huérfana de madre e hija del capitán de barco Efraín Calzaslargas, que fue el rey de los mares y hoy es el rey de los caníbales, Pippi es su hipocorístico. Pippilotta, según el rey, era un nombre demasiado largo.

Si hubiera crecido, la habrían tachado de disfuncional, pero eso la trae sin cuidado. Por ahora, podemos llamarla anarcoinfantil.

Y es que mientras que su padre recorre mundo, ella vive sola, o, más exactamente, vive con un caballo, un mono y ningún adulto a la vista, cosa que le otorga muchísima libertad. Ni siquiera tiene que ir al colegio, aunque alguna vez se persone por allí. Imaginativa (que nunca demasiado mentirosa), valiente (que no lianta, incivil o temeraria), incorruptible y leal, pero no siempre ecuánime, por fortuna Pippi es más fuerte que cualquier policía o bandido del mundo. Y, aunque tiene una pistola y una espada, suele administrar justicia con las manos. Porque siempre hay gente mala rondando por ahí, pero Pippi, a sus nueve años, va sobreviviéndolos a todos.



Astrid Lindgren

Pippi Calzaslargas

Todas las historias

ePub r1.2

Hechadelluvia 16.09.14

Título original: *Pippi Langstrump*

Astrid Lindgren, 1945

Traducción: Blanca Ríos y Eulalia Boada

Ilustraciones: Richard Kennedy

Editor digital: Hechadelluvia

ePub base r1.1





... nuestra primera mirada, nuestra primera caricia, nuestro primer abrazo,
nuestro primer día de colegio, nuestro primer profesor,
nuestro primer amigo, nuestro primer amor, nuestro primer beso,
nuestro primer día de trabajo, nuestra primera vez,
nuestro primer hijo, nuestro primer libro...

gracias a todos por haber creado este sitio especial

gracias a todos por hacernos más libres

gracias a todos por este primer año de EPL

EDICIÓN CONMEMORATIVA

WWW.EPUBLIBRE.ORG

Introducción

Esta edición contiene tres tomos de las historias de Pippi: *Pippi Calzaslargas* (*Pippi Langstrump*, 1945); *Pippi se embarca* (*Pippi Langstrump gaa om bord*, 1955) y *Pippi en los mares del sur* (*Pippi Langstrum i Söderhavet*, 1956)



Astrid Anna Emilia Ericsson nació en Vimmerby, Suecia, en 1907. Segunda hija de Samuel August, granjero, y Hanna Jonsson Ericsson, a los catorce años ya estaba colaborando en el periódico local. El embarazo de su primer hijo, Lars, la obliga a abandonar el hogar familiar y mudarse a Estocolmo a los diecinueve años.

En 1931 se casa con Sture Lindgren, de quien toma el apellido con el que iban a conocerla cientos de millones de lectores y televidentes, y en 1934 nace su hija Karin. Es Karin la que le da

el larguísimo nombre al personaje de Pippi, asegurándose así de que su madre tuviera algo que contarle durante muchas noches.

Para el décimo cumpleaños de Karin, en 1944, Astrid recoge todos los relatos que ha elaborado a partir de la pequeña profeminista. Ese mismo año publica su primer libro, *Cartas de Britta Mar*, en una editorial cuya colección infantil también dirigirá durante décadas. Pero las historias de Pippi no empezarán a ver la luz hasta el año siguiente: son muchos los editores y expertos que desaconsejan la publicación de un libro tan irreverente, cuya protagonista encarna la subversión infantil, con lo cual la autora parece refrendar el antiautoritarismo y el desmontaje de los valores de la pedagogía tradicional.

En 1958, sin embargo, la literatura acaba imponiéndose hasta en los reductos más conservadores: Pippi no solo ha hecho reír y pensar a millones de niños y adultos en más de sesenta lenguas, para el horror de los censores de todo el espectro político, sino que Astrid recibe el Premio Hans Christian Andersen. De allí en adelante, sería casi excesivo mencionar todos los reconocimientos que la autora tuvo en vida.

Aunque conoció la instrumentalización de la literatura infantil, no dejó de escribir lo que, según dijo en una ocasión, sencillamente habría entretenido a la niña que había sido y que siguió siendo hasta 2002, cuando murió en su casa, en Estocolmo, mientras dormía.

PIPPI CALZASLARGAS



PIPI LLEGA A VILLA MANGAPORHOMBRO

En los confines de una pequeña ciudad sueca había un viejo jardín abandonado. En el jardín había una vieja casa, y allí vivía Pippi Calzaslargas. Tenía nueve años y vivía completamente sola. No tenía padre ni madre, lo cual era una ventaja, pues así nadie la mandaba a la cama precisamente cuando más estaba divirtiéndose, ni la obligaba a tomar aceite de hígado de bacalao cuando le apetecían caramelos de menta.

Hubo un tiempo en que Pippi tenía un padre al que quería mucho. Naturalmente, también había tenido una madre, pero de esto hacía tanto tiempo que ya no se acordaba.

La madre murió cuando Pippi era aún una niña que se pasaba el día acostada en la cuna y lloraba de tal modo que nadie podía acercarse a ella. Pippi creía que su madre vivía ahora allá arriba en el cielo, y que miraba hacia abajo por un agujero para ver a su hija. Pippi solía saludar con la mano a su madre y decirle:

—No te preocupes por mí, que yo sé cuidarme solita.

Pippi no había olvidado a su padre. Este había sido capitán de barco y había recorrido todos los mares. Pippi había navegado con su padre hasta el día en que él se cayó al agua durante una tempestad y desapareció. Pero Pippi estaba completamente segura de que un día volvería, pues no podía creer que se hubiera ahogado. Estaba convencida de que había empezado a nadar y que había conseguido llegar a una isla llena de caníbales, que estos le habían nombrado rey y que se pasaba el día con una corona de oro en la cabeza.

—Mi madre es un ángel y mi padre el rey de los caníbales. Pocos niños tienen padres así —solía decir Pippi con orgullo—. Y cuando mi padre pueda construirse un barco, vendrá por mí, y entonces yo seré la princesa de los caníbales. ¡Qué bien voy a pasarlo!

Hacía muchos años que su padre había comprado la vieja casa del jardín, con la intención de vivir en ella con Pippi cuando fuera viejo y ya no pudiese navegar. Pero tuvo la desgracia de caerse al mar. Y entonces Pippi, que esperaba su regreso, se fue sin pérdida de tiempo a Villa Mangaporhombro, nombre de la casita de campo que, por cierto, estaba arreglada y limpia como si la esperase.

Una hermosa tarde de verano, Pippi se despidió de todos los marineros del barco de su padre. Los marineros adoraban a Pippi, y Pippi quería mucho a los marineros.

—¡Adiós, amigos! —dijo Pippi mientras los iba besando en la frente por riguroso turno—. No os preocupéis por mí, que yo sé cuidarme solita.



Recogió dos cosas del barco: un monito llamado *Señor Nelson*, que le había regalado su padre, y una maleta llena de monedas de oro. Los marineros permanecieron de pie junto a la borda, mirando a Pippi hasta que la perdieron de vista. La niña siguió andando sin mirar atrás ni una sola vez, con el *Señor Nelson* sentado en el hombro y la maleta en la mano.

—¡Qué niña tan extraordinaria! —dijo uno de los marineros, enjugándose una lágrima, cuando Pippi desapareció de su vista.

El marinero tenía razón: Pippi era una niña extraordinaria. Y lo más extraordinario de ella era su fuerza. Era tan fuerte que no había en el mundo ningún policía que fuera tan fuerte como ella. Si quería, podía levantar un caballo. Y quería levantarlo.

Pippi se compró un caballo para ella sola con una de sus monedas de oro, el mismo día de su llegada a Villa Mangaporhombro. Siempre había soñado con tener un caballo de su propiedad, y ya lo tenía. Vivía en el porche, pero cuando a Pippi se le antojaba tomar el té allí, lo levantaba en vilo y lo sacaba al jardín.



Junto a la casa de Pippi había otro jardín y otra casa. Allí vivían un padre, una madre y dos

hijos muy guapos, un niño y una niña. El niño se llamaba Tommy y la niña Annika. Además de guapos, eran buenos, educados y obedientes.

Tommy no se mordía nunca las uñas y siempre hacía lo que su madre le ordenaba. Annika no se enfadaba cuando no podía salirse con la suya, y llevaba siempre vestidos de algodón muy bien planchados que trataba de no ensuciar.

Tommy y Annika lo pasaban muy bien jugando juntos en el jardín, pero más de una vez habían deseado tener un compañero de juegos, y en la época en que Pippi navegaba con su padre, se asomaban a veces a la valla del jardín y se decían el uno al otro:

—¡Lástima que nadie se mude a esta casa! ¡Ojalá vivieran unos padres que tuviesen niños!

Aquella hermosa tarde de verano en que Pippi cruzó por primera vez el umbral de Villa Mangaporhombro, Tommy y Annika no estaban en casa. Se habían ido a pasar una semana con su abuela. Por eso no se enteraron de que alguien se había instalado en la casa vecina, y el día después de su regreso, se pararon en la puerta del jardín, mirando a la calle, sin saber todavía que tenían muy cerca una compañera de juegos.

Precisamente en el momento en que se preguntaban qué podrían hacer, y si les sucedería algo interesante aquel día o, por el contrario, sería uno de esos días aburridos en que uno no sabe qué hacer, precisamente en ese instante, se abrió la puerta de Villa Mangaporhombro y apareció una niña, la más extraña que Annika y Tommy habían visto en la vida. Era Pippi Calzaslargas, que se disponía a dar su paseo matinal. Su aspecto era el siguiente:

Su cabello tenía exactamente el color de las zanahorias y estaba recogido en dos trenzas que se levantaban en su cabeza, tiasas como palos. La nariz tenía la misma forma que una diminuta patata y estaba sembrada de pecas. Su boca era grande y tenía unos dientes blancos y sanos. Su vestido era verdaderamente singular. Ella misma se lo había confeccionado. Era de un amarillo muy bonito, pero como le había faltado tela, era demasiado corto, y por debajo le asomaban unas calzas azules con puntos blancos. En las piernas, largas y delgadas, llevaba un par de medias no menos largas, una negra y otra de color castaño. Calzaba unos zapatos negros que eran exactamente el doble de grandes que sus pies. Su padre se los había comprado en América del Sur, teniendo en cuenta que los piecitos de la niña pudieran ir creciendo dentro de ellos, y Pippi no quería ponerse otros.

Pero lo que más hizo abrir de par en par los ojos a Tommy y a Annika fue el mono que iba sentado en el hombro de aquella niña desconocida. Era pequeño y tenía un rabo larguísimo. Llevaba unos pantalones azules, una chaqueta amarilla y un sombrero de paja blanco.

Pippi echó a andar calle abajo, con un pie en el arroyo y el otro en el borde de la acera. Tommy y Annika la siguieron con la vista hasta que desapareció. Pronto volvió a aparecer, pero ahora andaba de espaldas: no había querido tomarse la molestia de dar media vuelta al emprender el regreso. Al llegar ante la verja del jardín de Tommy y Annika se detuvo. Los dos hermanos y Pippi se miraron en silencio. Al fin Tommy preguntó:



—¿Por qué andas de espaldas?

—¿Que por qué ando de espaldas? —le repuso Pippi—. Estamos en un país libre, ¿no? ¿No puedo andar como quiera? Y permitidme que os diga que en Egipto todo el mundo anda de espaldas, y a nadie le parece raro.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Tommy—. Porque tú no has estado nunca en Egipto, ¿verdad?

—¿Que si he estado en Egipto? Puedes apostar tus botas a que sí. He recorrido todo el mundo y he visto cosas mucho más extrañas que gente andando de espaldas. No sé qué habríais dicho si me hubieseis visto andar con las manos, que es como anda la gente en Indochina.

—¡Eso no es verdad! —exclamó Tommy.

Pippi se quedó pensativa un momento.

—Tienes razón —dijo tristemente—: he mentido.

—Mentir es feo —dijo Annika, que por fin se atrevió a abrir la boca.

—Sí, mentir es muy feo —admitió Pippi, aún más triste—. Pero a veces lo olvido, ¿sabes? No se puede pedir a una niña que tiene una madre que es un ángel y un padre que es el rey de los caníbales, y que se ha pasado la vida en el mar, que diga siempre la verdad. Y a propósito —añadió con una sonrisa que le cubrió toda la cara pecosa—, puedo aseguraros que en Kenia no hay ni una sola persona que diga la verdad. Allí la gente se pasa el día entero, desde las siete de la mañana hasta que se pone el sol, diciendo embustes. Por eso, si de vez en cuando digo alguna mentira, tendréis que perdonarme: recordad que lo hago porque he vivido mucho tiempo en Kenia... Pero podemos ser amigos, a pesar de todo, ¿verdad?

—¡Claro que sí! —exclamó Tommy, comprendiendo de pronto que aquel día no sería de los aburridos.

—Escuchad, ¿por qué no desayunamos en mi casa? —preguntó Pippi.

—¡Bien pensado! —dijo Tommy—. ¿Por qué no? ¡Hala, vamos!

—Sí, vamos —convino Annika.

—Pero antes permitidme que os presente al *Señor Nelson* —dijo Pippi.

Y el mono se quitó el sombrero y saludó cortésmente.



Cruzaron la verja rota del jardín de Villa Mangaporhombro y subieron hacia la casa por el sendero, entre dos hileras de viejos árboles cubiertos de musgo, árboles excelentes para trepar por ellos. Al llegar al porche vieron el caballo, que estaba comiendo avena en una sopera.

—¿Por qué tienes un caballo en el porche? —preguntó Tommy. Todos los caballos que conocía vivían en una cuadra.

—Bien —dijo Pippi pensativa—, en la cocina estorbaría y la sala no le gusta.

Tommy y Annika acariciaron al caballo y entraron en la casa. En ella había una cocina, una sala y un dormitorio. Pero parecía como si en el fin de semana Pippi hubiera olvidado limpiar.

Tommy y Annika dirigieron una mirada escrutadora alrededor, preguntándose si estaría en

algún rincón el rey de los caníbales. En su vida habían visto un rey de esta clase. Pero no vieron padre alguno, ni tampoco ninguna madre, por lo que Annika preguntó con cierta inquietud:

—¿Vives sola?

—Ya veis que no. El *Señor Nelson* y el caballo viven conmigo.

—Bueno; pero ¿no están aquí tu padre ni tu madre?

—No —contestó Pippi alegremente.

—Entonces, ¿quién te dice que te vayas a la cama y todas esas cosas?

—Pues yo misma —repuso Pippi—. La primera vez me lo digo amablemente; si no me hago caso, lo repito con más severidad, y si continúo sin obedecerme, me doy una buena paliza.

Tommy y Annika no comprendieron del todo este sistema, pero se dijeron que quizá diera resultado. Entretanto, habían llegado a la cocina. Pippi exclamó:

—¡Vamos a freír tortas!

Y sacó tres huevos y los arrojó al aire. Uno de ellos le cayó en la cabeza, se rompió y la yema le resbaló hasta los ojos. Pero los otros dos cayeron y se rompieron donde debían: en una taza.

—Siempre he oído decir que la yema de huevo es buena para el cabello —dijo Pippi limpiándose los ojos—. Veréis lo deprisa que me crece ahora y lo fino que me queda. Por eso en Brasil todo el mundo lleva huevo en la cabeza, y por eso no hay brasileños calvos. Hubo un anciano tan original que se comía los huevos en vez de untárselos en el cabello. Naturalmente, se quedó calvo. Y cuando salía a la calle, la gente se aglomeraba alrededor de él y tenía que acudir la policía.

Mientras hablaba, Pippi iba sacando cuidadosamente los trocitos de cáscara que habían quedado en la taza. Luego descolgó de la pared un cepillo de baño y batió con él los huevos de tal modo que salpicó las paredes. Finalmente echó el resto en una sartén que había en el hornillo. Cuando la torta se doró por un lado, la lanzó al aire, y la torta, dando una voltereta, volvió a caer en la sartén. Cuando estuvo terminada, la arrojó a través de la cocina, y fue a aterrizar en un plato que había sobre la mesa.



—¡Comérosela antes de que se enfríe! —exclamó.

Tommy y Annika se la comieron y la encontraron exquisita. Después, Pippi los invitó a pasar a la sala. En ella no había más que un mueble: una cómoda enorme con infinidad de cajoncitos. Pippi fue abriéndolos uno por uno y enseñó a Tommy y a Annika todos los tesoros que guardaba en ellos. Había allí huevos de pájaros raros, conchas y piedras maravillosas, preciosas cajitas, espejitos de plata y collares de perlas, y otras muchas cosas, todo ello comprado por Pippi y su padre en sus viajes por el mundo. Pippi entregó un regalo a cada uno de sus nuevos camaradas, como recuerdo. A Tommy le dio un cortaplumas con un brillante mango de nácar, y a Annika una cajita con la tapa cubierta de conchas rosas. Dentro de la cajita había una sortija con una piedra verde.

—Si os marcháis ahora a vuestra casa —dijo Pippi—, podréis volver mañana. Si no os fuerais, no podríais volver, y eso sería una pena.

Tommy y Annika lo creyeron así también y decidieron volver a su casa. Pasaron junto al caballo, que se había comido hasta el último grano de avena, y cruzaron la verja del jardín. El *Señor Nelson*, al verlos pasar, se quitó el sombrero.

PIPI ES UNA ENCUENTRACOSAS, Y SE PELEA CON CINCO CHICOS

Annika se despertó aquella mañana más temprano que de costumbre. Saltó de la cama y corrió hacia la de Tommy.

—¡Despierta, Tommy! ¡Despierta! —le gritó tirándole de un brazo—. Vamos a ver a esa niña de zapatos grandes que tiene tanta gracia.

Tommy se despertó inmediatamente.

—Cuando me dormí, sabía que hoy iba a pasar algo divertido, pero no sabía qué.

Los dos pasaron al cuarto de baño, se lavaron y se cepillaron los dientes más deprisa que de costumbre. Se vistieron alegre y rápidamente y, una hora antes de lo que su madre esperaba, bajaron al comedor deslizándose por la baranda de la escalera y aterrizando exactamente ante la mesa del desayuno, donde se sentaron, pidiendo a gritos que les sirvieran el chocolate.

—¿Qué tramáis? —preguntó su madre—. ¿Por qué tenéis tanta prisa?

—Es que vamos a ver a esa niña que acaba de llegar a la casa de al lado —contestó Tommy.

—Quizá pasemos todo el día con ella —dijo Annika.

Aquella mañana, Pippi estaba muy ocupada en la elaboración de pastas de jengibre. Había hecho un enorme montón de masa y la había extendido en el suelo de la cocina.

Y justo en ese momento sonó el timbre.

Pippi corrió a la puerta y abrió. Estaba blanca de arriba abajo como un molinero, y al estrechar las manos a Tommy y a Annika, se vieron envueltos por una nube de harina.

—¡Cuánto os agradezco que hayáis venido a verme! —dijo Pippi sacudiendo su delantal, con lo que levantó una segunda nube de harina.

Tommy y Annika respiraron tanta harina que empezaron a toser.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Tommy.

—Pues verás —repuso Pippi—. Si digo que estoy limpiando la chimenea no me vas a creer, de tan listo que eres. Estoy haciendo pastas. Pero pronto terminaré. Mientras, podéis sentaros en esa caja de madera.

Pippi trabajaba con gran rapidez. Tommy y Annika, sentados en la caja de madera, observaban cómo recortaba la masa, echaba las pastas en las bandejas y luego arrojaba las bandejas al interior del horno. Era como estar en el cine.

—¡Se acabó! —exclamó Pippi cerrando enérgicamente la puerta del horno tras meter la última bandeja.

—¿Qué podríamos hacer ahora? —preguntó Tommy.

—No sé lo que haréis vosotros —dijo Pippi—, pero, en cuanto a mí, no voy a estar holgazaneando. Soy una encuentracosas y, naturalmente, no tengo ni un minuto libre.

—¿Qué has dicho que eres? —preguntó Annika.

—Una encuentracosas.

—Y ¿qué es eso? —preguntó Tommy.

—Pues una persona que encuentra cosas. ¿Qué, si no? —repuso Pippi mientras barría y amontonaba la harina esparcida por el suelo—. El mundo está lleno de cosas, y es realmente necesario que alguien las encuentre. Y eso es lo que hacen los encuentracosas.

—¿Qué clase de cosas? —preguntó Annika.

—Oh, de todo tipo —repuso Pippi—: pepitas de oro, plumas de avestruz, ratones muertos, bombones, tuercas y cosas así.

A Tommy y a Annika les pareció divertido y decidieron ser encuentracosas desde aquel mismo momento, pero Tommy dijo que esperaba encontrar una pepita de oro y no solo una simple tuerca.

—Ya veremos —dijo Pippi—. Siempre se encuentra algo. Pero tendremos que darnos prisa, no sea que se nos adelanten otros encuentracosas y se lleven las pepitas de oro que hay por aquí.

Los tres encuentracosas se pusieron en camino. Les pareció que lo mejor sería empezar a buscar cerca de las casas del vecindario, porque, según dijo Pippi, aunque también en lo más profundo de los bosques se encontraban tuercas, las mejores estaban cerca de los lugares habitados.

—Pero de todos modos —añadió—, también me ha pasado lo contrario. Recuerdo una vez que iba yo buscando cosas por las selvas de Borneo, cuando, en medio de la selva, allí donde jamás había dejado su huella el pie del hombre, ¿qué creéis que encontré? ¡Una hermosa pierna de madera! Luego se la regalé a un anciano que solo tenía una pierna, y me dijo que ni con dinero

habría podido conseguir una pierna de madera tan magnífica.

Tommy y Annika observaban a Pippi para ver cómo operaban los encuentracosas.

Pippi corría de un lado de la calle a otro, con una mano en la frente a modo de visera, y buscaba, buscaba...

De tanto en tanto se arrodillaba, metía la mano entre las tablas de una verja y exclamaba decepcionada:

—¡Qué raro! Estoy segura de haber visto una pepita de oro.

—¿Se puede coger siempre lo que se encuentra? —preguntó Annika.

—Sí, todo lo que está en el suelo —contestó Pippi.

Un poco más lejos vieron un anciano que dormía sobre el césped, ante su casa.

—Eso está en el suelo y nos lo hemos encontrado nosotros. ¡Vamos a cogerlo! —dijo Pippi.

Tommy y Annika se asustaron terriblemente.

—¡No, Pippi, no! No debemos coger a una persona —dijo Tommy—. Además, ¿qué haríamos con él?

—¿Qué haríamos con él? Pues podríamos utilizarlo para muchas cosas. Podríamos meterlo en una jaula para conejos en lugar de un conejo y alimentarlo con hojas de diente de león. Pero si no os parece bien, lo dejaremos. Aunque me daría pena que se lo llevase otro encuentracosas.

Siguieron adelante. De pronto Pippi lanzó un grito.

—¡Mirad! —exclamó cogiendo del suelo una vieja lata oxidada—. ¡Nunca había visto nada semejante! ¡Qué hallazgo! Las latas de hojalata siempre sirven para algo.

Tommy miró la lata con cierta desconfianza y preguntó:

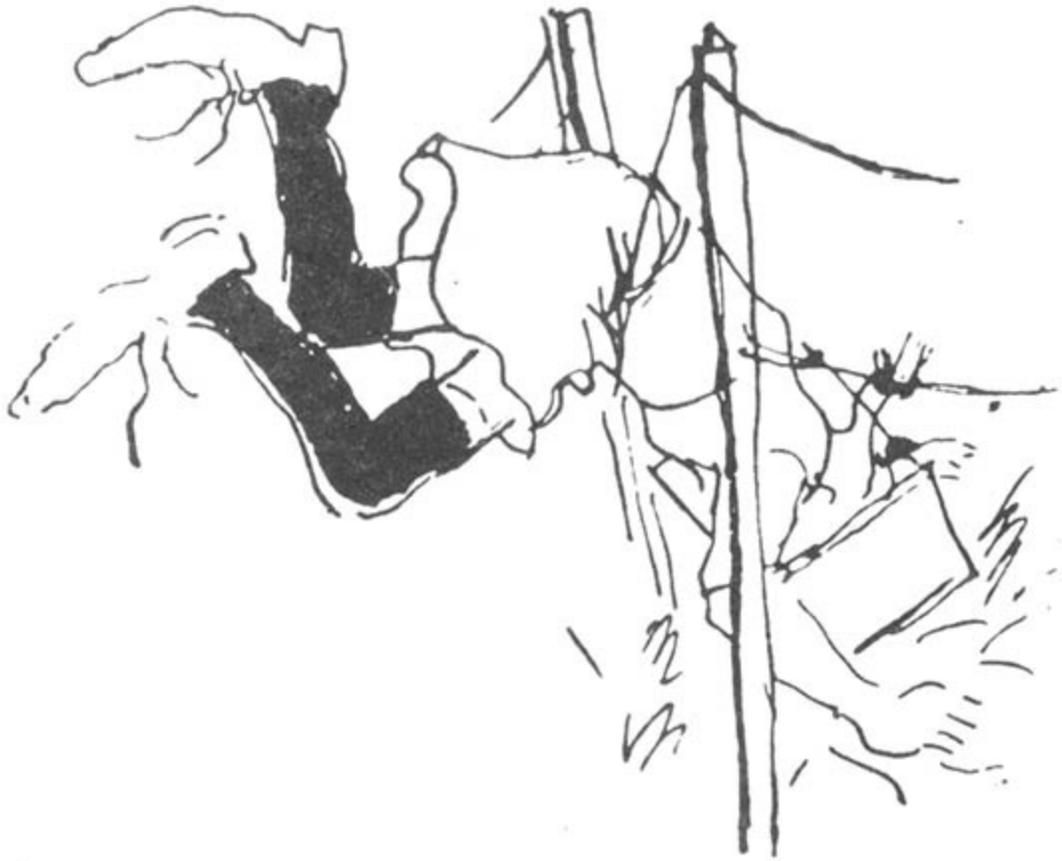
—¿Para qué puede servirnos?

—Para montones de cosas. Por ejemplo, para guardar pasteles. Entonces será una estupenda «lata de pasteles» y si no guardamos pasteles, será una «lata sin pasteles», que ya no nos parecerá tan bonita, pero que tampoco estará mal.

Examinó la lata, que estaba muy oxidada y además tenía un agujero en el fondo.

—Me parece que esa será una «lata sin pasteles», —dijo, pensativa—. Pero también te la puedes poner en la cabeza y jugar a que es de noche.

Y eso fue lo que hizo. Se paseó por el barrio con la lata en la cabeza, de modo que parecía una diminuta torre con el tejado de hojalata, y no se detuvo hasta que tropezó con una alambrada y se cayó de bruces. Cuando la lata golpeó el suelo, armó un terrible estrépito.



—¿Veis? —dijo quitándosela de la cabeza—. Si no la hubiese llevado puesta, me habría golpeado en la cara y se me habría amoratado.

—Sí —replicó Annika—, pero si no hubieses llevado la lata en la cabeza, no habrías tropezado con la alambrada.

Aún no había terminado Annika de hablar, cuando otra exclamación salió de los labios de Pippi, que mostraba con gesto triunfal un carrete de hilo vacío.

—Me parece que hoy es mi día de la suerte —dijo—. Es un carrete estupendo para hacer pompas de jabón o para llevarlo en el cuello, colgando de un hilo. Me voy a casa a probarlo.

En ese momento se abrió la puerta de un jardín y salió un niño corriendo. Parecía asustado y no era de extrañar, pues otros cinco niños lo perseguían de cerca. Pronto le dieron alcance, lo acorralaron contra la alambrada y lo atacaron. Los cinco a la vez empezaron a golpearlo. La víctima lloraba e intentaba protegerse el rostro con los brazos.



—¡A él, compañeros! —gritó el mayor y más fuerte de los muchachos—. ¡Así no osará volver a pisar esta calle!

—¡Mirad! —exclamó Annika—. Le están pegando a Willie. ¿Cómo pueden ser tan malos?

—Es ese bruto de Bengt —dijo Tommy—. Siempre está metido en peleas. ¡Cinco contra uno! ¡Qué cobardes!

Pippi se acercó al grupo y dio un golpecito con el dedo en la espalda de Bengt.

—Oye, tú, ¿queréis hacerle puré, golpeándole los cinco a la vez?

Bengt se volvió y vio a una niña a la que no había visto nunca, una niña absolutamente desconocida que se atrevía a desafiarle. Al principio, de tan sorprendido que estaba, se limitó a mirarla; luego, una expresión de desprecio apareció en su rostro.

—¡Muchachos! —exclamó—. ¡Dejad en paz a Willie y fijaos en esta niña! ¡Seguro que jamás habéis visto nada igual!



Se dio una palmada en la rodilla y se echó a reír. E inmediatamente rodearon a Pippi, todos menos Willie, que, prudentemente y secándose las lágrimas, fue a colocarse al lado de Tommy.

—¿Habéis visto alguna vez unos pelos como estos? ¡Son como una hoguera en llamas! ¡Y qué zapatos! ¿Podrías prestarme uno? Me gustaría ir en barca y no tengo.

Entonces cogió una trenza de Pippi, y la soltó enseguida exclamando:

—¡Huy, cómo quema!

Los cinco chicos que rodeaban a Pippi empezaron a gritar, mientras saltaban a la pata coja:

—¡Cabeza de zanahoria, cabeza de zanahoria!

Pippi permanecía en pie en medio del corro, sonriendo amablemente. Bengt había creído que se enfadaría o que se echaría a llorar. O por lo menos, que se asustaría. Pero como no hizo nada de eso, le dio un empujón.

—No eres muy amable con las damas —le dijo Pippi.



Y lo levantó muy arriba con sus fuertes brazos, lo llevó hasta un abedul cercano y lo dejó colgado en una rama. Después cogió a otro chico del grupo y lo colgó en otra rama; al tercero lo sentó en un alto pilar que había ante la puerta de la casa, y al cuarto lo lanzó por encima de la verja, de modo que vino a caer sentado entre las flores del jardín. Al último lo introdujo en un carrito de juguete que había por allí. Entonces, Pippi, Tommy, Annika y Willie contemplaron a los cinco muchachos, que permanecían mudos de asombro.

Al fin dijo Pippi:

—¡Sois unos cobardes! ¡Cinco contra uno! ¡Cobardes, más que cobardes! Y, no contentos con eso, maltratáis a una pobre niña indefensa. ¡Qué vergüenza! Anda, vámonos a casa —dijo a Tommy y Annika. Y advirtió a Willie—: Si intentan pegarte otra vez, no tienes más que decírmelo.

Luego se encaró con Bengt, que se había sentado en la rama y no se atrevía ni siquiera a moverse.

—Si tienes algo más que decir de mi pelo o de mis zapatos, te agradeceré que lo digas ahora, antes de que me vaya.

Pero Bengt no tenía nada más que decir de los zapatos ni del pelo de Pippi, de modo que esta echó a andar con la caja oxidada en una mano y el carrito vacío en la otra, seguida de Tommy y Annika.



Al llegar al jardín de su casa, Pippi exclamó:

—¡Qué lástima, chicos! Yo he encontrado dos cosas magníficas y vosotros no habéis encontrado absolutamente nada. Tenéis que buscar un poco más. Tommy, ¿por qué no le echas un vistazo a ese viejo árbol? Los árboles viejos suelen ser los mejores sitios para los encuentracosas.

Tommy dijo que no creía que ni él ni Annika pudieran encontrar nunca nada. Sin embargo, para complacer a Pippi, introdujo la mano en una cavidad que había en el tronco.

—¡Oh! —exclamó en el colmo de la sorpresa, al tiempo que sacaba la mano, con la que sujetaba un precioso cuaderno de notas con las tapas de piel y un estuche con una pluma de plata—. ¡Es increíble!

—¿Lo ves? —dijo Pippi—. No hay nada mejor que ser encuentracosas. Lo raro es que sean tan pocos los que se dedican a este trabajo. Abundan los carpinteros, los zapateros, los deshollinadores; pero apenas hay encuentracosas. Por lo visto, es un oficio que no gusta.

Y dijo a Annika:

—¿Por qué no vas a buscar en aquel tronco hueco? Siempre suele haber algo en esos troncos.

Annika introdujo la mano en el tronco, y al punto sacó un collar de coral rojo. Tanto ella como Tommy se quedaron boquiabiertos y decidieron que, a partir de entonces, serían encuentracosas todos los días.

Pippi había estado levantada hasta medianoche, jugando a la pelota, y ahora de pronto sintió sueño.

—Creo que me voy a echar un rato —dijo—. ¿Queréis entrar conmigo para arroparme?

Mientras se quitaba los zapatos, sentada en el borde de la cama, Pippi miró pensativa a sus amigos y dijo:

—Ese tonto de Bengt ha dicho que quería ir a dar una vuelta en barca. —Y, tras lanzar un despectivo bostezo, añadió—: Ya le enseñaré yo a remar, pero otro día.

—Dime, Pippi —dijo Tommy—, ¿por qué llevas esos zapatos tan grandes?

—Pues para poder mover bien los dedos de los pies —respondió, acostándose.

Siempre dormía con los pies sobre la almohada y la cabeza debajo de las sábanas.

—Así es como duermen en Guatemala —aseguró—. Es la mejor postura para dormir. Así puedo mover los dedos de los pies incluso cuando duermo.

De pronto preguntó:

—¿Vosotros podéis dormir sin que os canten una nana? Yo cuando me acuesto tengo que cantarme un poco, si no no puedo pegar ojo.

Tommy y Annika oyeron una especie de zumbido que salía de debajo de las sábanas. Era Pippi que se estaba cantando la nana. Echaron a andar hacia la puerta, de puntillas para no hacer ruido. Al llegar a la puerta, se volvieron y dirigieron una última mirada a la cama. Solo vieron los pies de Pippi sobre la almohada. Allí estaban, moviendo los dedos con energía.

Tommy y Annika corrieron hacia su casa. Annika apretaba el collar de coral con mucha fuerza.

—Sí que es raro —dijo—. Oye, Tommy, ¿no crees que Pippi debe de haber puesto estas cosas donde estaban, para que las encontrásemos?

—¡Quién sabe! Tratándose de Pippi, no puede estar uno seguro de nada.

PIPPI JUEGA AL ESCONDITE CON LA POLICÍA

Pronto todo el pueblo supo que una niña de nueve años vivía sola en Villa Mangaporhombro. Madres y padres movían la cabeza y todos opinaban que aquello no estaba bien. Lo natural era que todos los niños tuviesen a alguien que les dijera lo que tenían que hacer. Además, tenían que ir a la escuela para aprender la tabla de multiplicar. Por eso decidieron que la niña de Villa Mangaporhombro ingresara sin pérdida de tiempo en un hogar infantil.

Una hermosa tarde, Pippi invitó a Tommy y a Annika a tomar un té con pastas de jengibre en su casa. La niña lo dispuso todo sobre los escalones del pórtico. Allí daba el sol de pleno y se estaba muy bien. Las flores del jardín despedían un aroma delicioso. El *Señor Nelson* saltaba del suelo a la balaustrada del soportal y de la balaustrada al suelo, y el caballo alargaba de vez en cuando el cuello para ver si le daban alguna pasta.

—¡Qué bello es vivir! —dijo Pippi estirando las piernas cuanto pudo.

En ese preciso momento, dos policías de uniforme cruzaron la puerta del jardín.

—¡Oh! —exclamó Pippi—. Hoy también voy a estar de suerte. La policía es lo mejor del mundo, aparte de las fresas con crema.

Y se fue al encuentro de la pareja de guardias con el rostro radiante de felicidad.



—¿Eres tú la niña que vive sola en esta casa? —le preguntó uno de los agentes.

—No —contestó Pippi—. Soy una tía suya muy pequeña, y vivo en un tercer piso en el otro extremo de la ciudad.

Dijo esto porque tenía ganas de bromear, pero a los guardias no les hizo gracia la broma. Le dijeron que no se las diera de lista, y le anunciaron que ciertas personas caritativas de la ciudad habían decidido que ingresara en un hogar infantil, y que ya lo tenían todo arreglado.

—¡Pero si yo vivo ya en un hogar infantil! —dijo Pippi.

—¡Ah!, ¿sí? —exclamó uno de los policías—. ¿Qué hogar infantil es ese?

—Este —dijo Pippi con orgullo—. Soy una niña y este es mi hogar. No vive en él ninguna persona mayor; por tanto, esto es un hogar infantil.

—Oye, niña —dijo el policía riendo—, no nos has comprendido. Tendrás que ir a una institución legalmente organizada, donde hay personas que cuidarán de ti.

—¿Se pueden llevar caballos a esa *estación*? —preguntó Pippi.

—¡De ningún modo! —repuso el agente.

—Lo suponía —dijo Pippi, apenada—. Bueno, ¿y monos?

—Tampoco. Estas cosas deberías saberlas.

—Bien —dijo Pippi. Y añadió—: Entonces, tendrán ustedes que buscar en otra parte los chicos para su *estatución*, porque yo no pienso ir.

—Pero oye, ¿no comprendes que tienes que ir al colegio?



—¿Para qué?

—¿Para qué ha de ser? Para que aprendas.

—¿Para que aprenda qué?

—Pues muchas cosas útiles; la tabla de multiplicar, por ejemplo.

—Yo me las he arreglado bastante bien durante nueve años sin esa tabla que usted dice —replicó Pippi—. Por tanto, supongo que podré seguir viviendo sin ella.

—Te equivocas. No puedes imaginarte lo desagradable que te resultaría el día de mañana ser una ignorante. Figúrate, por ejemplo, la vergüenza que pasarías si alguien te preguntara, cuando seas ya mayor, cuál es la capital de Portugal y tú no pudieras responder.

—¡Claro que podría! —replicó Pippi—. Respondería que, si tanto interés tenían en saber cuál era esa capital, escribiesen a Portugal preguntándolo.

—Sí, pero ¿no te parece que te disgustaría no saberlo?

—Quizá —dijo Pippi—. Y creo que incluso me despertaría por las noches y estaría un buen rato pensando: «¿Cuál será esa endiablada capital de Portugal?». Pero no se puede estar siempre de broma. Sepan ustedes que yo he estado en Lisboa con mi padre.

Esto último lo dijo con la cabeza hacia abajo y los pies hacia arriba, pues sabía hablar en esta posición.

Pero entonces uno de los policías dijo a Pippi que estaba muy equivocada si creía que podría hacer siempre lo que se le antojase; que iría al hogar infantil, y enseguida. Se acercó a ella y la cogió de un brazo. Pero Pippi se escabulló y, dándole un golpecito con el dedo, le dijo:

—¡Tú pagas!

Y, en un abrir y cerrar de ojos, empezó a subir por uno de los pilares del pórtico. Unos cuantos

movimientos le bastaron para llegar a la terraza que había sobre los pilares. Los policías, que no estaban dispuestos a gatear, entraron corriendo en la casa y subieron al primer piso. Pero cuando salieron a la terraza, Pippi se hallaba ya a medio camino del tejado. Una vez en él, trepó por las tejas con movimientos parecidos a los de un mono y, en un instante, llegó a la cima del tejado. Entonces, con la mayor facilidad y de un ágil salto, ganó la cúspide de la chimenea. Abajo, en la terraza, los dos policías se tiraban de los pelos, como suele decirse, y más abajo, en el jardín, Annika y Tommy contemplaban con admiración a su amiga.

—¡Qué divertido es jugar al escondite! —exclamó Pippi—. ¡Y cuánto les agradezco que hayan venido! Hoy también es mi día de suerte, no cabe duda.

Los policías, después de permanecer pensativos un instante, fueron en busca de una escalera, la apoyaron en el alero del tejado y subieron, uno detrás del otro, con la intención de bajar a Pippi. Pero, al trepar a lo más alto del tejado y lanzarse en persecución de la niña, empezaron a mostrarse vacilantes y temerosos.

—¡No se asusten! —dijo Pippi—. No hay peligro alguno. Además, es muy divertido.

Cuando estaban ya a dos pasos de Pippi, esta bajó de un salto de la chimenea y, riendo de buena gana, corrió a lo largo del lomo del tejado y bajó por el lado opuesto.

A unos metros de la casa había un árbol.

—¡Voy a zambullirme! —gritó Pippi.

Y saltó a la verde copa del árbol, se asió a una rama, estuvo meciéndose unos instantes y se dejó caer al suelo.



Luego cogió la escalera y corrió con ella al otro lado de la casa.

Los policías se quedaron perplejos al ver saltar a Pippi, y más perplejos aún al advertir el camino que tenían que recorrer por el tejado para llegar a la escalera. Primero se enfurecieron y empezaron a gritarle a Pippi, que los miraba desde abajo, que si no les acercaba la escalera, se

acordaría de ellos.

—¿Por qué están ustedes tan enfadados? —les reprochó Pippi—. Estamos jugando al escondite. Por tanto, todos debemos tratarnos como buenos amigos.



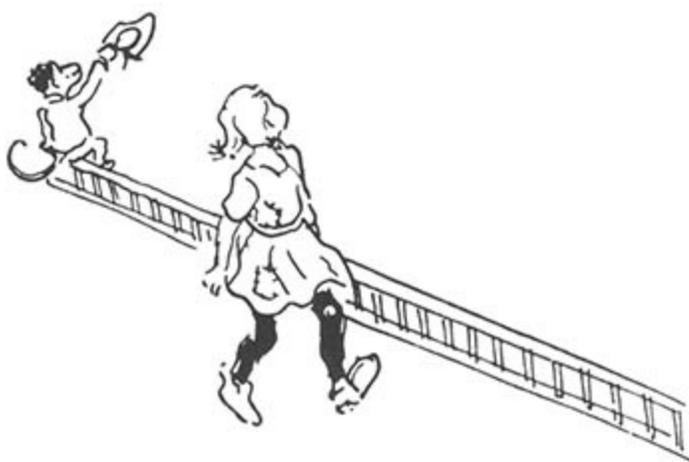
Los policías se quedaron pensativos. Al fin, uno de ellos dijo amablemente:

—Tienes razón, hijita. Anda, tráenos la escalera para que podamos bajar.

—Enseguida la traigo —dijo Pippi. Y, cuando lo hubo hecho, añadió alegremente—: Ahora podemos tomar el té y pasar un ratito agradable todos juntos.

Pero los policías no habían sido sinceros, pues, tan pronto como estuvieron abajo, se arrojaron sobre Pippi, gritando:

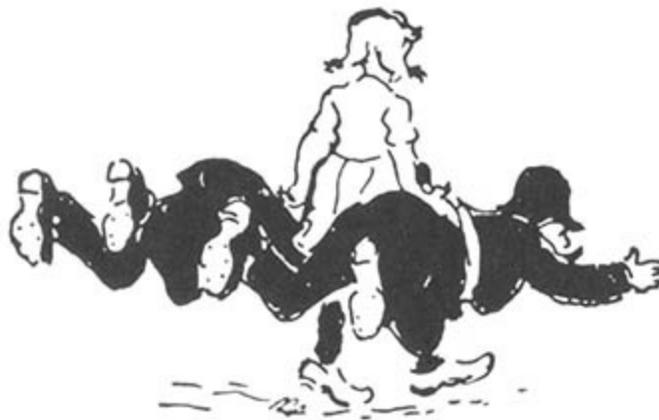
—¡Ahora sabrás lo que es bueno, maleducada!



Pero entonces dijo Pippi:

—No, no puedo perder más tiempo jugando, aunque reconozco que es muy divertido.

Y, cogiéndolos firmemente por los cinturones, los llevó a través del jardín hasta la puerta que daba a la carretera. Una vez allí, los dejó en el suelo, y allí se quedaron un buen rato los dos agentes, paralizados de asombro.



—¡Esperen un momento! —dijo Pippi.

Corrió a la cocina y regresó con dos pastas de jengibre en forma de corazón.

—Tengan. Una para cada uno. No creo que importe gran cosa que estén un poco quemadas.

Entonces fue a reunirse con Tommy y Annika, que presenciaban la escena llenos de admiración.

Y los policías se fueron corriendo a la ciudad, a decir a todas las madres y todos los padres caritativos que Pippi no era una niña para estar en un hogar infantil. De su excursión por el tejado no dijeron nada. Todos estuvieron de acuerdo en que lo mejor sería dejar a Pippi en Villa Mangaporhombro. Y si algún día se le antojaba ir a la escuela, que se las apañara ella misma.

Pippi, Tommy y Annika pasaron una tarde deliciosa. Continuaron la interrumpida merienda, y Pippi se comió cuarenta pastas de jengibre.

—Esos policías no eran de los buenos. Decían demasiadas tonterías: hogares infantiles, Lisboa, tablas de no sé qué —dijo Pippi.

Después sacó en vilo al caballo y los tres montaron en él. Al principio, Annika tenía miedo y no quería montar, pero, al ver lo mucho que se divertían Pippi y Tommy, pidió a su amiga que la levantara y la sentase con ellos.

El caballo recorrió al trote todo el jardín, al que dio varias vueltas, mientras Tommy cantaba: «¡Ya vienen los suecos con gran alboroto!».

Aquella noche, al acostarse Annika y Tommy, este dijo:

—Annika, ¿no estás encantada de que haya venido Pippi?

—¡Claro que lo estoy! —repuso la niña.

—¿A qué jugábamos antes de que viniera ella? No me acuerdo, ¿y tú?

—Jugábamos al croquet y a otras cosas por el estilo —dijo Annika—. Pero nos divertimos muchísimo más ahora, con Pippi, su caballo y su mono.

PIPPY EN EL COLEGIO

Como es natural, Tommy y Annika iban al colegio. Todas las mañanas, a eso de las ocho, salían de su casa, cogidos de la mano, con la cartera debajo del brazo y todavía medio dormidos.

A veces veían a Pippi, que a esas horas estaba dando un paseo a caballo, o poniendo al *Señor Nelson* su diminuto traje, o haciendo sus ejercicios gimnásticos, que consistían en estar unos instantes de pie, muy tiesa, y, a continuación, dar cuarenta y tres saltos mortales seguidos.

Después se sentaba en la mesa de la cocina para saborear un bocadillo de queso y una buena taza de café.





Tommy y Annika, al pasar, de mala gana, camino del colegio, miraban con envidia la casa vecina. Habrían dado cualquier cosa por quedarse a jugar con Pippi. Si ella hubiese ido también al colegio, la cosa habría cambiado mucho.

—Figúrate lo que nos divertiríamos cuando volviéramos del colegio los tres —dijo Tommy.

—Y también a la ida —añadió Annika.

Cuanto más lo pensaban, más lamentaban que Pippi no fuera al colegio. Al fin decidieron intentar convencerla.

—No puedes imaginarte lo simpática que es la profesora —dijo Tommy astutamente, una tarde en que Annika y él habían ido a casa de Pippi después de hacer los deberes.

—Si supieras lo divertido que es el colegio... —añadió Annika, como quien no da importancia a la cosa—. Me volvería loca de pena si no pudiera ir.

Pippi, sentada en una silla, se lavaba los pies en una cubeta. No decía nada; se limitaba a mover velozmente los dedos de los pies, llenando de salpicaduras el suelo.

—Además, no hay que estar allí mucho tiempo —advirtió Tommy—: solo hasta las dos.

—Y tenemos vacaciones en Navidad, vacaciones en Pascua y vacaciones en verano.

Pippi se mordisqueó, pensativa, el dedo gordo de un pie, pero no dijo nada. De pronto, sin pensarlo, vació la cubeta en el suelo de la cocina, y los pantalones del *Señor Nelson*, que estaba a

su lado, bien sentadito y jugando con un espejo, quedaron empapados como una esponja.



—¡No hay derecho! —dijo Pippi con el ceño fruncido y sin advertir la contrariedad que la mojadura había producido al *Señor Nelson*—. Es una verdadera injusticia y no lo consentiré.

—¿Qué es lo que no consentirás? —preguntó Tommy.

—Dentro de cuatro meses será Navidad; vosotros tendréis vacaciones, y yo... —la voz de Pippi estaba impregnada de tristeza—, yo no tendré vacaciones de Navidad, ni nada que se les parezca... ¡Esto no puede ser! Mañana mismo empezaré a ir al colegio.

Annika y Tommy aplaudieron, alborozados.

—¡Viva, viva! Mañana, a las ocho, estaremos aquí delante, esperándote.

—No, no —dijo Pippi—. El primer día no iré tan temprano. Además, me parece que iré a caballo.

Así lo hizo. Exactamente a las diez de la mañana siguiente, sacó en vilo al caballo, que, como siempre, estaba en el porche, y, momentos después, el vecindario se asomaba a las ventanas para

ver qué caballo era el que se había desbocado, es decir, el que ellos creían que se había desbocado.

Pues el caballo de Pippi no se había desbocado. Era solo que Pippi quería llegar cuanto antes al colegio. A galope tendido entró en el patio de la escuela, saltó del caballo, lo ató y, acto seguido, abrió la ventana de la clase, con un crujido tan espantoso que hizo saltar en sus asientos a Tommy, a Annika y a todos los demás alumnos.



—¡Hola! —gritó Pippi saludando con su gran sombrero—. ¿Llego a tiempo para las *pultificaciones*?

Tommy y Annika habían anunciado a la profesora que iba a llegar una nueva alumna llamada Pippi Calzaslargas. La profesora había oído hablar de Pippi a la gente del pueblo, y, como era muy amable y simpática, decidió hacer cuanto fuera necesario para que Pippi se sintiera en el colegio como en su propia casa.

Pippi se dejó caer en el primer asiento que encontró libre, sin que nadie la hubiera invitado a sentarse; pero la profesora no hizo caso de sus toscos modales y le dijo cariñosamente:

—Bienvenida a la escuela, Pippi. Deseo que estés a gusto aquí y que aprendas mucho.

—Estoy segura de que aprenderé. Y supongo que tendré vacaciones por Navidad, pues he venido por eso. ¡La justicia ante todo!

—Si quieres darme tu nombre y tus apellidos, te matricularé —dijo la profesora.

—Me llamo Pippilotta Delicatessa Windowshade Mackrelmint y soy hija del capitán de barco Efraín Calzaslargas, que fue el rey de los mares y hoy es el rey de los caníbales. Pippi es la abreviatura de Pippilotta, nombre que, según mi padre, resultaba demasiado largo.



—Tu padre tenía razón —dijo la profesora—. Bien, pues también nosotros te llamaremos Pippi... Ahora conviene que te haga un pequeño examen para ver qué es lo que sabes. Supongo que sabrás bastante, pues ya eres una niña mayor. Empecemos por la aritmética. ¿Puedes decirme cuántos son siete y cinco?

Pippi se quedó sorprendida y contrariada a la vez. Al fin contestó:

—Si tú no lo sabes, no esperes que te lo diga yo.

Todos los alumnos miraron a Pippi con una expresión de horror. La profesora le dijo que en la escuela no se contestaba así, y que a la profesora no se le hablaba de tú, sino de usted.

—Lo siento mucho —se excusó Pippi— No lo sabía. No lo volveré a hacer.

—Eso espero —dijo la profesora—. Y ahora te diré que siete y cinco son doce.

—¡Ah! —exclamó Pippi—. ¿Conque lo sabías? Entonces, ¿por qué me lo has preguntado? ¡Oh! ¡Qué cabezota soy! ¡Ya he vuelto a tutearla! Perdóneme.

Y Pippi se dio un fuerte pellizco en una oreja.

La profesora decidió no dar ninguna importancia a la cosa.

—Ahora dime: ¿cuántos te parece que son ocho y cuatro?

—Pues... alrededor de sesenta y siete.

—No —rectificó la profesora—; ocho y cuatro son doce.

—¡Eh, eh, buena mujer! ¡Esto ya es demasiado! Usted misma ha dicho hace un momento que doce eran siete y cinco, y no ocho y cuatro. Hay que tener un poco de formalidad, y más aún en una escuela. Si sabes tanto de esas cosas, ¿por qué no te vas a un rincón a contar y nos dejas tranquilos a nosotros, para que podamos jugar al escondite? ¡Oh, perdone! ¡Otra vez la he tuteado!

Pippi estaba sinceramente consternada. Continuó:

Le suplico que me vuelva a perdonar. Ya verá como es la última vez.

La profesora le dijo que la perdonaba; pero juzgó que no era conveniente seguir enseñando aritmética a Pippi y empezó a preguntar a los demás niños.

—Tommy, a ver si contestas a esta pregunta: si Lisa tiene siete manzanas y Axel nueve, ¿cuántas manzanas tendrán entre los dos?

—¡Anda, Tommy, contesta! —intervino Pippi—. Y, al mismo tiempo, responde a esta otra pregunta: si a Lisa le duele el estómago una vez y a Axel le duele varias veces, ¿quién es el culpable y de dónde han cogido las manzanas?

La profesora fingió no haberla oído y se volvió hacia Annika.

—Y ahora, Annika, este problema para ti: Gustavo fue de excursión con todos los alumnos de su colegio; al salir tenía once monedas de diez céntimos, y al regresar, siete. ¿Cuántas monedas había gastado?

—También a mí me gustaría saberlo —dijo Pippi—. Además, quisiera saber por qué era tan despilfarrador, y si se gastó el dinero en cerveza, y si se había lavado las orejas por detrás antes de salir de casa.

La profesora decidió dar por terminada la clase de aritmética. Se dijo que a Pippi quizá le interesaría más aprender a leer. Y sacó un cuadro en el que se veía una islita preciosa, de color verde y rodeada de un mar azul. Suspendida sobre la isla había una «i».

—¡Qué cosa tan rara! —exclamó Pippi—. Esa letra es una rayita sobre la que ha soltado algo una mosca. Me gustaría saber qué tienen que ver las islas con lo que sueltan las moscas.

La profesora sacó otro cuadro que representaba una serpiente enroscada. Explicó a Pippi que la letra que había sobre la serpiente era la «s».

—¡A propósito! —exclamó Pippi—. Nunca podré olvidar una lucha que sostuve con una serpiente gigante en la India. Era lo más horrible que os podáis imaginar. Medía más de doce metros y a mal genio no le ganaba una abeja furiosa. Todos los días se comía cinco indios ya maduros y dos niños de postre. Un día intentó comérseme a mí y se me echó encima. Pero yo le dije: «He aprendido muchas cosas en el mar». Y le di varios golpes en la cabeza... ¡Pam, pam! Ella empezó a silbar: «¡Psiiiiii!».

Yo volví a golpearla: ¡pam, pam! Y se murió... ¿De modo que esa letra es la «s»? ¡Qué interesante!

Pippi hubo de detenerse para tomar aliento. La profesora, que ya empezaba a considerarla como una niña escandalosa y molesta, decidió dedicar un rato al dibujo. Pippi estaría sentada y quieta mientras dibujaba. Creyéndolo así, la profesora repartió hojas de papel y lápices entre los alumnos.

—Podéis dibujar lo que queráis —les dijo.

Y, sentándose a su mesa, empezó a corregir cuadernos. Un momento después levantó la cabeza para echar una ojeada a los alumnos. Todos, desde sus asientos, miraban a Pippi, que estaba echada sobre el pupitre y dibujaba con gran alegría.

—¡Pero, Pippi! —exclamó la profesora, empezando a perder la paciencia—. ¿Por qué no dibujas en el papel?

—Hace tiempo que no dibujo en papeles. No hay espacio para mi caballo en esa mísera hoja. Ahora estoy dibujando las patas delanteras; cuando dibuje la cola seguramente llegaré al pasillo.

La profesora reflexionó un momento, visiblemente preocupada.

—¿Preferiríais cantar? —preguntó.

Todos los niños se pusieron en pie ante sus pupitres; todos menos Pippi, que seguía echada sobre el suyo.

—Ya podéis empezar a cantar —dijo la niña—. Yo voy a descansar un poco. El exceso de estudio puede acabar con la salud de la persona más robusta.

La paciencia de la profesora llegó con esto a su fin, y envió a los niños al patio; a Pippi le dijo

que no saliera, que quería hablar con ella.

Cuando en la sala quedaron únicamente la profesora y Pippi, esta se puso en pie y se acercó a la mesa.

—¿Sabes... —empezó a decir, pero enseguida rectificó—, sabe usted que he pasado un buen rato viendo todo esto? Pero me parece que no volveré, a pesar de las vacaciones de Navidad. Hay demasiadas manzanas, islas, serpientes y todas esas cosas. La cabeza me da vueltas. No está disgustada conmigo, ¿verdad?

Pero la profesora dijo que sí estaba disgustada; que Pippi no quería portarse bien, y que a ninguna niña que se portase tan mal como ella se le permitiría entrar en la escuela, por mucho que lo deseara.

—¿Me he portado mal? —dijo Pippi, extrañada—. Pues no me he dado cuenta —añadió tristemente.

Nadie podía ponerse tan trágico como se ponía Pippi cuando tenía algún pesar. Permaneció en silencio unos instantes y luego dijo con voz trémula:

—Comprenda usted que cuando una tiene por madre un ángel y por padre un rey de caníbales, y se ha pasado la vida navegando, no puede saber cómo debe portarse en el colegio, entre tantas manzanas y serpientes.

La profesora le contestó entonces que lo comprendía muy bien, que ya no estaba disgustada con ella y que quizá le permitiría volver a la escuela cuando fuese mayor. Y Pippi exclamó radiante de alegría:

—¡Es usted la mar de simpática! ¡Mire lo que le traigo!

Pippi sacó del bolsillo una cadena de oro fino y la depositó en la mesa. La profesora dijo que no podía aceptar un regalo tan valioso, pero Pippi la amenazó:

—Tiene usted que aceptarlo. Si no, volveré mañana, y ya verá la que armo.

Dicho esto, salió al patio corriendo y montó de un salto en su caballo.

Los niños formaron corro a su alrededor para verla partir, y empezaron a dar palmaditas al caballo.

—No sabéis lo bien que se está en los colegios argentinos —dijo Pippi con aire de superioridad a los niños que la rodeaban—. Me gustaría que los vierais. Allí empiezan las vacaciones de Pascua tres días después de terminarse las vacaciones de Navidad, y acaban exactamente antes de empezar las vacaciones de verano. Y estas vacaciones terminan el primer día de noviembre. Cierto que esto es un poco fastidioso, pues las vacaciones de Navidad no empiezan hasta el once de noviembre, pero no se pasa del todo mal, porque no hay lecciones. Las lecciones están completamente prohibidas en Argentina. De vez en cuando sucede que algún niño argentino se esconde en un armario y se pone a leer; pero ¡pobre de él si su madre lo descubre! En aquellos colegios no se estudia nada de matemáticas, y si algún niño sabe cuántos son siete y cinco y es tan tonto que se lo dice al profesor, se pasa el día castigado en un rincón. Solo los viernes hay lectura, y eso suponiendo que se encuentre en la clase algún libro, cosa que nunca ocurre.

—Bueno, pero ¿qué se hace, entonces, en los colegios argentinos? —preguntó un niño.

—Pues comer dulces —contestó Pippi sin pestañear—. Hay un tubo muy largo que va directamente a la escuela desde la fábrica de dulces más próxima. Como la fabricación es continua, los niños se pasan el día entero comiendo dulces.

—Y ¿qué es lo que hace el profesor? —preguntó una niña.

—Pues quitar los papeles a los dulces, tonta. ¿Qué creías, que los quitaban los alumnos? Si ni siquiera van al colegio: mandan a sus hermanos.

Y Pippi saludó con su gran sombrero.

—¡Adiós, amigos! Dentro de un instante habré desaparecido. Recordad siempre cuántas manzanas tenía Axel, pues, de lo contrario, acabaréis mal. ¡Ja, ja, ja!

Y, sin cesar de reír estrepitosamente, galopó hacia la puerta, a tal velocidad que las ventanas del colegio se estremecieron y las herraduras del caballo hicieron saltar a su alrededor la grava del jardín.



PIPPI SE SIENTA EN LO ALTO DE UN POSTE Y TREPA A UN ÁRBOL

Pippi, Tommy y Annika estaban reunidos en el jardín de Villa Mangaporhombro. Pippi estaba sentada en uno de los pilares de la verja, Annika en el otro y Tommy sobre la misma verja.

Era un día cálido de fines de agosto. Un peral que crecía junto a la entrada extendía sus ramas a tan escasa altura que los niños podían sentarse en ellas y coger sin el menor esfuerzo las peras de agosto más maduras y sonrosadas. Se comían la pulpa y escupían las pepitas en la carretera.

La casa de Pippi se hallaba exactamente en el límite de la ciudad, allí donde la calle se convertía en carretera. A los habitantes de la pequeña ciudad les gustaba salir de paseo por el camino de Villa Mangaporhombro, pues aquellos lugares eran los más pintorescos.

Estaban los tres amigos comiendo peras, cuando apareció una niña que venía de la ciudad. La niña se detuvo y preguntó:

—¿Habéis visto pasar a mi padre?

—No lo sé —respondió Pippi—. ¿Cómo es tu padre? ¿Tiene los ojos azules?

—Sí.

—¿Lleva sombrero negro y zapatos negros?

—¡Sí, sí! —exclamó la niña alegremente.

—Pues no, no hemos visto a ningún señor así —comentó Pippi.

La niña hizo un gesto de contrariedad y continuó su camino en silencio.

—¡Oye, tú! —le gritó Pippi—. ¿Es calvo?

—No, no es calvo —repuso la niña, enojada.

—Pues es una suerte para él —dijo Pippi, y escupió una pepita.

La niña echó a correr, pero Pippi le preguntó a voz en grito:

—¿Tiene las orejas tan grandes que le llegan a los hombros?

—No —contestó la niña.

Y se volvió con un gesto de asombro.

—Supongo que no habrás visto pasar a un hombre con unas orejas así.

—Nunca he visto pasar a nadie con las orejas. Todos pasan con los pies —repuso Pippi.

—¡Qué tonta eres! Quiero decir que si de veras has visto pasar a un hombre que tiene unas orejas tan grandes.

—No —contestó Pippi— No hay nadie que tenga unas orejas de ese tamaño. Sería un monstruo... No, no puede haber nadie que tenga unas orejas tan enormes... Por lo menos en este país —añadió después de reflexionar un momento—. En China la cosa es diferente. En Shanghai vi un chino cuyas orejas eran tan grandes que las podía utilizar como impermeable. Cuando llovía, no tenía más que envolverse en sus orejas, y así estaba bien protegido y abrigado. Y si el tiempo empeoraba, invitaba a sus amigos y conocidos a que acamparan debajo de él. Y allí se sentaban

todos y cantaban canciones melancólicas, mientras fuera llovía a cántaros. Todos le admiraban por sus orejas. Se llamaba Hai Shang. Deberíais haberle visto cuando, por las mañanas, iba corriendo al trabajo. Siempre salía en el último momento, pues las sábanas se le pegaban, y no podéis imaginaros lo chocante que resultaba verlo venir corriendo desde lejos, con las orejas desplegadas tras él, como dos alas amarillas.

La niña se había detenido y escuchaba a Pippi con la boca abierta; y Tommy y Annika se habían olvidado de las peras, tan atentos estaban al relato de Pippi.

—Tenía más hijos de los que podía contar; el menor se llamaba Peter.

—Un niño chino no puede llamarse Peter —objetó Tommy.

—Eso precisamente le decía su esposa, que un niño chino no podía llamarse Peter. Pero Hai Shang era testarudo como él solo y contestaba que su niño o se llamaría Peter o no se llamaría nada. Después se sentaba en un rincón, enfurruñado, y se cubría la cabeza con las orejas. Naturalmente, la esposa tuvo que ceder y el niño se llamó Peter.

—¿De veras? —preguntó Annika.

—Era el niño más feo de Shanghai, y tan caprichoso para la comida que su madre estaba desesperada. Tal vez sepáis que en China se comen los nidos de pájaros. Bueno, pues allí teníais a la pobre madre, con un plato lleno de nidos de pájaros en la mano, tratando de alimentar a su hijito. «Anda, Peter, hijo mío», le decía, «ahora vamos a comernos un bocado de nido de pájaros por papáito». Pero Peter apretaba los labios y movía la cabeza. Al fin, Hai Shang se enfadó tanto que dijo que no se haría más comida para Peter hasta que se hubiera comido aquel nido de pájaros. Y cuando Hai Shang decía una cosa, se hacía. El nido de pájaros estuvo saliendo y volviendo a salir de la cocina desde mayo hasta octubre. El día 14 de julio la madre preguntó al padre si podía dar a Peter una empanada, y Hai Shang contestó que no.

—¡Qué tozudo! —exclamó desde la carretera la niña desconocida.

—Eso mismo dijo Hai Shang: «Es un tozudo. No hay razón alguna para que un niño no quiera comerse un nido de pájaros». Pero desde mayo hasta octubre, Peter no hizo otra cosa que apretar los labios.

—Bueno, pero ¿cómo podía vivir? —preguntó Tommy, asombrado.

—No pudo vivir —repuso Pippi—. Se murió el día dieciocho de octubre, y el diecinueve lo enterraron. El veinte entró por la ventana una golondrina y puso un huevo en el nido, que estaba sobre la mesa. Por tanto —terminó Pippi alegremente—, el nido se aprovechó.

Luego miró a la niña, que seguía en la carretera, petrificada de asombro.

—¡Qué cara pones! —le dijo Pippi—. ¿Por qué me miras así? ¿Crees acaso que lo que he contado es mentira? Si es así, dímelo —la amenazó, arremangándose.

—¡No, no! ¡De ningún modo! —dijo la niña, atemorizada—. Yo no creo que sea mentira lo que has contado, pero...

—¿De modo que no crees que sea mentira? Pues lo es. He estado diciendo embustes hasta que la lengua se me ha puesto negra. ¿Tú crees que un niño puede vivir sin comer desde mayo hasta octubre? Ya sé que uno puede resistir sin comer tres o cuatro meses, pero ¡desde mayo hasta octubre! ¡Qué disparate! Deberías saber que no es posible. No has de dejar que la gente te haga

creer todo lo que quiera.

La niña continuó su camino y ya no la volvieron a ver.

—¡Qué tontos son algunos! —exclamó Pippi—. ¡Desde mayo hasta octubre! ¡Qué disparate!

Luego dijo a grandes voces a la niña:

—¡No, hoy no hemos visto a ningún calvo, pero ayer pasaron diecisiete cogidos del brazo!

El jardín de Pippi era una verdadera delicia. No estaba muy bien cuidado, por supuesto, pero había en él magníficas alfombras de césped que nunca se cortaba y viejos rosales cargados de rosas blancas, encarnadas, amarillas... No eran muy finas, pero olían deliciosamente. También había bastantes árboles frutales, y —esto era lo mejor— algunos robles y olmos viejos, excelentes para trepar.

En el jardín de Tommy y Annika, por desgracia no se podía trepar a los árboles, pues la madre tenía mucho miedo de que se cayeran y se hiciesen daño. Por eso los dos hermanos habían subido a muy pocos árboles.

—¿Queréis que subamos a aquel roble? —preguntó Pippi de pronto.

Tommy saltó rápidamente al suelo, encantado de la proposición. Annika vaciló un momento, pero, al ver que en el tronco había grandes nudos, creyó también que sería muy divertido intentar la subida.

A pocos metros del suelo, el roble se bifurcaba, y en la bifurcación había como una pequeña meseta. Pronto estuvieron los tres sentados en aquella especie de plataforma. Sobre sus cabezas, el roble extendía su corona de ramas como un gran techo verde.

—Podríamos merendar aquí —dijo Pippi—. Voy en un salto a prepararlo todo.

Annika y Tommy aplaudieron y exclamaron:

—¡Hurra!

Pippi preparó el té en un instante. Precisamente el día anterior había hecho unos bollos. En pie junto al tronco del roble, empezó a lanzar tazas a Tommy y Annika. De vez en cuando era el tronco del roble el que las recibía, y las tazas se hacían añicos; pero Pippi iba corriendo a buscar otras. Luego le llegó el turno a los bollos; durante un buen rato, una verdadera nube de bollos flotó en el aire.

Pero los bollos tenían la ventaja de que no se rompían. Al fin Pippi subió al árbol con la tetera en la mano. Llevaba la leche en una botella, y la botella en el bolsillo; el azúcar, en una cajita.



Annika y Tommy convinieron en que jamás habían tomado un té tan rico. No lo tomaban todos los días, sino solo cuando tenían invitados. Al fin y al cabo, también ahora había invitados, aunque fuesen ellos mismos. A Annika le cayó un poco de té en la falda. Al principio notó algo caliente y húmedo; después, una humedad fría. Pero dijo que la cosa no tenía importancia.

Cuando terminaron de tomar el té, Pippi lanzó las tazas al césped.

—Quiero saber —dijo— la resistencia que tiene la porcelana china que se fabrica hoy.

Aunque parezca mentira, una de las tazas y los tres platos resistieron la prueba. En cuanto a la tetera, solamente se le rompió el pitón.

De pronto, Pippi decidió subir un poco más por uno de los troncos.

—¡Nunca había visto nada semejante! —exclamó, después de gatear un poco—. Este árbol está hueco.

Había visto en el tronco un gran agujero que hasta entonces había quedado oculto por el ramaje a los ojos de los niños.

—¿Puedo subir y mirar yo también? —preguntó Tommy.

Pero no obtuvo contestación.

—¡Pippi! —la llamó, inquieto—. ¿Dónde estás?

Entonces se oyó la voz de Pippi, pero no encima de ellos, sino debajo. Sonaba como si llegase desde el fondo de la tierra.

—¡Estoy dentro del árbol! ¡Está hueco desde el boquete de arriba hasta el suelo! Por una grieta estoy viendo la tetera sobre el césped.

—Pero ¿cómo te las arreglarás para subir? —exclamó Annika.

—No podré subir de ningún modo —repuso Pippi— Tendré que estar aquí hasta que me jubilen. Y vosotros tendréis que echarme comida por el agujero cinco o seis veces al día.

Annika se echó a llorar.

—Pero ¿por qué lloras? —preguntó Pippi—. En vez de llorar, bajad los dos a hacerme compañía. Podemos jugar a presos que languidecen en la cárcel.

—¡Eso sí que no! —exclamó Annika.

Y, para estar más segura de que no lo haría, bajó del árbol.

—Annika, te estoy viendo por la grieta —dijo Pippi—. ¡Ten cuidado, no vayas a pisar la tetera! Es monísima y nunca ha hecho daño a nadie. Si ha perdido el pitón, la culpa no es suya.



Annika se acercó al árbol y vio asomar por la grieta la punta del dedo índice de Pippi. Esto la consoló un poco, pero siguió preocupada.

—Pippi, ¿puedes ponerte derecha? —preguntó Annika.

El dedo de Pippi desapareció y, en un abrir y cerrar de ojos, la niña dejó ver su cara en el agujero por el que había penetrado.

—Tal vez pueda —respondió con una sonrisita, mientras apartaba hojas con las manos.

—Ya que es fácil salir —dijo Tommy, que estaba todavía en la bifurcación del tronco—, yo quiero entrar y hacer un poco el vago.

—Bien —dijo Pippi—; pero creo que sería conveniente ir por una escalera.

Salió por el agujero y se deslizó hasta el suelo. Luego corrió en busca de la escalera, subió con ella al árbol, aunque no le fue fácil, y la introdujo por el gran boquete.

Tommy estaba impaciente y emocionado. Llegar al agujero no era cosa fácil, porque estaba muy alto, pero Tommy era un chico valiente: no le daba miedo trepar e introducirse en el oscuro interior del tronco.

Annika lo vio desaparecer y se preguntó si reaparecería. Intentó mirar por la grieta.

—Annika —oyó que le decía Tommy—, no puedes imaginarte lo maravilloso que es esto. Créeme y entra tú también. No hay ningún peligro, teniendo la escalera para subir. Si entras, tu único deseo será volver a entrar.

—¿Estás seguro?

—Completamente seguro —respondió Tommy.

Annika volvió a trepar por el tronco. Las piernas le temblaban. Pippi la ayudó en la parte más difícil. Se estremeció ligeramente cuando vio lo oscuro que estaba el interior del tronco; pero Pippi la cogió de la mano y le dio ánimos.

—No tengas miedo, Annika —le dijo Tommy desde las profundidades del tronco—. Ya veo tus piernas y estoy seguro de que podré cogerte si caes.

Annika no se cayó; llegó sana y salva hasta donde estaba Tommy. Un momento después llegó Pippi.

—¡Esto es estupendo! —exclamó Tommy.

Y Annika tuvo que admitir que Tommy tenía razón. La oscuridad no era tan profunda como había creído, ni mucho menos, pues la luz entraba por la grieta. Annika se acercó a la hendidura para comprobar que también ella podía ver la tetera que estaba en el césped.

—Este será nuestro escondite —dijo Tommy—. Nadie podrá imaginarse que estamos aquí dentro. Y si se acercan para buscarnos, podremos verlos por la grieta. ¡Lo que nos vamos a reír!

—Y podremos introducir un palito por la rendija para tocarlos —dijo Pippi—. Así creerán que hay fantasmas.

Ante esta perspectiva se sintieron tan felices que los tres se abrazaron. Pero pronto oyeron el batintín que llamaba a Tommy y a Annika a comer.

—Es una lástima que nos tengamos que ir a casa ahora —dijo Tommy—. Pero volveremos mañana tan pronto como regresemos del colegio.

—Os esperaré —dijo Pippi.

Entonces subieron por la escalera, primero Pippi, después Annika y finalmente Tommy. Y luego bajaron del árbol, primero Pippi, después Annika y finalmente Tommy.

PIPPI PREPARA UNA EXCURSIÓN



—Hoy no tenemos que ir al colegio —dijo Tommy a Pippi—. Lo han cerrado para hacer una buena limpieza.

—¡Vaya! Injusticia tras injusticia. Yo no tengo ningún día libre, aunque lo necesito urgentemente. ¡Fijaos cómo está el suelo de esta cocina! Pero, ahora que lo pienso, podría limpiarlo aunque no sea mi día libre. Por tanto, me quedaré y lo limpiaré. ¿No os parece? Si os sentáis en la mesa de la cocina, no me estorbaréis.

Tommy y Annika, obedientes, se sentaron en la mesa. El *Señor Nelson* subió a ella también, para echarse a dormir en el regazo de Annika.

Pippi calentó agua en una cacerola y la derramó resueltamente por el suelo de la cocina. Luego se quitó los grandes zapatos y los depositó con todo cuidado en el estante del pan. A continuación se ató dos cepillos a los pies desnudos y empezó a patinar; daba la impresión de que estaba arando el suelo de la cocina.



—Yo podría ser la reina del patín —dijo levantando de tal modo la pierna izquierda que el cepillo de este pie tropezó con la lámpara que pendía del techo—. Gracia y agilidad no me faltan —añadió saltando por encima de una silla—. Bueno, me parece que esto está ya limpio.

Y se quitó los cepillos.

—El suelo está chorreando. ¿Por qué no lo secas? —le preguntó Annika.

—Ya se secará solo. No creo que se constipe.

Tommy y Annika bajaron de la mesa y cruzaron la cocina con el mayor cuidado, a fin de mojarse los pies lo menos posible.

Fuera brillaba el sol en un cielo intensamente azul. Era uno de esos días dorados de septiembre en que resulta maravilloso andar por los bosques. Pippi tuvo una idea.

—¿Y si cogiéramos al *Señor Nelson* y nos fuésemos de excursión?

—¡Magnífico! —exclamaron, llenos de júbilo, Tommy y Annika.

—Pues id a avisar a vuestra madre mientras yo preparo la comida.

A Tommy y a Annika el plan les pareció de perlas. Corrieron a su casa y enseguida estuvieron de vuelta. Pippi los esperaba ya a la puerta con el *Señor Nelson* al hombro, un bastón en una mano y una vieja cesta en la otra.

Los niños anduvieron un trecho por la carretera y luego tomaron un sendero que atravesaba un campo poblado de abedules y avellanos. Anda que andarás, llegaron a una valla tras la que se extendía un paraje de cautivadora belleza. Junto a la valla, cortándoles el paso, había una vaca que no parecía tener intención de moverse. Annika le dijo algo, y Tommy se acercó a ella valientemente e intentó espantarla, pero el animal no hizo el menor movimiento, sino que se quedó mirando a los niños fijamente, con ojos bovinos. Para terminar de una vez, Pippi dejó la cesta en el suelo, se acercó a la res, la levantó en vilo y la apartó. La pobre vaca se fue, avergonzada, caminando pesadamente entre los árboles.

—Las vacas son tan testarudas como los cerdos —dijo Pippi, al mismo tiempo que saltaba la valla con los pies juntos—. ¿Y cuál es el resultado? Que los cerdos son tan testarudos como las vacas. Solo de pensarlo dan ganas de llorar.

—¡Qué campo tan precioso! —exclamó Annika entusiasmada mientras saltaba de piedra en piedra.

Tommy sacó su cortaplumas —el regalo de Pippi— y, con dos ramas, empezó a hacer dos bastones, uno para Annika y otro para él. Se hizo algunos cortes, pero no les dio importancia.

—Podríamos coger setas —dijo Pippi, mientras arrancaba a pedazos una preciosa, de color rojo—. No sé si estas se podrán comer —añadió—; pero sí sé que no se pueden beber. Por tanto, no hay más solución que comérselas. A lo mejor son buenas.

Se comió un buen trozo.

—¡Es buena! —exclamó alegremente—. Deberíamos guisarlas alguna vez —añadió, arrojando el resto de la seta por encima de los árboles.

—¿Qué llevas en la cesta, Pippi? —preguntó Annika—. ¿Algo bueno?

—No te lo daría por todo el té de China —contestó Pippi—. Primero buscaremos un sitio donde poner las cosas.

Empezaron a buscar un sitio alegremente. Annika descubrió una piedra plana y espaciosa, que le pareció bien. Pero estaba infestada de hormigas rojas.

—No quiero sentarme con ellas —dijo Pippi— porque no las conozco.

—Además, muerden —agregó Tommy.

—Pues si te muerden —dijo Pippi—, muérdelas tú.

Tommy divisó entonces un pequeño claro entre dos avellanos y juzgó que aquel era el mejor sitio para sentarse.

—Allí no hay bastante sol para que me salgan pecas —dijo Pippi—, y a mí me gusta tener pecas.

Un poco más lejos había un pequeño risco por el que se podía trepar fácilmente. En la parte superior del peñasco había un saliente soleado que parecía un balcón. Allí se sentaron los tres.

—Y ahora cerrad los ojos mientras yo saco las cosas —dijo Pippi.

Annika y Tommy cerraron los ojos y oyeron abrir la cesta y crujir papeles.

—Uno, dos, diecinueve... ¡Ya podéis mirar! —exclamó, al fin, Pippi.



Así lo hicieron, y su alegría no tuvo límites al ver las cosas exquisitas que Pippi había colocado sobre la roca desnuda. Vieron succulentos bocadillos de carne y jamón, una larga hilera de pastelillos espolvoreados con azúcar, salchichas y tres budines de piña. Pippi había aprendido todos los secretos de la buena cocina en el barco que capitaneaba su padre.

—¡Cómo me gustan los días de asueto! —exclamó Tommy con un pastelillo dentro de la boca—. Todos los días deberían ser de asueto.

—Pues a mí no me gustaría —dijo Pippi—. ¿Sabes por qué? Porque no me hace ninguna gracia limpiar la casa. Es divertido limpiar, desde luego, pero no todos los días.

Al fin, los tres quedaron tan repletos que casi no podían moverse, y estuvieron un rato sentados bajo la caricia del sol.

—No sé si será difícil volar —dijo Pippi mirando, soñadora, por el borde del saliente.

Estaban a bastante altura del suelo, y el risco, por aquel lado, era tan vertical como una muralla.

—Podríamos aprender a volar hacia abajo —continuó Pippi— Volar hacia arriba debe de ser mucho más difícil, y lo natural es empezar por lo más fácil. Voy a probarlo.

—¡No, Pippi! —exclamaron Annika y Tommy—. Por lo que más quieras, no lo intentes.

Pero Pippi estaba ya de pie en el borde de la roca y dijo:

—¡Vuela, mariposa, vuela! —Y levantó los brazos y se lanzó al vacío.

Medio segundo después se oyó un golpe: el choque del cuerpo de Pippi contra el suelo. Annika y Tommy se tendieron de bruces y miraron, temerosos, hacia abajo. Pippi se puso en pie y se sacudió las rodillas.

—Se me ha olvidado aletear —dijo tranquilamente—. Además, llevo en el cuerpo demasiados

pastelillos.

En este momento advirtieron que el *Señor Nelson* había desaparecido. Se había marchado y vagaba a su antojo de aquí para allá. Todos lo habían visto hacía unos instantes mordisqueando la cesta de la comida. Pero, al efectuar Pippi su ejercicio de vuelo, se habían olvidado de él, y después ya no lo vieron.

Pippi se enfadó tanto que arrojó uno de sus zapatos a un charco enorme y profundo que había cerca.

—¡No se puede llevar de excursión a los monos! —exclamó—. Debí dejarlo en casa, cuidando del caballo. Eso habría sido lo mejor.

Se internó en el charco para buscar el zapato, hasta que el agua le llegó a la cintura.

—Es conveniente mojarse la cabeza —afirmó. Y mantuvo la cabeza debajo del agua tanto tiempo que empezaron a aparecer burbujas—. Ya no tengo que ir a la peluquería para que me laven la cabeza —dijo alegremente cuando reapareció.

Luego salió del charco con el zapato y se lo puso. Seguidamente, los tres emprendieron la busca del *Señor Nelson*.

—Oíd el ruido que hago al andar —dijo Pippi, riendo—. Mi traje hace «plaf, plaf», y mis zapatos, «plif, plif». ¡Es gracioso! ¿Por qué no lo pruebas? —preguntó a Annika, que, como de costumbre, llevaba perfectamente peinados sus rubios y sedosos cabellos y lucía un vestido de color rosa y unos zapatos blancos.

—Otro día lo probaré —contestó la juiciosa Annika.

Prosiguieron su camino.

—Estoy indignada con el *Señor Nelson* —dijo Pippi—. Nunca cambiará. Un día se me escapó en Soerabaja y se colocó de mayordomo en casa de una anciana viuda... Bueno, esto no es verdad, ¿sabéis? —confesó tras una pausa.

Tommy sugirió que cada uno fuera en una dirección distinta. Annika, siempre tan temerosa, se opuso al principio; pero Tommy le dijo:

—Tú no eres una cobarde, ¿verdad?

Naturalmente, Annika no quiso confesar que lo era, y los tres se separaron, tomando caminos diferentes.

Tommy se internó en un prado. No vio al *Señor Nelson*, pero sí a otro animal: ¡un toro! Mejor dicho, el toro vio a Tommy, y Tommy no le gustó, porque era un toro de mal genio a quien no le gustaban los niños. Con un bramido espantoso y bajando la cabeza, corrió hacia Tommy, quien lanzó un grito de angustia que pudo oírse a gran distancia. Pippi y Annika acudieron corriendo y preguntándose qué significaría aquel grito. El toro había prendido ya al niño con sus cuernos y lo mantenía en el aire, a considerable altura.

—¡Qué toro tan bruto! —dijo Pippi a Annika, que lloraba desconsoladamente—. Lo que hace ese bicho no está bien; le está ensuciando a Tommy ese traje de marinero tan blanquito que lleva. Tendré que ir a hacer entrar en razón a ese toro tan borrico.

Entonces se acercó al toro y le tiró del rabo.

—Perdone usted que le interrumpa —le dijo.

Y como los tirones de rabo eran enérgicos, el toro se volvió y se encontró ante una niña desconocida a la que decidió cornear también.

—Repito que me perdone usted por la interrupción —dijo Pippi—. Y perdón también por esta rotura —añadió, rompiéndole un cuerno—. Este año no está de moda llevar dos cuernos. Los mejores toros solo llevan uno. ¡O ninguno! —Y le rompió el otro.

Como estos animales no tienen sensibilidad en los cuernos, el toro no se enteró de que había perdido los suyos, y embistió a Pippi dispuesto a convertirla en compota de manzana.

—¡Ja, ja, ja! —rio Pippi—. No me des más topetazos. No puedes imaginarte las cosquillas que tengo. ¡Ja, ja, ja! ¡Basta, basta, que me voy a morir de risa!

Pero como el toro no cesaba de golpearla con la cabeza, al fin Pippi se subió a su lomo para descansar. Pero al toro no le gustó tener a Pippi encima y empezó a dar vueltas y a hacer cabriolas, con el propósito de arrojarla al suelo, cosa que no consiguió, pues la niña permanecía aferrada a su cuerpo con las piernas.

El toro corrió hacia delante y hacia atrás por el prado, y bramó de tal modo que empezó a salirle humo de la nariz. Pippi reía, lanzaba gritos y hacía señas a Tommy y a Annika, que permanecían a una prudente distancia, temblando como hojas.

Como el toro diera una vuelta en redondo, siempre con el propósito de librarse de Pippi, esta gritó, apretando la tenaza de sus piernas:

—¡Mirad cómo bailo con este buen amigo!

Al fin, el toro se sintió tan cansado que se echó en el suelo y se dijo que ojalá no hubiese en el mundo ni un solo niño. Por algo no había comprendido nunca para qué servían los niños.

—¿Vas a dormir la siesta? —preguntó Pippi—. Entonces no quiero molestarte.

Saltó del lomo del toro y se acercó a sus amigos. Tommy había llorado un poquito, pues el toro le había hecho daño en un brazo. Annika se lo vendó con su pañuelo, y enseguida dejó de dolerle.

—¡Oh, Pippi! —exclamó Annika, temblando, cuando llegó su amiga.

—No grites —susurró Pippi—, que puedes despertar al toro. Se ha dormido, y si lo despertamos se enfadará.

Sin embargo, empezó a llamar al *Señor Nelson* a grandes voces.

—¿Dónde demonio te has metido? ¡Nosotros nos vamos a casa!

El *Señor Nelson* estaba allí mismo, acurrucado en la copa de un pino, mordiéndose el rabo con cara triste. La verdad, no era nada agradable para un mono tan pequeño que lo dejaran solo en pleno campo. Así pues, saltó desde el pino hasta el hombro de Pippi y agitó en el aire su sombrero de paja, como solía hacer cuando estaba contento.

—Esta vez no te has colocado de mayordomo —dijo Pippi acariciándole la espalda—. Claro que eso era mentira. Pero ¿y si resultara que es verdad? A lo mejor, amigos míos, fue de veras mayordomo en Soerbaja. Por si acaso, desde hoy le haré servir la cena.

Emprendieron el camino de regreso. Pippi tenía aún la ropa chorreando y los zapatos llenos de agua. Annika y Tommy opinaban que habían pasado un día delicioso —dejando aparte la aventura del toro—, y empezaron a cantar una canción que habían aprendido en el colegio. Era una canción

de verano y ya casi estaban en otoño, pero se dijeron que eso daba lo mismo.

*En días alegres del estío cálido,
colinas y bosques me gusta cruzar;
la jornada es dura, mas todos cantamos
durante la marcha, tralaralará.
¡Muchachos, oíd!
¡Venid a cantar!
Suenan en el aire las notas alegres,
la música airosa de nuestro cantar,
que anima esta marcha que no se detiene.
¡Cantemos, muchachos! ¡Muchachos, cantad!*

Pippi también cantaba esta canción, pero con letra diferente:

*En días tranquilos del estío cálido,
colinas y bosques me gusta cruzar,
hago lo que quiero durante la marcha
con mis pies mojados, tralaralará,
que chorrean agua
y hacen «¡plaf, plaf, plaf!».
Cantemos, cantemos al torito tonto
que allá sobre el prado nos quiso matar.
¡Ay, cómo me gusta el pastel de pollo!
Mis pies en el suelo hacen «¡plaf, plaf, plaf!».*



PIPPY EN EL CIRCO

Había llegado un circo a la pequeña ciudad, y todos los niños se apresuraron a pedir permiso a sus padres para ir a verlo. Annika y Tommy también lo hicieron, y su padre les dio enseguida tres relucientes coronas.

Con el dinero en la mano y esta bien cerrada, corrieron a casa de Pippi. La niña estaba en el porche, tejiendo la cola del caballo en diminutas trenzas, que luego ataba con cintas rojas.

—Creo que hoy es su cumpleaños —dijo—, y por eso lo acicalo.

—Pippi —dijo Tommy, que aún jadeaba por efecto de la carrera—, ¿puedes venir con nosotros al circo?

—Yo puedo hacer lo que quiera —repuso Pippi—; pero no sé si podré ir al circo, porque no sé lo que es eso. ¿Hace daño?

—¡Qué tontería! —exclamó Tommy—. ¿Cómo va a hacer daño? Es una cosa la mar de divertida. Hay caballos, payasos, hermosas mujeres que andan por una cuerda...

—Pero cuesta dinero —advirtió Annika abriendo la mano para ver si todavía estaban allí las tres brillantes coronas.

—Soy más rica que Creso —dijo Pippi—; de modo que, si quisiera, podría comprar el circo. Pero ¿qué haría con los caballos? A los payasos y a las mujeres hermosas podría tenerlos en el cuarto de lavar, pero a los caballos no sabría dónde meterlos.

—¡Qué tonta! —dijo Tommy—. No te hemos dicho que compres el circo. Lo que cuesta dinero es verlo.

—¡Cielos! —exclamó Pippi cerrando con fuerza los ojos—. ¿Es posible que se tenga que pagar solo por ver? ¡Y yo que he estado viendo todos los días y a todas horas! ¡Cuánto dinero habré gastado ya!

Después abrió un ojo, poquito a poco, y empezó a hacerlo girar.

—Cueste lo que cueste —dijo—, quiero mirar.

Annika y Tommy lograron, al fin, hacerle entender lo que era un circo, y entonces Pippi entró a coger unas monedas de oro de su caja de dulces. Luego se puso el sombrero, que era tan grande como una rueda de molino, y los tres partieron para el circo.

En torno a él había una gran multitud, y una larga cola ante la taquilla. Poco a poco, Pippi fue acercándose a la venta de localidades y, cuando le tocó el turno, introdujo la cabeza por la ventanilla, miró fijamente a la amable anciana que había en el interior y preguntó:

—¿Cuánto vale verla a usted?

La anciana, que era extranjera, no entendió lo que Pippi le decía, y repuso:

—Cinco *cogronas* las primeras filas, tres *cogronas* las de atrás y una *cogrona* los pasillos.

—Bien —dijo Pippi—, pero ha de prometerme que también usted andará por la cuerda.

Tommy se acercó a Pippi y le dijo que sacara un asiento de las últimas filas. Pippi entregó una

moneda de oro a la anciana, y esta la examinó con gesto de desconfianza. Incluso la mordió para ver si era verdaderamente de oro. Al fin se convenció y entregó a Pippi su modesta localidad, más una cantidad considerable de monedas de plata.

—¿Para qué quiero yo esas menudencias? —dijo Pippi despectivamente—. Quédese con ellas. En vez de cambio, prefiero mirarla a usted dos veces desde mi asiento.

Al ver que Pippi no quería lo que sobraba de la moneda de oro, la taquillera le cambió la localidad por una de primera fila y dio a Tommy y a Annika los asientos de al lado sin que tuvieran que abonar nada. Por tanto, Pippi, Tommy y Annika se sentaron en cómodas sillas tapizadas de rojo, al lado mismo de la pista. Tommy y Annika se volvieron varias veces para saludar a sus compañeros de colegio, que estaban mucho más atrás.

—¡Qué cabaña tan rara! —dijo Pippi mirando asombrada a su alrededor—. Además, veo que han esparcido serrín por el suelo. No soy muy escrupulosa, pero no me parece bien que se tape la suciedad con serrín.

Tommy le explicó que en las pistas de los circos se echa serrín para que los caballos puedan correr.

Los músicos, que estaban sentados sobre una plataforma, empezaron a tocar una animada marcha. Pippi aplaudió con entusiasmo y, loca de alegría, comenzó a dar saltos en su asiento.

—¿También cuesta dinero escuchar, o es gratis? —preguntó.

En ese momento se descorrió la cortina de los vestuarios y apareció el director, vestido de negro y con un látigo en la mano. Salió a la pista corriendo, seguido de diez caballos blancos con plumas rojas en la cabeza.

El director hizo restallar el látigo, y los caballos empezaron a dar vueltas al trote por la pista. De nuevo resonó un trallazo, y todos los caballos se detuvieron y levantaron las patas, para apoyarlas en la baranda que rodeaba la pista. Uno de los caballos quedó exactamente frente a nuestros tres amigos. A Annika no le hacía ninguna gracia tener un caballo tan cerca, y se echó hacia atrás en su asiento tanto como pudo. En cambio, Pippi se inclinó hacia delante, se apoderó de una de las patas del caballo, la levantó y dijo:

—¿Cómo está su señoría? Reciba muchos saludos de mi caballo, que hoy celebra su cumpleaños. Él también lleva lazos, pero en la cola, no en la cabeza.

Por suerte Pippi soltó la pata del caballo antes de que el director hiciera restallar de nuevo el látigo, con lo que los caballos bajaron de la baranda y reanudaron su carrera.

Cuando terminó el número, el director hizo una elegante reverencia y los caballos salieron de la pista al trote.

Poco después se descorrió de nuevo la cortina para dar paso a un caballo blanco como la nieve, en cuya grupa iba de pie una bella señorita. Llevaba unos pantalones de seda verde y, según decía el programa, se llamaba miss Carmencita.



El caballo empezó a dar vueltas por la pista, llevando en pie sobre la grupa a miss Carmencita, que sonreía deliciosamente. Pero entonces sucedió algo inesperado. Al pasar el caballo por delante de Pippi, se vio algo que se alzaba, silbando, por el aire. Este algo era Pippi, que quedó en pie sobre el lomo del animal, detrás de miss Carmencita. Al principio, la amazona se quedó tan atónita que casi se cayó del caballo. Luego se enfadó y empezó a dar manotazos hacia atrás para tirar a Pippi. Pero no lo consiguió.

—Cálmese —dijo la niña—. No es usted la única que tiene derecho a divertirse. También yo he pagado mis buenas coronas.

Entonces miss Carmencita quiso bajar del caballo; pero tampoco pudo hacerlo, porque Pippi se había asido fuertemente a su cintura.

El público reía de buena gana. Era verdaderamente cómico el cuadro que ofrecían miss Carmencita y aquella niña de pelo rojo que, también de pie sobre el caballo, se aferraba a la cintura de la artista. Aquella chiquilla de zapatos enormes parecía no haber hecho en toda su vida otra cosa que trabajar en el circo.



Pero el director no se reía y, por señas, ordenó a sus ayudantes de levita roja que detuvieran en el acto al caballo.

—¿Ya ha terminado el número? —preguntó Pippi, decepcionada—. ¡Qué lástima! ¡Ahora que nos estábamos divirtiendo tanto!

—¡Niña *tegrible* —dijo el director entre dientes—, *mágchaté!*

Pippi lo miró tristemente.

—¿Por qué se ha enfadado conmigo? Yo creía que aquí venía uno a pasarlo bien.

Bajó de un salto del caballo y volvió a sentarse en su sitio. Pero entonces llegaron dos ayudantes y la cogieron e intentaron levantarla para llevársela.

Pero fue inútil: Pippi estaba como clavada en su asiento y de nada servían los fuertes tirones de los ayudantes del director, quienes al fin se encogieron de hombros y se marcharon.

Entretanto, había comenzado el número siguiente. Miss Elvira iba a andar sobre la cuerda. Llevaba un vestido de tul rosa y una sombrilla del mismo color. Con graciosos pasitos avanzó sobre la cuerda. Ejecutó una serie de ejercicios admirables y, además, demostró que podía andar hacia atrás por aquella cuerda tan delgada. Pero, al regresar —de espaldas— a la pequeña plataforma que había en el punto de partida y dar media vuelta, se encontró con Pippi.



—¿Qué iba usted a decir? —preguntó Pippi, a la que hizo gracia el gesto de sorpresa de miss Elvira.

Esta no dijo nada; lo que hizo fue bajar de un salto y arrojarle al cuello del director, que era su padre. Este volvió a llamar a sus ayudantes para que echaran a Pippi del circo. Esta vez fueron cinco los hombres que se dirigieron a ella. Pero el público empezó a gritar:

—¡Que la dejen! ¡Queremos ver a la niña pelirroja!

Y el pateo y los aplausos fueron ensordecedores.

Pippi echó a andar por la cuerda, y los ejercicios de miss Elvira perdieron toda la gracia ante los de la niña pelirroja. Al llegar a la mitad de la cuerda, Pippi levantó una pierna hasta que su gran zapato quedó sobre su cabeza a modo de paraguas. Entonces movió la punta del pie para rascarse detrás de la oreja.

Al director no le gustó la actuación de Pippi en su circo, y su mayor deseo era verse libre de ella. Por eso se agachó disimuladamente y soltó el mecanismo que mantenía la cuerda tirante. Creyó que así Pippi perdería el equilibrio y se caería. Pero no se cayó, sino que empezó a mecerse en la cuerda floja, yendo hacia atrás y hacia delante cada vez más deprisa. De pronto, Pippi dio un gran salto y vino a caer sobre los hombros del director, que se asustó tanto que echó a correr.

—¡Este caballo es aún más divertido! —gritó Pippi—. Pero ¿cómo es que no lleva usted borlas en las crines?

Pippi juzgó que ya era hora de volver al lado de Annika y Tommy. Bajó, pues, de los hombros del director y fue a sentarse en su sitio. Iba a empezar el número siguiente. Hubo un pequeño retraso porque el director tuvo que salir a beberse un vaso de agua y a peinarse, pero al fin reapareció, saludó a la concurrencia y dijo:

—¡*Señogras y señogres: van a verg ustedes la mayorg magravilla de todos los tiempos, el hombgre más fuergte del mundo, Adolfo el Forgzudo, a quien nadie ha logrrrado vencer!*. ¡Aquí está, *señogras y señogres, Adolfo el Forgzudo!*

En la pista apareció un verdadero gigante. Llevaba unos pantalones de color escarlata y una piel de leopardo alrededor de la cintura. Hizo una reverencia al público. Parecía muy satisfecho de sí mismo.

—¡*Migrren* estos músculos! —dijo el director apretando el brazo de Adolfo el Forzudo, cuyo bíceps sobresalía como una bola—. Y *ahogra, señogras y señogres, voy a hacegr una grrran ofergta. ¿Alguno de ustedes desea luchagr contra él? ¿Alguno de ustedes quiegre intentarg vencer al hombgre más fuergte del mundo? Dagrrré cien cogronas al que logrrre vencer a Adolfo el Forgzudo. ¡Cien cogronas, señogras y cabaliegros! ¿Quién quiegrrre intentagrlo?*

Nadie contestó.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Pippi—. Parece que hable en chino.

—Dice que la persona que venza a ese hombretón recibirá cien coronas —le explicó Tommy.

—Yo puedo vencerlo —dijo Pippi— Pero me da pena pegarle; ¡parece tan simpático!

—¿Tú crees que le podrías pegar? —dijo Annika—. ¡Si es el hombre más fuerte del mundo!

—Si él es el hombre más fuerte —replicó Pippi—, yo soy la niña más fuerte. No olvides este detalle.

Entretanto, Adolfo el Forzudo levantaba pesas y doblaba gruesas barras de hierro para demostrar la potencia de sus bíceps.

—¡Vamos, *señogras y señogres!* —gritó el director—. ¿De verdad no hay nadie que quiera *ganarg cien cogronas? ¿Tendgré que quedargme yo con ellas?*

Y blandía un billete de cien coronas.

—No, no se quedará usted con ellas —dijo Pippi, y se plantó en la pista de un salto.

—¡*Fuegra* de aquí! —le dijo en voz baja el director—. ¡No *quiegro* ni *vergte*!

—¿Por qué es usted tan poco amable? —le reprochó Pippi—. Quiero luchar con Adolfo el Forzudo.

—Aquí no estamos *pagra brgomas* —repuso el director—. Vete antes de que Adolfo el *Forgzudo* oiga tus *impergtinencias*.

Pero Pippi pasó por delante del director, se acercó a Adolfo el Forzudo y, con sus manitas, estrechó fuertemente la manaza del gigante.

—Vamos a luchar un poquito, ¿eh? —dijo la niña.

Adolfo el Forzudo la miró sin comprender.

—Le advierto que voy a empezar —anunció Pippi.

Y así lo hizo. Cogió a Adolfo el Forzudo con la mayor naturalidad y en un santiamén lo dejó tendido en el suelo. Adolfo el Forzudo dio unos pasos a gatas y se puso en pie. Tenía el rostro como la grana.

—¡Viva Pippi! —exclamaron Annika y Tommy.

Y todo el público, al oír esta exclamación, empezó también a gritar:

—¡Viva Pippi!

El director se sentó en la baranda de la pista. Se retorció las manos, furioso. Adolfo el Forzudo estaba más furioso todavía. En su vida le había ocurrido nada tan horrible. ¡Pero ahora sabría aquella niña pelirroja quién era Adolfo el Forzudo! Se acercó a ella y la asió fuertemente. Pero Pippi se quedó tan impasible como una roca.



—¿Esto es todo lo que sabes hacer? —exclamó.

Acto seguido se desprendió de sus manos y, segundos después, Adolfo el Forzudo estaba otra vez en el suelo. Pippi se quedó junto a él, esperando. No tuvo que esperar mucho: el gigante lanzó un grito, se levantó y avanzó hacia ella de nuevo.

—¡Rabia, rabiña, que tengo una piña! —le dijo Pippi.

El público aplaudía, lanzaba al aire sus sombreros y gritaba:

—¡Viva Pippi!

La tercera vez que Adolfo el Forzudo se arrojó sobre ella, Pippi lo levantó en vilo y, manteniéndolo en el aire, más arriba de su cabeza, lo paseó por toda la pista. Después lo depositó en el suelo, y allí lo dejó.

—Y ahora, nene —le dijo—, dejemos ya este juego. No quiero abusar de mi superioridad.

—¡Pippi ha vencido! ¡Viva Pippi! —gritaba el público.

Adolfo el Forzudo se escabulló tan pronto como tuvo ocasión. Y el director hubo de entregar a Pippi el billete de cien coronas, cosa que hizo con el mismo gesto que si fuera a comérsela.

—¡Tome, *señogrita*! ¡Aquí tiene sus cien *cogronas*!

—¡Bah! —dijo Pippi, desdeñosa—. ¿Para qué quiero yo ese trozo de papel? ¡Quédeselo para envolver el pescado!

Y volvió a su asiento.

—Esto es demasiado largo —dijo a sus dos amigos—. Una siestecita no me vendrá mal. Despertadme si me necesitáis.

Se recostó en el respaldo de la silla y se durmió inmediatamente. Y allí estuvo roncando mientras los payasos, los tragadores de sables y los hombres-reptiles exhibían sus habilidades ante Tommy, Annika y todo el público.

—A mí me parece —susurró Tommy a Annika— que los mejores números han sido los de Pippi.

LOS LADRONES VISITAN A PIPPI

Tras la actuación de Pippi en el circo no quedó en la pequeña ciudad ni una sola persona que ignorase que aquella niña tenía una fuerza descomunal. Incluso se publicaron artículos en el periódico local sobre el caso: Pero, naturalmente, los forasteros no sabían nada de Pippi.

Una noche de otoño, dos vagabundos iban por la carretera que pasaba frente a la casa de Pippi. Se trataba de dos ladrones sucios y andrajosos que habían salido al campo en busca de cosas que robar. Al ver que había luz en Villa Mangaporhombro decidieron entrar a pedir algo de comer.

Aquella noche, Pippi había esparcido todas sus monedas de oro por el suelo de la cocina y estaba contándolas. No sabía contar muy bien, claro está; pero tenía que hacerlo de vez en cuando para saber el capital que le quedaba.

—Setenta y cinco, setenta y seis, setenta y siete, setenta y ocho, setenta y nueve, setenta y diez, setenta y once, setenta y doce, setenta y diecisiete... ¡Uf! Seguramente habrá más números, pero ¿para qué seguir contando? El caso es que tengo mucho dinero todavía.

En ese preciso momento llamaron a la puerta.



—¡Adelante! —gritó Pippi—. Pero, si lo prefiere, quédese donde está. Eso es cosa suya.

La puerta se abrió y entraron los dos vagabundos. Ya os podéis figurar la cara que pondrían al ver a aquella niña pelirroja sentada en el suelo, completamente sola y contando dinero.

—¿Estás sola en la casa? —le preguntaron.

—No —respondió Pippi—, está conmigo el *Señor Nelson*.

Los ladrones, como es natural, no podían imaginarse que el *Señor Nelson* fuera un mono que dormía en una cama de muñecas pintada de verde, con una diminuta sábana liada a la cintura. Creyeron que era el dueño de la casa e intercambiaron un guiño que quería decir: «Volveremos más tarde». Pero a Pippi le dijeron:

—Hemos entrado para que hagas el favor de decirnos qué hora es.

—¡Esta sí que es buena! ¡Tan grandotes que sois y no entendéis el reloj! ¿En qué colegio habéis estudiado? Un reloj es una cosa que hace «tic-tac», anda continuamente y no llega nunca al final de su camino... Si sabéis algún otro acertijo como este, contádmelo —terminó Pippi

alegremente.

Los maleantes creyeron que era Pippi la que no entendía el reloj por ser demasiado pequeña y, sin decir palabra, dieron media vuelta y se marcharon.

—¿Has visto cuánto dinero? —preguntó uno de los ladrones.

—¡Qué suerte! —dijo el otro—. No tenemos más que esperar a que la niña y ese *Señor Nelson* se acuesten y se duerman. Entonces nos colaremos en la casa y nos apoderaremos de todo el dinero.

Se sentaron a esperar en el jardín, bajo una encina. Caía una fría llovizna y, además, estaban hambrientos. Esto era bastante desagradable, pero el recuerdo del dinero que acababan de ver les daba ánimos.

Las luces de las casas fueron apagándose, pero la de Villa Mangaporhombro seguía encendida, pues Pippi estaba enseñándose a sí misma a bailar la polca y no pensaba acostarse hasta haberla aprendido a la perfección. Por fin las ventanas de la casa de Pippi se quedaron a oscuras como todas las demás.



Los malhechores esperaron un buen rato para asegurarse de que el *Señor Nelson* se había dormido. Al fin se dirigieron sigilosamente a la puerta trasera de Villa Mangaporhombro y se dispusieron a abrirla con sus ganzúas. A uno de ellos (que, por cierto, se llamaba Bloom) se le ocurrió empujarla, después de hacer girar el picaporte, y vio que la puerta cedía, pues no estaba cerrada con llave.

—¡Deben de estar locos! —dijo en voz baja a su compañero—. La puerta está abierta.

—Mejor para nosotros —contestó su compinche, un sujeto de cabello oscuro al que llamaban Karlson Trueno.

Este encendió su linterna, entró en la casa y avanzó hasta llegar a la cocina. No había nadie en ella. En la habitación de al lado estaba la cama de Pippi y la camita de muñecas del *Señor Nelson*.

Karlson Trueno abrió la puerta del dormitorio y miró cautelosamente el interior. Todo estaba en calma. Paseó la luz de la linterna por la habitación. Al proyectarse el rayo de luz sobre la cama de Pippi y ver solamente dos pies descansando sobre la almohada, los vagabundos se quedaron petrificados de asombro. Como de costumbre, Pippi tenía la cabeza en los pies de la cama, debajo de las sábanas.

—Debe de ser la niña —musitó Karlson Trueno a Bloom—. Seguramente está dormida. Pero ¿dónde está el *Señor Nelson*?

—Con mucho gusto les informaré —dijo tranquilamente Pippi, cuya voz salía de debajo de las sábanas—. El *Señor Nelson* está acostado en la cama de muñecas.

Los malhechores se asustaron de tal modo que su primera intención fue huir, pero enseguida recapacitaron sobre lo que Pippi había dicho: «El *Señor Nelson* está acostado en la cama de muñecas». Y a la luz de la linterna pudieron ver la camita y en ella un mono. Karlson Trueno se echó a reír.

—Bloom, el *Señor Nelson* es un mono. ¡Ja, ja, ja!

—¿Pues qué creían ustedes que era? —dijo Pippi desde debajo de las sábanas—. ¿Una máquina de segar?

—¿Están tus padres en casa? —preguntó Bloom.

—No —repuso Pippi—. Se fueron, y para siempre.

Los ladrones rieron alegremente.

—Bueno, señorita —dijo Karlson Trueno—, levántese; tenemos que hablar.

—Ahora no puedo porque estoy durmiendo —respondió Pippi—. Pero, díganme: ¿se trata otra vez del reloj? Porque, en ese caso, podrían ustedes...

Pero Bloom, sin dejarla terminar, dio un fuerte tirón a las sábanas.

—¿Sabe usted bailar la polca? —le preguntó Pippi mirándole fijamente a los ojos—. Yo sí que sé.

—Preguntas demasiado —dijo Karlson Trueno—. ¿Podemos preguntar nosotros también? Dinos: ¿dónde has guardado el dinero que tenías en el suelo de la cocina?

—En la caja de dulces que hay en la despensa —contestó Pippi francamente.

Los malhechores hicieron una mueca de burla.

—Supongo que no te importará que lo cojamos, amiguita —dijo Karlson Trueno.

—¡Oh, no! —exclamó Pippi—. ¿Por qué tendría que importarme?

Karlson Trueno fue por la caja de dulces y regresó con ella.

—Supongo —dijo entonces Pippi saltando de la cama y dirigiéndose a Karlson Trueno paso a paso— que no le importará que yo se la quite.

¿Qué sucedió entonces? Los ladrones no se lo explicaron, pero lo cierto es que, segundos después, la caja estaba en manos de Pippi.

—¡No estamos para bromas! —dijo Karlson Trueno—. ¡Danos la caja enseguida!

Y asió fuertemente el brazo de Pippi con el propósito de arrebatarle la codiciada presa.

—Yo no bromeo —dijo Pippi levantando a Karlson Trueno y sentándolo sobre el armario de la cocina.

Momentos después, su compañero estaba a su lado.

Los ladrones, atemorizados, empezaron a comprender que Pippi no era una niña corriente. Pero la codicia pudo en ellos más que el temor.



—¡Los dos a la vez, Bloom! —exclamó Karlson Trueno.

Y, desde el armario, saltaron sobre Pippi, que tenía aún en sus manos la caja de dulces. Pero Pippi fue golpeándolos con el dedo índice de tal modo que cayeron como fardos, cada uno en un rincón.

Antes de que pudieran reponerse, Pippi echó mano de una cuerda y, en un abrir y cerrar de ojos, ató fuertemente los brazos y las piernas de los dos ladrones. Estos cambiaron por completo de actitud.

—¡Por favor, señorita! —suplicó Karlson Trueno—. Perdónenos. Todo ha sido una broma. No nos haga usted nada. Somos unos pobres vagabundos y hemos venido solo para mendigar un poco de comida.

Bloom incluso derramó unas lágrimas.

Pippi dejó la caja de dulces en la despensa, en el sitio donde la tenía siempre, y volvió junto a sus prisioneros.

—¿Sabe bailar la polca alguno de ustedes?

—¿La polca? —dijo Karlson Trueno—. Pues... pues... sí, los dos sabemos algo de eso.

—¡Magnífico! —exclamó Pippi palmoteando—. Podemos bailar un poco. Yo acabo de aprender.

—Bien, bailaremos —dijo Karlson Trueno, desconcertado.

Pippi fue en busca de unas tijeras y cortó las cuerdas con que había atado a sus visitantes.

—¡Qué lástima! —exclamó—. Nos falta la música.

Pero de pronto tuvo una idea.

—Podría usted tocar con el peine —dijo a Bloom—, mientras yo bailo con su amigo. —Y señaló a Karlson Trueno.

¡Claro que Bloom tocaría el peine! Tocó, y con tal fuerza que la música se oía en toda la casa. El *Señor Nelson* se despertó sobresaltado, se sentó en la cama y vio a su dueña bailando con Karlson Trueno. Estaba muy seria y bailaba con tanto entusiasmo como si su vida dependiera del baile.

Al fin, Bloom dejó de tocar, alegando que el peine le hacía cosquillas en la boca, y Karlson Trueno, que llevaba todo el día andando por la carretera, empezó a sentir cansancio en las piernas.

—¡Un ratito más! —le suplicó Pippi sin interrumpir el baile.

Y Bloom y Karlson Trueno tuvieron que continuar, el uno tocando y el otro bailando.

A las tres de la madrugada, Pippi dijo:

—Yo podría seguir bailando hasta el jueves, pero ustedes, a lo mejor, están cansados y hambrientos.

Así era, pero no se atrevían a decirlo. La niña sacó de la despensa pan, queso, mantequilla, jamón, carne fría y leche, y Pippi y los dos ladrones se sentaron a la mesa de la cocina y comieron hasta saciarse.

Pippi se echó un poco de leche en un oído.

—No hay nada mejor para el dolor de oídos —afirmó.

—¿Es que le duelen? —preguntó Bloom.

—No —respondió Pippi—, pero podrían dolerme.

Al fin los vagabundos se levantaron, dieron las gracias a Pippi por el festín y le preguntaron si podían marcharse.

—¿Tan pronto quieren irse? —se lamentó Pippi—. Sepan ustedes que su visita me ha encantado.

Luego dijo, dirigiéndose a Karlson Trueno:

—Nunca había visto bailar la polca tan bien como la baila usted.

Y a continuación dijo a Bloom:

—No deje de tocar con el peine. Cuando se acostumbre, ya no sentirá cosquillas.

Ya estaban en el portal, cuando llegó Pippi corriendo y les dio una moneda de oro a cada uno.

—Tengan; se lo han ganado ustedes honradamente.

PIPPY ASISTE A UN TÉ

La madre de Tommy y Annika invitó a unas señoras a tomar el té y, como había hecho gran cantidad de pastas, decidió que sus hijos invitasen a Pippi. Juzgó que así los niños no molestarían a las personas mayores.

Los dos hermanitos creyeron enloquecer de alegría al saberlo, y Tommy fue enseguida a decírselo a Pippi. La encontró en el jardín, regando las pocas flores que quedaban con vida con una regadera vieja y oxidada. Como llovía a cántaros, Tommy dijo a Pippi que su trabajo era inútil.

—Tal vez —respondió Pippi, indignada—; pero me he pasado la noche despierta, esperando la hora de levantarme para regar las flores, y comprenderás que no voy a dejar de hacerlo porque caigan cuatro gotas.

Entonces apareció Annika y le dio la noticia de que estaba invitada a tomar el té con ellos.

—¿Yo? —exclamó Pippi poniéndose tan nerviosa que empezó a regar a Tommy en vez de regar el rosal—. ¡Ay, Dios mío! ¡Pero si no sé cómo he de comportarme en sociedad!

—¡Ya lo creo que sabes! —dijo Annika.

—Te aseguro que no —insistió Pippi—. Yo intento portarme como es debido, pero he notado, y más de una vez, que la gente considera que no lo consigo, a pesar de todos mis esfuerzos. En el mar no nos preocupábamos de estas cosas. Pero os prometo que procuraré no avergonzaros.

—¡Magnífico! —exclamó Tommy.

Y los dos hermanos echaron a correr hacia su casa, bajo la lluvia.

—¡Esta tarde a las tres; no lo olvides! —le gritó Annika desde debajo de su paraguas.

A las tres de aquella tarde, una elegante señorita subía los peldaños del pórtico del hogar de los Settergreen: era Pippi Calzaslargas. Con objeto de parecer otra, no se había trenzado la roja cabellera, y esta le caía sobre la espalda como la melena de un león. Se había pintado los labios con tiza de un rojo vivo, y sus cejas estaban tan negras que casi parecía una mujer fatal. También se había pintado las uñas con tiza roja, y sus zapatos exhibían grandes lazos verdes.

«Me parece que voy a ser la más elegante de la reunión», se dijo, muy satisfecha de sí misma, al apretar el botón del timbre.

Tres distinguidas señoras, además de Annika, Tommy y su madre, se hallaban en el salón de los Settergreen. La mesa estaba puesta con gusto y abundancia, y la leña ardía alegremente en el hogar. Las damas charlaban, y Annika y Tommy, sentados en un sofá, miraban un álbum. Reinaba una paz perfecta.

Pero de improviso, algo rompió la calma.

—¡¡Ateeeeención!!

Resonó el grito en el pórtico y, un momento después, Pippi apareció en el umbral. El grito había sido tan agudo e inesperado que las damas habían saltado en sus asientos.

—¡Compañía... en marcha! —vociferó Pippi seguidamente.

Y avanzó con paso militar hacia la señora Settergreen.

—¡Compañía... alto!

Y Pippi se detuvo.

—¡Presenten... armas! ¡Uno, dos!

Y, apoderándose de la mano de la señora Settergreen, la sacudió cordialmente.

—¡Rodilla en tierra!

Hizo una gentil reverencia y luego, dirigiéndose a la dueña de la casa, y ya con voz natural, dijo:

—He hecho todo esto porque soy tan tímida que, de no haber oído una voz de mando, me habría quedado en la puerta, sin atreverme a entrar.

Acto seguido dio un beso en la mejilla a cada una de las invitadas.

—¡Encantadoras, encantadoras de verdad! —exclamó, recordando que un caballero elegante había dicho esto mismo, en su presencia, a varias damas.

Y se sentó en la silla que más le gustó.

La señora Settergreen creyó que los niños subirían a la habitación de Tommy y Annika, pero Pippi no se movía de donde estaba. De pronto se dio una palmada en la rodilla y exclamó, con la mirada fija en la mesa:

—¡Eso tiene pinta de estar muy bueno! ¿Cuándo vamos a empezar?

En este momento entró la sirvienta con la tetera, y la señora Settergreen preguntó:

—¿Tomamos el té ya?

—¡Eh, que soy yo la primera! —advirtió Pippi.

Y en dos saltos se plantó al lado de la mesa. Arrambló todas las pastas que pudo de una bandeja, echó cinco terrones de azúcar en su taza de té, vació en ella buena parte de la nata que había en una fuente y volvió a su silla con el botín, antes de que las damas tuvieran tiempo de llegar a la mesa.

Pippi estiró las piernas y se colocó el plato de pastas entre los pies. Seguidamente empezó a mojar pastas en la taza de té y a llevárselas a la boca, donde acumuló tal cantidad que no podía pronunciar palabra, por mucho que lo intentaba. En un santiamén dio fin a las pastas. Entonces se levantó, golpeó el plato con los nudillos como quien toca una pandereta y se acercó a la mesa para ver si quedaba algo. Las damas la miraban con un gesto de reprobación, pero ella no se daba cuenta.

Charlando alegremente y cogiendo ahora un pastel, luego otro, dio varias vueltas a la mesa.

—Les agradezco mucho que me hayan invitado —manifestó—. Nunca había asistido a un té.

En la mesa había un gran pastel de crema con un adorno de color rojo en el centro. Pippi lo contempló con las manos en la espalda. De pronto se inclinó y apresó el adorno con los dientes. Pero esta pesca fue tan precipitada que, cuando volvió a ponerse derecha, su cara estaba cubierta de crema.

—¡Ja, ja, ja! —rio Pippi—. Ahora podremos jugar a la gallina ciega, porque ya tenemos gallina. ¡No veo nada en absoluto!

Sacó la lengua, la alargó cuanto pudo y dejó limpios de crema los contornos de su boca.

—¡Uf! ¡Esto está malísimo! —exclamó—. Sin duda, el pastel se ha echado a perder. Por tanto, no haré ningún mal comiéndomelo.

Así lo hizo. Empuñó el cuchillo y, en un abrir y cerrar de ojos, dio buena cuenta del pastel. Luego se frotó el estómago con un gesto de satisfacción. La señora Settergreen había ido un momento a la cocina y no se enteró del incidente del pastel, pero las invitadas miraban a Pippi severamente. También a ellas les habría gustado comerse un trozo de pastel. Pippi advirtió su disgusto y trató de consolarlas.

—No deben inquietarse ustedes por este pequeño incidente. Lo principal es que tengamos salud. Además, en un té hay que estar de buen humor.

Entonces se apoderó del azucarero y desparramó por el suelo una buena cantidad de azúcar.

—¿Han observado ustedes lo divertido que es andar por el suelo pisando azúcar? —preguntó a las damas—. Y todavía es más divertido si va una descalza —añadió quitándose los zapatos y los calcetines—. Pruébenlo, créanme; les aseguro que no hay nada mejor.

En este momento entró la señora Settergreen y, al ver el suelo lleno de azúcar, asió a Pippi fuertemente por un brazo y la llevó al sofá donde estaban Annika y Tommy. Luego se sentó entre sus amigas y les ofreció otra taza de té. Solo ella se alegró de que el pastel hubiese desaparecido, pues creyó que había gustado tanto a sus invitadas que estas habían acabado con él.

Pippi, Annika y Tommy conversaban en el sofá, los ardientes leños crujían en la chimenea y las damas tomaban el té. La paz había renacido.

Como suele suceder en estas reuniones, las señoras empezaron a hablar de sus criadas. Ninguna de ellas estaba contenta con la suya y todas coincidían en que la única solución era no tener criada. Lo mejor era hacerse una misma sus cosas, pues así, al menos se tenía la seguridad de que estaban bien hechas.

Pippi, que escuchaba desde el sofá, aprovechó una pausa para decir:

—Mi abuela tuvo una vez una criada que se llamaba Marta. Su único defecto era uno de sus pies, que estaba perdido de sabañones. Pero tenía un grave inconveniente, y era que, apenas entraba en la casa una persona extraña, se arrojaba sobre ella y la mordía en una pierna. ¡Y gruñía de un modo! Todo el vecindario la oía. Era su modo de jugar; pero los de fuera de casa no la comprendían. Una vez, cuando hacía poco que Marta había entrado a servir en la casa, fue a ver a mi abuela la esposa de un anciano vicario. Al acercársele Marta y clavarle los dientes en la pierna, la pobre señora profirió un grito. Marta se asustó tanto que le hundió los dientes más todavía, y con tal fuerza que luego ya no pudo soltar la presa. Toda la semana, hasta el viernes, estuvo prendida a aquella pierna. Por eso mi abuela tuvo que pelar ella misma las patatas. Pero lo hizo muy bien; las peló tan a conciencia que, cuando terminó, no quedaban patatas: todo eran pieles. La esposa del vicario no volvió a visitar a mi abuela. No sabía seguir la broma. ¡Tan alegre y tan graciosa que era Marta! Sin embargo, a veces era muy susceptible. Una vez que mi abuela le metió un tenedor por el oído, se pasó todo el día enfurruñada.

Pippi miró a su alrededor y se echó a reír de buena gana.

—Así era Marta —dijo haciendo girar los dedos pulgares.

Las damas simularon no haberla oído y continuaron su charla.

—Si Rosa, al menos, fuera limpia... —dijo la señora de Bergen— seguramente me quedaría con ella. Pero ¡es tan sucia!

—¡Pues si hubiesen visto a Marta! —dijo Pippi—. Marta iba tan sucia que daba miedo verla, según decía mi abuela. Tan oscura tenía la piel que mi abuelita había creído siempre que Marta era negra. Sin embargo, todo era suciedad verdadera y lavable. Una vez, en un concurso que se celebró en el Ritz, ganó el primer premio por las orlas negras de sus uñas. Era una mujer inmunda.

—Imagínense ustedes —dijo la señora Granberg— que la otra tarde le tocaba salir a Britta, mi sirvienta, y, sin pedirme permiso, se puso mi traje de seda azul. ¿No les parece que es el colmo?

—Según veo —exclamó Pippi—, estaba cortada por el mismo patrón que Marta. Mi abuela tenía una blusa de color de rosa que le gustaba horrores. Y, esto era lo malo, también le gustaba a Marta. Todas las mañanas, mi abuela y Marta discutían, porque las dos querían ponérsela. Al fin acordaron llevarla un día una y otro día la otra. Pero esto no impidió que, a veces, Marta volviera a las andadas y, cuando no le correspondía ponérsela, dijese a mi abuela: «Le advierto que si no me pongo hoy la blusa rosa, no habrá puré de nabos». Y, ¡claro!, ¿qué iba a hacer mi abuela? El puré de nabos era su plato favorito. Total, que Marta se ponía la blusa rosa. Y, una vez se la había puesto, se iba a la cocina como una gatita dócil y empezaba a batir el puré de nabos con tal ardor que salpicaba las paredes.

Tras un breve silencio, la señora Alexanderson dijo:

—No puedo asegurarlo, pero tengo más de un motivo para sospechar que mi sirvienta Hilda es una ladrona. Me han desaparecido muchas cosas...

—Pues Marta... —comenzó a decir Pippi.

Pero la señora Settergreen no la dejó continuar.

—¡Niños, marchaos arriba inmediatamente! —ordenó.

—Es que yo —dijo Pippi— iba a contar que Marta robaba también. Robaba como una urraca. Solía levantarse a medianoche y robar una o dos cosas; si no lo hacía, no podía dormir. Una vez escamoteó el piano de mi abuela y lo metió en el cajón de arriba de la mesa de escribir. Mi abuela aseguraba que tenía unas manos muy hábiles.

Annika y Tommy cogieron a Pippi cada uno por un brazo y se la llevaron escaleras arriba.

Las damas tomaron otra taza de té, y la señora Settergreen dijo:

—Yo no me quejaría de mi sirvienta si no rompiese tantas piezas de porcelana.

En este momento, una cabeza pelirroja apareció en lo alto de la escalera y dijo:

—Estoy segura de que se están preguntando ustedes si Marta rompía muchas piezas de porcelana. Pues sí, las rompía a montones. Había señalado un día de la semana para estos destrozos, los martes, según decía mi abuela. Los martes, a las cinco de la mañana, ya se oía a aquel demonio rompiendo piezas de porcelana en la cocina. Empezó por cosas pequeñas, como tazas y vasos; luego pasó a los platos, tanto llanos como hondos, y de los platos a las fuentes. Había tal estrépito toda la mañana en la cocina que no se podía sufrir; así lo decía mi abuela. Y por la tarde, si tenía algún rato libre, se iba al saloncito, martillo en mano, y destrozaba los platos de la India que adornaban las paredes. Los miércoles, mi abuela compraba todas las piezas de

porcelana que faltaban.

Y Pippi desapareció como por encanto de lo alto de la escalera.

La paciencia de la señora Settergreen había llegado a su término. Subió corriendo las escaleras, entró en el cuarto de los niños y dijo a Pippi, que en aquel momento estaba enseñando a Tommy a ponerse cabeza abajo:

—Te agradeceré que no vengas más. Tu conducta ha sido incalificable.

Pippi la miró, sorprendida. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Tiene usted razón. No sé cómo debo portarme con la gente. Es inútil que intente aprenderlo; nunca lo conseguiré. Debí quedarme en el mar.

Hizo una reverencia a la señora Settergreen, dijo adiós a Tommy y a Annika y bajó lentamente la escalera.

Pero las invitadas también se marchaban ya, y Pippi se sentó junto al paragüero de la entrada, para ver cómo se ponían los sombreros y los abrigos.

—Siento de veras que no estén ustedes contentas con sus criadas —empezó a decir de pronto—. ¡Ojalá encontrasen una como Marta! Mi abuela solía decir que no había otra tan buena como ella. Una vez, en Navidad, al servir el lechón asado, ¿saben lo que hizo? Había leído en un libro de cocina que los lechones se sirven con un papel rizado encima y una manzana en la boca, y no comprendió que era el cerdo el que tenía que llevar estas cosas. ¡Si la hubiesen visto ustedes aparecer en el comedor con un papel rizado y una manzana colorada en la boca! Mi abuela le dijo: «Eres una calamidad, Marta». Naturalmente, ella no pudo responder. Lo único que pudo hacer fue mover las orejas, lo que dio lugar a que crujiera el papel rizado. Intentaba decir algo, pero solo se oía: «Blu, blu, blu». Desde luego, tampoco pudo morder a nadie en las piernas. ¡Precisamente aquel día que había tantos invitados! La pobre Marta no se divirtió mucho aquella Navidad —terminó Pippi tristemente.

Las damas, ya preparadas para marcharse, se despidieron una vez más de la señora Settergreen. Pippi corrió hacia ella y le susurró al oído:

—Siento no haber sabido portarme bien. Adiós.

Se puso su gran sombrero y siguió a las invitadas. Pippi se encaminó a Villa Mangaporhombro y las damas tomaron la dirección opuesta.

Cuando ya habían recorrido cierto trecho, las tres señoras oyeron una respiración jadeante a sus espaldas. Pippi cayó sobre ellas como un rayo.

—No pueden ustedes imaginarse lo mucho que echó de menos mi abuela a Marta cuando esta se marchó. Un martes por la mañana, cuando aún no había roto más que una docena de tazas de té, salió de casa, camino del mar. Aquel día, mi abuela tuvo que romper las tazas de porcelana ella misma y, como no estaba acostumbrada, se le llenaron de llagas las manos. Ya no volvió a ver a Marta. Y mi abuela decía que había sido una verdadera desgracia perder una sirvienta de tanta categoría.

Pippi se marchó y las damas aceleraron el paso. Pero aún no habían andado las tres amigas un centenar de metros cuando oyeron que la niña les gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡¡MARTA NO BARRÍA NUNCA DEBAJO DE LAS CAMAS!!

PIPI, HEROÍNA

Un domingo por la tarde, Pippi estaba en su casa sin saber qué hacer. Annika y Tommy habían ido a un té con sus padres; por tanto, no podía contar con ellos.

Había pasado un día sumamente agradable. Se había levantado temprano y había dado al *Señor Nelson* jugo de frutas y bollos. ¡Qué gracioso estaba en su camita con su camisa de dormir azul y el vaso entre las manos! Luego dio de comer al caballo, lo peinó y le contó una larga historia de viajes por mar. Después pasó al salón y empezó a pintar la pared. Pintó a una señora gorda vestida de rojo y cubierta con un sombrero negro. Llevaba en una mano una flor amarilla y en la otra un ratón muerto. Pippi consideró que era un cuadro magnífico y que alegraba el salón. Luego se sentó ante el armario donde guardaba las conchas y los huevos de pájaro y estuvo durante un buen rato contemplando aquel tesoro. Recordó los bellos lugares donde su padre y ella habían ido reuniendo aquella colección, las lindas tiendecitas del mundo entero donde habían comprado aquellas maravillas que ahora tenía ella guardadas en los cajones del armario. Después intentó enseñar al *Señor Nelson* a bailar la polca, pero este no quiso aprender. Por un momento pensó enseñársela al caballo, pero cambió de idea y se introdujo en el cajón de la leña; luego dejó caer la tapa, y así pudo imaginarse que era una sardina en conserva. ¡Lástima que Annika y Tommy no estuviesen con ella! También ellos podrían haber sido sardinas en lata.

Empezó a oscurecer. Pippi aplastó la nariz, aquella naricilla que tenía forma de patata, contra el cristal de la ventana y contempló el crepúsculo otoñal. De pronto se acordó de que hacía varios días que no había montado a caballo, y decidió hacerlo inmediatamente. Sería un bonito final para un domingo tan encantador.

Se puso su gran sombrero, cogió al *Señor Nelson*, que estaba sentado en un rincón, jugando a las bolas, ensilló el caballo, lo levantó en vilo, y así salieron los tres de la casa. Partieron enseguida, el *Señor Nelson* sentado en el hombro de Pippi y Pippi sentada en el lomo del caballo. Hacía tanto frío que las calles estaban heladas y los cascos del caballo producían un sonoro repiqueteo. El *Señor Nelson*, que seguía sentado en el hombro de Pippi, intentaba asir las ramas de los árboles al pasar, pero la niña cabalgaba tan velozmente que las ramas, en vez de dejarse asir por el mono, le arañaban las orejas y le obligaban a sujetarse el sombrero de paja para no perderlo. Pippi galopaba por las calles de la pequeña ciudad, y los transeúntes se alarmaban y se pegaban a las paredes al verla llegar como un rayo.

Todas las pequeñas poblaciones de la campiña sueca tienen su plaza del mercado, y aquella también la tenía. En ella estaba el ayuntamiento, edificio pintado de amarillo, y también había varias bellas casitas de un solo piso, así como un feo edificio, una casa nueva de tres pisos, a la que llamaban «el rascacielos», por ser la más alta de la ciudad.

En la noche de aquel domingo, la calma era completa en la pequeña población pero, de pronto, un grito de angustia turbó aquella paz:

—¡Fuego, fuego! ¡El rascacielos está ardiendo!

La gente corría en todas direcciones con el terror reflejado en los ojos. El coche de los bomberos cruzaba velozmente las calles, haciendo sonar con frenesí la campana, y los niños de la ciudad, que en otras ocasiones habían lanzado alegres gritos al ver la bomba de incendios, ahora se asustaron de tal modo que se echaron a llorar. Creían que también iban a arder sus casas.

La plaza del mercado estaba atestada de gente. La policía se esforzaba por abrir entre la muchedumbre un paso para la bomba de incendios.

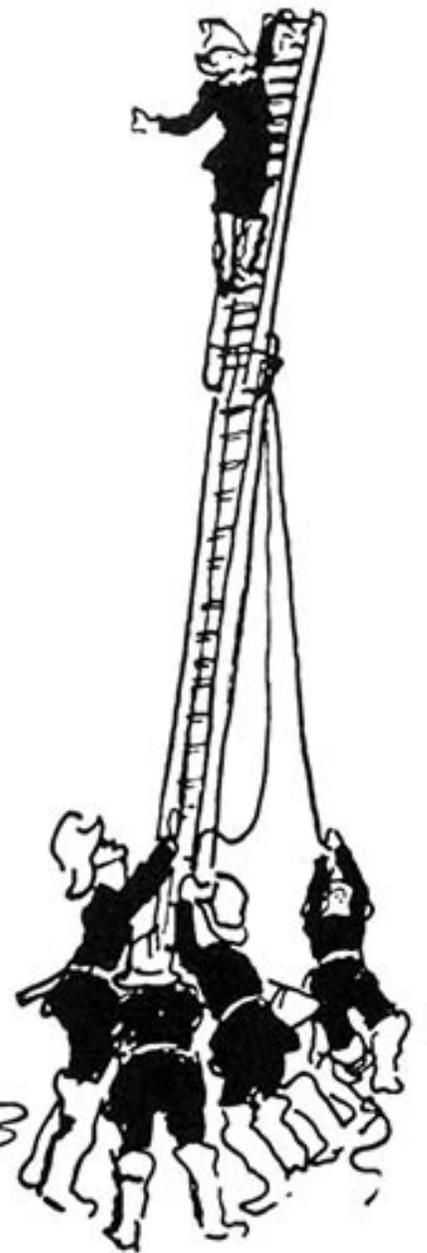
Por las ventanas del rascacielos salían llamas, columnas de humo y cascadas de chispas que rodeaban a los bomberos, dispuestos ya a cumplir su heroica misión.

El fuego había empezado en la planta baja y se había extendido a los pisos. De súbito, la gente reunida en la plaza vio algo espantoso. En lo más alto de la casa había un desván, y en su ventana, que acababa de abrir una mano infantil, aparecieron dos niños pidiendo socorro.

—¡No podemos bajar porque está ardiendo la escalera! —gritó el mayor.

Este tenía cinco años, y cuatro su hermanito. Estaban completamente solos, pues la madre había salido. Muchos de los curiosos que llenaban la plaza no pudieron contener el llanto, y el jefe de la brigada de bomberos daba muestras de desesperación. Disponía de una escalera, pero no era lo bastante alta para llegar al desván, y entrar en la casa por la puerta para rescatar a los niños era imposible. Los espectadores se desesperaban ante su impotencia para salvar a aquellas pobres criaturas que lloraban desconsoladamente. Minutos después, el fuego llegaría al desván.

Pippi se hallaba entre la multitud, montada en su caballo. Miraba con vivo interés el coche de los bomberos y se decía que de buena gana se compraría uno igual. Le gustaba por su color rojo y porque hacía mucho ruido cuando corría por las calles. Luego dirigió su mirada al fuego crepitante y se dijo que sería muy divertido que le cayeran algunas chispas encima. Por último miró a los niños y observó, sorprendida, que no parecía gustarles el fuego. Esto era tan inexplicable para ella que no pudo menos de preguntar a las personas que estaban alrededor de ella:



—¿Por qué lloran esos niños?

Al principio solo recibió gemidos por respuesta, pero después le contestó un señor gordo:

—¿Por qué van a llorar? ¿Es que tú no llorarías si estuvieses allá arriba y no pudieras bajar?

—Yo no lloro nunca —dijo Pippi— Pero dígame: si quieren bajar, ¿por qué no les ayuda nadie?

—Pues, sencillamente, porque no se puede.

Pippi estuvo un momento pensativa.

—¿Es que nadie tiene una cuerda? —preguntó.

—¿Qué se podría hacer con ella? —replicó el señor gordo—. Esos niños son demasiado pequeños para bajar por una cuerda. Además, ¿cómo se la podría subir?

—En el mar se aprenden muchas cosas —dijo Pippi simplemente—. Denme una cuerda y ya verán.

Nadie creía que la cuerda sirviese para nada, pero Pippi no paró hasta conseguirla.

Junto a la fachada del rascacielos había un árbol de gran altura, cuya copa estaba al nivel de la ventana del desván. Sin embargo, entre una y otra mediaba una distancia de lo menos tres metros. El tronco era liso, y no había en él ni una rama a la que aferrarse para trepar. Ni la misma Pippi podría subir por allí.

El fuego se propagaba; los niños del desván gritaban; entre la multitud se oían llantos y gemidos.

Pippi bajó del caballo y se acercó al árbol. Seguidamente cogió la cuerda y la ató a la cola del *Señor Nelson*.

—Ahora vas a ser obediente, ¿verdad? —le dijo.

Lo puso en el tronco del árbol y le dio un empujoncito. El mono entendió perfectamente lo que se le ordenaba y subió hasta la copa. Una vez allí, se sentó en una rama y miró hacia abajo. Pippi le dijo por señas que bajara, y él así lo hizo. Pero bajó por el otro lado de la rama, de modo que, cuando llegó al suelo, la cuerda había quedado colgada por ambos extremos.

—¡Qué listo eres, *Señor Nelson*! Habrías podido ser catedrático en tus buenos tiempos.

Y, mientras hablaba, Pippi desataba el extremo de la cuerda del rabo del mono.

Cerca de allí había una casa en construcción. Pippi fue allí a por un tablón, se lo puso debajo del brazo, regresó y, con la mano libre, se aferró a la cuerda. Ayudándose con la otra mano y apoyando los pies en el tronco, empezó a subir con tanta facilidad como rapidez.

Los espectadores, mudos de asombro, dejaron de llorar. Cuando llegó a la copa, Pippi colocó el tablón sobre una recia rama y lo fue corriendo con gran cuidado hasta que llegó a la ventana del desván. El tablón quedó entonces encallado como un puente entre la ventana y el árbol.

Se hizo un gran silencio en la plaza: la emoción sellaba los labios de los espectadores. Pippi se subió al tablón y sonrió cariñosamente a los aterrados niños.

—Os veo un poco tristes —les dijo—. ¿Es que os duele el estómago?

Pippi cruzó por el tablón y saltó al interior del desván.

—¡Qué calor hace aquí! —exclamó—. Hoy no tendréis que encender la chimenea. Con el hornillo de la cocina tendréis suficiente.

Entonces se puso un niño debajo de cada brazo y subió de nuevo al tablón.

—Ahora sí que os vais a divertir, amiguitos. Parecerá que andamos por la cuerda floja.

Al llegar a mitad del tablón levantó una pierna, tal como había hecho en el circo.

Un murmullo se elevó de entre la multitud. A Pippi se le cayó un zapato, y la consecuencia fue que se desmayaron varias viejecitas. Pippi, y con ella los niños, llegaron al árbol sanos y salvos. Los vítores de la muchedumbre fueron tan estruendosos que ahogaron el crepitar del fuego.

Pippi recogió la cuerda y ató fuertemente un extremo a una rama. En la otra extremidad ató a uno de los niños, y entonces, poco a poco y con gran cuidado, lo fue dejando caer hacia su madre, que lo esperaba loca de alegría y que lo recibió en sus brazos llorando de emoción.

Pippi le gritó:

—¡Desate la cuerda, que aquí queda otro y éste tampoco sabe volar!

Varias personas ayudaron a la madre a deshacer el nudo y liberar al niño. Pippi era una maestra en el arte de hacer nudos. Una vez desatado el primer niño, recogió de nuevo la cuerda y bajó al otro.

Pippi se quedó sola en el árbol. De un salto, se plantó sobre el tablón. Todo el mundo miraba, preguntándose qué iría a hacer. Y lo que hizo fue empezar a bailar y a ir y venir sobre el estrecho madero. Al mismo tiempo, subía y bajaba los brazos suavemente y cantaba, con una voz ronca que se oía perfectamente desde abajo:

*Un fuego encendido,
de llamas muy altas,
brilla reluciente.
Arde para ti,
arde para mí,
arde para todos
incesantemente.*

A la vez que cantaba, bailaba con creciente ardor. La mayoría de las personas reunidas en la plaza cerraron los ojos, horrorizadas, diciéndose que era seguro que Pippi acabaría por caerse. Enormes llamas se retorcían en la ventana del desván. Al resplandor del fuego se veía claramente la figura de Pippi. Esta levantó los brazos hacia el cielo oscuro y, cuando le cayó encima una lluvia de chispas, exclamó:

—¡Qué fuego tan hermoso!

A continuación dio un gran salto, se aferró con ambas manos a la cuerda y se deslizó por ella vertiginosamente, mientras gritaba:

—Jiuuuuuuuu!

—¡Tres hurras por Pippi Calzaslargas! —exclamó el jefe de la brigada de bomberos.

—¡Hurra, hurra, hurra! —gritó a coro la multitud.

Pero una voz lanzó cuatro hurras. Esta voz fue la de Pippi.

PIPI CELEBRA SU CUMPLEAÑOS



Un día, Annika y Tommy hallaron una carta en el buzón de su casa.

«A Tommy i Anica», rezaba el sobre. Y dentro encontraron una tarjeta que decía: «Que bengan Tommy i Anica a la fiesta de cumplehaños de Pippi. Trage, el que quieran».

Annika y Tommy se pusieron tan contentos que empezaron a saltar y bailar. A pesar de las faltas de ortografía, habían entendido lo que decía la tarjeta. A Pippi le había costado trabajo escribirla. Aunque no pudo reconocer la «i» el día que visitó la escuela, sabía escribir un poco. Cuando navegaba, uno de los marineros del barco que mandaba su padre se sentaba con ella por las tardes en la cubierta e intentaba enseñarle a escribir. Pero Pippi no era una alumna paciente. Enseguida decía:

—Basta, Fridolf —que así se llamaba el marinero—; todo esto me importa un comino. Voy a subir a lo más alto del mástil para ver el tiempo que hará mañana.

Por tanto, no es de extrañar que escribir fuese para ella una ardua tarea. Toda la noche estuvo sentada a la mesa, luchando con la invitación, y cuando ya apuntaba el día y las estrellas palidecían sobre el tejado de Villa Mangaporhombro, se acercó casi a rastras a casa de Tommy y Annika y echó la carta en el buzón.

Tan pronto como regresaron del colegio, Tommy y Annika empezaron a vestirse para la fiesta. Annika rogó a su madre que le rizara el pelo, cosa que ella hizo; además, le puso una gran cinta de color de rosa en la cabeza.

Tommy se mojó el cabello, a fin de que le quedara bien estirado. ¡Él no estaba para rizados ni

otras tonterías semejantes! Annika quería ponerse su mejor vestido, pero su madre no se lo permitió, ya que pocas veces regresaba limpia y con las ropas en orden de casa de Pippi. De modo que tuvo que contentarse con ponerse su vestido número dos. Tommy no se preocupó demasiado de su vestuario; le bastó con estar presentable.

Ni que decir tiene que los dos hermanos habían comprado un regalo para Pippi. Echaron mano de sus ahorros y, al regresar del colegio, entraron en una tienda de juguetes de la calle Alta y compraron una magnífica... Pero permitidnos guardar el secreto por unos instantes. El regalo estaba envuelto en papel verde y atado con varias cintas. Cuando terminaron de arreglarse, Tommy cogió el paquete y los dos salieron de casa, seguidos de una serie de advertencias sobre el cuidado de sus trajes. Annika quiso llevar el paquete un ratito; además, habían acordado que en el momento de ofrecerlo a Pippi lo tendrían cogido entre los dos.

Como estaba ya bastante avanzado el mes de noviembre, anochecía muy pronto. Al entrar en Villa Mangaporhombro, Tommy y Annika se cogieron fuertemente de la mano, pues en el jardín de Pippi la oscuridad era casi completa. Los viejos árboles perdían sus últimas hojas y suspiraban y susurraban tristemente, mecidos por el viento.

—Bien se ve que estamos en otoño —dijo Tommy.

¡Cómo se alegraron al ver brillar las luces de Villa Mangaporhombro y pensar que les esperaba una fiesta de cumpleaños!

Generalmente, Annika y Tommy entraban por la parte trasera, pero esta vez se dirigieron a la puerta principal. No se veía el caballo en el porche. Tommy llamó discretamente a la puerta. Desde dentro llegó una voz cavernosa que dijo:

—¡Oh! ¿Quién en esta noche oscura

llama a la puerta de mi casa?

¿Será un espíritu?

¿Será un sucio ratón que pasa?

—¡Somos nosotros, Pippi! —gritó Annika—. ¡Ábrenos!

Pippi abrió.

—¿Por qué has nombrado a los espíritus? —dijo Annika olvidándose de felicitar a Pippi—. Me has asustado.

Pippi rio de buena gana y abrió la puerta de la cocina ¡Qué agradable fue para los dos hermanos entrar en un sitio donde había luz y calor! La fiesta de cumpleaños se celebraría en la cocina, que era el lugar más acogedor de la casa. En la planta baja solo había dos habitaciones más. Una era el salón, amueblado con un solo mueble, y la otra el dormitorio de Pippi. La cocina era espaciosa, y Pippi la había limpiado y adornado. Había extendido alfombras en el suelo, y en la mesa, un mantel nuevo confeccionado por ella misma. Las flores que había bordado en él eran un tanto originales. Pippi dijo que eran flores de Indochina, y así todo quedó arreglado. Las cortinas estaban corridas y en el hogar chisporroteaba un buen fuego. El *Señor Nelson*, sentado en el cajón de la leña, tocaba los platillos con dos tapaderas; el caballo estaba en un rincón. Como es

natural, también él participaba en la fiesta.

Al fin, Annika y Tommy se acordaron de felicitar a Pippi. Tommy hizo una reverencia y Annika se inclinó graciosamente. Luego le presentaron el paquete verde, diciendo:

—¡Muchas felicidades!

Pippi les dio las gracias y rasgó el paquete ávidamente. ¡Era una caja de música! Pippi creyó enloquecer de alegría. Abrazó a Tommy y a Annika, abrazó la caja de música y abrazó el papel en que había estado envuelta. Luego empezó a dar vueltas a la manivela y, entre muchos «chin, chin» y no muy claramente, se oyó una popular melodía.

Pippi estuvo un buen rato haciendo girar la manivela, con tal entusiasmo que llegó a olvidarse de todo. Pero, de pronto, se acordó de algo.

—¡Mis queridos amigos —exclamó—, vosotros también tendréis vuestro regalo de cumpleaños!

—Si hoy no es nuestro cumpleaños... —dijo Annika.

—Pero, como es el mío, yo creo que puedo hacerlos regalos de cumpleaños. ¿Acaso en alguno de vuestros libros de estudio se dice que esto no se puede hacer? ¿O es que la cosa tiene algo que ver con las plutificaciones y por eso no se permite?

—No es que no pueda hacerse —dijo Tommy—, pero no es costumbre. Aunque te confieso que me gustaría recibir un regalo.

—¡Y a mí también! —exclamó Annika.

Pippi corrió al salón y volvió con dos paquetes, que entregó a sus amigos. Tommy abrió el suyo y vio que contenía una original flauta de marfil. En el de Annika había un lindo broche en forma de mariposa, cuyas alas estaban cubiertas de piedras rojas, azules y verdes.

Ahora que cada cual tenía su regalo, ya podían sentarse a la mesa. Había en ella montones de pastas y bollos. Las pastas eran de forma bastante irregular, pero Pippi dijo que en China las pastas eran así.

Entonces sirvió chocolate con crema y los tres se dispusieron a sentarse. Pero entonces Tommy dijo:

—Cuando papá y mamá dan una cena, los caballeros reciben una tarjeta que dice a qué señora deben acompañar en la mesa. Yo creo que deberíamos hacerlo nosotros también.

—¡Bien pensado!

—Pero hay un inconveniente —dijo Tommy—, y es que somos dos damas y solo un caballero.

—¿Solo un caballero? —exclamó Pippi—. ¿Es que el *Señor Nelson* es una señora?

—Tienes razón. No me acordaba del *Señor Nelson* —dijo Tommy.

Y se sentó en el cajón de la leña y escribió en una tarjeta:

«El señor Settergreen tendrá el honor de acompañar a la señorita Calzaslargas.»

—El señor Settergreen soy yo —dijo muy satisfecho, mostrando la tarjeta a Pippi.

Y escribió en otra:

«El *Señor Nelson* tendrá el placer de acompañar a la señorita Settergreen.»

—Bueno —dijo Pippi—, pero el caballo, aunque no pueda sentarse a la mesa, ha de tener también su tarjeta.

«El caballo tendrá el gusto de quedarse en su rincón, adonde se le llevarán pasteles y azúcar.»

Pippi le puso la tarjeta ante un ojo y le dijo:

—Lee esto y dime qué te parece.

Como el caballo no objetó nada, Tommy ofreció el brazo a Pippi y se dirigieron a la mesa. El *Señor Nelson* no hizo movimiento alguno, en vista de lo cual Annika tuvo que cogerlo y llevarlo hasta allí.

El mono se negó a tomar asiento en una silla: lo hizo sobre la misma mesa. Tampoco quiso chocolate con crema. Sin embargo, cuando le llenaron la taza de agua, la levantó con las dos manos y se la bebió.

Annika, Pippi y Tommy empezaron a comer, y Annika dijo que si aquellos dulces eran como los que se hacían en China, se iría a vivir a China cuando fuera mayor.

Cuando hubo vaciado su taza, el *Señor Nelson* se la puso en la cabeza, boca abajo. Pippi, al verlo, hizo lo mismo; pero como no había acabado de tomarse el chocolate, le cayó por la frente una pequeña catarata oscura y pastosa que le llegó a la nariz. Pippi le salió al paso con la lengua, mientras decía:

—Todo hay que aprovecharlo.

Annika y Tommy rebañaron concienzudamente sus tazas antes de ponérselas en la cabeza.

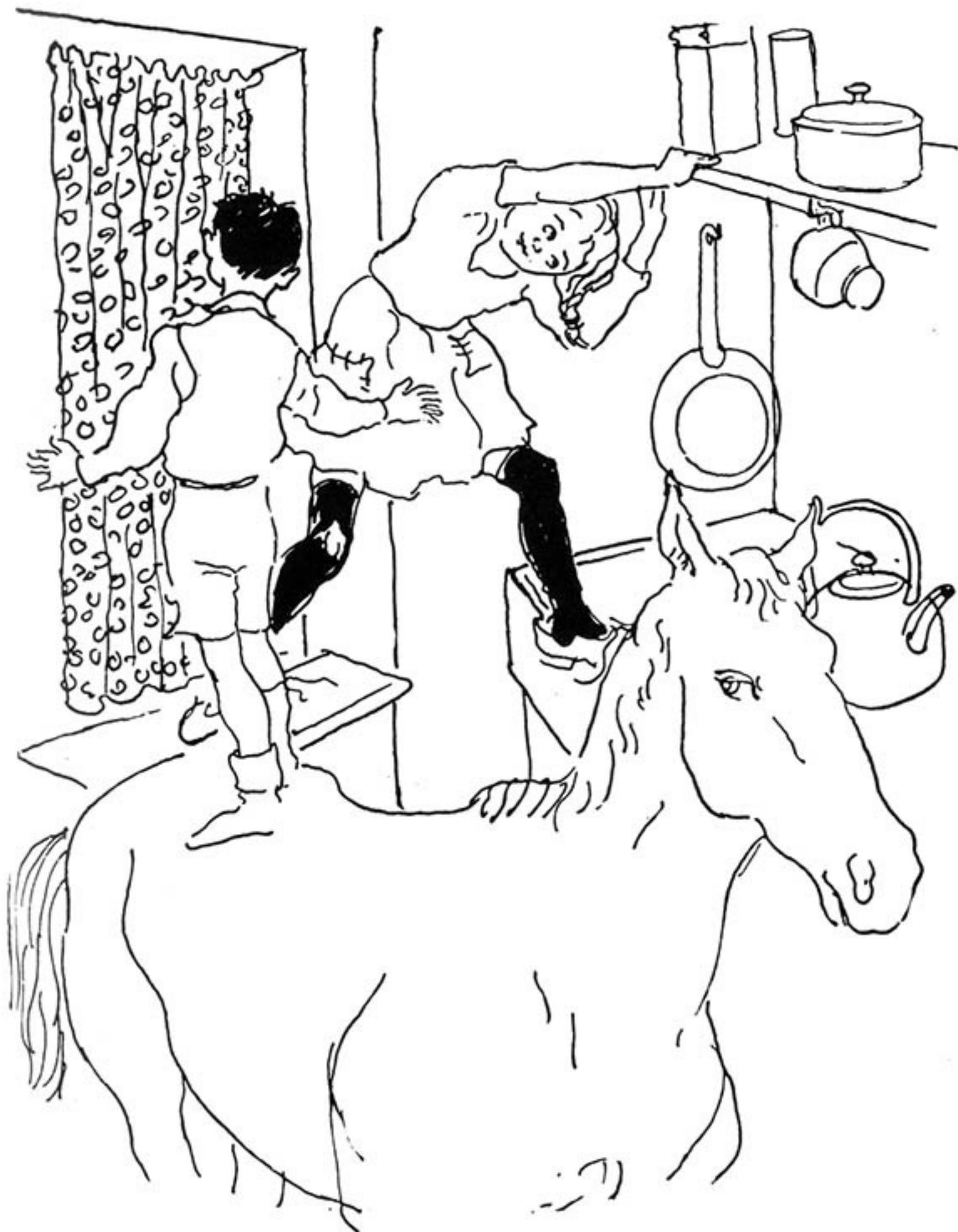
Una vez quedaron todos satisfechos, —incluso el caballo, que también había recibido su ración—, Pippi cogió el mantel por las cuatro puntas y lo levantó, de modo que las tazas y los platos, chocando unos con otros, rodaron hacia el centro, donde quedaron como en el fondo de un saco. Luego guardó el mantel en el cajón de la leña.



—Me gusta poner un poco de orden cuando acabo de comer —dijo.

Acto seguido empezaron los juegos. Pippi propuso uno al que llamaba «sin pisar el suelo» y que era sumamente sencillo. Todo consistía en dar vueltas a la cocina sin poner los pies en el suelo. Pippi dio una vuelta en unos segundos, y Annika y Tommy lo hicieron casi tan bien como ella. La vuelta empezaba en el fregadero, desde donde, estirando bastante las piernas, se podía

pasar a la chimenea, y de aquí al cajón de la leña. Desde este cajón se subía al estante, y desde el estante se bajaba a la mesa. De la mesa se pasaba a dos sillas, y de ellas al armario, que estaba en un rincón. Entre el armario y el fregadero había una distancia de varios metros, pero, por fortuna, allí estaba el caballo. Si uno montaba en él por la cola y, después de avanzar hasta la cabeza, daba un salto preciso, aterrizaba exactamente en el fregadero.



Después de jugar un rato, y cuando el vestido de Annika no parecía ya el número dos, sino el cinco o el seis, y Tommy estaba más negro que el hollín, decidieron divertirse de otro modo.

—Subamos al desván a hacer una visita a los espíritus —sugirió Pippi.

Annika se estremeció.

—Pero ¿hay espíritus en el desván?

—¿Que si hay? ¡A montones! —le contestó Pippi—. Está abarrotado de fantasmas y espíritus de varias clases. Es imposible entrar en el desván sin ver alguno. ¿Vamos?

—¡No, no! —exclamó Annika mirando a Pippi con un gesto de reproche.

—Mamá dice que no hay espíritus ni fantasmas —dijo Tommy.

—Y, en cierto modo, es verdad —admitió Pippi—, pues no los hay en ningún sitio más que aquí. Todos los espíritus que existen viven en mi desván... Pero no hacen nada. Lo único que molesta de ellos es que dan en los brazos unos pellizcos que dejan cardenales. Por lo demás, se limitan a gemir y a jugar a los bolos con sus cabezas.

—¿Con... sus... cabezas? —preguntó Annika, casi sin voz.

—Sí, con sus cabezas —afirmó Pippi—. ¡Vamos! Subamos a hablar con ellos. Yo juego bien a los bolos.

Tommy no quería demostrar que tenía miedo. Además, estaba deseando ver un espíritu. Así, podría contarlo a sus compañeros de colegio. Por otra parte, se consolaba pensando que los espíritus no se atreverían a hacerles nada estando Pippi presente. Total, que decidió ir al desván. Annika no quería subir de ningún modo, pero se le ocurrió pensar que, a lo mejor, algún espíritu bajaba a visitarla si se quedaba sola en la cocina, y esta idea la decidió. Era preferible estar con Pippi y con Tommy entre miles de espíritus, que sola con un espíritu, por pequeño que fuera, en la cocina.

Pippi, que iba delante, abrió la puerta de la escalera que conducía al desván. En ella la oscuridad era absoluta. Tommy se apretaba contra Annika, y Annika se apretaba todavía más contra Tommy. Empezaron a subir. Los escalones crujían, gemían... Tommy comenzó a decirse que lo mejor sería dejar aquel juego; en cuanto a Annika, no podía decirse absolutamente nada.

Poco a poco subieron hasta los últimos peldaños y llegaron al desván. En él la oscuridad era casi absoluta: solo se veía una estrecha franja de luz lunar en el suelo. Se oían suspiros y silbidos en todos los rincones. El viento penetraba por las rendijas.

—¡Salve, espíritus! —exclamó Pippi.

Pero si había alguno en el desván, no contestó.

—No me acordaba de que han ido a una junta de la Agrupación de Espíritus y Fantasmas —dijo Pippi.

A Annika se le escapó un suspiro de alivio y deseó que la junta durase toda la noche. Pero en esto se oyó un grito espantoso en un rincón del desván, y acto seguido Tommy vio que algo se lanzaba silbando hacia él, a través de la oscuridad. Sintió que le soplaban en la frente y luego vio que una cosa negra huía por la abierta ventana. Tommy gritó con todas sus fuerzas:

—¡Un espíritu, un espíritu!

Annika se pegó a su hermano.

—Este desgraciado va a llegar tarde a la junta —dijo Pippi—. Bueno, si verdaderamente era un espíritu y no una lechuza... En realidad los espíritus no existen —continuó tras una pausa—, porque cuanto más pienso en ello, más convencida estoy de que era una lechuza. ¡Y al que diga que los espíritus existen, le retuerzo la nariz!

—Pues tú misma lo has dicho —dijo Annika.

—¿Yo? Entonces me retorceré la nariz.

Y se la retorció sin contemplaciones.

Desde este momento, Annika y Tommy se sintieron más tranquilos. Incluso se atrevieron a asomarse a la ventana y mirar al jardín. Grandes y oscuras nubes recorrían el cielo, ocultando a ratos la luna. Los árboles se balanceaban entre murmullos.

Tommy y Annika se volvieron y vieron —¡horror!— una figura blanca que iba hacia ellos.

—¡Un espíritu! —gritó Tommy, aterrado.

Annika sintió tal pánico que no pudo ni siquiera gritar. La figura seguía acercándose, acercándose. Annika y Tommy se abrazaron y cerraron los ojos. Luego oyeron decir:

—Mirad lo que he encontrado: la camisa de dormir de mi padre. Estaba aquí arriba, en un viejo baúl de marinero. Haciéndole un dobladillo, la podré usar.

Pippi se acercó a ellos envuelta en aquella camisa que le llegaba a los pies.

—¡Oh, Pippi, qué susto me has dado! —exclamó Annika.

—Pero si las camisas de dormir no hacen nada. Solo muerden en defensa propia.

Pippi decidió examinar detenidamente el contenido del baúl de marinero. Lo arrastró hasta la ventana y levantó la tapa. El tenue resplandor de la luna cayó de lleno sobre el interior del baúl. Había allí varios trajes viejos, un antejo, dos libros medio desencuadernados, tres pistolas, una espada y una bolsa llena de monedas de oro, todo lo cual fue sacado y depositado en el suelo.

—¡Hoy es un día de suerte! —exclamó Pippi alegremente.

—¡Un día emocionante! —dijo Tommy.

Pippi se lo puso todo en el faldón de la camisa de dormir y bajaron de nuevo a la cocina. Annika se felicitó de verse lejos del desván.

—No dejéis nunca que los niños manejen armas de fuego —dijo Pippi con una pistola en cada mano—, pues podría ocurrirles algo desagradable.

Y disparó las dos pistolas a un tiempo.

—¡Esto es tener puntería! —exclamó levantando la cabeza—. Mirad: hay dos agujeros en el techo y las balas los han atravesado. Y quién sabe —añadió, esperanzada— si las balas, después de atravesar el techo, habrán alcanzado a algún espíritu en una pierna. Así no le quedarán ganas de volver a asustar a los niños inocentes. Pues, aunque los espíritus no existan, no cabe duda de que muchas personas pasan muy malos ratos por su culpa. Y ahora decidme: ¿queréis una pistola cada uno?

Tommy se estremeció de alegría. Annika dijo que le gustaría tener una pistola, pero descargada.

—Ahora, si quisiéramos podríamos formar una banda de ladrones —dijo Pippi mirando por el antejo—. Con esto creo que se pueden ver incluso las moscas de América del Sur. Nos será muy

útil si decidimos formar la banda.

En este momento llamaron a la puerta. Era el padre de Tommy y Annika, que venía a llevárselos. Les dijo que hacía ya rato que debían estar en la cama. Tommy y Annika tuvieron que apresurarse a dar las gracias a Pippi, despedirse de ella y reunir sus propiedades, es decir, la flauta, el broche y las pistolas.

Pippi siguió a sus invitados hasta el portal y los vio desaparecer por el camino del jardín. La luz del interior de la casa se proyectaba sobre Pippi. Allí estaba, en pie, muy tiesas sus trenzas rojas, y la camisa de dormir de su padre fregando el suelo. Llevaba una pistola en una mano y una espada en la otra. Con la espada presentaba armas.

Al llegar Annika, Tommy y su padre a la puerta de su casa oyeron un disparo y se detuvieron a escuchar. El viento gemía entre los árboles, ahogando la voz de Pippi. Sin embargo, le oyeron decir:

—¡Cuando sea mayor seré pirata! ¿Y vosotros?

PIPPI SE EMBARCA

PIPPY VIVE AÚN EN VILLA MANGAPORHOMBRO

Si un viajero visitase cierta pequeña ciudad sueca y un día llegara a determinado lugar de sus alrededores, tendría ante sus ojos Villa Mangaporhombro. No es que esta casa tenga nada de especial, pues está bastante vieja y la rodea un descuidado y selvático jardín; pero lo más natural será que el visitante se detenga y se pregunte quién vivirá en ella y por qué hay un caballo en el porche. Si empieza a oscurecer y ve a una niña pasear por el jardín sin la menor intención de irse a dormir, pensará: «No comprendo por qué la madre de esta niña no la ha enviado ya a la cama. Los demás niños están todos acostados a estas horas».

Y si la niña se acerca a la verja (lo que seguramente hará, pues le gusta hablar con todo el mundo), entonces podrá verla bien, y hasta es muy probable que piense: «Es la niña más pecosa y pelirroja que he visto en mi vida». Y después es muy posible que se diga: «Está muy bien ser pecosa y pelirroja cuando se tiene un aspecto tan sano y alegre como esta niña».

Seguramente el viajero querrá conocer el nombre de esta niña que vaga solitaria a la luz del crepúsculo, y le preguntará:

—¿Cómo te llamas?

Y ella responderá jovialmente:

—Pippilotta Delicatessa Windowshade Mackrelmint. Soy hija del capitán Efraín Calzaslargas, que fue el rey de los mares y hoy es el rey de los caníbales. Pero todo el mundo me llama Pippi.

Y lo dirá creyendo de verdad que su padre es rey de los caníbales, porque una vez que iba navegando en compañía de Pippi se cayó por la borda y desapareció. El padre de Pippi era muy fuerte: por eso ella estaba segura de que no se había ahogado. Era muy propio de aquella cabecita pensar que habría ido a parar a cualquier isla y que allí le habrían nombrado rey de los caníbales. Pippi estaba convencida de que era esto lo que había sucedido.

Si el viajero sigue hablando con Pippi se enterará de que la niña vive completamente sola en Villa Mangaporhombro (mejor dicho, sin más compañía que la del caballo del porche y un mono llamado *Señor Nelson*). Y si se trata de un hombre bonachón, es natural que se pregunte: «¿Qué vida llevará esta pobre niña?».

Sin embargo, no hay motivo para preocuparse. «Soy más rica que Creso», solía decir Pippi. Y lo era, en efecto. Terna una maleta llena de monedas de oro, regalo de su padre, y se desenvolvía muy bien sin padre ni madre. Allí no había nadie que le dijera cuándo tenía que irse a la cama; pero Pippi se encargaba de decírselo a sí misma. A veces no se lo decía hasta eso de las diez, pues nunca había podido comprender por qué los niños tenían que ir a acostarse a las siete, ya que después de esa hora es cuando uno se lo pasa mejor. No era, pues, extraño ver a Pippi vagar por el jardín después de la puesta del sol, cuando el aire refrescaba y Tommy y Annika hacía ya rato que estaban acurrucados en sus camas.

Annika y Tommy eran los compañeros de juegos de Pippi. Vivían en la casa de al lado. Tenían

padre y madre, y los dos, la madre y el padre, creían que era muy conveniente para los niños estar en la cama a las siete.

Si el viajero permaneciese junto a la verja hasta que Pippi, después de darle las buenas noches, se dirigiera a la casa, y la viera subir al porche, levantar el caballo con sus fuertes brazos y sacarlo al jardín, no cabe duda de que se frotaría los ojos y se preguntaría si soñaba. «¡Qué criatura tan extraordinaria! —se diría—. ¡Levantar en vilo un caballo! En mi vida he visto una niña igual.»

Y tendría razón: Pippi era la niña más extraordinaria que existía, por lo menos en aquella población. Podía haber niñas igualmente extraordinarias en otros lugares, pero en aquella pequeña ciudad no vivía ninguna que pudiera compararse con Pippi Calzaslargas. Y en cuanto a fuerza, ninguna niña del mundo tenía ni la mitad que ella.

PIPII VA DE COMPRAS

Un hermoso día de primavera en que el sol resplandecía, radiante, los pájaros cantaban y el agua corría alegremente por las acequias, Annika y Tommy llegaron saltando a casa de Pippi. Tommy llevaba consigo un par de terrones de azúcar para el caballo de Pippi, y tanto él como Annika se detuvieron en el porche y acariciaron al animal antes de entrar en la casa. Pippi estaba aún durmiendo, con los pies en la almohada y la cabeza entre las sábanas, pues tenía la costumbre de dormir así.

Annika le pellizcó el dedo gordo del pie y le gritó:

—¡Despierta!

El *Señor Nelson*, ya despierto, se había subido de un salto a la lámpara que colgaba del techo.

Algo empezó a agitarse bajo la colcha, y una cabeza pelirroja apareció de pronto.

Pippi abrió sus vivos ojos y sonrió abiertamente.

—¿Conque eras tú la que me pellizcaba los pies? Creí que sería mi padre, el rey de los caníbales, que quería ver si tengo callos.

Se sentó en el borde de la cama y se puso las medias, una negra y otra de color castaño.

—¡Mientras siga llevando estos zapatones, nunca tendré callos! —exclamó, a la vez que se calzaba unos zapatos negros que eran exactamente dos veces mayores que sus pies.

—Pippi —dijo Tommy—, ¿qué podemos hacer hoy? Ni Annika ni yo tenemos colegio.

—Lo pensaremos —repuso Pippi—. No podemos bailar alrededor del árbol de Navidad, porque hace tres meses que lo tiramos. Podríamos haber estado toda la mañana danzando sobre el hielo si aún lo hubiese. También sería divertido buscar oro, pero ¿cómo, si no sabemos dónde excavar? Además, casi todo el oro está en Alaska, y hay allí tantos buscadores de oro que no queda sitio para nosotros. Tendremos que inventar otra cosa.

—Sí, algo divertido —dijo Annika.

Pippi recogió sus cabellos en dos gruesas trenzas que se quedaron tiesas hacia arriba y reflexionó.

—¿Y si fuéramos de compras a la ciudad? —dijo al fin.

—¡Pero si no tenemos dinero! —replicó Tommy.

—Yo sí que tengo —dijo Pippi.

Y para demostrarlo abrió la maleta abarrotada de monedas de oro. Cogió un buen puñado de ellas y se lo echó al bolsillo del delantal, que le quedaba exactamente en medio del estómago.

—Si pudiese encontrar mi sombrero, ya estaría preparada para salir —dijo.

Pero el sombrero no aparecía por ninguna parte. Pippi miró primero en la leñera y —cosa extraña— el sombrero no estaba allí. Entonces buscó en la despensa y miró en la cesta del pan, donde no halló más que una liga, un despertador roto y una rosquilla. Finalmente echó un vistazo al estante de los sombreros, y tampoco: solo encontró una sartén, un destornillador y un trozo de

queso.

—¡Aquí no hay orden y no se puede encontrar nada! —exclamó, furiosa—. Menos mal que he encontrado este pedazo de queso, que hacía mucho tiempo que andaba buscando...

Luego gritó:

—¡Eh, sombrero! ¿Vienes de compras o no? ¡Si no apareces inmediatamente, te dejo!

El sombrero no apareció.

—Te arrepentirás de haber sido tan tonto... Pero cuando vuelva a casa no quiero oír ninguna queja —advirtió severamente.

Minutos después emprendieron el camino de la ciudad Tommy, Annika y Pippi, esta con el *Señor Nelson* en el hombro. El sol era radiante; el cielo, intensamente azul; los niños se sentían felices... Y en la cuneta el agua se deslizaba alegremente. La cuneta era profunda y contenía gran cantidad de agua.

—Me gustan los arroyos —dijo Pippi.

Y, sin pensarlo mucho, saltó al agua. Esta le llegaba más arriba de las rodillas y, si saltaba aprisa, salpicaba a Tommy y a Annika.

—Estoy haciendo el barco —añadió, y en esto tropezó y desapareció debajo del agua—. O, para ser más exactos, el submarino —terminó con toda calma, asomando la cabeza.

—¡Oh, Pippi, estás empapada! —exclamó Annika, inquieta.

—¿Y qué hay de malo en ello? —preguntó Pippi—. ¿Existe alguna ley que obligue a los niños a estar siempre secos? He oído decir que las duchas frías son muy buenas para la salud. Solo en este país cree la gente que los niños no deben andar por las cunetas. En América, las cunetas están tan llenas de niños que no hay sitio para el agua. Aquellos niños pasan el año entero en las cunetas. Como es natural, en invierno el agua se hiela y los niños quedan atrapados por el hielo, de modo que solo asoman las cabezas. Sus madres tienen que llevarles sopa, albóndigas y frutas, porque ellos no pueden ir a casa a comer. Pero están rebosantes de salud, creedme.

La pequeña ciudad estaba sencillamente encantadora bajo el brillante sol de primavera. Sus estrechas calles de guijarros serpenteaban aquí y allá entre las casas. En la mayoría de las casas había jardines, y en ellos abundaban las campanillas y los azafranes. Había en la ciudad gran cantidad de tiendas, y en aquel hermoso día de primavera estaban tan concurridas que las campanas de las puertas resonaban sin cesar. Las señoras llegaban con sus cestos al brazo para comprar café, azúcar, jabón y mantequilla. También habían salido muchos niños a comprar golosinas o goma de mascar. Sin embargo, la mayoría no disponían de dinero, y los pobrecitos tenían que quedarse fuera de la tienda y conformarse con mirar aquellas cosas tan ricas que había en los escaparates.

Cuando el radiante sol batía de pleno la ciudad, tres pequeñas figuras hicieron su aparición en la calle principal. Eran Tommy, Annika y Pippi. Esta iba dejando un reguero de agua a su paso.

—¡Qué suerte tenemos!, ¿verdad? —dijo Annika—. Mirad esas tiendas... ¡Y el bolsillo del delantal de Pippi, lleno de monedas de oro!

Tommy brincó de alegría al oír a su hermana.

—¡Bueno, empecemos! —decidió Pippi—. Ante todo, quiero comprarme un piano.

—¿Un piano, Pippi? —dijo Tommy—. ¡Pero si no sabes tocarlo!

—¿Cómo voy a saber si lo sé tocar —repuso Pippi—, si nunca lo he probado? Nunca he tenido un piano para poderlo probar. Pero te aseguro, Tommy, que tocando el piano sin piano se adquiere mucha práctica.

No encontraron ninguna casa de pianos. En vista de ello, se acercaron a una perfumería. En el escaparate había un gran bote de crema para las pecas y, junto a él, un letrero que decía ¿LE HACEN SUFRIR SUS PECAS?

—¿Qué dice ese letrero? —preguntó Pippi, que apenas sabía leer porque no quería ir al colegio como los otros niños.

—«¿Le hacen sufrir sus pecas?» —leyó Annika.

—¿Eso dice? —preguntó Pippi, pensativa—. Bueno, pues una pregunta cortés merece también una cortés respuesta. Vamos a entrar.

Abrió la puerta y entró en el establecimiento, seguida de cerca por Tommy y Annika. Detrás del mostrador había una señora de cierta edad. Pippi se dirigió a ella.

—¡No! —le dijo, resuelta.

—¿Qué deseas? —le preguntó la señora.

—¡No! —repitió Pippi.

—No te comprendo.

—Las pecas no me hacen sufrir —precisó Pippi.

Entonces comprendió la señora, que dirigió a Pippi una mirada y exclamó:

—¡Pero, hijita mía, si tienes la cara llena de pecas!

—Ya lo sé —repuso Pippi—, pero no me hacen sufrir. Las quiero mucho. Adiós.

Dio media vuelta y echó a andar; pero al llegar a la puerta se volvió y dijo:

—Si alguna vez tiene usted alguna crema que haga salir más pecas, mándeme siete u ocho botes.

Al lado de la perfumería había una tienda de vestidos.

—Todavía no hemos hecho nada —dijo Pippi—; pero ahora la cosa va en serio.

Y entraron en la tienda, primero Pippi, luego Tommy y detrás Annika. Lo primero que vieron fue un bonito maniquí que representaba a una señora muy elegante con un vestido de raso azul.

Pippi se acercó al maniquí y le estrechó la mano.

—¿Qué tal, señora, cómo está usted? Supongo que usted será la propietaria de esta tienda... Encantada de conocerla.

Y sacudía la mano del maniquí cada vez más calurosamente.

Entonces ocurrió algo espantoso: el brazo del maniquí se desprendió y salió por la boca de la manga de raso. Y allí quedó Pippi con un brazo de blanca felpa en la mano.

Tommy estaba aterrado, y Annika, a punto de echarse a llorar. En esto, un empleado acudió a todo correr y puso a Pippi de vuelta y media.

—¡Eh, eh, pare usted el carro! —dijo Pippi, harta de tanto grito—. Yo creí que esta tienda era un autoservicio, y me interesaba comprar este brazo.

El empleado se sulfuró entonces mucho más y dijo que el maniquí no estaba en venta, y mucho

menos uno de sus brazos nada más; pero que Pippi tendría que pagar todo el maniquí, por haberlo roto.

—¡La cosa tiene gracia! —exclamó Pippi—. Espero que en las otras tiendas no estén tan locos como ustedes. ¡Imaginaos que la próxima vez que tenga que hacer puré de nabos para la cena y vaya a la carnicería a comprar un hueso de cerdo para cocerlo con los nabos, el carnicero me obligue a llevarme el cerdo entero!

Mientras hablaba sacó distraídamente unas monedas de oro del bolsillo de su delantal y las dejó sobre el mostrador. El empleado se quedó mudo de asombro.

—¿Cuesta esa señora más que esto? —preguntó Pippi.

—¡Oh, no! ¡Ni muchísimo menos! —dijo el empleado con una cortés reverencia.

—Bien; pues quédese con el cambio y cómpreles algo a sus hijos —dijo Pippi, y se dirigió a la puerta.

El empleado corrió tras ella, sin cesar de hacerle reverencias, y le preguntó adonde tenía que enviarle el maniquí.

—No quiero más que este brazo, y me lo llevaré yo misma —respondió Pippi—. El resto puede usted repartirlo entre los pobres. ¡Adiós!

—Pero ¿qué vas a hacer con ese brazo? —preguntó Tommy cuando estuvieron en la calle.

—¿Que qué voy a hacer? ¿No hay gente que tiene dientes postizos y pelucas postizas, e incluso narices postizas? Pues bien puedo yo tener un brazo postizo. Y ya que hablamos de brazos, permíteme que te diga que es muy práctico tener tres. Recuerdo que una vez, cuando papá y yo navegábamos por esos mares de Dios, llegamos a una ciudad donde todo el mundo tenía tres brazos. Os aseguro que es una cosa utilísima. Os pondré un ejemplo. Cuando estaban sentados a la mesa y tenían el tenedor en una mano y el cuchillo en la otra, y de pronto necesitaban rascarse una oreja, no venía nada mal poder sacar un tercer brazo. Así ganaban mucho tiempo.

Pippi quedó pensativa. Al fin exclamó:

—¡Ya estoy mintiendo otra vez! A cada momento bullen las mentiras en mi interior. No puedo evitarlo. La verdad es que en aquella ciudad nadie tenía tres brazos: todo el mundo tenía dos.

Permaneció muda y ensimismada durante unos instantes. Luego dijo:

—Pero había muchos que tenían solamente un brazo. Y algunos ni uno siquiera. De modo que, cuando iban a comer, tenían que echarse encima de los platos y lamerlos. En cuanto a rascarse las orejas, les era totalmente imposible: tenían que decir a sus madres que se las rascaran. Esto es lo que verdaderamente ocurría allí.

Pippi movió la cabeza tristemente.

—Lo cierto es que jamás he visto ningún sitio donde hubiese menos brazos que en aquella ciudad. Pero en esto no tengo remedio: me gusta darme importancia, causar admiración y decir que la gente tiene más brazos de los que tiene en realidad.

Pippi continuó la marcha con el brazo artificial marcialmente echado al hombro. Se detuvo ante una pastelería. Una hilera de niños contemplaban las maravillas que había en el escaparate. Se veían allí grandes vasijas repletas de caramelos rojos, azules y verdes, largas filas de pasteles de chocolate, montañas de pastillas de goma de mascar y tentadoras mermeladas. No era de

extrañar que los niños que contemplaban el escaparate lanzaran de vez en cuando un profundo suspiro: no tenían dinero, ni siquiera una moneda de cinco ores.

—¿Entramos en esta tienda? —inquirió Tommy ansiosamente tirando a la niña del vestido.

—Sí, entremos.

Y entraron.

—Deme dieciocho kilos de dulces —dijo Pippi blandiendo una moneda de oro.

La dependienta la miró boquiabierta. No estaba acostumbrada a que le compraran tantos dulces de una vez.

—Querrá usted decir dieciocho dulces, ¿no? —preguntó.

—Dieciocho kilos de dulces —repitió Pippi, y depositó la moneda de oro en el mostrador.

La dependienta tuvo que empezar a toda prisa a pesar dulces en grandes bolsas de papel. Annika y Tommy iban señalando los más ricos. Había unos de color rojo que eran deliciosos. Después de mordisquearlos un poco, se tropezaba uno con un centro de crema. Otros, de un sabor ácido y color verde, tampoco estaban mal. La jalea de frambuesa y las barritas de regaliz no se quedaban atrás.

—Nos podemos llevar tres kilos de cada clase —sugirió Annika.

Y así lo hicieron.

—Si además me llevo sesenta barritas de azúcar y setenta y dos bolsas de caramelos, no creo que necesite nada más por hoy, excepto ciento tres cigarrillos de chocolate —dijo Pippi—. Necesitaría una carretilla para poder llevarme todo esto.

La dependienta le dijo que seguramente encontraría carretillas en la tienda de juguetes de al lado.

Mientras tanto, se había congregado ante la pastelería una gran muchedumbre de niños. Miraban por el escaparate, y casi se desmayaron cuando vieron las cantidades de dulces que Pippi compraba.

Pippi corrió a la tienda vecina, compró un carrito y cargó en él los paquetes. Luego miró al grupo de niños y exclamó:

—Si alguno de vosotros no quiere comer dulces, que dé un paso al frente.

Nadie dio un paso al frente.

—Bueno —dijo Pippi—, entonces que lo den los niños que quieran comer dulces...

Veintitrés niños dieron un paso al frente, y entre ellos estaban Annika y Tommy, ¡cómo no!

—¡Tommy, abre las bolsas! —dispuso Pippi.

Tommy obedeció, y acto seguido empezó un festín de dulces sin precedentes en aquella ciudad. Todos los niños se llenaron la boca de dulces, aquellos dulces rojos, con su delicioso centro de crema, y los ácidos de color verde, y también los de regaliz y los de jalea de frambuesa. Algunos sostenían al mismo tiempo un cigarrillo de chocolate entre los labios, pues el sabor del chocolate y el de la jalea de frambuesa unidos forman un conjunto formidable.

De todas direcciones acudían niños corriendo, y Pippi repartía dulces a manos llenas.

—Tendré que ir a comprar dieciocho kilos más —dijo—. De lo contrario, no quedará nada para mañana.

Compró dieciocho kilos más, pero ni aun así quedó gran cosa para el día siguiente.

—Ahora vamos a la tienda de al lado —dijo Pippi.

Entró en la tienda de juguetes, y todos los niños la siguieron. Había toda clase de maravillas: trenes y automóviles de cuerda, muñecas con preciosos vestidos, minúsculas vajillas, pistolas de juguete, soldados de plomo, perros y elefantes de trapo y marionetas...

—¿En qué puedo servirles? —preguntó el dependiente.

—Quisiéramos un poco de todo —repuso Pippi paseando la mirada por los estantes—. Andamos muy mal de marionetas, por ejemplo, y de pistolas. Supongo que usted podrá poner remedio a esto.

Pippi sacó un puñado de monedas de oro, con lo cual los niños pudieron elegir todo aquello que más deseaban. Annika escogió una bonita muñeca de claro y rizado cabello, que llevaba un vestido de raso de color de rosa y que decía «mamá» cuando se le apretaba el estómago. Tommy se llevó una cerbatana y una máquina de vapor. Los demás niños escogieron también lo que más les gustó, de modo que, terminadas las compras de Pippi, quedó muy poca cosa en la tienda: solo unos cuantos marcadores de libros y piezas de construcción. Pippi no se compró nada; en cambio, el *Señor Nelson* se llevó un espejo.

Poco antes de salir, Pippi compró a cada niño un silbato de cuco, y cuando salieron a la calle todos empezaron a hacer sonar los pitos, mientras Pippi llevaba el compás con el brazo artificial. Un niño se quejó de que su silbato no sonaba. Pippi lo examinó.

—No me extraña —dijo—: hay una bola de goma de mascar en el orificio. ¿De dónde has sacado este tesoro? —añadió mientras sacaba la bolita blanca—. Que yo sepa, no he comprado goma de mascar.

—La tengo desde el viernes —dijo el niño.

—¿Y no temes que se te pegue en la garganta y te ahogue? Tengo entendido que así suelen acabar los mascadores de goma.

Devolvió el silbato al niño, y este pudo ya tocarlo con tanto brío como los demás. Armaron tal baraúnda en la calle principal que acudió un policía a ver qué pasaba.

—¿Qué significa este estrépito? —exclamó.

—Es la marcha del regimiento de Kronoberg —explicó Pippi—, pero no puedo asegurarle que todos los muchachos se den cuenta de ello. Algunos parecen creer que estamos tocando eso de: «¡Que vuestras canciones resuenen como el trueno!».

—¡Silencio! —bramó el policía llevándose las manos a los oídos.

Pippi le dio unos golpecitos amistosos en la espalda con el brazo artificial.

—Menos mal que no hemos comprado saxofones —comentó.

Los silbatos de cuco fueron callando uno tras otro, y al fin solo se oía de vez en cuando el débil sonido del silbato de Tommy.

El policía dijo con énfasis que no se permitían las reuniones numerosas en el centro de la población y que cada cual debía irse a su casa. Los niños no pusieron objeción alguna: ansiaban probar sus trenes, jugar con los automóviles o acostarse con sus muñecas. Por eso todos se marcharon a sus casas, felices y contentos. Aquella noche, ninguno de ellos cenó.

Pippi, Tommy y Annika emprendieron también el regreso. Pippi tiraba del carrito. Miraba todos los anuncios que encontraban a su paso y los deletreaba lo mejor que podía.

—«Far... ma... ci... a». ¿No es ahí donde se compran melecinas?

—Sí, ahí es donde se compran me-di-ci-nas —respondió Annika.

—Pues voy a entrar a comprar algunas —dijo Pippi.

—Pero no estás enferma, ¿verdad? —preguntó Tommy.

—No, pero puedo estarlo —repuso Pippi— Hay millones de personas que han enfermado y muerto precisamente porque no compran melecinas a tiempo. Estáis muy equivocados si creéis que a mí me va a pasar lo mismo.

Al entrar vieron que el farmacéutico estaba llenando cápsulas.

Solo quería llenar algunas más, porque ya casi era la hora de cerrar. Pippi, Tommy y Annika se acercaron al mostrador.

—Deme usted cuatro litros de melecina —dijo Pippi.

—¿Qué clase de medicina? —preguntó el farmacéutico, impaciente.

—Pues alguna que sea buena para las enfermedades —respondió Pippi.

—¿Qué clase de enfermedades? —preguntó el farmacéutico, cada vez más impaciente.

—Mire, denos una que sirva para la tos ferina, las rozaduras de los talones, el dolor de vientre, y para cuando se mete una judía en la nariz o algo parecido. Y si es posible, que también se pueda usar para pulir los muebles. Tiene que ser una melecina muy buena.

El farmacéutico dijo que no había ninguna medicina tan extraordinaria. Explicó que las diferentes enfermedades requerían medicinas diferentes y, después de haber mencionado Pippi otras diez dolencias que quería curar, puso una gran hilera de frascos sobre el mostrador. En algunos de ellos pegó un papelito con la inscripción «Solo para uso externo», para que se supiese que aquellos medicamentos se utilizaban para friegas y no se podían tomar por la boca.

Pippi pagó, recogió los frascos, dio las gracias al farmacéutico y salió, seguida por Annika y Tommy. El farmacéutico miró el reloj y, al ver que era la hora de cerrar, bajó la puerta metálica, feliz ante la idea de que iba a irse a casa a cenar.

Una vez en la calle, Pippi dejó los frascos en el suelo.

—¡Me olvidaba de lo más importante! —exclamó.

Al volver a la farmacia y verla cerrada, puso el dedo en el timbre y apretó con fuerza durante un buen rato. Annika y Tommy lo oyeron sonar claramente en el interior.

Un momento después se abrió una ventanilla, que había en la misma puerta y que se utilizaba para despachar las medicinas por la noche en los casos de urgencia. El farmacéutico asomó la cabeza. Su cara enrojeció de ira.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Perdóneme, señor —dijo Pippi—, pero acabo de acordarme de una cosa. ¿Usted sabe tanto de enfermedades! ¿Qué es mejor si se tiene dolor de estómago: comerse una salchicha caliente o remojar el estómago con agua fría?

La cara del farmacéutico estaba cada vez más roja.

—¡Largo de aquí! —gritó—. ¡Venga! ¡Mira que....!

Y cerró de golpe la ventanilla.

—¡Huy, qué mal genio tiene! —dijo Pippi—. ¡Ni que le hubiera insultado!

Tocó el timbre de nuevo, y pocos segundos después volvió a asomar la cabeza del farmacéutico. Su rostro estaba esta vez más rojo que nunca.

—La salchicha es un poco pesada, ¿verdad? —preguntó Pippi mirándole cariñosamente.

El farmacéutico no contestó: se limitó a volver a cerrar la ventanilla de golpe.

Pippi se encogió de hombros.

—¿Qué le vamos a hacer? —murmuró—. Probaré a comerme la salchicha y, si me sienta mal, peor para él, pues se sentirá culpable.

Se sentó tranquilamente en el suelo, frente a la farmacia, y puso en fila los frascos.

—¡Qué poco prácticas son las personas mayores! —dijo—. Aquí tengo... dejadme contarlos... ocho frascos, y todo cabe perfectamente en este, que está medio vacío. Menos mal que yo tengo un poco de sentido común.

Dicho esto, quitó los tapones de los frascos y vertió todas las medicinas en el que estaba medio vacío. Lo agitó con fuerza, se lo llevó a la boca y echó dos buenos tragos.

Annika, que sabía que algunos de aquellos medicamentos eran para dar friegas, sintió cierta inquietud.

—¡Pero, Pippi! —exclamó—. ¿Estás segura de que ninguna de esas medicinas es un veneno?

—Lo averiguaré —repuso Pippi alegremente—. Lo sabré mañana lo más tarde. Si estoy viva todavía, tendremos la seguridad de que no hay aquí ningún veneno y de que hasta los niños pequeños pueden tomar esta mezcla.

Annika y Tommy meditaron sobre el asunto. Poco después, Tommy dijo, caviloso e intranquilo:

—Pero eso puede ser venenoso, y entonces...

—Entonces podréis usar lo que queda en el frasco, para pulir los muebles del comedor —le atajó Pippi—. Sea venenosa o no, la melecina se aprovechará, y no habremos hecho un gasto inútil.

Y depositó el frasco en el carrito, junto al brazo artificial, la máquina de vapor y la cerbatana de Tommy, la muñeca de Annika y una bolsa con cinco dulces rojos que era todo lo que quedaba de los dieciocho kilos. El *Señor Nelson* iba también en el carro. Estaba cansado y tenía ganas de ir en coche.

—¿Sabéis una cosa? Esta medicina es muy buena. Me siento mucho mejor. Sobre todo, por la parte de la espalda.

Empezó a inclinarse hacia atrás y hacia delante para demostrarlo, y acto seguido partió con su carrito, camino de Villa Mangaporhombro. Tommy y Annika echaron a andar a su lado, mientras sentían cierta molestia en el estómago.

PIPPI ESCRIBE UNA CARTA Y VA UN RATO A LA ESCUELA

—Hoy —dijo Tommy—, Annika y yo hemos escrito una carta a nuestra abuela.

—¿De verdad? —exclamó Pippi mientras removía algo en una cazuela con el mango del paraguas—. Va a ser una cena estupenda —añadió metiendo la nariz en la cazuela para oler el contenido—. Hiérvase durante una hora, remuévase y sírvase inmediatamente, sin jengibre... ¿Qué me decías? ¿Que habéis escrito a vuestra abuela?

—Sí —repuso Tommy, que estaba sentado en la leñera de Pippi, balanceando las piernas—, y muy pronto recibiremos contestación.

—Yo nunca recibo cartas —se lamentó Pippi.

—Tampoco escribes ninguna —dijo Annika—. Para recibir cartas, hay que empezar por escribirlas.

—Y eso te pasa por no querer ir al colegio —dijo Tommy—. Nunca aprenderás a escribir si no vas.

—Yo sé escribir —le repuso Pippi—. Conozco muchas letras. Fridolf, un marinero del barco de mi padre, me las enseñó. Y cuando se me acaban las letras, pongo números. Sí, señor; yo sé escribir. Lo que pasa es que no sé qué escribir. ¿Qué decís vosotros en las cartas?

—¡Oh! —exclamó Tommy—. Pues yo empiezo por preguntarle a la abuela cómo está, y luego le digo que yo estoy bien, y después suelo hablar un poco del tiempo y de cosas así. Hoy le he dicho también que había matado una rata muy grande en la bodega.

Pippi reflexionó. Luego dijo:

—Es una vergüenza que yo no reciba nunca cartas. Todos los niños las reciben. Esto no puede continuar. Ya sé que no tengo abuela que me escriba, pero esto tiene arreglo, pues puedo escribirme yo misma. Voy a hacerlo ahora mismo.

Abrió la puerta del horno y miró al interior.

—Aquí tenía que haber un lápiz, si no me equivoco.

Sí, había un lápiz. Pippi lo sacó. Luego partió en dos una gran bolsa de papel blanco y se sentó a la mesa de la cocina. Con el ceño fruncido, empezó a morder el extremo del lápiz.

—¡No me molestéis! Estoy pensando —dijo.

Tommy y Annika decidieron ponerse a jugar con el *Señor Nelson* mientras Pippi escribía. Empezaron a ponerle y quitarle disfraces. Annika tuvo la ocurrencia de acostarlo en la verde camita de muñecas, y el mono se quedó dormido. Annika quería jugar a las enfermeras. Tommy haría de doctor, y el *Señor Nelson*, de niño enfermo. Pero el mono ya no quería estar acostado: a cada momento se levantaba, empezaba a dar saltos y se colgaba de la lámpara con el rabo.

Pippi levantó la cabeza, dejando de escribir.

—¡Qué tonto eres, *Señor Nelson*! —exclamó—. Los niños enfermos no se cuelgan de las

lámparas con el rabo. Por lo menos en este país. He oído decir que lo hacen en África del Sur. Allí cuelgan a los niños de una lámpara en cuanto tienen un poquitín de fiebre, y allí lo dejan hasta que se pone bien. Pero no estamos en África del Sur, deberías entenderlo.

Entonces Annika y Tommy dejaron al *Señor Nelson* y salieron al porche a cepillar al caballo. El animal se alegró mucho al verlos y les olfateó las manos para ver si le llevaban azúcar. No habían pensado en ello, pero Annika entró corriendo en la casa y cogió un par de terrones.

Pippi no cesaba de escribir. Por fin terminó la carta. No tenía sobre, pero Tommy fue a su casa por uno. Y, de paso, cogió un sello. Pippi escribió con todo cuidado su nombre y su dirección en el sobre: «Señorita Pippilotta Calzaslargas. Villa Mangaporhombro».

—¿Qué dice la carta? —preguntó Annika.

—¿Cómo quieres que lo sepa si ni siquiera la he recibido todavía?

En ese preciso instante pasaba el cartero por delante de Villa Mangaporhombro.

—A veces una tiene suerte —comentó Pippi— y encuentra al cartero cuando lo necesita.

Salió corriendo a la calle.

—¿Tiene usted la amabilidad de entregar esto a la señorita Pippi Calzaslargas? —dijo al cartero—. Es muy urgente.

El cartero miró primero la carta y después a Pippi.

—¿No es usted misma Pippi Calzaslargas? —le preguntó.

—Desde luego. ¿Quién quiere usted que sea, la emperatriz de Abisinia?

—Entonces, ¿por qué no se queda usted con su carta?

—¿Que por qué no me quedo con mi carta? —repuso Pippi—. ¿Pretende usted que me la entregue yo misma? Eso es pedir demasiado. ¿Acaso se ha puesto de moda que la gente se entregue ella misma cartas? Entonces, ¿qué pintan los carteros? Podrían ustedes irse a casa. Nunca he oído una tontería tan grande. Si esta es su manera de trabajar, no llegará usted a administrador de correos, se lo aseguro.

El cartero se dijo que lo mismo le daba hacer lo que aquella niña quería, y dejó caer la carta en el buzón de Villa Mangaporhombro. Apenas estuvo dentro, Pippi la volvió a sacar.

—¡Oh, qué impaciente estoy! —dijo a Tommy y a Annika—. Es la primera carta que recibo en mi vida.

Los tres niños se sentaron en las gradas del porche, y Pippi rasgó el sobre. Tommy y Annika miraron por encima del hombro de su amiga y leyeron:

QUERIDA PIPPI
ES PERO QUESTES VUON BUENA.
SERA I PENA QUE TE ECUEN3 MAL.
YO ESTOY BUENA.
EL TIEMPO ES MALO TAN VIEN.
AYER TOMMY MATO I RRATA.
SI. ESO HISO.
SALUDOS MUI CARIÑOSOS DE PIPPI

—¡Oh! —exclamó Pippi, extasiada—. Mi carta dice exactamente lo mismo que tú le dijiste en la tuya a tu abuela, Tommy. De modo que podéis estar seguros de que es una carta de verdad. La conservaré toda mi vida.

Guardó la carta en el sobre y este en uno de los cajones de la cómoda que tenía en el recibidor. A Annika y Tommy les encantaba contemplar los tesoros de la cómoda de Pippi. De vez en cuando, Pippi les regalaba alguna de las cosas que iba sacando de los cajones y, sin embargo, estos continuaban tan llenos como antes.

—Pero en esa carta —dijo Tommy cuando Pippi la hubo guardado— hay muchas palabras mal escritas.

—Es verdad, Pippi; te convendría ir al colegio para aprender a escribir un poco mejor —opinó Annika.

—Gracias —repuso Pippi—. Una vez fui un día entero, y aprendí tanto que todavía estoy mareada.

—Un día de estos vamos a ir de merienda todos los alumnos —dijo Annika.

—¡Oh, qué pena! —exclamó Pippi mordisqueándose una de las trenzas—. Yo no puedo ir a la merienda porque no voy al colegio. La gente se cree con derecho a tratar de cualquier modo a los que no han ido a la escuela para aprender a plutificar.

—Multiplicar —corrigió Annika dándose importancia.

—Pues eso he dicho: plutificar.

—Nos adentraremos unas siete millas en el bosque. Y allí jugaremos —dijo Tommy.

—¡Qué pena! —exclamó de nuevo Pippi.

El día siguiente amaneció tan templado y despejado que para los colegiales era un verdadero fastidio tener que permanecer encerrados en el colegio. La maestra abrió todas las ventanas y dejó que el sol entrara a raudales. Cerca de una de las ventanas había un abedul, y en él un estornino. El pájaro cantaba tan alegremente que los niños le escuchaban embelesados, sin que les importara lo más mínimo que nueve por nueve fueran ochenta y uno.

En esto, Tommy dio un salto de asombro.

—¡Mire, señorita! —exclamó señalando la ventana—. ¡Ahí está Pippi!

Todos los niños se volvieron y vieron que, efectivamente, Pippi estaba allí, sentada en una rama del abedul. Se la veía muy cerca de la ventana, pues la rama llegaba casi hasta el alféizar.

—¡Hola, profesora! —gritó—. ¡Hola, muchachos!

—¡Hola, Pippi, buenos días! —dijo la maestra.

Pippi había ido un día, uno solo, a la escuela. Por eso la profesora la conocía. Las dos habían acordado que Pippi volvería a la escuela cuando fuese un poco mayor y más juiciosa.

—¿Qué quieres, Pippi? —preguntó la maestra.

—Pues... solo quería rogarle que me tirase por la ventana una pequeña plutificación —repuso Pippi—. Así podré ir de merienda con ustedes. Y si ha descubierto más letras, puede tirármelas también.

—¿No quieres entrar un ratito? —preguntó la profesora.

—Preferiría no entrar —contestó con toda franqueza Pippi, mientras se recostaba

cómodamente en la rama—, pues si entrase me marearía. La sabiduría es tan espesa ahí dentro que se puede cortar con un cuchillo. Pero ¿no cree usted que podría enviarme un poco de esa sabiduría por la ventana? Solo la que me haga falta para poder ir de merienda.

—Ya veremos —contestó la maestra, y continuó con la lección de aritmética.

Todos los niños estaban encantados de ver a Pippi sentada cerca de ellos, en la rama del abedul. A todos les había dado dulces y juguetes el día que fue de compras. Pippi llevaba consigo al *Señor Nelson*, naturalmente, y a los niños les divertía mucho ver al mono saltar de rama en rama. A veces saltaba al interior de la clase, y en uno de estos brincos aterrizó en la cabeza de Tommy y empezó a tirarle del pelo. Y la maestra dijo a Pippi que llamase al *Señor Nelson*, porque Tommy iba a dividir trescientos quince por siete a la vista de todos sus compañeros, y estas cosas no pueden hacerse con un mono en la cabeza. Las lecciones no fueron nada bien aquella mañana. El sol primaveral, el estornino, Pippi y el *Señor Nelson* eran demasiadas cosas para que los niños no se distrajeran.

—¡No sé lo que os pasa hoy! —exclamó la maestra.

—¿Sabe usted lo que les pasa? —dijo Pippi desde el árbol—. Pues que no está el día para plutificaciones.

—Estamos haciendo divisiones —repuso la profesora.

—En un día tan hermoso no debe poner ninguna clase de «iones» —dijo Pippi—. Bueno, solo diversiones.

La profesora se dio por vencida.

—Bien; dinos tú cómo nos podemos divertir.

—¡Yo qué sé! —exclamó Pippi mientras se colgaba de la rama con las piernas, de modo que sus rojas trenzas casi tocaban el suelo—. Pero conozco un colegio donde no hay más que diversión. «Diversiones todo el día», dice el programa escolar.

—¿Es posible? —preguntó la maestra—. ¿Dónde está ese colegio?

—En Australia —repuso Pippi—, en un pueblecito de aquel país, bajando por el sur.

Volvió a sentarse en la rama y sus ojos centellearon.

—¿Y cómo se divierten? —inquirió la maestra.

—De mil maneras —respondió Pippi—. Generalmente, empiezan a saltar por la ventana uno tras otro, y cuando ya están fuera, vuelven a entrar, lanzando gritos tremendos. Entonces se ponen a saltar por los asientos, como verdaderas furias.

—¿Y qué dice la profesora? —preguntó la maestra.

—¿La profesora? ¿Qué va a decir, si es la primera en saltar? Por cierto, que les gana a todos en rapidez... Luego los niños entablan un combate que dura una media hora, y la profesora lo presencia y los alienta. Cuando llueve, todos los alumnos se quitan la ropa y saltan y bailan bajo la lluvia. La maestra toca una marcha en el órgano, y ellos danzan al compás de la música. Algunos se ponen debajo del desagüe de la lluvia, y así pueden tomar una verdadera ducha.

—¿Eso hacen? —preguntó la maestra.

—Sí —contestó Pippi—. Y es un colegio muy bueno, uno de los mejores de Australia. Pero está muy lejos; allá en el sur.

—Ya lo sé —dijo la maestra—. Pero esas diversiones no se han hecho para este colegio.

—Pues eso no está bien —repuso Pippi—. Si al menos dejara usted saltar por los asientos, me atrevería a entrar un rato.

—Para dar saltos tendrás que esperar a que vayamos de merienda —dijo la profesora.

—¡Oh! ¿De verdad podré ir a la merienda? —exclamó Pippi. Y se puso tan contenta que dio un salto mortal desde el árbol hasta el suelo—. Escribiré a Australia y lo contaré. Y les diré que no queremos para nada sus diversiones, porque una merienda campestre es lo más divertido del mundo.

PIPPY VA DE MERIENDA CON LOS ALUMNOS DEL COLEGIO

Los niños charlaban, reían, pataleaban de gozo. Allí estaba Tommy con su mochila a la espalda, y Annika, que lucía un flamante traje de algodón, y la maestra, y todos los alumnos, excepto un pobre niño que había tenido la desgracia de coger unas anginas precisamente el día de la merienda. Y frente a todos iba Pippi, montada en su caballo. A su espalda se veía al *Señor Nelson*, con un espejito en la mano que exponía al sol, dando muestras de júbilo si lograba enfocar un ojo de Tommy.

Annika había dado por seguro que llovería el día de la merienda, y tan convencida estaba de ello que casi se había enfadado con el tiempo por adelantado. Pero, como para demostrar que a veces puede tenerse suerte, el sol brillaba aunque fuese día de merienda campestre, y Annika sentía que el corazón le saltaba de gozo, mientras iba camino adelante con el flamante vestido de algodón. Por el mismo motivo, todos los niños se mostraban radiantes y felices. La carretera discurría entre espigas de sauce en flor, y en cierto momento de su marcha se toparon con un auténtico prado de florecillas silvestres. Los niños decidieron hacer grandes ramos de espigas de sauce y ramilletes de florecillas silvestres de color amarillo cuando regresaran de la excursión.

—¡Qué día tan hermoso! —exclamó Annika alzando la mirada hacia Pippi, que iba en su caballo, erguida como un general.

—Un día espléndido. Desde que luché con el campeón de boxeo de San Francisco, nunca me había sentido tan feliz —repuso Pippi—. «¿Te gustaría montar un poco?»

¿Cómo no le iba a gustar? Pippi la alzó y la sentó delante de ella, en la grupa del caballo. Al verla cabalgar, los demás niños quisieron montar también, como es lógico, y Pippi los fue izando por turnos. Pero a Tommy y a Annika los llevó con ella más tiempo que a los otros. Sin embargo, a una niña que tenía una llaga en un talón la llevó todo el camino sentada a su espalda. El *Señor Nelson* le tiraba de las trenzas cada vez que podía atraparlas.

La merienda se celebraría en un bosque llamado el Bosque de los Monstruos (Pippi pensó que quizá sería porque era monstruosamente bello). Cuando estaban a punto de llegar, Pippi saltó del caballo, le dio unas cuantas palmadas cariñosas y le dijo:

—Nos has llevado durante tanto tiempo que debes de estar cansado. No es justo que uno solo trabaje para todos los demás.

Y alzó el caballo con sus fuertes brazos y así lo llevó hasta que llegaron a un claro del bosque y la maestra dijo:

—Nos detendremos aquí.

Pippi miró a su alrededor y exclamó:

—¡Salid, monstruos, y medid vuestras fuerzas conmigo!

La maestra le dijo que no había monstruos en el bosque, y Pippi se sintió muy decepcionada.

—¡Un bosque de monstruos sin monstruos! ¡Qué cosas se le ocurren a la gente! Pronto inventarán los fuegos sin fuego y las fiestas de Navidad sin Navidad... ¡Qué vida esta! Pero el día que empiece a ver pastelerías sin pasteles, le ajustaré las cuentas a más de uno. En fin, tendré que hacer yo de monstruo: no veo otra solución.

Y lanzó un alarido tan tremendo que la maestra tuvo que taparse los oídos y varios niños quedaron sobrecogidos de espanto.

—¡Eso! Jugaremos a que Pippi es un monstruo —exclamó Tommy, aplaudiendo con entusiasmo.

A todos los niños les pareció excelente la idea. El monstruo penetró en una profunda grieta que había entre las rocas —su guarida—, y todos los niños empezaron a pasar por delante de la entrada, gritándole para enfurecerlo.

—¡Monstruo bobalicón! ¡Monstruo de pacotilla!

Entonces el monstruo salió de la grieta bramando y empezó a perseguir a los niños, que corrían en todas direcciones, buscando donde esconderse. El monstruo capturó a varios y se los llevó a rastras a su guarida diciendo que los iba a guisar para comérselos.

Los capturados lograban escaparse mientras el monstruo salía a cazar más niños. Salir no era cosa fácil, pues había que trepar por una roca escarpada, sin más asidero que un pequeño pino, y no sabía uno dónde poner los pies. Pero era emocionante, y los niños decían que aquel juego era el mejor del mundo.

La maestra leía tendida en la verde hierba, y observaba a los niños de vez en cuando.

—Es el monstruo más salvaje que he visto en mi vida —observó.

Lo era. Daba saltos, bramaba, se echaba de una vez tres o cuatro niños al hombro y se los llevaba a su guarida. A veces trepaba furioso a las copas de los árboles más altos y saltaba de rama en rama, como un mono. Otras, montaba de un salto en su caballo y daba caza a varios de los niños que huían entre los árboles. Con el caballo lanzado a galope tendido, el jinete se inclinaba, se apoderaba de un niño tras otro y los iba sentando delante de él. Luego galopaba hacia la guarida, profiriendo alaridos como un loco.

—¡Voy a guisaros para la cena!

Era tan divertido el juego que los niños habrían deseado que no acabara nunca. Pero de pronto todo quedó en calma. Annika y Tommy se acercaron al monstruo para ver qué ocurría, y lo hallaron sentado en una piedra, mirando con un gesto de pesar algo que tenía en la mano.

—Está muerto, mirad; está muerto —dijo el monstruo.

Lo que estaba muerto era un pajarillo recién nacido que se había caído del nido.

—¡Pobrecito! —exclamó Annika.

El monstruo asintió.

—Pippi, ¿estás llorando? —preguntó Tommy.

—¿Llorando yo? —repuso Pippi—. ¡Yo qué voy a llorar!

—Pues tienes los ojos encarnados —dijo Tommy.

—¿Los ojos encarnados? —preguntó Pippi. Y pidió prestado al *Señor Nelson* su espejo de bolsillo para mirarse—. ¿A esto llamas encarnado? ¡Ah, si hubieses estado con mi padre y

conmigo en Batavia! Había allí un hombre con los ojos tan encarnados que la policía no le permitía andar por las calles.

—¿Por qué?

—Porque lo tomaban por una señal de stop, y se armaban unos líos tremendos en el tráfico. ¡Ojos encarnados yo! ¿Crees que puedo llorar por esta ridiculez de pajarillo?

—¡Monstruo de pacotilla! ¡Monstruo de pacotilla!

De todas partes llegaban niños para averiguar dónde se escondía el monstruo. Pippi cogió el pajarillo y lo depositó delicadamente en un lecho de suave musgo.

—Si pudiera, te devolvería la vida —dijo, y lanzó un profundo suspiro.

A esto siguió un tremendo alarido.

—¡Os guisaré para cenar! —aulló.

Y los niños, con alegres gritos, desaparecieron entre los matorrales.

Ulla, una de las niñas de la clase, vivía enfrente mismo del Bosque de los Monstruos. Su madre la había autorizado a que invitara a la maestra y a sus compañeros (y también a Pippi, naturalmente) a tomar unos refrescos en su jardín. Así, cuando los niños hubieron jugado al monstruo un buen rato, y saltado por las rocas, y paseado sus barquitas de abedul en una gran charca, y visto cuántos de ellos se atrevían a saltar desde una piedra muy alta, Ulla dijo que ya era hora de ir a su casa a tomar el ponche de frutas. La maestra, que había leído su libro de cabo a rabo, asintió, reunió a los niños y todos abandonaron el Bosque de los Monstruos.

En el camino se encontraron con un hombre que conducía un carro cargado de sacos. Los sacos eran muchos y muy pesados y el caballo estaba rendido. Una de las ruedas del carro cayó en una zanja, y Bolmsterlund, que así se llamaba el carretero, se enfureció. Creyendo que había sido culpa del caballo, echó mano del látigo y empezó a dar una serie de latigazos al pobre animal. El caballo tiraba con todas sus fuerzas, tratando de sacar el carro del atolladero, pero no podía. Bolmsterlund estaba cada vez más furioso, y los latigazos eran cada vez más fuertes. Al ver esto, la profesora se compadeció del pobre caballo.

—¿No le da vergüenza martirizar a un animal de ese modo? —dijo a Bolmsterlund.

Este dejó el látigo un momento, escupió y repuso:

—No se meta usted en lo que no le importa si no quiere que me líe a latigazos con usted y con toda su compañía.

Escupió de nuevo y volvió a levantar el látigo. Al pobre caballo le temblaba todo el cuerpo. Y entonces, de repente, algo surgió como un relámpago del grupo de niños. Era Pippi. Tenía un cerco blanco alrededor de la nariz, y cuando Pippi tenía un cerco blanco alrededor de la nariz era porque estaba enfadada. Annika y Tommy lo sabían. Pippi se arrojó sobre Bolmsterlund, lo cogió por la cintura y lo lanzó al aire. Cuando llegó al suelo, lo cogió de nuevo y lo volvió a lanzar hacia arriba. Cuatro, cinco, seis viajes aéreos hizo el carretero. No sabía lo que le pasaba.

—¡Socorro, socorro! —gritaba, asustado.

Al fin quedó en el suelo tras un gran porrazo y sin el látigo, pues lo había perdido.

Pippi se plantó ante él con las manos en la cintura.

—¡No vuelvas a pegarle al caballo!, ¿oyes? Una vez, en Ciudad del Cabo, me encontré con un

hombre que le pegaba a su caballo, como tú. Llevaba un bonito uniforme, y le dije que si volvía a pegarle a su caballo le pondría perdido de arañazos y le destrozaría el bonito uniforme. Él no hizo caso, y una semana después volvió a pegarle al caballo. Fue una lástima de uniforme.

Bolmsterlund seguía sentado en la carretera, lleno de estupor.

—¿Adonde va usted? —preguntó Pippi.

Bolmsterlund, atemorizado, señaló a una casa de campo que había junto a la carretera.

—Allí, a mi casa.

Entonces Pippi desenganchó el caballo, que temblaba de cansancio y de miedo.

—Ven aquí, caballito —le dijo—, que otro gallo va a cantarte.

Y levantándolo con sus brazos, lo llevó a su establo. El caballo parecía estar tan asustado como Bolmsterlund.

Los niños esperaron a Pippi junto a la maestra. Entretanto, Bolmsterlund se rascaba la cabeza junto a su carro. Se preguntaba cómo podría llevar los sacos de allí a su casa.

Entonces regresó Pippi. Cogió uno de los grandes y pesados sacos y lo puso en la espalda de Bolmsterlund.

—Vamos a ver —dijo— si sabe usted acarrear tan bien como pegar. —Cogió el látigo—. En realidad, debería darle a usted unos cuantos latigazos, ya que parece tan aficionado a ellos. Pero este látigo está a punto de romperse. —Y le arrancó un pedazo—. Ya está completamente roto. ¡Qué lástima! —Y lo hizo añicos.

Bolmsterlund, cargado con el saco, echó a andar por el camino penosamente y sin pronunciar palabra. Se limitaba a dar algunos resoplidos. Y Pippi asió las varas del carro y lo llevó a casa.

—Aquí tiene sus sacos. No le cobraré ni un céntimo —dijo a Bolmsterlund después de dejar el carro ante el granero—. Lo he hecho con sumo placer. Las excursiones aéreas también han sido gratis.

Y salió. Bolmsterlund, atónito, la siguió un buen rato con la vista.

—¡Tres hurras en honor de Pippi! —exclamaron los niños cuando la vieron regresar.

La maestra quedó contentísima del gesto de Pippi.

—Ha sido un acto hermoso —le dijo—. Hemos de ser compasivos con los animales, y también con las personas, naturalmente.

Pippi montó en su caballo, visiblemente satisfecha.

—A mí me parece que he sido buena con Bolmsterlund —dijo—. Esos vuelos sin cobrarle nada...

—Así hay que proceder —dijo la maestra—: debemos ser buenos y amables con el prójimo.

Pippi se puso cabeza abajo sobre la grupa del caballo y agitó las piernas en el aire.

—¡Bueno, bueno! ¿Y el prójimo qué debe hacer?

En el jardín de Ulla había preparada una gran mesa. Estaba tan repleta de bollos y pasteles que, al verla, a los niños se les hizo la boca agua y todos corrieron a sentarse. Pippi lo hizo en un extremo de la mesa. Inmediatamente se apoderó de dos bollos y se llenó la boca con ellos. Parecía un querubín con los carrillos hinchados.

—Pippi —le reprochó la profesora—, hay que esperar a que nos inviten para empezar a comer.

—Pues usted no tiene por qué esperar a que yo la invite —dijo Pippi con la boca llena—. No me importa que las cosas se hagan sin ceremonias.

Entonces apareció la madre de Ulla. Llevaba un tarro de ponche de fruta en una mano y una jarra en la otra.

—¿Ponche o chocolate? —preguntó.

—Ponche y chocolate —respondió Pippi—. Ponche con un bollo y chocolate con otro.

Y sin hacerse de rogar, tomó de manos de la madre de Ulla el tarro del ponche y la jarra del chocolate a la vez y echó un largo trago de cada uno.

—Se ha pasado la vida navegando —explicó la maestra en un susurro a la madre de Ulla, que miraba asombrada a la niña.

—Ya se ve —dijo la buena señora. Y decidió no hacer ningún caso de los rudos modales de Pippi—. ¿Quieres bollitos de melaza? —le preguntó, presentándole la bandeja.

—Me parece que sí —contestó Pippi riéndose de su propia respuesta—. A decir verdad, no tuvo usted mucha suerte al cortarlos, pero espero que, de todos modos, se puedan comer. —Y echó mano a la bandeja, de donde la sacó llena de bollitos.

De pronto vio unos bonitos pasteles de color rosa fuera de su alcance. Entonces dio un ligero tirón de la cola al *Señor Nelson*.

—Anda, *Señor Nelson*, ve a traerme uno de esos «comosellamen» rosa. Tú puedes tomar para ti dos o tres.

Y el *Señor Nelson* corrió a través de la mesa, derramando el agua de algunos vasos demasiado llenos.

—Confío en que habrás quedado satisfecha —dijo a Pippi la madre de Ulla cuando la niña fue a darle las gracias después de la merienda.

—Pues no del todo. Me he quedado con sed —dijo Pippi, rascándose una oreja.

—Lamento que te haya parecido poco —dijo la madre de Ulla.

—¡No se preocupe! ¡Algo es algo! —repuso Pippi alegremente.

Después de oír este diálogo, la maestra decidió tener una conversación con Pippi acerca de su comportamiento.

—Oye, Pippi —dijo amablemente—, supongo que querrás ser una verdadera señora cuando seas mayor, ¿verdad?

—¿Se refiere usted a esas que llevan un velito encima de la nariz y tres sotabarbas debajo de ella? —preguntó Pippi.

—Me refiero a las que siempre saben cómo deben comportarse y nunca dejan de ser correctas y bien educadas. Tú querrás ser una de esas señoras, ¿no es cierto?

—Tengo que pensarlo —dijo Pippi—. Pero oiga una cosa, profesora: yo decidí hace poco ser pirata cuando fuera mayor. —Estuvo un momento pensativa y añadió—: Dígame: ¿se puede ser pirata a la vez que señora bien educada? Porque entonces...

La maestra le dijo que no podía ser.

—¡Pues vaya un conflicto! —se lamentó Pippi—. No sabré por cuál de las dos cosas decidirme.

La maestra dijo que, decidiera lo que decidiese, no estaría de más que aprendiera a comportarse como es debido, porque el comportamiento de Pippi en la mesa era inadmisibile.

—¡Qué difícil me va a ser aprender eso! —suspiró Pippi—. ¿Puede usted decirme las reglas más importantes?

La maestra lo hizo lo mejor que pudo, y Pippi la escuchó atentamente... No debemos servirnos hasta que se nos invite a hacerlo; no se debe coger más de un dulce de una vez; no se debe comer con el cuchillo; no debemos rascarnos mientras hablamos con otras personas; no se debe hacer esto ni lo otro...

Pippi asintió, pensativa.

—Me levantaré una hora antes todas las mañanas y haré prácticas —dijo—. Así me iré acostumbrando para el caso de que decida no ser pirata.

La maestra dijo entonces que ya era hora de regresar. Todos los niños se pusieron en fila, excepto Pippi, que se quedó sentada en el césped con un gesto de atención, como si escuchara algo.

—¿Qué pasa, Pippi? —preguntó la maestra.

—Profesora —dijo Pippi—, ¿a las señoras educadas puede gruñirles el estómago?

Volvió a prestar atención y añadió al fin:

—Porque si no puede ser, tendré que decidirme por la piratería.

PIPI VA A LA FERIA

Una vez al año se celebraba una feria en la pequeña ciudad, y todos los niños saltaban alborozados ante la perspectiva de una fiesta tan hermosa. La población se transformaba por completo durante la feria. Las calles estaban abarrotadas de gente; mil banderas y banderines ondeaban al viento; en la plaza del mercado se montaban puestos donde podían comprarse las cosas más bonitas. Era emocionante pasear por las calles, repletas de una bulliciosa muchedumbre. Lo mejor de todo era el parque de atracciones que instalaban a la entrada de la ciudad, con su tiovivo, sus puestos de tiro al blanco, su pabellón de exposiciones y toda clase de pasatiempos. Había también una casa de fieras con toda clase de animales salvajes: tigres, serpientes gigantes, monos, focas amaestradas... Desde fuera se oían los más raros gruñidos y bramidos, y el que tenía dinero podía entrar y ver a los animales, además de oírlos.

No es, pues, de extrañar que hasta el lazo del cabello de Annika temblara de emoción cuando terminó de vestirse la mañana del primer día de feria. Ni que Tommy se tragara casi entero su bocadillo de queso. Su madre les había preguntado si querían ir con ella a la feria, y ellos le respondieron balbuceando que, si no le importaba, preferirían ir con Pippi.

—Creo que será más divertido ir con Pippi —dijo Tommy a Annika mientras entraban a todo correr en el jardín.

Annika fue de la misma opinión.

Pippi estaba ya vestida del todo y los esperaba en la cocina. Al fin había encontrado su sombrero, grande como una rueda de molino, en la leñera.

—No me acordaba de que lo usé el otro día para transportar leña —dijo mientras se echaba el sombrero sobre los ojos—. ¿Estoy bien?

Annika y Tommy tuvieron que admitir que lo estaba. Se había pintado las cejas con un trozo de carbón, y los labios y las uñas de rojo. Luego se había puesto un traje de noche que le llegaba hasta el suelo. Por el gran escote de la espalda se le veía la camisa de franela. Por debajo de la falda le asomaban los grandes zapatos negros, más vistosos que nunca, pues había atado en ellos unas borlas verdes que solo lucía en las grandes ocasiones.

—Yo creo que hay que vestirse como una verdadera dama para ir a la feria —dijo.

Ya en el camino, dio unos pasos tan airosos como le permitían sus enormes zapatos. Luego se levantó el borde de la falda y, manteniéndolo apartado de ella, dijo con voz fingida:

—¡Deslumbrrrante!

—¿Qué es lo deslumbrante? —preguntó Tommy.

—¡Yo! —repuso Pippi alegremente.

Annika y Tommy se dijeron que todo era hermoso en un día de feria. Les pareció delicioso mezclarse con la multitud y recorrer los puestos de la plaza, contemplando lo que se exhibía en ellos.

Pippi compró un pañuelo de seda encarnado para Annika, como recuerdo de la feria, y para Tommy una gorra de visera, pues sabía que siempre había deseado tenerla, sin conseguirlo porque a su madre no le gustaba que la llevase. En otro puesto compró dos campanas de vidrio llenas de dulces blancos y de color de rosa.

—¡Oh, qué generosa eres, Pippi! —exclamó Annika acariciando su campana.

—¡Oh, sí, soy encantadora! —repuso Pippi—. Verdaderamente encantadora —repitió, alzando con donaire su falda.

Una multitud se dirigía desde la plaza hacia el improvisado parque de atracciones. Y allí se encaminaron también Pippi, Tommy y Annika.

—¡Esto es magnífico! —exclamó Tommy.

Se oía un organillo, el tiovivo daba vueltas y más vueltas y el público reía alegremente. Los tiros al blanco tenían gran éxito. El público se apiñaba en ellos para demostrar su puntería.

—Me gustaría ver eso de cerca —dijo Pippi.

Y arrastró a Annika y a Tommy a una de las barracas de tiro.

Era la única que estaba vacía en aquellos momentos. La mujer que entregaba los rifles y cobraba parecía estar de mal humor. Debió de decirse que los niños no eran nunca buenos clientes, y por eso no les prestó la menor atención. Pippi miró el blanco con gran interés. Era un hombre de cartón con la cara redonda y chaqueta azul. En el centro exacto de la cara tenía una nariz roja, que era el blanco. Había que colocar el tiro en la nariz o lo más cerca posible. Los disparos que no daban en la cara no tenían ningún valor.

A la malhumorada mujer no le hizo ninguna gracia la llegada de los tres niños. Quería clientes que pudieran disparar y pagar.

—¿Todavía rondando por aquí? —les preguntó con malos modos.

—No —contestó Pippi, muy seria—; estamos sentados en medio de la plaza comiendo nueces.

—¿Qué miráis? —siguió preguntando, cada vez más enojada—. ¿Esperáis que venga alguien a disparar?

—No —repuso Pippi—; estamos esperando que empiece usted a dar saltos mortales.

En este preciso instante llegó un cliente, un señor muy elegante que llevaba una gran cadena de oro cruzada sobre el estómago. Cogió un rifle y lo sopesó.

—Voy a disparar unas cuantas veces, solo para demostrar cómo se hace —dijo.

Miró alrededor para ver si tenía espectadores, y al advertir que solo Pippi, Annika y Tommy le miraban, les dijo:

—Venid, niños. Miradme y recibiréis la primera lección en el arte del tiro al blanco.

Alzó el rifle hasta su mejilla. El primer disparo fue bastante lejos; el segundo, igual; el tercero y el cuarto, más lejos aún. El quinto alcanzó al hombre de cartón en la punta de la barbilla.

—¡Este rifle está averiado! —exclamó, dejando el arma en el mostrador.

Pippi lo cogió y lo cargó.

—¡Qué puntería tiene usted! —exclamó—. En otra ocasión dispararé como usted nos ha enseñado; pero ahora voy a hacerlo así.

¡Pam, pam, pam, pam, pam! Los cinco disparos alcanzaron al hombre de cartón en medio de la

nariz. Pippi entregó a la mujer una moneda de oro y se marchó.

El tiiovivo era tan maravilloso que Tommy y Annika se quedaron sin respiración al verlo. Había en él caballos de madera negros, blancos y alazanes. Tenían crines de verdad y casi parecían animales vivos. También tenían sillas y riendas. Podía elegirse el que se quisiera. Pippi compró todos los boletos que pudo por una moneda de oro, y fueron tantos que casi no había espacio para ellos en su gran bolso.

—Si les hubiese dado dos monedas de oro, creo que me hubiera llevado todo este «comosellame» giratorio —dijo a Tommy y a Annika, que la estaban esperando.

Tommy se decidió por un caballo negro, y Annika escogió uno blanco. Pippi colocó al *Señor Nelson* en un caballo negro de aspecto salvaje. El *Señor Nelson* comenzó inmediatamente a hurgar en las crines para ver si tenía pulgas.

—¿También monta el *Señor Nelson* en el tiiovivo? —preguntó Annika, sorprendida.

—¡Claro! —repuso Pippi—. Y lo que siento es no haberme traído también al caballo. Necesita un poco de diversión. Además, un caballo montado en un caballo habría sido una cosa muy caballuna.

Pippi se plantó de un salto en la silla de un caballo alazán, y un segundo después el tiiovivo se puso en movimiento, mientras la música empezaba a dejar oír las notas de la canción «¿Recuerdas nuestros días de niños, con sus alegres diversiones?».

Annika y Tommy se dijeron que era maravilloso dar vueltas en un tiiovivo, y Pippi parecía divertirse también. Se puso cabeza abajo sobre el caballo, con las piernas en el aire. El largo traje de noche le cayó hasta el cuello. El público veía solamente una falda de franela roja, un par de bombachos verdes, las largas y delgadas piernas de Pippi, con una media negra y otra de color castaño, y sus grandes zapatos, que se agitaban juguetones en el aire.

—¡Así van las señoras elegantes en el tiiovivo! —exclamó Pippi al final de la primera vuelta.

Los niños estuvieron una hora entera en el tiiovivo. Al fin, Pippi se mareó y dijo que veía tres tiovivos en lugar de uno.

—Como no sé en cuál de los tres quedarme —añadió—, vámonos a otra parte.

Le quedaba todavía un montón de boletos y se los dio a unos niños que no habían podido subir porque no tenían dinero.

A la puerta de un barracón próximo, un hombre gritaba:

—¡La nueva representación empezará dentro de cinco minutos! ¡No desaproveche esta oportunidad de ver *El asesinato de la condesa Aurora* o *¿Quién se arrastra entre los matorrales?*! ¡Entren, señores, entren a ver la gran representación!

—Si hay alguien arrastrándose por los matorrales, tendremos que entrar inmediatamente para ver quién es —dijo Pippi a Annika y Tommy—. ¡Hala, entremos!

Se acercó a la taquilla.

—¿Puedo entrar por la mitad de precio si prometo mirar con un solo ojo? —le preguntó al taquillero en un súbito ataque de economía.

Pero el taquillero no quiso ni escucharla.

—No veo los matorrales ni al que se arrastra entre ellos —dijo Pippi, disgustada, cuando se

sentó con Tommy.

En aquel preciso momento se levantó el telón y el público vio a la condesa Aurora yendo de un lado a otro del escenario. Se frotaba las manos y parecía preocupada. Pippi seguía sin respirar todos sus movimientos.

—Debe de estar disgustada —dijo a Annika y a Tommy—. O tal vez sea que se le está clavando en alguna parte un imperdible.

La condesa Aurora estaba triste. Levantó los ojos al techo y dijo con voz plañidera:

—¿Hay otra persona tan desgraciada como yo? Me han quitado a mis hijos, mi esposo ha desaparecido, y yo estoy rodeada de villanos y bandidos que me quieren matar.

—¡Oh! Se le parte a una el corazón al oír esto —exclamó Pippi, cuyos ojos empezaban a enrojecer.

—¡Anhelo morir! —dijo la condesa Aurora.

Pippi se echó a llorar.

—¡No diga eso! Ya verá como todo se arregla. Los niños volverán a casa, y usted encontrará otro marido. Hay tantos ho... om... bres... —suspiró entre sollozos.

El director de escena —el que antes gritaba en la puerta— se acercó a Pippi y le dijo que si no guardaba silencio tendría que salir del teatro.

—Intentaré estarme callada —dijo Pippi, y se secó los ojos.

La representación era sumamente emocionante. Tommy no cesaba de retorcerse y daba vueltas a la gorra entre las manos, presa de gran nerviosismo. Annika tenía las manos fuertemente asidas a la falda.

Los vivos ojos de Pippi no se apartaban ni un instante de la condesa Aurora.

Las cosas empeoraban por momentos para la pobre condesa. Se paseaba por el jardín de su palacio, sin sospechar que la acechaban. De pronto se oyó un fuerte grito. Era Pippi. Había visto que, escondido detrás de un árbol, había un hombre que no parecía precisamente una buena persona.

La condesa Aurora debió de oír algún ruido, pues dijo, atemorizada:

—¿Quién se arrastra entre los matorrales?

—¡Yo puedo decírselo! —exclamó Pippi ansiosamente—. Es un hombre horrible, con un bigote negro. ¡Corra usted a la leñera y cierre la puerta con llave! ¡Pronto!

El director de escena se acercó a Pippi y le dijo que saliera del teatro inmediatamente.

—¿Pretende que deje a la condesa Aurora sola con ese hombre malo? —repuso Pippi—. Usted no me conoce, señor.

En el escenario continuaba la representación. De pronto, el hombre malo surgió de un salto de los matorrales y se arrojó sobre la condesa Aurora.

—¡Su hora ha llegado! —dijo con voz silbante.

—¿Que ha llegado su hora? —exclamó Pippi— ¡Eso lo veremos!

De un salto subió al escenario y, asiendo al villano por la cintura, lo arrojó a la sala por encima de las candilejas. Pippi estaba todavía llorando.

—¿Cómo puede usted hacer eso? —dijo entre sollozos—. Además, ¿qué le ha hecho a usted la

condesa? Recuerde que ha perdido a sus hijos y a su esposo y que está sola en el mu... u... un... do.

Se acercó a la condesa, que se había dejado caer en el banco del jardín, totalmente agotada.

—Si quiere, puede usted venirse a vivir conmigo a Villa Mangaporhombro —dijo Pippi para consolarla.

Lanzando fuertes sollozos y dando traspiés, Pippi salió del teatro, seguida de Annika, de Tommy... y del director de escena. Este sacudía el puño sobre la cabeza de Pippi, pero el público aplaudía: juzgaba que la niña les había ofrecido un divertido espectáculo.

Una vez fuera, Pippi se sonó y recobró la serenidad. Entonces dijo:

—¡Tenemos que alegrarnos! Esto ha sido muy triste.

—Vamos a la casa de fieras —propuso Tommy—. No hemos estado allí todavía.

Por el camino se detuvieron en un puesto de bocadillos, y Pippi compró seis para cada uno y tres refrescos de los grandes.

—Siempre que lloro me entra apetito —dijo a sus compañeros.

En la casa de fieras había mucho que ver: un elefante y dos tigres enjaulados, varias focas amaestradas que se arrojaban entre sí una pelota, gran número de monos, una hiena y dos serpientes gigantes. Pippi alzó al *Señor Nelson* hasta la jaula de los monos para que pudiera hablar con sus hermanos. Entre estos, sentado, había un viejo chimpancé que parecía muy triste.

—Anda, *Señor Nelson* —le dijo Pippi—, sé amable con él y dile muchas cosas. Me parece que es el sobrino de la suegra de la tía del primo de tu abuelo.

El *Señor Nelson* se quitó el sombrero de paja y empezó a hablar todo lo cortésmente que sabía, pero el chimpancé ni le contestó siquiera.

Las dos serpientes gigantes estaban en una gran caja. Cada hora, la bella encantadora de serpientes, mademoiselle Paula, las sacaba de la caja y hacía una exhibición. Los niños se entusiasmaron al ver que tuvieron la suerte de llegar a la hora de la representación. A Annika le dieron mucho miedo las serpientes y se cogió con fuerza del brazo de Pippi.

Mademoiselle Paula levantó una de las serpientes (un bicho grande y feo) y se la puso alrededor del cuello, como si fuese una bufanda.

—Parece una boa constrictora —susurró Pippi a sus amigos—. No sé de qué clase será la otra.

Se acercó a la caja y sacó la otra serpiente. Era todavía más grande y fea. Pippi se la puso alrededor del cuello, siguiendo el ejemplo de mademoiselle Paula. El público lanzó un grito de horror. Mademoiselle Paula arrojó su serpiente en la caja y corrió a salvar a Pippi de la muerte. La serpiente que tenía la niña en el cuello estaba asustada y enfurecida por el ruido. Además, no podía comprender de ningún modo por qué estaba en el cuello de una niña pelirroja y no en el de mademoiselle Paula, como de costumbre. Por todo esto decidió dar una lección a la niña pelirroja y enroscó su cuerpo con tanta fuerza que habría podido estrangular a un buey.

—A mí no me vengas con ese viejo truco —le dijo Pippi—. He visto serpientes mayores que tú en la lejana India.

Se quitó la serpiente del cuello y volvió a colocarla en la caja. Tommy y Annika estaban pálidos de terror.

—Esta era también una boa constrictora —comentó Pippi, mientras se subía una liga que se le había caído—. Ya me lo figuraba.

Mademoiselle Paula estuvo riñéndola durante varios minutos en una lengua extraña. Pero este alivio duró poco, pues, por lo visto, aquel era uno de esos días en que ocurren grandes cosas.

Sucedió que, tras echar a los tigres grandes trozos de carne cruda, el guardián dio por seguro que había cerrado con llave la puerta de la jaula y, sin embargo, poco después se oyó un grito espantoso:

—¡Se ha escapado un tigre!

En efecto, fuera de la jaula estaba el animal de rayas amarillas, preparado para saltar. El público echó a correr en todas direcciones. Todo el mundo huyó, excepto una niña que estaba en un rincón, muy cerca del tigre.

—¡Estate quieta! —le gritaba la gente, creyendo que el tigre no le haría nada si ella no se movía.

—¿Qué podemos hacer? —exclamaban algunos, retorciéndose las manos.

—¡Llamemos a la policía! —sugirió una voz.

—¡No, a los bomberos! —dijo otro.

—¡Llamad a Pippi Calzaslargas! —exclamó Pippi.

Entonces avanzó hasta que estuvo a un par de metros de distancia del tigre, se puso en cuclillas y lo llamó:

—¡Minino, minino, minino!

El tigre gruñó ferozmente y le enseñó sus enormes colmillos.

Pippi levantó un dedo con gesto amenazador.

—Te advierto que si me muerdes, también te morderé yo. Te aseguro que lo haré.

Entonces el tigre saltó hacia ella.

—Pero ¿qué haces? ¿Es que no entiendes las bromas? —exclamó Pippi.

Y rechazó al tigre de un empujón.

Con un terrible gruñido que horrorizó a los espectadores, el tigre se lanzó sobre Pippi por segunda vez. Podía verse fácilmente que su intención era clavarle los dientes en la garganta.

—De modo que quieres guerra, ¿eh? —dijo Pippi—. Pues bien; recuerda que has sido tú el que ha empezado.

Con una mano apretó las fuertes mandíbulas del tigre. Luego levantó al animal, lo acunó en sus brazos con ternura y lo llevó a su jaula, mientras le cantaba la dulce canción «¿Ha visto usted mi gatito, mi gatito, mi gatito?».

El público dejó escapar un nuevo suspiro de alivio, y la niña que había permanecido en un rincón corrió hacia su madre y dijo que no quería volver nunca más a una casa de fieras.

El tigre había rasgado los bajos del vestido de Pippi. Esta, al ver los jirones, preguntó:

—¿Tiene alguien unas tijeras?

Mademoiselle Paula tenía unas y ya no estaba enojada con Pippi.

—Toma, niña valiente —le dijo mientras le entregaba las tijeras.

Pippi cortó el vestido unos centímetros más arriba de las rodillas.

—Ya está —dijo, satisfecha—. Ahora estoy más elegante que nunca. Mi vestido tiene un gran escote y es de falda corta. ¡El colmo de la elegancia!

Y echó a andar con tanta distinción que las rodillas le tropezaban una con otra a cada paso.

—¡Deslumbrrrante! —decía.

Podría creerse que ya habían ocurrido bastantes cosas sensacionales aquel día, pero en las ferias no hay nunca tranquilidad, y no tardó en quedar demostrado que el público había lanzado su segundo suspiro de alivio demasiado pronto.

En aquella ciudad vivía un hombre muy malo, verdaderamente pérfido. Todos los niños le tenían miedo. Y no solamente los niños, sino también las personas mayores. Incluso los agentes de policía preferían no estar presentes cuando Laban, que así se llamaba aquel hombre, buscaba problemas.

Laban no estaba siempre furioso, sino solo cuando había bebido cerveza, y aquel día de feria había bebido mucho. Apareció en la calle Mayor, agitando los enormes brazos y lanzando gritos ensordecedores.

—¡Paso libre a Laban! —decía.

La gente, atemorizada, retrocedió hacia las paredes, y los niños lanzaban gritos de espanto. No había ningún policía a la vista. Laban se dirigió a las atracciones. Con los largos cabellos blancos cayéndole sobre las sienes, la nariz roja e hinchada y su único diente amarillo, tenía un aspecto sencillamente aterrador. Muchos se dijeron que parecía aún más feroz que el tigre de la casa de fieras.

En una barraca había un viejecito que vendía salchichas. Laban se acercó a él, dio un puñetazo en el mostrador y dijo a voz en grito:

—Deme una salchicha. ¡Pronto!

El anciano le dio la salchicha inmediatamente.

—Vale veinticinco ores —dijo con timidez.

—¿Tendría valor de cobrar una salchicha a un hombre tan distinguido como Laban? ¿No le da vergüenza? Deme otra.

El anciano le contestó que primero le pagara la que se había comido ya. Entonces Laban cogió al viejo por las orejas y lo sacudió.

—Deme otra salchicha —ordenó—. ¡Ahora mismo!

El anciano no se atrevió a desobedecerle, pero el público que había alrededor de la barraca no pudo reprimir un murmullo de desaprobación. Incluso hubo un valiente que dijo:

—Es indigno tratar a un pobre anciano de ese modo.

Laban se volvió y fijó en la multitud sus ojos encarnizados.

—¿Ha estornudado alguien? —preguntó con acento desdeñoso.

La gente se dispuso a marcharse prudentemente.

—¡Quietos todos! —gritó Laban—. Al primero que se mueva le rompo la cabeza. Quietecitos, que Laban os va a ofrecer una representación.

Cogió un puñado de salchichas y empezó a hacer juegos malabares con ellas. Las lanzó al aire y recogió unas con la boca y otras con las manos, pero algunas cayeron al suelo. El pobre viejo

estaba a punto de echarse a llorar.

Entonces una niña surgió de la multitud: Pippi se plantaba frente a Laban.

—No seas malo, niño —le dijo con dulzura—. ¿Qué dirá tu mamá cuando sepa que has tirado el desayuno por el aire de ese modo?

Laban lanzó un terrible aullido.

—¿No he dicho que se esté todo el mundo quieto?

—¿Tiene usted siempre el altavoz a tanta potencia? —preguntó Pippi.

Laban alzó el puño y le gritó en son de amenaza:

—¡¡¡Mocosa!!! ¡Voy a hacerte picadillo si no te callas!

Pippi lo contemplaba atentamente, con las manos en la cintura.

—¿Qué ha hecho usted con las salchichas? Dígame: ¿qué ha hecho?

Dicho esto, lanzó a Laban por los aires y durante unos minutos estuvo haciendo juegos malabares con él. El público la aclamaba. El anciano aplaudía alegremente con sus arrugadas manos.

Cuando Pippi terminó su exhibición, Laban estaba sentado en el suelo y miraba en todas direcciones, asustado y confuso.

—Ahora el hombre malo debe irse a su casa —dijo Pippi.

Laban no puso el menor reparo.

—Pero antes de marcharse tendrá que pagar las salchichas —añadió Pippi.

Laban se levantó, pagó dieciocho salchichas y se fue sin pronunciar palabra. A partir de aquel día, Laban cambió por completo.

—¡Tres hurras por Pippi! —gritó uno del público.

—¡Viva Pippi! —vociferaron Annika y Tommy.

—En esta ciudad no necesitamos policías —dijo una voz— mientras tengamos a Pippi Calzaslargas.

—¡Cierto! —exclamó otro—. Ella se basta para reducir a los tigres y a los hombres malos.

—¡Sí que necesitamos un policía! —dijo Pippi—. Alguien tiene que cuidarse de que las bicicletas estén bien aparcadas en los lugares prohibidos.

—¡Oh, Pippi, eres fenomenal! —exclamó Annika al regresar de la feria, camino de casa.

—¡Oh, sí, y *deslumbrrrrante!* —dijo Pippi.

Se alzó la falda, que ahora le llegaba solo a media pierna, y repitió:

—¡Verdaderamente *deslumbrrrrante!*

LOS NAUFRAGIOS DE PIPPI

Todos los días, al salir del colegio, Annika y Tommy se trasladaban inmediatamente a Villa Mangaporhombro. Ni siquiera querían hacer los deberes en su casa, y se llevaban los libros a la de Pippi.

—Eso está muy bien pensado —decía Pippi—. Sentaos aquí a estudiar, y quizá se me pegue algún conocimiento. La verdad es que no creo necesitarlo, pero me parece que nunca seré una señora elegante si no sé cuántos hotentotes hay en África.

Annika y Tommy se sentaban a la mesa de la cocina y abrían el libro. Pippi se sentaba sobre la mesa, con las piernas dobladas debajo del cuerpo.

—Pero oíd una cosa —dijo Pippi, pensativa, mientras se oprimía con el dedo la punta de la nariz—. Suponed que aprendo cuántos hotentotes hay en África, y entonces va uno de ellos, coge una pulmonía y se muere. Entonces todo se vendría abajo: habría trabajado en balde y no sería en absoluto una señora elegante.

Meditó durante unos minutos y continuó:

—Alguien debería enseñar a comportarse a los hotentotes de modo que no fuesen posibles los errores en los libros de estudio.

Cuando Tommy y Annika terminaban los deberes, empezaba la diversión. Si el tiempo era bueno, jugaban en el jardín: montaban un poco a caballo, o se subían gateando al tejado del lavadero y allí se sentaban a tomar café, o trepaban a lo alto del viejo roble, cuyo tronco estaba hueco, y se dejaban caer por su interior. Pippi decía que aquel árbol era muy singular, pues dentro brotaban refrescos de soda. Esto parecía ser verdad, ya que cada vez que los niños bajaban por el tronco hueco del roble encontraban, como esperándolos, tres botellas de refrescos. Annika y Tommy no podían comprender qué se hacía luego de las botellas vacías, y Pippi les decía que se marchitaban tan pronto como se vaciaban.

Annika y Tommy no dudaban de que aquel árbol era muy raro. A veces también crecían en él barras de chocolate, y Pippi les había dicho que eso ocurría únicamente los jueves. Tommy y Annika no se olvidaban de ir un solo jueves a comer chocolate en el árbol. Pippi afirmaba que si regase aquel árbol como era debido, no cabría duda de que habría dado también pan francés e incluso algún trozo de ternera asada.

Si llovía, tenían que quedarse en casa, donde tampoco lo pasaban mal. Podían mirar las preciosidades que contenía el cofre de Pippi, o reunirse en la cocina, donde Pippi freía manzanas o hacía barquillos, o encaramarse de un salto en la leñera y desde allí escuchar los emocionantes relatos de Pippi sobre la época en que cruzaba los mares.

—¡Dios mío, qué tempestad! —contaba Pippi—. Hasta los peces se mareaban y querían saltar a tierra. Vi un tiburón con la cara completamente verde y un pulpo que se había sentado y se sostenía la cabeza con sus múltiples brazos. ¡Fue una tempestad de órdago!

—¿Y tú no estabas asustada? —preguntó Annika.

—Eso mismo iba a decir yo. Podías haber naufragado —dijo Tommy.

—¡Bah! —repuso Pippi—. He naufragado tantas veces que sufrir otro naufragio no podía asustarme. Por lo menos, no me asusté al principio. Al ver que las pasas se salían de la ensalada de frutas y que al cocinero le saltaba de la boca un diente postizo, me quedé tan tranquila. Pero cuando me di cuenta de que del gato solo quedaba la piel, y el cuerpo salía volando, completamente desnudo, hacia el lejano Oeste, empecé a sentir cierto malestar.

—Tengo un libro que habla de un naufragio —dijo Tommy—. Se llama *Robinson Crusoe*.

—¡Ah, sí, es estupendo! —dijo Annika—. Robinson llegó a una isla desierta.

—¿Has naufragado alguna vez —preguntó Tommy buscando una postura más cómoda— y llegado a una isla desierta?

—¡Pues claro! —exclamó Pippi con arrogancia—. Tendrías que buscar como un negro para hallar un náufrago más náufrago que yo. Robinson no me gana. No creo que queden más de ocho o diez islas en el Atlántico y en el Pacífico a las que yo no haya llegado después de mis naufragios. Todas figuran en una lista negra especial en las guías turísticas.

—¿Verdad que es maravilloso hallarse en una isla desierta? —preguntó Tommy—. ¡Cuánto me hubiera gustado naufragar, aunque solo hubiese sido una vez!

—Eso tiene fácil arreglo —repuso Pippi—. Hay muchas islas en el mundo.

—Yo sé de una que no está demasiado lejos de aquí —dijo Tommy.

—¿Está en un lago? —preguntó Pippi.

—Sí.

—¡Magnífico! Si hubiese estado en la tierra, no habría servido para nada.

Tommy estaba entusiasmado.

—¡Naufraguemos! —exclamó—. ¡Vamos a hacer un naufragio ahora mismo!

Las vacaciones de Tommy y Annika comenzarían dos días después, y ese mismo día, sus padres se irían fuera. ¡Esta era una ocasión excelente para jugar a ser Robinsones!

—Para naufragar, lo primero que hace falta es un barco —advirtió Pippi.

—Y no lo tenemos —se lamentó Annika.

—Yo he visto una barca de remos en el fondo del río —dijo Pippi.

—Pero esa ya ha naufragado —manifestó Annika.

—¡Mejor que mejor! —exclamó Pippi—. Así ya sabe lo que tiene que hacer.

Para Pippi fue cosa fácil sacar a flote la barca hundida.

Pasó un día entero en el río, reparando la pequeña embarcación con tablas y alquitrán, y una mañana lluviosa en la leñera, ocupada en confeccionar un par de remos.

Comenzaron las vacaciones de Tommy y Annika, y sus padres se marcharon de la ciudad.

—Volveremos dentro de un par de días —dijo la madre a los niños—. Sed buenos y obedientes, y ya sabéis que tenéis que hacer lo que ella os diga.

«Ella» era la criada que cuidaría a Annika y a Tommy mientras sus padres estuviesen fuera. Pero cuando los niños se quedaron solos con la sirvienta, Tommy le dijo:

—No tienes que preocuparte por nosotros, porque vamos a pasar los dos días con Pippi.

—Ya nos cuidaremos nosotros mismos —dijo Annika—. Pippi no tiene nunca a nadie que la cuide. ¿Por qué no podemos nosotros quedarnos solos un par de días nada más?

La sirvienta no halló inconveniente alguno en tener un par de días libres y, después de sermonear largamente a Tommy y a Annika, les dijo que se marcharía a su casa para ver a su madre. Pero Annika y Tommy tenían que prometerle que comerían y dormirían a las horas y que no saldrían por la noche sin ponerse los jerseys gruesos. Tommy le dijo que estaba dispuesto a ponerse una docena de jerseys si ella los dejaba solos.

Al fin la sirvienta se marchó y, un par de horas después, Pippi, Tommy, Annika, el caballo y el *Señor Nelson* salieron hacia la isla desierta.

Era una tarde apacible de principios de verano. Soplaban un aire cálido, y el cielo estaba cubierto de nubes. Tuvieron que andar un buen trecho para llegar al lago donde se hallaba la isla desierta. Pippi llevaba la barca en la cabeza. Había cargado a su caballo con un gran saco y una tienda de campaña.

—¿Qué hay en el saco? —preguntó Tommy.

—Comida, armas de fuego, una manta y una botella vacía —repuso Pippi—, porque creo que debemos tener un naufragio cómodo y agradable, por tratarse del primero. Siempre que he naufragado, he matado un antílope o una llama para comerme la carne, pero podría ser que en esta isla no hubiese ni antílopes ni llamas, y sería una pena que nos tuviéramos que morir de hambre por una cosa tan insignificante.

—¿Para qué quieres la botella vacía? —preguntó Annika.

—¿Que para qué quiero la botella vacía? ¿Cómo puedes hacer una pregunta tan tonta? Un barco es, desde luego, lo más importante para un naufragio, pero al barco le sigue en importancia una botella vacía. Mi padre me lo decía ya cuando yo aún estaba en la cuna: «Pippi, no importa que te olvides de lavarte los pies antes de presentarte en la corte, pero si te olvidas de la botella vacía antes de un naufragio, ya puedes darte por perdida».

—Pero ¿qué vas a hacer con ella? —preguntó Annika.

—¿No habéis oído hablar nunca de las cartas embotelladas? —repuso Pippi—. Se escribe una carta pidiendo socorro, se mete en la botella, se tapa esta y se tira al agua. Y entonces va flotando hasta que la ve alguien y viene a salvarnos. Si no, ¿cómo diablos creéis que nos salvarían? No se puede confiar todo a la suerte. ¡Ni mucho menos!

—¡Ahora entiendo! —exclamó Annika.

Pronto llegaron a la orilla del pequeño lago en cuyo centro se hallaba la isla desierta. El sol empezaba a asomar entre las nubes y proyectaba su cálido fulgor sobre la vegetación del naciente verano.

—En verdad —dijo Pippi—, es una de las islas desiertas más encantadoras que he visto en mi vida.

No tardó en botar la barca, a la que trasladó la carga del caballo. Annika, Tommy y el *Señor Nelson* saltaron a la ligera embarcación.

Pippi dio unas palmadas cariñosas al caballo.

—Caballito, por mucho que me empeñara, no podría llevarte en la barca. Pero puedes nadar.

Es muy sencillo. ¡Mira!

Pippi se arrojó al lago completamente vestida y dio unas cuantas brazadas.

—Es divertidísimo, ¿sabes? Y si quieres divertirte todavía más, puedes jugar a las ballenas.

Mira cómo se hace.

Pippi se llenó la boca de agua, se tendió boca arriba y echó el agua como una fuente. El caballo daba muestras de no considerar la cosa muy divertida, pero cuando vio a Pippi subir a la barca, coger los remos y partir, se arrojó al agua y la siguió a nado... pero sin jugar a las ballenas.

Ya en las proximidades de la isla, Pippi exclamó:

—¡Todos a las bombas!

Y un momento después:

—¡Es inútil! Tendremos que abandonar el buque. ¡Sálvese quien pueda!

Se puso en pie en el asiento posterior de la barca y se arrojó al agua de cabeza. Pronto volvió a aparecer, cogió una cuerda que había atado a la barquilla y nadó hacia la playa.

—Como tengo que salvar las provisiones, la tripulación puede quedarse a bordo si quiere —dijo.

Ató la cuerda a una roca y ayudó a Tommy y a Annika a desembarcar. El *Señor Nelson* se salvó sin ayuda de nadie.

—¡Ha sido un verdadero milagro! —exclamó Pippi—. Estamos salvados... Al menos por ahora, porque en esta isla puede haber caníbales y leones.

También llegó el caballo. Salió del agua y se sacudió las crines.

—¡Vaya! Aquí llega el primer piloto —dijo Pippi—. Le formaremos juicio sumarísimo.

De pronto sacó una pistola que había encontrado un día en un cofre del desván. Con la pistola en la mano y presta a disparar, se echó al suelo y empezó a arrastrarse, yendo y escrutando en todas direcciones.

—¿Qué sucede? —preguntó Annika, inquieta.

—Me pareció oír el gruñido de un caníbal —contestó Pippi—. Todas las precauciones son pocas. ¿De qué nos serviría salvarnos del naufragio si luego nos ponen en la mesa de un caníbal, cocidos con verduras?

No había ni un solo caníbal a la vista.

—Han retrocedido y se han puesto a cubierto —dijo Pippi—. O quizás estén consultando sus libros de cocina para estudiar el modo de guisarnos. Os advierto que si nos sirven guisados con zanahorias, se acordarán de mí, porque odio las zanahorias.

—¡No digas esas cosas! —exclamó Annika estremeciéndose.

—Ya veo que a ti tampoco te gustan las zanahorias... En fin, vamos a montar la tienda.

Pippi la levantó en un lugar abrigado, y Tommy y Annika empezaron a entrar y salir a gatas. Estaban entusiasmados. Cerca de la tienda, Pippi colocó varias piedras formando un círculo, y dentro de él, ramas y piñas.

—¡Qué estupendo! Vamos a encender fuego, ¿verdad? —le preguntó Annika.

Pippi contestó afirmativamente, y acto seguido empezó a frotar dos trozos de madera.

Tommy la observaba con gran interés.

—¡Oh, Pippi! —exclamó—. ¿Vas a encender fuego como los salvajes?

—No; es que tengo los dedos fríos, y este es el mejor modo de calentarlos. A ver, ¿dónde he puesto los fósforos?

Pronto surgió un fuego resplandeciente, que a Tommy le pareció delicioso.

—Además, este fuego mantendrá apartados a los animales salvajes —dijo Pippi.

Annika contuvo el aliento.

—¿Qué animales salvajes? —preguntó con voz trémula.

—Los mosquitos —respondió Pippi, mientras se rascaba, pensativa, la picadura que uno de ellos le había dado en una pierna.

Annika lanzó un suspiro de alivio.

—¡Y los leones también, claro! —continuó Pippi—. No creo que sirva para ahuyentar a las boas ni a los búfalos americanos.

Dio una palmada a la pistola.

—Pero no te preocupes, Annika. Con esto estoy segura de que nos defenderemos incluso del ataque de un ratón.

Poco después, Pippi sacó del bolso bocadillos y café, y los tres se sentaron alrededor del fuego y comieron y se divertieron de lo lindo. El *Señor Nelson*, sentado en el hombro de Pippi, participaba en el festín, y el caballo alargaba el cuello de vez en cuando para ver si le daban un trozo de pan o un terrón de azúcar. Además, tenía alrededor de él hierba verde y sabrosa en abundancia.

El cielo estaba nublado y empezaba a oscurecer. Annika se acercó a Pippi cuanto pudo. Las llamas producían extrañas sombras. Parecía que la oscuridad estaba viva fuera del diminuto círculo que el fuego alumbraba. Annika se estremeció. ¿Y si hubiese un caníbal detrás de los matorrales o un león escondido entre las rocas?

Pippi dejó la taza de café.

—«¡Ocho hombres hay en el cofre de la muerte! ¡Ay, ay, ay, la botella de ron!» —cantó con voz ruda y profunda.

Annika se estremeció más intensamente que antes.

—Tengo esa canción en otro libro, un libro de piratas —dijo Tommy, entusiasmado.

—¡Ah!, ¿sí? —exclamó Pippi—. Entonces es Fridolf el que escribió ese libro, pues él fue quien me enseñó la canción. ¡Cuántas veces me senté en la cubierta de popa del barco de mi padre, con la Cruz del Sur sobre mi misma cabeza y Fridolf, sentándose a mi lado, se puso a cantar: «Quince hombres hay en el cofre de la muerte. ¡Ay, ay, ay, la botella de ron!»!

Al entonar la canción por segunda vez, la voz de Pippi fue aún más ronca.

—¡Oh, Pippi! ¡Cómo me gusta oírte cantar así! —dijo Tommy—. ¡Es tan terrible y tan maravilloso a la vez!

—A mí me parece, sobre todo, terrible —dijo Annika—, pero también me gusta un poco.

—Me dedicaré a navegar cuando sea mayor —dijo Tommy resueltamente—. Seré pirata como tú, Pippi.

—¡Magnífico! —exclamó Pippi—. ¡«El Terror del Caribe»!: eso seremos tú y yo, Tommy.

Nos apoderaremos de cuanto oro y piedras preciosas nos sea posible y tendremos un escondite para los tesoros a la entrada de una gruta, en una isla desierta del Pacífico. Tres esqueletos guardarán la boca de la gruta. Tendremos una bandera con una calavera y dos huesos en cruz y cantaremos «Quince hombres hay en el cofre de la muerte» de modo que nuestra voz llegue de un extremo a otro del Atlántico. Así todos los navegantes palidecerán al oírnos y desearán arrojarse al mar para huir de nuestra mano de hierro.

—¿Y qué voy a hacer yo? —preguntó Annika en son de queja—. Yo no me atrevo a ser pirata. ¿Qué haré yo?

—Tú puedes venir con nosotros —dijo Pippi— para desempolvar el piano.

Después de arder un rato, el fuego se apagó.

—Ya es hora de irse a dormir —dijo Pippi. Había esparcido ramas de abeto en el suelo de la tienda y extendido sobre ellas gruesas mantas.

—¿Quieres dormir en la tienda con nosotros —preguntó Pippi al caballo—, o prefieres quedarte de pie debajo de un árbol con una manta encima?... ¿Qué? ¿Que te pones enfermo cada vez que duermes en una tienda de campaña?... Bien, bien; haz lo que quieras. —Y Pippi le dio una palmada cariñosa.

Poco después, los tres niños y el *Señor Nelson* estaban envueltos en las mantas en el interior de la tienda. Fuera, las olas lamían la playa.

—¡Oíd las rompientes del océano! —exclamó Pippi, soñadora.

Todo estaba oscuro como boca de lobo, y Annika asió la mano de Pippi, pues así sentía menos miedo. De pronto empezó a llover. Las gotas caían sobre la lona, pero dentro de la tienda la atmósfera era seca y cálida, y resultaba muy agradable estar allí oyendo el repiqueteo de la lluvia. Pippi salió para echar otra manta sobre el lomo del caballo. El animal estaba bajo un frondoso abeto, de modo que apenas se había mojado.

—¡Esto es maravilloso! —suspiró Tommy cuando volvió Pippi.

—¡Desde luego! —convino la niña—. Y mira lo que he encontrado debajo de una piedra: ¡tres barras de chocolate!

Minutos después, Annika dormía con la boca llena de chocolate y la mano enlazada con la de Pippi.

—Se nos ha olvidado cepillarnos los dientes esta noche —dijo Tommy, y enseguida se quedó dormido.

Al despertar, Tommy y Annika vieron que Pippi había desaparecido. Sin pérdida de tiempo, salieron a gatas de la tienda. Brillaba un sol espléndido. Frente a la tienda ardía el fuego nuevamente, y Pippi, en cuclillas, freía jamón y calentaba café.

—¡Felices Pascuas! —exclamó al ver a Tommy y a Annika.

—¡Pero si hoy no es Pascua! —dijo Tommy.

—¿No? Pues guarda la felicitación para cuando sea —repuso Pippi.

El grato olorcillo del jamón y el café embriagó a los niños. Se acercaron al fuego, y Pippi les dio jamón frito y huevos con patatas. Después tomaron café con bollitos de melaza. Nunca les supo tan bien el desayuno.

—Me parece que las cosas nos van mejor que a Robinson Crusoe —dijo Tommy.

—Sí, y si pudiéramos conseguir un poco de pescado fresco para la cena, creo que Robinson Crusoe palidecería de envidia —dijo Pippi.

—A mí no me gusta el pescado —confesó Tommy.

—A mí tampoco —dijo Annika.

Pero Pippi cortó una rama larga y delgada, ató un cordel en la punta, hizo un anzuelo con un alfiler, colocó en este un trocito de pan y fue a sentarse en una ancha piedra que había junto a la orilla.

—¡A ver qué pasa! —dijo.

—¿Qué quieres pescar? —le preguntó Tommy.

—Pulpos —respondió Pippi— Es un bocado que no tiene igual.

Una hora estuvo allí sentada, sin que ningún pulpo picase. Acudió un pez y olfateó el trozo de pan, pero Pippi sacó el anzuelo rápidamente.

—¡No, hijito, no! Al decir pulpos, me he referido a los pulpos, y no consentiré que robes el cebo.

Poco después, Pippi arrojó la caña al lago.

—Estáis de suerte —dijo—. Tendremos que comer pastelillos. Los pulpos están hoy muy tercos.

Tommy y Annika se alegraron.

El río resplandecía al sol, atrayéndolos con fuerza irresistible.

—¿Queréis que nademos un poco? —preguntó Tommy.

Pippi y Annika aceptaron. El agua estaba bastante fría. Tommy y Annika introdujeron en ella los dedos de los pies, y enseguida los volvieron a sacar.

—Conozco un sistema mejor —dijo Pippi.

Junto a la orilla había una roca con un árbol encima. Las ramas del árbol se extendían río adentro. Pippi subió al árbol y ató una cuerda a una rama.

—¡Ahora veréis!

Asió la cuerda, saltó y quedó balanceándose en el aire. Luego se dejó caer al agua.

—De este modo os zambulliréis de una vez —exclamó cuando su cabeza asomó por la superficie.

Annika y Tommy dudaron al principio, pero aquello parecía tan divertido que finalmente decidieron probarlo, y cuando lo hubieron probado ya no pararon de hacerlo, pues era mucho más divertido de lo que parecía. El *Señor Nelson* también quiso probarlo, y bajó por la cuerda. Pero antes de llegar al agua se arrepintió y volvió a subir velozmente. Repitió el intento, y el resultado era siempre el mismo, aunque los niños le llamaban y le decían que era un cobarde. Luego Pippi descubrió que podían sentarse en una tabla y deslizarse así hasta el agua, por la pendiente de la orilla. Esto resultó también divertidísimo. Al llegar la tabla al río, se producía un chasquido tremendo.

—El Robinson Crusoe ese también se dejaba caer de una tabla.

—Pues el libro no lo dice —repuso Tommy.

—¡Ah!, ¿no? Me parece que ese libro dice muy poco sobre los verdaderos naufragios. ¿Qué hacía el tal Robinson durante todo el día? ¿Punto de cruz? ¡Allá voy!

Pippi se deslizó por la orilla en la tabla, con sus rojas trenzas al viento.

Después de nadar un poco, los niños decidieron explorar a fondo la isla desierta. Los tres subieron al caballo y partieron a un trotecillo moderado. Subían a las colinas y bajaban a los valles a través de la maleza y de bosquecillos de abetos; cruzaban pantanos y pasaban por bellos prados de tupida hierba cuajada de flores silvestres. Pippi había cargado la pistola y, de vez en cuando, disparaba un tiro, lo que sobresaltaba al caballo, que brincaba y se estremecía.

—¡Mirad! ¡He matado un león! —exclamaba, satisfecha.

O bien:

—Ese caníbal ha sembrado su última patata.

—Creo que esta isla debería ser nuestra para siempre —dijo Tommy cuando regresaron al campamento y Pippi empezó a hacer sus famosas tortas.

Pippi y Annika se mostraron de acuerdo con Tommy.

Las tortitas estaban deliciosas si se comían calientes. No tenían platos, cuchillos ni tenedores. Annika preguntó:

—¿Podemos comérmolas con los dedos?

—Por mí no hay inconveniente —repuso Pippi—, pero yo pienso atenerme al viejo sistema de comer con la boca.

—¡Qué tonta eres! Ya sabes lo que quiero decir.

Y Annika, riéndose, cogió una torta y se la llevó a la boca.

Llegó de nuevo la noche. El fuego se apagó. Se durmieron acurrucados uno junto a otro bajo las mantas y con las caras embadurnadas de torta. Por una grieta de la tienda se veía brillar una gran estrella en el cielo. Las «rompientes del océano», como decía Pippi, los arrullaban.

—Hoy tenemos que volver a casa —dijo Tommy tristemente cuando despertaron.

—¡Qué pena! —exclamó Annika—. Me gustaría que nos quedáramos aquí todo el verano, pero nuestros papás regresan hoy.

Después del desayuno, Tommy fue a explorar la orilla del río. De repente lanzó un grito. ¡No estaba la barca! ¡Había desaparecido!

Annika se quedó de piedra. ¿Cómo podrían regresar? Como había dicho, le habría gustado pasar allí el verano, pero la cosa cambiaba al saber que no podían volver a casa. ¿Qué diría su pobre mamá al ver que ella y su hermano habían desaparecido? Al pensar esto, los ojos de Annika se llenaron de lágrimas.

—¿Qué te pasa, Annika? —preguntó Pippi—. ¿Qué creías que era un naufragio? Tú no tienes ni la menor idea de lo que Robinson Crusoe habría hecho si hubiese llegado un barco a recogerlo cuando solo llevaba en la isla desierta un par de días. «Buenos días, señor Crusoe. Tenga usted la bondad de subir a bordo para que lo salvemos y pueda usted bañarse, afeitarse y cortarse las uñas de los pies.» Estoy segura de que el señor Crusoe habría contestado: «No, gracias», y habría corrido a esconderse entre los matorrales. Porque si uno va a parar al fin a una isla desierta, quiere estar en ella siete años por lo menos.

—¿Siete años? —exclamó Annika estremeciéndose.

Tommy estaba pensativo.

—Pero yo no creo que pasemos la vida aquí —dijo Pippi para alentarlos—. Cuando Tommy haya de entrar en quintas, tendremos que decir a la gente dónde estamos, para ver si le conceden uno o dos años de prórroga.

Annika estaba cada vez más desesperada. Pippi, al notarlo, le dijo:

—No te pongas así. Enviaremos la botella con un mensaje.

Buscó en el saco la botella vacía y la sacó. También encontró papel y lápiz. Los puso en una piedra que Tommy tenía delante y le dijo:

—Tú sabes escribir más que yo.

—Pero ¿qué quieres que escriba? —preguntó Tommy.

—Déjame pensar.

Pippi quedó pensativa. Al fin dijo:

—Puedes escribir esto: «Socorrednos antes de que perezcamos. Llevamos dos días en esta isla desierta sin rapé».

—Yo no puedo decir eso, Pippi —exclamó Tommy en son de reproche—, porque no es verdad.

—¿Cómo que no es verdad?

—Me refiero a lo del rapé.

—¡Ah!, ¿sí? —exclamó Pippi—. ¿Acaso tienes rapé?

—No —repuso Tommy.

—¿Tiene rapé Annika?

—Tampoco, pero...

—¿Tengo yo rapé? —siguió preguntando Pippi.

—A mí me parece que no —dijo Tommy—; pero ten en cuenta que nosotros no tomamos rapé.

—Pues por eso precisamente quiero que escribas que llevamos dos días sin rapé.

—Es que si escribo eso van a creer que tomamos rapé.

—Oyeme, Tommy —dijo Pippi—. Contéstame a esto: ¿quiénes están más tiempo sin rapé: los que lo toman o los que no lo toman?

—Los que no lo toman, claro —respondió Tommy.

—Entonces, ¿a qué tanto remilgo? Escribe lo que te digo.

Y Tommy escribió: «Socorrednos antes de que perezcamos. Llevamos dos días en esta isla desierta sin rapé».

Pippi cogió el papel, lo introdujo en la botella, la tapó y la arrojó al agua.

—Pronto nos salvarán —dijo.

La botella quedó flotando, pero enseguida se enredó en unas plantas de la orilla del lago.

—Tendremos que lanzarla más lejos —dijo Tommy.

—Es la tontería más grande que podríamos hacer —replicó Pippi—, porque si la encuentran lejos de aquí, nuestros salvadores no sabrán dónde buscarnos. En cambio, si la dejamos donde está, podremos llamarlos cuando la encuentren, y nos salvarán enseguida.

Pippi fue a sentarse en la orilla.

—No hay que perder de vista la botella —dijo.

Annika y Tommy se sentaron a su lado. Diez minutos después, Pippi dijo impaciente:

—La gente, por lo visto, cree que no tenemos nada más que hacer que estar aquí sentados esperando a que nos salven. Pero ¿dónde demonios se habrán metido?

—¿Quiénes? —preguntó Annika.

—Los que han de venir a salvarnos —repuso Pippi—. No tienen en cuenta que hay en juego tres vidas humanas.

Annika empezaba a creer que verdaderamente iban a perecer en la isla. Pero de pronto, Pippi se llevó las manos a la cabeza y exclamó:

—¡Cielos, qué memoria la mía! ¿Cómo es posible que me haya olvidado?

—¿De qué? —preguntó Tommy.

—¡De la barca! —exclamó Pippi—. La saqué del río anoche, cuando ya estabais acostados.

—¿Por qué lo hiciste? —le preguntó Annika en son de reproche.

—Porque temía que se mojara.

En un instante trajo la barca, que estaba escondida tras unos abetos, la dejó en el agua y exclamó ásperamente:

—¡Ahora ya pueden venir los salvadores! Como nos vamos a salvar nosotros mismos, se quedarán con tres palmos de narices, que es lo que se merecen. Así escarmentarán y se darán más prisa otra vez.

—Espero que llegemos a casa antes que mis papás —dijo Annika después de embarcar y cuando ya Pippi había empezado a remar enérgicamente—. Mamá se asustará si llega y no nos ve.

—No creo que se asuste —dijo Pippi.

Los señores Settergreen llegaron a su casa media hora antes que los niños. No vieron a Tommy ni a Annika, pero en el buzón encontraron un trozo de papel escrito con letra de imprenta, que decía:

POR LO QUE MAS QJERAN NO CREAN
QUE SUS NIÑOS SE AN MUERTO
O-SÍ O SE AN PERDIDO. NADA DE HESO.
AN NAUFRAJADO UN POCO Y BOLBERAN
PRONTO HA CASA. SELO ASEJURO.
MUCHOS SALUDOS. PIPPI

PIPPY RECIBE UNA VISITA INESPERADA

Una tarde de verano, Pippi, Tommy y Annika estaban sentados en las gradas del porche y comían fresas que habían cogido aquella misma mañana. Era una tarde hermosa. Los pájaros cantaban; las flores despedían un aroma embriagador. Y ¡qué fresas tan ricas!

Los niños comían en silencio. Annika y Tommy pensaban en lo maravilloso que era el verano y se alegraban al recordar que aún faltaba mucho tiempo para que empezaran las clases. Lo que pensaba Pippi nadie lo sabía.

—Pippi, hace ya un año que vives en Villa Mangaporhombro —dijo de pronto Annika cogiéndola del brazo.

—Sí, el tiempo vuela y nos hacemos viejos —repuso Pippi—. Este otoño cumpliré diez años, y creo que entonces mis mejores días habrán pasado ya.

—¿Vivirás siempre aquí? —preguntó Tommy—. Es decir, hasta que seas lo bastante mayor para ser pirata.

—Eso nadie lo sabe —contestó Pippi—. No creo que mi padre se pase toda la vida en la isla donde está ahora. Tan pronto como haya construido un barco, vendrá a recogerme, estoy segura.

Annika y Tommy lanzaron un suspiro.

De pronto, Pippi se levantó.

—¡Miradlo! ¡Ahí viene! —exclamó señalando la puerta de la cerca.

En tres pasos atravesó el jardín. Annika y Tommy la siguieron, indecisos, y la vieron arrojar al cuello de un señor grueso, que lucía un bigotillo rojo y llevaba unos pantalones azul marino.

—¡Papá! —exclamó Pippi. Y saltaba y agitaba las piernas en el aire con tanto entusiasmo que los grandes zapatos se le desprendieron de los pies—. ¡Papá, cómo has crecido!

—¡Pippilotta Delicatessa Windowshade Mackrelmint, hija de Efraín Calzaslargas! ¡Mi querida hija! Precisamente iba a decirte que has crecido mucho.

—Me lo he figurado —dijo Pippi—. Por eso lo he dicho yo primero. Ja, ja!

—¿Eres tan fuerte como antes, hijita?

—Más fuerte aún —repuso Pippi—. ¿Vamos a echar un pulso?

—¡Vamos! —exclamó Efraín.

En el jardín había una mesa. A ella se sentaron Pippi y su padre para echar un pulso mientras Annika y Tommy los contemplaban. Solo había una persona en el mundo tan fuerte como Pippi: su padre. Forcejearon hasta enrojecer, pero ninguno de los dos conseguía doblar el brazo del otro.

Al fin, el brazo del capitán Calzaslargas comenzó a temblar un poco y Pippi dijo:

—Cuando cumpla los diez años, te ganaré, papá.

El capitán opinaba lo mismo.

—¡Cielos! —exclamó Pippi—. Perdonad que no os haya presentado... Tommy y Annika. Mi padre, el capitán y su majestad Efraín Calzaslargas... Porque eres rey de los caníbales, ¿verdad,

papá?

—Sí —repuso el capitán Calzaslargas—. Soy el rey de los nativos de Kurredutt, que viven en una isla llamada Kurrekurredutt. Llegué a nado a la playa de la isla cuando, como recordarás, me caí al mar.

—Así lo he creído siempre. Nunca me imaginé que te hubieses ahogado.

—¡Ahogado! ¡Claro que no! Para mí es tan difícil ahogarme como para un camello pasar por el ojo de una aguja. Mi corpachón flota siempre.

Annika y Tommy contemplaron con admiración al capitán Calzaslargas.

—¿Por qué no va usted vestido de rey de los caníbales? —le preguntó Tommy.

—Llevo mi indumentaria real en el maletín —dijo el capitán.

—¡Pues anda, pónstela! —exclamó Pippi—. Quiero ver a mi padre vestido de rey.

Entraron todos en la cocina. El capitán Calzaslargas pasó al dormitorio de Pippi, y los niños se sentaron en la leñera a esperar.

—Lo mismo que en el teatro —dijo Annika, entusiasmada.

Y entonces la puerta se abrió y apareció ¡el rey de los caníbales! Llevaba una falda de hierbas sujeta a la cintura, y en la cabeza... ¡una corona de oro! Alrededor del cuello lucía un collar de cuentas de colores de muchas vueltas. Con una mano empuñaba una espada y con la otra sostenía un escudo. Bajo la falda de hierbas se veían dos piernas gruesas y peludas, con brazaletes de oro macizo en los tobillos.

—*Ussamkussor mussor filibussor* —dijo el capitán Calzaslargas con gesto amenazador.

—¡Oh! ¡Habla el lenguaje de los nativos! —exclamó Tommy embelesado—. ¿Qué quiere decir eso, tío Efraín?

—Quiere decir: «¡Tiemblen mis enemigos!».

—Oye, papá —dijo Pippi—. ¿Se sorprendieron mucho los nativos cuando llegaste a su isla?

—Muchísimo —repuso el capitán Calzaslargas—. Al principio querían comerme, pero al verme derribar una palmera con las manos, cambiaron de parecer y me proclamaron rey. Entonces empecé a reinar por las mañanas y a construir un barco por las tardes. Tardé mucho tiempo en terminar la embarcación, pues todo lo tenía que hacer yo solo. Era un simple barco de vela, desde luego. Una vez terminado, dije a los nativos que tenía que dejarlos por algún tiempo, pero que no tardaría en regresar y que entonces me acompañaría una princesa llamada Pippilotta. Entonces empezaron a golpear los escudos mientras gritaban: «¡*Ussomplussor, ussomplussor!*!».

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Annika.

—Pues quiere decir «¡Bravo, bravo!».

Entonces estuve dos semanas enteras dando severas órdenes: así tendrían órdenes para todo el tiempo que yo estuviera ausente. Luego desplegué las velas, y los nativos gritaban: «¡*Ussamkura kussomkara!*!», lo cual quiere decir «¡Regresa pronto, gordo jefe blanco!».

Puse proa a Arabia del Sur, y ¿sabéis qué es lo primero que vi cuando desembarqué? A mi vieja y fiel goleta *Hoptoad* y a mi viejo y fiel Fridolf junto a la borda. Fridolf agitaba los brazos con todas sus fuerzas. «Fridolf», le dije, «ahora tomaré yo el mando de la *Hoptoad*». «Para siempre, capitán», me contestó. Y tomé el mando. Toda la tripulación estaba allí. Ahora la goleta está ahí abajo, en el puerto; de modo que puedes ir tranquilamente a ver a todos

tus viejos amigos, Pippi.

Pippi se alegró tanto que se puso cabeza abajo sobre la mesa de la cocina y empezó a agitar las piernas. Pero Annika y Tommy estaban tristes: tenían la sensación de que se les llevaban a Pippi.

—¡Esto hay que celebrarlo! —exclamó Pippi, ya de pie en el suelo—. ¡Esto hay que celebrarlo hasta que se hunda la casa!

Preparó una gran cena, y todos se sentaron alrededor de la mesa de la cocina. Pippi engulló tres huevos duros con cáscara y todo. De vez en cuando daba un mordisco en la oreja de su padre, tan contenta estaba de volver a verlo. El *Señor Nelson*, que había estado durmiendo hasta entonces, llegó corriendo y se frotó los ojos en el colmo de la sorpresa al ver al capitán Calzaslargas.

—¡Vaya! Veo que tienes todavía al *Señor Nelson* —dijo el capitán.

—Y también otro animalito —dijo Pippi, y fue a buscar al caballo, que llegó a tiempo de zamparse un huevo duro.

El capitán Calzaslargas se alegró mucho al ver que su hija había vivido con tantas comodidades en Villa Mangaporhombro y más aún al advertir que tenía la maleta llena de monedas de oro, señal de que no había pasado necesidades durante su ausencia.

Cuando acabaron de comer, el capitán sacó de su maleta un tam-tam, uno de estos tam-tams que utilizan los salvajes para marcar el compás en sus danzas y sacrificios. El padre de Pippi se sentó en el suelo y empezó a tocar aquella especie de tambor. Tenía un sonido extraño y fantástico, diferente a todos los que Annika y Tommy habían oído hasta entonces.

—Música indígena —explicó Tommy a Annika.

Pippi se quitó los zapatones y bailó descalza una danza no menos fantástica. Entonces el rey Efraín ejecutó una danza guerrera salvaje que había aprendido en la isla Kurrekurredutt. Blandió la espada y agitó el escudo con gesto feroz. Sus desnudos pies golpeaban con tal fuerza el piso que Pippi exclamó:

—¡Cuidado! ¡Vas a hundir el suelo de la cocina!

—¡Eso qué importa! —repuso el capitán sin interrumpir su furiosa danza—. ¡Piensa que ahora vas a ser la princesa de los caníbales!

Pippi dio un salto y empezó a bailar con su padre. Se echaba hacia atrás y hacia delante, el uno frente al otro, entre gritos y risas, y de vez en cuando daban un gran salto en el aire.

Annika y Tommy se marearon solo de verlos. El *Señor Nelson* debió de marearse también, pues se había sentado y se tapaba los ojos con las manos.

Pronto se convirtió la danza en combate. El capitán Calzaslargas arrojó a su hija por el aire con tal violencia que la niña fue a parar al estante de los sombreros. Pero no permaneció allí mucho tiempo. Con un grito salvaje, atravesó de un salto la cocina y cayó exactamente sobre su papá, quien momentos después voló como un meteoro hasta acabar de cabeza en la leñera. Sus gruesas piernas se mantenían verticales en el aire. No podía salir de allí por sus propios medios, primero por la gordura y segundo porque estaba muerto de risa. Una especie de trueno continuo salía de la leñera.

Pippi le cogió por un pie para ayudarlo a salir, pero él no podía hacer nada a causa de aquella

risa que le ahogaba. Tenía muchas cosquillas.

—¡No me ha... gas cos... qui... llas! —gritaba, con risa histérica—. Tírame al mar, arrójame por la ventana, haz lo que quieras; pero ¡no me ha... gas cos... qui... llas!

Tan estrepitosa era su risa que Annika y Tommy temían que la leñera se viniera abajo. Finalmente consiguió salir, y apenas estuvo de pie en el suelo, se abalanzó sobre Pippi y la arrojó por el aire como una bala. La cara de la niña fue a dar contra la cocina, que estaba negra de hollín.

Pero al punto volvió Pippi a incorporarse y se arrojó sobre su padre, al que dio tal serie de golpes que la hierba de su falda se desparramó por el suelo de la cocina. La corona de oro fue a parar debajo de la mesa.

Finalmente, Pippi consiguió tirar a su padre al suelo y, sentándose encima de él, le dijo:

—¿Reconoces que he ganado?

—Sí, me has vencido —dijo el capitán Calzaslargas.

Y entonces se echaron los dos a reír de tan buena gana que se les saltaron las lágrimas. Entonces Pippi propinó a su padre un cariñoso mordisco en la nariz y le dijo:

—No me había divertido tanto desde que me enzarcé en aquella lucha de marineros en Singapur.

El rey Efraín se deslizó como un reptil por debajo de la mesa para recuperar su corona.

—¡Ah, si los caníbales hubieran visto esto! —exclamó—. ¡La corona real debajo de la mesa de la cocina de Villa Mangaporhombro!

Se puso la corona y se peinó la falda de hierbas, que era bastante corta.

—Tendrás que mandarla a la zurcidora —dijo Pippi.

—Sí, pero bien ha valido la pena —repuso el capitán Calzaslargas.

Se sentó en el suelo y se secó el sudor de la frente.

—Oye, Pippi, ¿dices mentiras todavía? —preguntó.

—Solo cuando tengo tiempo, cosa que no ocurre a menudo —repuso Pippi modestamente—. ¿Y tú? Tampoco tú te quedabas corto mintiendo.

—Pues yo suelo mentir un poco para los nativos los sábados por la noche si se han portado bien durante la semana. A veces damos una fiesta nocturna de mentiras y canciones con acompañamiento de tambores y danzas a la luz de una hoguera. Cuanto mayores son mis mentiras, con más vigor suenan los tambores.

—¿De veras? —dijo Pippi—. Pues a mí aquí nadie me toca el tambor. En esta soledad, se me llena la cabeza de mentiras de tal modo que da gusto oírme. Pero nadie toca ni siquiera un peine por mí. La otra noche, ya acostada, inventé una larga historia sobre un ternero que hacía puntillas de ganchillo y trepaba a los árboles y, aunque os parezca mentira, me creí toda la historia. A esto le llamo yo saber mentir. Y ningún tambor redobló por mí... ¡ninguno!

—Bien, pues voy a hacerlo yo —dijo el capitán Calzaslargas.

Y empezó a golpear el tambor con un largo rifle en honor de su hija.

Pippi se sentó en sus rodillas y frotó su cara, llena de hollín, contra la mejilla de su padre, cuya cara quedó tan tiznada como la de ella.

Annika reflexionaba. No sabía si debía decir lo que estaba pensando, pero no pudo callarse.

—No está bien mentir —dijo—. Mamá lo dice.

—¡Qué tonta eres, Annika! —exclamó Tommy—. Pippi no miente en serio. Lo hace por divertirse. Juega a inventar cosas, ¿entiendes?

Pippi miró pensativa a Tommy. Al fin dijo:

—A veces hablas con tanto juicio que me temo que un día te veré convertido en una persona mayor.

Se había hecho de noche. Tommy y Annika tenían que regresar a su casa. Había sido un día magnífico. ¡Qué suerte haber visto a un rey de caníbales de verdad, y cómo se habían divertido! Por otra parte, ¡qué alegría para Pippi que su padre hubiese vuelto a casa! Sin embargo, sin embargo...

Una vez en cama, Annika y Tommy no se pusieron a charlar como solían hacer. Un gran silencio reinaba en el cuarto de los niños.

De pronto se oyó un suspiro. Era Tommy.

Momentos después, otro suspiro. Era Annika.

—¿Por qué suspiras? —preguntó Tommy tristemente.

Pero no obtuvo respuesta: Annika lloraba con la cabeza debajo de la sábana.

PIPI DA UNA FIESTA DE DESPEDIDA

A la mañana siguiente, cuando Annika y Tommy entraron en la cocina de Villa Mangaporhombro, toda la casa retemblaba por efecto de unos ronquidos atronadores. El capitán Calzaslargas no se había despertado todavía, pero Pippi estaba ya en la cocina, haciendo sus ejercicios matinales. En el momento en que aparecieron sus amigos daba su decimoquinto salto mortal.

—¡Bueno, ya no tengo que preocuparme más por mi futuro! —dijo Pippi— Voy a ser princesa de un pueblo de caníbales. Durante medio año seré princesa, y el otro medio lo dedicaré a navegar por todos los océanos del mundo en la *Hoptoad*. Papá cree que si gobierna de firme durante medio año, la otra mitad los caníbales podrán pasarse sin rey. Como podéis comprender, un viejo lobo de mar como mi padre solo puede pisar tierra firme de vez en cuando. Además, tiene que pensar en mi educación. Si he de ser una verdadera pirata, no podré pasar mucho tiempo en la corte; dice papá que eso debilita.

—¿Y no estarás nunca en Villa Mangaporhombro? —preguntó Tommy con voz triste.

—Sí. Vendremos cuando nos den el retiro, dentro de cincuenta o sesenta años. Entonces jugaremos y nos divertiremos horrores, ¿verdad?

Esto no resultó muy tranquilizador para Tommy y Annika.

—¡Fijaos! ¡Princesa de un pueblo de caníbales! —exclamó Pippi, soñadora—. Pocos niños llegan a tanto. ¡Qué elegante iré! Llevaré anillos en las orejas, y uno mayor en la nariz.

—¿Qué más llevarás? —preguntó Annika.

—Nada más —repuso Pippi—. Nunca llevaré nada más.

Sonrió, extasiada.

—¡La princesa Pippilotta! ¡Qué vida tan maravillosa! ¡Cuánto voy a bailar! ¡La princesa Pippilotta bailará a la luz de las hogueras y al compás de los tambores! ¡Ah, cómo tintinearé el anillo de mi nariz!

—¿Cuándo... cuándo vas a marcharte? —preguntó Tommy con voz ronca.

—La *Hoptoad* levará anclas mañana —dijo Pippi.

Los tres niños permanecieron en silencio un buen rato. Parecía que ya no tenían nada que decirse. Pero, de pronto, Pippi dio otro salto mortal y dijo:

—Hoy daremos una fiesta de despedida en Villa Mangaporhombro. ¡Una gran fiesta de despedida! No digo más. Todo el que quiera venir a decirme adiós será bien recibido.

La noticia corrió como la pólvora entre los niños de la ciudad.

«Pippi Calzaslargas se marcha de la ciudad y da una fiesta de despedida esta noche en Villa Mangaporhombro. Todo el que quiera puede asistir.»

No fueron pocos los que quisieron ir a la fiesta: nada menos que treinta y cuatro niños. Annika y Tommy habían conseguido que su madre los autorizara a estar levantados aquella noche hasta tan tarde como quisieran, pues se hizo cargo de que se trataba de una circunstancia excepcional.

Annika y Tommy no olvidarían nunca la fiesta de despedida de Pippi. Era una de esas deliciosas noches de verano, cálidas y apacibles, en que nos decimos: «¡Ah, esto es verdadero verano!». Las rosas del jardín de Pippi refulgían en la fragante oscuridad. El viento susurraba levemente en los viejos árboles. Todo era maravilloso. Pero... pero... Annika y Tommy no se atrevían a completar este pensamiento.

Todos los niños de la ciudad se habían provisto de sus silbatos y los hicieron sonar alegremente al llegar frente al jardín de Villa Mangaporhombro. Annika y Tommy los precedían. Cuando llegaron a los escalones del porche, la puerta se abrió de repente y Pippi apareció en el umbral. Los ojos le brillaban en la pecosa cara.

—¡Bienvenidos a mi humilde morada! —exclamó, extendiendo los brazos.

Annika la vio muy de cerca, y siempre recordaría el aspecto que tenía Pippi en aquel momento. Jamás, jamás se borraría de su memoria aquella imagen de Pippi, con sus trenzas rojas, sus pecas, su sonrisa feliz y sus zapatones.

A lo lejos se oyó un redoble de tambor. El capitán Calzaslargas estaba sentado en la cocina, con su tam-tam entre las rodillas. También aquel día llevaba su indumentaria real. Pippi le había rogado encarecidamente que se la pusiera. Comprendía que a todos los niños les gustaría ver a un verdadero rey de caníbales.

Pronto se llenó la cocina de niños que contemplaban al rey Efraín, y Annika se alegró de que no hubiesen acudido más niños, pues no habría habido sitio para todos. En esto se oyó la música de un acordeón en el jardín, y toda la tripulación de la *Hoptoad*, precedida por Fridolf, entró en la casa. Era Fridolf el que tocaba el acordeón. Pippi había bajado al puerto aquel día para ver a sus amigos y les había rogado que acudieran a la fiesta de despedida.

La niña corrió hacia Fridolf y lo abrazó tan fuerte que su cara se puso morada. Luego lo soltó y exclamó:

—¡Música, música!

Fridolf siguió tocando el acordeón. El rey Efraín hacía sonar el tambor, y los niños, sus silbatos.

Taparon la leñera y colocaron sobre ella largas hileras de botellas de limonada. En la gran mesa de la cocina había quince pasteles de nata y en el fogón, una cazuela enorme llena de salchichas.

El rey Efraín se apoderó de ocho salchichas. Todos los demás siguieron su ejemplo, y pronto no se oyó en la cocina más que un ruido de dientes que trituraban las salchichas. Luego se permitió a los niños servirse cuantos refrescos y pasteles quisieran.

Como la cocina estaba repleta, los invitados se esparcieron por el porche y el jardín, de modo que el pastel de nata blanca brillaba en la oscuridad.

Cuando ya todos hubieron comido cuanto quisieron, Tommy sugirió que podían dejar las salchichas y el pastel y jugar a algo, por ejemplo a «¡Seguid al guía!». Pippi no conocía este juego, pero Tommy se lo explicó: uno era el guía y los demás tenían que hacer todo lo que el guía hiciese.

—¡Estupendo! —exclamó Pippi—. Me parece que ese juego debe de ser muy divertido, y creo

que lo mejor será que yo haga de guía.

Empezó por subirse al tejado del lavadero. Para llegar allí tuvo que trepar primero por la valla del jardín y luego arrastrarse, apoyándose con el estómago, hasta el tejado. Pippi, Tommy y Annika habían ejecutado esta operación tantas veces que no presentó dificultad para ellos; pero a los demás niños les resultó bastante difícil. Los marineros de la *Hoptoad* estaban acostumbrados a subir a los mástiles, y llegaron al tejado sin dificultad, pero para el capitán Calzaslargas fue una verdadera prueba, a causa de su gordura y también de su falda de hierbas, que se le enganchaba en todas partes: se le oía jadear y resollar mientras trepaba.

—Esta falda de hierbas ya no es falda ni es nada —dijo tristemente.

Pippi saltó al suelo desde el tejado del lavadero. Algunos niños pequeños no se atrevieron a dar un salto tan grande, pero Fridolf era un buen hombre y los fue bajando. Entonces Pippi dio seis volteretas por el césped. Los demás las dieron también; pero el capitán Calzaslargas dijo:

—Alguien tendrá que empujarme por detrás, porque yo solo no puedo.

Pippi lo empujó, pero con tal ímpetu que el capitán creyó que ya no podría pararse: rodó como una pelota por el césped y dio catorce volteretas en lugar de seis.

Entonces Pippi subió corriendo los escalones del porche de Villa Mangaporhombro, trepó a una ventana y extendió las piernas de tal modo que consiguió alcanzar una escalera que había en el exterior. Subió a toda prisa la escalera, pasó al tejado de Villa Mangaporhombro, echó a correr por su parte más alta, se encaramó de un salto en la chimenea, y allí, sosteniéndose sobre una sola pierna, cantó como un gallo. Luego se lanzó de cabeza a un árbol que había cerca de la esquina de la casa, y de allí saltó al suelo. Corrió a la leñera, cogió un hacha y abrió un paso en la pared de madera. Después de salir por la estrecha abertura, saltó a la tapia del jardín, anduvo por encima de ella unos cincuenta metros, trepó a una encina y se sentó a descansar en la copa del árbol.

En la calle se había congregado una multitud de curiosos. Al regresar a sus casas, todo el mundo contó que habían visto a un rey caníbal sosteniéndose con una pierna sobre la chimenea de Villa Mangaporhombro e imitando el canto del gallo —«¡Kikirikiiiií!»— con tal entusiasmo que se le podía oír a gran distancia. Claro que nadie lo creyó.

Cuando el capitán Calzaslargas intentó pasar por la estrecha abertura de la leñera, ocurrió lo inevitable: se quedó atascado, sin poder entrar ni salir. Aquello puso fin al juego, y los niños se acercaron a observar como Fridolf ensanchaba la abertura alrededor del capitán Calzaslargas.

—Ha sido un juego magnífico —dijo, riendo, el capitán al verse libre—. ¿A qué vamos a jugar ahora?

—En nuestros mejores tiempos —dijo Fridolf—, el capitán y Pippi hacían demostraciones para ver cuál de los dos era más fuerte. Era divertidísimo.

—¡Buena idea! —dijo el capitán—. Pero creo que mi hija va a ganar.

Tommy estaba al lado de Pippi.

—Pippi —susurró—, temí que te metieras en nuestro escondite del roble hueco cuando jugábamos a «Seguid al guía». No quiero que nadie lo conozca, aunque no entremos nunca más en él.

—No temas: éste será nuestro secreto —dijo Pippi.

Su padre asió una barra de hierro y la dobló por la mitad, tan fácilmente como si fuera de cera. Pippi cogió otra barra de hierro e hizo lo mismo.

—¡Esto no es nada! —exclamó Pippi—. Yo me entretenía con estos sencillos juegos cuando estaba todavía en la cuna.

El capitán Calzaslargas quitó la puerta de la cocina, e hizo que Fridolf y otros siete marineros se pusieran de pie sobre ella. Entonces el capitán levantó la puerta y dio diez vueltas al jardín.

La oscuridad era ya completa, y Pippi colocó antorchas encendidas aquí y allá. Estas luces daban al jardín un aspecto impresionante y esparcían por él un mágico resplandor.

—¿Estás preparado? —preguntó a su padre cuando este terminó de dar la décima vuelta.

El capitán respondió afirmativamente, y entonces Pippi colocó el caballo sobre la puerta de la cocina y dijo a Fridolf y a tres marineros más que montaran en él, cada uno con dos niños en brazos. Fridolf sostenía a Tommy y a Annika. Pippi levantó la puerta y dio veinticinco vueltas al jardín. A la luz de las antorchas, el espectáculo era soberbio.

—Desde luego, niña, eres más fuerte que yo —dijo el capitán Calzaslargas.

Luego se sentaron todos en la hierba. Fridolf tocó el acordeón, y los demás marineros entonaron bellas canciones. Los niños bailaron al son de la música. Pippi cogió dos antorchas y bailó con portentosa agilidad.

La fiesta terminó con fuegos artificiales. Pippi lanzó cohetes y ruedas de fuego que iluminaron el cielo. Annika presenció el espectáculo sentada en el porche. Todo le parecía hermoso, encantador. No podía ver las rosas, pero percibía su aroma en la oscuridad. ¡Qué maravilloso habría sido todo si... si...! Annika sintió como si una mano fría le apretara el corazón. Al día siguiente..., ¿cómo sería el día siguiente?, ¿y las vacaciones de verano?, ¿y ya todos los días? Pippi ya no estaría en Villa Mangaporhombro; tampoco estaría el *Señor Nelson*, y en el porche no habría ningún caballo. Se acabó el montar a caballo, se acabaron las excursiones con Pippi, se acabaron para siempre las agradables tardes en la cocina de Villa Mangaporhombro... Ya no brotarían en el interior del árbol las botellas de refresco. El árbol seguiría allí, pero Annika tenía la certeza de que, cuando Pippi se fuera, el árbol ya no daría refrescos. ¿Qué harían Tommy y ella al día siguiente? Seguramente jugar al croquet. Annika lanzó un suspiro.

Terminó la fiesta. Los niños dieron las gracias a Pippi y se despidieron. El capitán Calzaslargas regresó a la *Hoptoad* con sus marineros. Propuso a Pippi que se fuera con ellos, pero Pippi dijo que quería pasar una noche más en Villa Mangaporhombro.

—Mañana, a las diez, levaremos anclas; no lo olvides —le dijo el capitán al salir.

Pippi, Tommy y Annika se quedaron solos. Se sentaron en los escalones del porche. La oscuridad y la calma eran absolutas.

—Aunque me vaya, podéis venir aquí a jugar —dijo al fin Pippi—. La llave estará colgada en un clavo junto a la puerta. Podréis coger lo que queráis de los cajones de la cómoda, y como dejaré una escalera junto al roble os será fácil entrar en el tronco. Pero quizá no dé ya tantos refrescos como antes: ha pasado el tiempo.

—No, Pippi —dijo Tommy gravemente—, no volveremos nunca más por aquí.

—Nunca, nunca —dijo Annika.

Y pensó que desde entonces cerraría los ojos cada vez que pasara por delante de Villa Mangaporhombro. ¡Villa Mangaporhombro sin Pippi! Annika volvió a sentir aquella mano fría que le oprimía el corazón.

PIPPY SE EMBARCA

Pippi cerró con todo cuidado la puerta de Villa Mangaporhombro y colgó la llave en un clavo junto a la puerta. Luego levantó al caballo y lo bajó del porche... por última vez. El *Señor Nelson* estaba ya sentado en su hombro, la mar de serio. Tal vez comprendiera que algo importante iba a suceder.

—Bueno; me parece que ya está todo —dijo Pippi.

Annika y Tommy asintieron.

—Sí, ya está todo.

—Todavía es temprano —dijo Pippi—. Demos un paseo, ¿no os parece?

Annika y Tommy asintieron de nuevo, pero no dijeron nada más. Salieron de paseo hacia la ciudad, hacia el puerto, hacia la *Hoptoad*. El caballo andaba despacio tras ellos.

Pippi volvió la cabeza para echar una mirada a Villa Mangaporhombro.

—¡Qué casita tan bonita! —exclamó—. No tiene pulgas; es limpia y acogedora, y esto es más de lo que encontraré en la choza de barro donde viviré de ahora en adelante.

Tommy y Annika no dijeron nada.

—Si hay muchas pulgas en mi cabaña —continuó Pippi—, las domesticaré, las guardaré en una caja de puros y por las noches jugaré con ellas a «Corre, ovejita, corre». Les ataré lacitos en las patas, y a las dos más fieles y cariñosas las llamaré *Tommy* y *Annika* y dormirán conmigo.

Ni siquiera esto desató la lengua a sus amigos.

—¿Qué demonios os pasa? —preguntó Pippi, irritada—. Os advierto que es muy malo estar callado mucho tiempo. La lengua se seca si no se usa. Una vez, en Calcuta, conocí a un alfarero que nunca decía nada. Y una vez que quiso decirme: «Adiós, querida Pippi. Feliz viaje y gracias por todo», abrió la boca y ¿sabéis lo que dijo? Primero hizo unos gestos horribles, pues las comisuras de los labios se le habían oxidado tanto que tuve que engrasárselas con un poco de aceite de máquina de coser, y al fin emitió estos sonidos: «los, Pip». Le miré la boca y, ¡horror!, allí estaba la lengua como una hoja marchita. Aquel alfarero, mientras vivió, ya no pudo decir nada más que: «los, Pip». Sería terrible que os sucediera lo mismo a vosotros. ¡Vamos! Quiero convencerme de que podéis decir mejor que el alfarero aquello de «Adiós, querida Pippi. Feliz viaje». ¡Hala! ¡Decidlo!

—Adiós, querida Pippi. Feliz viaje —dijeron dócilmente Annika y Tommy.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Pippi—. Me habéis dado un buen susto. Si hubierais dicho: «los, Pip», no sé lo que me habría sucedido.

El puerto estaba allí, y allí estaba la *Hoptoad*. El capitán Calzaslargas daba órdenes en la cubierta, y los marineros corrían de un lado a otro, preparándolo todo para zarpar. Toda la población se había congregado en el muelle para despedir a Pippi, que llegaba en aquel momento acompañada por Annika, Tommy, el caballo y el *Señor Nelson*.

—¡Aquí viene Pippi Calzaslargas! ¡Paso a Pippi Calzaslargas! —gritaba la muchedumbre al tiempo que se apartaba para que Pippi pudiera pasar.

Pippi saludaba con inclinaciones de cabeza y sonreía a derecha e izquierda. Levantó el caballo y lo subió por la plancha. El pobre animal miró inquieto a un lado y a otro, pues a los caballos no les gustan los paseos en barco.

—¡Al fin has llegado! —exclamó el capitán Calzaslargas interrumpiendo sus voces de mando. Rodeó con sus brazos a Pippi, y se abrazaron con tal fuerza que a ambos les crujieron las costillas.

Annika había estado toda la mañana con un nudo en la garganta, y al ver a Pippi transportar al caballo a bordo, el nudo se le deshizo. Empezó a llorar acurrucada contra una caja de mercancías, primero en silencio y luego cada vez más fuerte y con mayor desconsuelo.

—¡No armes escándalo! —exclamó Tommy malhumorado—. Vas a avergonzarme delante de todo el mundo.

El resultado de la amonestación fue que Annika comenzó a derramar un verdadero torrente de lágrimas. El llanto la estremecía. Tommy dio un puntapié a una piedra, que rodó por el muelle y fue a caer al agua. En realidad, le hubiera gustado arrojarla a la *Hoptoad*, aquel viejo barquichuelo que se llevaba a Pippi. Si nadie lo hubiese visto, se habría echado a llorar también, pero era un chico y no podía consentir que le vieran llorar. Dio un puntapié a otra piedra.

Pippi bajó corriendo por la plancha hasta donde estaban Annika y Tommy y los cogió de la mano.

—Faltan diez minutos —dijo.

Entonces Annika se recostó sobre la caja de mercancías y lloró tanto que parecía que su corazón iba a estallar. Ya no quedaban más piedras para los pies de Tommy. De modo que tuvo que contentarse con apretar los dientes y arrugar las cejas.

Todos los niños de la ciudad se congregaron alrededor de Pippi. Sacaron sus flautas de caña y tocaron una canción de despedida. Era una melodía tan triste que partía el corazón. Annika lloraba tan amargamente que casi no podía respirar.

En aquel momento Tommy recordó que había escrito unos versos de despedida para Pippi, y sacó un papel y empezó a leer. Le contrarió que su voz temblara tanto.

*Adiós, Pippi querida. Hoy te nos vas,
y en vano mar y tierra recorrerás,
pues amigos tan fieles no hallarás en la vida
como los que hoy lloramos tu despedida.*

—¡Qué bien suena! —exclamó Pippi, entusiasmada—. Me lo aprenderé de memoria y lo recitaré a los caníbales cuando nos reunamos por las noches alrededor del fuego del campamento.

Enjambres de niños acudieron a despedir a Pippi. La niña alzó la mano para imponerles silencio.

—Amigos míos —les dijo—, en adelante solamente podré jugar con unos cuantos niños

salvajes. No sé cómo nos divertiremos. Quizá juguemos a la pelota con rinocerontes o serpientes, o montaremos en elefantes y nos meceremos en las palmas del cocotero que hay ante las puertas de las chozas.

Pippi hizo una pausa. Tommy y Annika sintieron un odio irreprimible contra aquellos niños nativos con que Pippi iba a jugar en el futuro.

—Pero —continuó Pippi— llegará la estación de las lluvias, y entonces los días nos parecerán tan largos que, para divertirnos, tendremos que salir a mojarnos, y luego, empapados, entraremos en mi choza de barro, a menos que el barro de la choza se haya convertido en una pasta, en cuyo caso, como es natural, haremos pasteles de barro. Pero si la choza sigue siendo una choza, nos cobijaremos en ella y los niños nativos dirán: «Anda, Pippi, cuéntanos un cuento». Y entonces les contaré algo sobre una pequeña ciudad que está lejos, muy lejos, en otra parte del mundo, y sobre los niños que viven en ella. «No podéis imaginaros lo simpáticos que son aquellos chicos», diré a los niños caníbales. «Tocan silbatos y, lo que es más importante, saben plutificar» Pero es posible que entonces los niños indígenas se desesperen por no saber plutificar, y entonces, ¿qué voy a hacer con ellos?... En fin, en un caso desesperado, echaré abajo la choza y haré pasteles de barro, aunque estemos de barro hasta el cuello. Entonces es casi seguro que se olvidarán de las plutificaciones. ¡Gracias a todos, y un adiós muy fuerte!

Los niños tocaron una canción más triste todavía con sus flautas de caña.

—¡Pippi, ya es hora de partir! —le gritó el capitán Calzaslargas.

—¡Un momento, capitán! —contestó Pippi sin apartar la vista de Annika y de Tommy.

¡Qué expresión tan singular tenía su mirada! Tommy recordaba que su madre le había mirado así una vez que había estado muy enfermo.

Annika parecía un bultito echado sobre la caja de mercancías. Pippi la levantó en sus brazos.

—Adiós, Annika, adiós —susurró—. No llores.

Annika echó los brazos al cuello de Pippi y lanzó un triste y débil gemido.

—Adiós, Pippi —sollozó.

Pippi le cogió la mano a Tommy y se la estrechó con fuerza. Luego subió corriendo por la plancha de embarque. Una gruesa lágrima rodó por la nariz de Tommy. Apretó los dientes, pero de poco le sirvió. Aún sintió rodar otra lágrima. Tomó la mano de Annika y se quedaron los dos allí con la mirada fija en Pippi. La veían sobre cubierta, pero turbia, como se ven siempre las cosas a través de las lágrimas.

—¡Tres hurras por Pippi Calzaslargas! —gritó una voz entre la multitud que llenaba el muelle.

—Recoge la plancha, Fridolf —exclamó el capitán Calzaslargas.

Fridolf la retiró. La *Hoptoad* estaba lista para emprender el viaje a tierras lejanas.

Y entonces...

—¡No, papá! —exclamó Pippi—. ¡No puedo sufrirlo, no puedo!

—¿Qué es lo que no puedes sufrir? —preguntó el capitán.

—Que alguien en esta ciudad lllore o esté triste por mi culpa... sobre todo Tommy y Annika. Que pongan otra vez la plancha. Me quedo en Villa Mangaporhombro.

El capitán Calzaslargas guardó silencio durante un minuto.

—Haz lo que quieras —dijo al fin—. Siempre lo has hecho.

Pippi asintió.

—Sí, siempre lo he hecho —dijo con calma.

Pippi y su padre volvieron a darse un abrazo tan fuerte que las costillas les crujieron, y decidieron que el capitán Calzaslargas iría muy a menudo a ver a Pippi a Villa Mangaporhombro.

—Oye, papá —dijo Pippi—, yo creo que es mejor para una niña tener un hogar como es debido en vez de ir navegando por esos mundos y vivir entre salvajes, en chozas de barro... ¿No lo crees tú también?

—Sí. Como siempre, hija mía, tienes razón —repuso el capitán—. En Villa Mangaporhombro llevas una vida más ordenada, y yo creo que eso es bueno para los niños.

—¡Claro que sí! —dijo Pippi—. A los niños les conviene llevar una vida ordenada, sobre todo si pueden ordenársela ellos mismos.

Pippi se despidió de los marineros de la *Hoptoad* y abrazó una vez más a su padre. Luego levantó en vilo al caballo y lo bajó por la plancha. La *Hoptoad* levó anclas. Pero en el último momento el capitán Calzaslargas recordó algo.

—¡Pippi! —le gritó—. A lo mejor, necesitas dinero. ¡Tómalo!

Y le arrojó otra maleta llena de monedas de oro. Pero la *Hoptoad* se había alejado ya demasiado, y la maleta no cayó en el muelle. ¡Plof!, y se hundió en el agua. Un murmullo de pesar salió de la multitud. Pero pronto se oyó otro ¡plof! Era Pippi, que se había arrojado al agua. Segundos después volvió a aparecer con la maleta colgando de sus dientes. Trepó al muelle y se sacudió un trozo de alga marina que llevaba detrás de la oreja.

—¡Bueno, ya soy otra vez más rica que Creso! —exclamó.

Había ocurrido todo con tanta rapidez que Annika y Tommy estaban aturcidos. Atónitos y boquiabiertos, miraban a Pippi, al caballo, al *Señor Nelson*, a la maleta de monedas de oro y a la *Hoptoad*, que se alejaba del muelle a toda vela.

—¿No estás... no estás en el barco? —preguntó Tommy, que no podía creer lo que estaba viendo.

—¿A ti qué te parece? —repuso Pippi. Y exprimió sus trenzas, para que soltasen el agua.

Subió a Tommy, a Annika y al *Señor Nelson* al lomo del caballo, colocó también allí la maleta y ella montó detrás.

—¡Volvemos a Villa Mangaporhombro! —exclamó en voz alta.

Annika y Tommy comprendieron al fin. Tommy estaba tan contento que empezó a cantar su canción favorita: «¡Aquí llegan los suecos entre sonos y ruidos fragorosos...!».

Annika había llorado tanto que no conseguía dejar de llorar del todo: aún se sorbía las lágrimas. Pero eran ya lágrimas de felicidad que pronto terminarían. Los brazos de Pippi rodeaban su estómago con firmeza. ¡Qué segura se sentía! ¡Oh, qué maravilloso era todo!

—¿Qué haremos hoy, Pippi? —preguntó Annika cuando ya había terminado de sorber lágrimas.

—Pues... quizá jugar al croquet —contestó Pippi.

—¡Estupendo! —exclamó Annika, segura de que el croquet sería otra cosa si jugaba Pippi.

—O quizás a otro juego —dijo Pippi, pensativa.

Todos los niños de la ciudad se apiñaron alrededor del caballo para oír lo que Pippi decía.

—Sí, a otro juego... Por ejemplo, podríamos bajar al río y pasear por encima del agua.

—No se puede pasear por encima del agua, tú ya lo sabes —dijo Tommy.

—¿Que no se puede? —dijo Pippi—. Una vez, en Cuba, vi a un ebanista que...

El caballo se lanzó al galope, y los niños que se habían apiñado alrededor no pudieron oír el resto de la historia. Pero estuvieron allí un buen rato, contemplando a Pippi y a su caballo, que galopaba hacia Villa Mangaporhombro. Poco después, Pippi y el caballo parecían una manchita lejana, y al fin desaparecieron.

PIPPY EN LOS MARES DEL SUR

PIPPI RECIBE UNA VISITA

Con sus calles de guijarros y sus menudas casas rodeadas de jardín, la pequeña ciudad sueca resultaba muy pintoresca. Quienes la visitaban pensaban que era un bello lugar para vivir. Pero, en realidad, los turistas no tenían mucho que ver. Un museo y una gruta natural. Esto era todo. Pero... esperen. Había «algo» más.

Dos letreros con una flecha debajo, que colocaron los habitantes de la pequeña ciudad para indicar a los visitantes el camino para ir al museo y a la gruta.

Pero... había un tercer letrero, escrito con unas letras que más bien podríamos decir torcidas, en el que se leía:

HACIA VILLA
MANGAPORHOMBRO



A decir verdad, a la gente le interesaba más saber el camino de Villa Mangaporhombro que el del museo o el de la gruta.

Un espléndido día de verano, un hombre se dirigía hacia aquella pequeña ciudad. El hombre vivía en una ciudad mucho mayor, y por esta razón se consideraba mucho más fino y distinguido. Tenía un coche muy bonito y llevaba unos zapatos tan limpios que resplandecían y un grueso anillo de oro en el dedo. Así, no es de extrañar que tuviera una inmejorable impresión de sí mismo.

Cuando conducía su coche hacía sonar la bocina, para que todo el mundo se diera cuenta de que él estaba pasando por allí.

Cuando vio los letreros se rio de buena gana.

—¡Bah! «Al museo»... Puedo pasar sin verlo. «A la gruta». Esto está mejor. Pero... ¿qué disparate es este? —dijo el hombre cuando vio el tercer letrero—. ¡Qué nombre tan raro!

Pensó que la casa estaría en venta y que habían puesto aquel letrero para indicar el camino a la gente que estuviese interesada en comprarla. Reflexionó sobre si le gustaría comprarla. Aquel lugar parecía muy tranquilo. Claro que no iría a vivir allí para siempre, pero, de todos modos, en un pueblo pequeño la gente se daría más cuenta de que él era un hombre extraordinario, un distinguido caballero. Decidió ir a echar una ojeada a Villa Mangaporhombro.

Todo lo que tenía que hacer era seguir la dirección de la flecha. Tuvo que dar la vuelta al pueblo, y entonces vio escrito con lápiz rojo sobre una verja rota:

VILLA MANGAPORHOMBRO

Al otro lado de la verja había un jardín exuberante, con viejos árboles cubiertos de musgo, césped y muchas flores que crecían con entera libertad. Al final del jardín se veía la casa. ¡Y qué casa! Parecía que iba a derrumbarse de un momento a otro. El distinguido caballero se quedó pasmado. De pronto soltó un gemido. ¡Había un caballo en el porche!

En los escalones del porche vio a tres niños sentados tomando el sol. La niña que estaba sentada en el centro tenía la cara llena de pecas y dos coletas rojas y tiasas como palos. A su lado se sentaban una linda chiquilla de pelo rubio y rizado, con un vestido a cuadros azules, y un muchachito muy bien peinado. Sobre el hombro de la niña pelirroja se sentaba un mono.

El visitante se quedó asombrado. Debía de haberse equivocado de casa. Nadie podía pensar en vender aquella destartalada choza.

—Oíd, niños —preguntó—. ¿Es Villa Mangaporhombro esa miserable covacha?

La niña pelirroja se levantó y fue hasta la verja. Los otros dos pequeños la siguieron caminando lentamente.

—¿Has perdido la lengua? —le preguntó aquel señor a la niña de las coletas—. ¿Es esta choza Villa Mangaporhombro?

—Déjeme pensar —contestó la niña frunciendo el entrecejo—. No es el museo, ni tampoco la gruta. ¡Ya lo tengo! —exclamó—. ¡Es Villa Mangaporhombro!

—No seas impertinente —dijo el caballero.

Y luego murmuró, como para sí:

—Podría derribar esta casa y construir otra.

—Eso es. Vamos a empezar ahora mismo —dijo la niña pelirroja, y, corriendo hacia la casa, empezó a arrancar las tablas de la fachada delantera.

El visitante no le prestó atención, porque a él no le interesaban los niños. Además, ahora estaba meditando. El jardín resultaba, a pesar de su estado salvaje, agradable y atractivo a la luz del sol. Pensó que, cuando hubiera construido la nueva casa, estuviera el césped cortado, el sendero rastrillado y hubiera arreglado las flores, entonces incluso un caballero tan refinado como él podría vivir allí. Así que decidió comprar Villa Mangaporhombro.

Miró alrededor pensando qué más podría cambiar. Desde luego, quitaría el musgo de los árboles. Observó con disgusto un nudoso y viejo roble de enorme tronco y grandes ramas

inclinadas sobre el tejado de Villa Mangaporhombro.

—También cortaré esto —dijo con determinación.

La niña que llevaba el vestido azul a cuadros dijo con voz asustada:

—¡Oh, Pippi! ¿Has oído?

La niña pelirroja continuó impasible saltando por el jardín.

—Sí, cortaré este viejo y podrido roble —repitió el hombre.

La niña vestida de azul tendió sus manitas hacia él y le dijo:

—¡Oh, no! ¡No haga eso! Es un árbol estupendo para trepar y, además, está hueco y podemos jugar dentro.

—¡Qué tontería! Yo no me subo a los árboles.

El muchacho tan bien peinado se dirigió hacia el caballero y le miró con ansiedad.

—Este árbol da refrescos de soda —dijo—. Y también chocolate; aunque eso solo pasa los jueves por la tarde.

—Me parece, niños, que habéis cogido una insolación. Pero esto a mí no me importa. Voy a comprar esta casa. ¿Podéis decirme dónde está el dueño?

La pequeña del vestido azul se echó a llorar, y el muchachito corrió hacia la niña pelirroja, que todavía estaba saltando y brincando.

—Pippi —dijo—. ¿No has oído lo que ha dicho? ¿Por qué no haces algo?

—¿No ves que estoy saltando? —contestó la niña de las trenzas—. ¡Y me dices que no estoy haciendo nada! Salta tú también y verás qué divertido es.

La niña de las coletas tiesas como palos se fue hacia donde estaba el visitante y le dijo:

—Me llamo Pippi Calzaslargas, y estos son Tommy y Annika —dijo señalando a sus amigos—. ¿Podemos hacer algo por usted? ¿Derribamos la casa? ¿Cortamos un árbol? ¿Cambiamos algo de sitio? ¡Usted tiene la palabra!

—No me interesan vuestros nombres. Lo único que quiero saber es dónde puedo encontrar al propietario de esta casa. Voy a comprarla.

—La propietaria está muy ocupada ahora —dijo Pippi—. Siéntese y espérela. A lo mejor vendrá.

—¿Propietaria? —dijo el hombre, con resplandeciente mirada—. ¿Es una mujer la dueña de esta casa ruinoso? Tanto mejor. Las mujeres no entienden de negocios. Así podré obtenerla a mejor precio.

Como parecía no haber otro sitio donde sentarse, lo hizo en los escalones del porche.

El mono daba saltos sobre la barandilla, y Tommy y Annika se hallaban de pie, a cierta distancia, mirándole un poco asustados.

—¿Vivís aquí?

—No —dijo Tommy—; vivimos en la casa de al lado.

—Pero venimos todos los días a jugar —añadió Annika con timidez.

—Pues eso se ha terminado. No quiero chicos corriendo por mi jardín. Los niños son la peor cosa que conozco.

—Yo también opino así —dijo Pippi parando de saltar durante un segundo—. ¡Abajo los

niños!

—¿Cómo puedes decir esto? —le preguntó Tommy, algo dolido.

—Lo repito: ¡abajo los niños!

En esto, el caballero se fijó en el rojo pelo de Pippi y quiso gastarle una broma.

—¿Sabes en qué te pareces a un fósforo encendido? —le preguntó.

—No. Pero siempre he deseado saberlo.

—En que los dos tenéis la llama en la cabeza... ¡Ja! Ja! exclamó tirándole fuertemente de las trenzas.

—Cada día aprendo cosas nuevas —dijo Pippi, pensativa.

—Creo que eres la niña más fea que he visto en mi vida.

—Bueno, pues usted tampoco es ninguna belleza —replicó Pippi.

El hombre la miró muy enfadado, pero no se dignó contestarle.

—¿Sabe en qué nos parecemos usted y yo? —le preguntó Pippi.

—Espero que no nos parezcamos en nada.

—¡Vaya que sí! —aseguró Pippi—. Nos parecemos en que los dos tenemos la boca grande... excepto yo.

Se oyó una tímida risita procedente de Tommy y Annika.

—¡Eres una insolente! —dijo el hombre, realmente enojado—. Te mereces unos azotes.

Al decir esto tendió el brazo para agarrar a Pippi, pero esta saltó ágilmente a un lado, y un segundo más tarde estaba sobre una de las ramas del viejo roble. El hombre se quedó con la boca abierta.

—¿Cuándo va a empezar a zurrarme? —preguntó Pippi, cómodamente sentada en la rama.

—No tengo prisa. Esperaré.

—Mejor —dijo Pippi—. Porque pienso estar aquí hasta finales de noviembre.

Tommy y Annika aplaudieron alborozados. Pero ojalá no lo hubieran hecho, porque ahora sí que el caballero se enfadó terriblemente. Al no poder alcanzar a Pippi, agarró a Annika por el cuello y le dijo:

—¡Te voy a dar una soberana paliza! ¡Tú también la necesitas!

Annika, a quien en su vida le habían dado una azotaina, empezó a gritar. Pero, de golpe y porrazo, Pippi bajó del árbol y de un salto se colocó junto al hombre, lo agarró por la cintura, lo lanzó al aire varias veces, lo llevó en brazos hasta su coche y lo arrojó sobre el asiento trasero.

—Me parece que vamos a derribar la casa otro día —dijo—. Un día a la semana, me dedico a derribar casas, pero no lo hago nunca en viernes, y hoy es viernes. Cada cosa a su tiempo.

Con gran dificultad, el caballero se pasó al asiento delantero del coche, agarró el volante y salió de allí a toda prisa.

Estaba asustado y le fastidiaba no haber podido hablar con la propietaria de Villa Mangaporhombro. Quería comprar la casa enseguida y arrojar de allí aquellos repelentes chiquillos.

En el pueblo encontró a un guardia y paró su coche para preguntarle:

—¿Podría usted decirme dónde encontraré a la propietaria de Villa Mangaporhombro?

—Con mucho gusto —respondió el guardia subiendo al coche—. Vaya a Villa Mangaporhombro.

—No está allí —dijo el caballero.

—Estoy seguro de que sí está —contestó el guardia amablemente.

El caballero pensó que estaba a salvo en compañía del guardia y se dirigió hacia Villa Mangaporhombro porque ansiaba hablar con la dueña.

—Ahí está la propietaria de la casa —dijo el guardia señalando hacia el jardín de Villa Mangaporhombro.

El caballero miró en aquella dirección y soltó un gemido. En los escalones del pórtico estaba la niña pelirroja, la terrible Pippi Calzaslargas, que llevaba en brazos al caballo y al mono sobre su hombro.

—¡Eh! ¡Tommy! ¡Annika! —gritó Pippi— Vamos a montar antes de que llegue el negociante.

—Se dice «negociante» —rectificó Annika.

—¿Aquella es la propietaria de la casa? —preguntó el caballero con voz desmayada—. ¡Pero si solo es una niña!

—Sí —contestó el guardia—. La niña más fuerte del mundo. Vive sola en esta casa.

El caballo, con los tres niños sobre su lomo, galopaba hacia la verja.

Pippi saludó con una inclinación de cabeza al caballero y le dijo:

—Era muy divertido jugar a resolver acertijos. He estado pensando en ello, y ahora se me ha ocurrido otro. ¿Puede usted decirme qué diferencia hay entre mi caballo y mi mono?

El caballero no estaba de humor para resolver adivinanzas, pero le tenía mucho respeto a Pippi; así que no se atrevió a dejarla sin respuesta.

—No sé qué diferencia existe entre tu caballo y tu mono.

—Es bastante complicado —dijo Pippi—. Pero si usted ve a los dos debajo de un árbol y uno de ellos empieza a trepar, aquel... no es el caballo.

El caballero apretó hasta el fondo el acelerador y nunca jamás volvió por allí.

PIPPY CONOCE A TÍA LAURA

Pippi estaba jugando en su jardín esperando a Tommy y a Annika, pero, en vista de que no llegaban, decidió ir a buscarlos. Los encontró en su casa, con su madre, la señora Settergreen, y una señora anciana que estaba de visita. Se hallaban sentadas bajo un árbol del jardín tomando una taza de café. Annika y Tommy bebían refrescos de fruta. Cuando vieron a Pippi se levantaron y corrieron a su encuentro.

—Ha venido tía Laura. Por eso no hemos podido ir a tu casa —explicó Tommy.

—Parece simpática —dijo Pippi atisbando a través del seto—. Me gustaría hablar con ella.

Annika la miró un poco preocupada.

—Es... es... es mejor que no hables mucho —dijo, recordando una vez que Pippi había ido de visita y había hablado tanto que la madre de Annika se enfadó con ella. Annika quería demasiado a Pippi y no podía soportar que alguien se enfadara con ella.

Pippi se ofendió.

—¿Por qué no puedo hablar con ella? —preguntó—. Cuando alguien me visita, soy amable y educada. Si no digo ni una palabra, puede pensar que tengo algo contra ella.

—Pero ¿estás segura de que sabes hablar a las señoras ancianas? —objetó Annika.

—Claro que sí. Necesitan que las animen —dijo Pippi con énfasis—. Y eso es lo que voy a hacer ahora mismo.

Anduvo a través del césped hasta donde estaban las dos señoras. Primero saludó a la señora Settergreen y después miró a la anciana y empezó a aplaudir.

—¡Miren a tía Laura! ¡Más guapa que nunca! —Se volvió hacia la madre de Tommy y Annika y pidió—: Por favor, ¿tiene un poco de jugo de frutas? Lo necesito para que no se me seque la garganta cuando empiece a hablar.

La señora Settergreen llenó un vaso, se lo entregó a Pippi y le dijo:

—Los niños deben verse, pero no oírse.

—¡Qué bien! —exclamó Pippi, muy contenta—. Es estupendo que la gente se sienta feliz solo mirándome. Deberían usarme como elemento decorativo.

Se sentó en la hierba y miró fijamente hacia el frente como si fueran a hacerle una fotografía.

La señora Settergreen no le prestó atención y empezó a hablar con tía Laura.

—¿Cómo se encuentra usted?

—¡Malísima! —exclamó la anciana señora—. Todo me pone nerviosa.

Pippi dio un brinco.

—Igual que mi abuela —dijo—. Se ponía nerviosa por la cosa más insignificante. Si andando por la calle le caía un ladrillo en la cabeza, armaba tal escándalo que todo el mundo pensaba que le había ocurrido algo malo.

»Una vez fue al baile con mi padre y bailaron juntos una habanera. Mi padre es muy fuerte y

hacía girar a mi abuela tan rápido que, de pronto, mi abuela cruzó la sala por el aire y fue a aterrizar con estrépito en medio de los músicos. Mi abuela armó tal alboroto que mi padre perdió la paciencia, la levantó del suelo y la sostuvo colgando fuera de la ventana (había una altura de cuatro pisos), y como a ella esto no le gustó ni pizca, empezó a gritar: «¡Suéltame enseguida!». Mi padre la soltó y dijo que nunca había visto a nadie tan enfadado como lo estaba mi abuela, y total por nada. Ciertamente es mala cosa cuando la gente tiene problemas con sus nervios —acabó Pippi alegremente, y volvió a su jugo de frutas.

Tommy y Annika se sentían bastante incómodos. Tía Laura estaba completamente aturdida. La señora Settergreen dijo precipitadamente:

—Esperamos que pronto se sienta mejor, tía Laura.

—¡Oh, sí! Estoy segura de que se sentirá mejor —la tranquilizó Pippi—. A mi abuela le ocurrió así. Mejoró enseguida. Se volvió más fresca que una lechuga. Si le caían ladrillos en la cabeza, se sentaba en el suelo y se reía. Estoy convencida de que tía Laura pronto se sentirá mejor.

Tommy se acercó a tía Laura y le dijo al oído:

—No hagas caso de lo que Pippi dice. Todo se lo inventa. Ella nunca ha tenido abuela.

Pippi lo oyó y dijo tristemente:

—Tommy tiene razón. Nunca he tenido abuela.

Tía Laura hablaba con la señora Settergreen, y Pippi escuchaba con la mirada fija como antes.

—Ayer me ocurrió una cosa muy extraña —dijo tía Laura.

—No sería tan extraña como la que yo vi anteayer —intervino Pippi tranquilamente—.

Figúrese que iba en un tren a toda velocidad, cuando, de repente, una vaca entró volando por la ventana llevando una gran maleta colgada de la cola. Se sentó frente a mí y empezó a mirar la guía de ferrocarriles para ver a qué hora llegaríamos a Falkoping. Yo me estaba comiendo un bocadillo (tenía muchos: unos de salchichón y otros de arenque ahumado), y pensé que tendría hambre; así que le ofrecí uno. Tomó uno de arenque ahumado y se lo tragó entero.

Pippi calló y miró alrededor.

—Verdaderamente es muy extraño —dijo tía Laura.

—Desde luego. Tendrá que pasar mucho tiempo antes de que vuelva a encontrar una vaca tan rara como aquella. Imagínese —agregó—: ¡se comió un bocadillo de arenque ahumado y dejó los de salchichón!

La señora Settergreen llenó de nuevo las tazas de café y sirvió más jugo de frutas a los niños.

—Cuéntenos lo que le ocurrió ayer —le recordó a la anciana.

—¡Oh, sí! —dijo tía Laura—. ¡Fue una cosa muy extraña!

—¡Hablando de cosas extrañas! —la interrumpió Pippi—. ¿Les gustaría oír la historia de Agatón y Teodoro? Una vez, cuando el barco de mi padre ancló en Singapur, necesitamos un marinero, y contratamos a Agatón. Agatón medía dos metros y medio y era tan delgado que los huesos le sonaban como la cola de una serpiente de cascabel. Su cabello era negro como el ala de un cuervo y le llegaba hasta la cintura. Tenía un solo diente, y este era tan largo que le tocaba la barbilla. Mi padre decía que Agatón era el hombre más feo del mundo y que podía empleársele para ahuyentar a un lobo hambriento. Bueno. Nos fuimos a Hong-Kong y otra vez necesitamos a

un marinero, y allí encontramos a Teodoro. Agatón y Teodoro eran tan iguales como dos gotas de agua.

—Es una extraña coincidencia —exclamó tía Laura.

—¿Extraña? —dijo Pippi—. ¿Qué es lo que encuentra extraño?

—Que se parecieran tanto.

—Pues no es extraño, porque eran gemelos desde que nacieron. ¿Es extraño que dos gemelos se parezcan? No lo podían remediar.

—Entonces, ¿por qué hablas de raras coincidencias? —preguntó tía Laura.

La señora Settergreen intentó distraer la atención de la anciana señora y dijo:

—Nos iba a explicar lo que le sucedió ayer, tía Laura.

Pero la anciana se levantó para marcharse y dijo:

—Tendrá que ser otro día. Al fin y al cabo, quizá no fuera tan extraño...

Se despidió de Tommy y de Annika, pasó la mano por la roja cabellera de Pippi y le dijo:

—Adiós, amiguita. Tenías razón. Ya no estoy nerviosa. Empiezo a sentirme mucho mejor.

—Me alegro mucho —dijo Pippi dándole un gran abrazo—. ¿Sabe una cosa, tía Laura? Mi padre estuvo muy contento de encontrar a Teodoro en Hong-Kong. Así tuvo a dos hombres para poder ahuyentar a los lobos hambrientos.

PIPPI DESCUBRE UNA PALABRA NUEVA

Una mañana, Tommy y Annika entraron en la cocina de Pippi y le dieron los buenos días, pero ella no les contestó. Estaba sentada sobre la mesa con el *Señor Nelson* en el hombro. Sonreía con una expresión feliz en la cara pecosa.

—Buenos días —dijeron de nuevo Tommy y Annika.

—Estoy pensando en lo que acabo de descubrir —murmuró Pippi con voz soñadora.

—¿Qué has descubierto? —preguntaron sus amiguitos.

A ellos no les sorprendía que Pippi hubiera descubierto algo; lo único que querían saber era de qué se trataba.

—¿Qué es lo que has descubierto, Pippi? —preguntaron con ansiedad.

—Una palabra nueva —contestó Pippi, y se los quedó mirando como si acabara de verlos en aquel mismo momento—. ¡Una palabra estupenda!

—¿Qué clase de palabra? —preguntó Tommy.

—Una palabra maravillosa. Una de las mejores que he oído en mi vida.

—¡Dínosla!

—«Palitroche» —dijo Pippi.

—¡«Palitroche»! —repitió Tommy—. ¿Qué quiere decir?

—¡Ojalá lo supiera! Lo único que sé es que no quiere decir aspiradora.

Tommy y Annika se quedaron pensativos. Finalmente, Annika dijo:

—Pero si no sabes lo que quiere decir, no te sirve de nada.

—Eso es lo que me preocupa —dijo Pippi.

—¿Quién decidió el significado de las palabras?

—Probablemente se reunieron unos cuantos viejos profesores —explicó Pippi— e inventaron palabras tales como: «tina», «mordaza», «ristra», y cosas así. Sin embargo, nadie se preocupó de descubrir una palabra tan bonita como «palitroche». ¡Qué suerte que yo haya dado con ella! ¡Apuesto a que descubriré lo que significa!

Pippi se puso a meditar con la mano debajo de la barbilla y los ojos cerrados.

—¡«Palitroche»! Me gustaría saber si se podría llamar así a la punta del palo azul de una bandera.

—Los palos de las banderas no son azules —corrigió Annika.

—Tienes razón. Entonces no sé lo que quiere decir. Quizá se le pueda llamar así al ruido que haces con los zapatos cuando andas por el barro. A ver cómo suena: «Cuando Annika anda por el barro puede oírse un maravilloso «palitroche»». No. No suena bien. «Puede oírse un maravilloso «chipichap»». ¡Eso sí que suena bien!

Y rascándose la cabeza, Pippi añadió:

—Esto se está poniendo difícil. ¡Pero lo he de averiguar! Quizá sea algo que pueda comprarse

en las tiendas. ¡Vamos a preguntarlo!

A Tommy y a Annika les pareció muy bien, y Pippi fue a buscar su monedero, lleno de monedas de oro.

—«Palitroche» suena como si fuera una cosa bastante cara. Será mejor que vaya a buscar más dinero.

Cuando tuvo el bolso bien repleto de monedas, Pippi levantó el caballo y lo sacó del porche. El *Señor Nelson* saltó sobre su hombro.

—¡Aprisa! Si no nos apresuramos, puede ser que se hayan terminado todos los «palitroches» cuando lleguemos. No me sorprendería que el alcalde hubiese comprado el último que quedaba.

Cuando los chiquillos de la pequeña ciudad oyeron galopar al caballo de Pippi, corrieron felices a su encuentro, porque todos la querían mucho.

—¿Adonde vas, Pippi? —le preguntaban a gritos.

—Voy a comprar «palitroches».

Los niños la miraban sorprendidos.

—¿Es algo bueno? —preguntó el pequeño del grupo.

—Apuesto a que sí —dijo Pippi mirándose la nariz—. Por lo menos suena como si lo fuera.

Siguieron adelante hasta que llegaron frente a una pastelería, y entonces bajaron del caballo y entraron en la tienda.

—Quisiera comprar un «palitroche» —dijo Pippi—. Pero que sea bueno y crujiente.

—¿«Palitroche»? —repitió una linda señorita que estaba detrás del mostrador—. Creo que no tenemos.

—Pues deberían tenerlos. En todas las tiendas bien surtidas los despachan.

—Sí, pero los hemos agotado —dijo la señorita, que nunca había oído hablar de «palitroches», pero que no quería admitir que su tienda no estuviera tan bien surtida como las otras.

—¡Ah! Pero ¿han tenido «palitroches»? —exclamó Pippi ansiosamente—. Dígame cómo son. ¿Tienen rayas rojas?

La señorita se ruborizó y dijo:

—No. De todos modos, ahora no tenemos ninguno...

—Entonces tengo que seguir buscando. No puedo volver a casa sin un «palitroche».

La próxima tienda era una ferretería. El vendedor los saludó cortésmente.

—Quisiera comprar un «palitroche» —le dijo Pippi—. Pero que sea de la mejor clase. De los que se usan para matar leones.

El vendedor los miró con desconfianza.

—Vamos a ver —dijo rascándose detrás de la oreja—. Vamos a ver. —Y sacó del cajón un pequeño rastrillo que entregó a Pippi.

—Esto es un rastrillo —exclamó, en el colmo de la indignación—. Yo quiero un «palitroche». ¡No intente engañar a una inocente niña!

—Desgraciadamente, no tenemos lo que necesitas —dijo el vendedor riéndose—. Pregunta en la tienda de la esquina, que venden baratijas.

—¡Baratijas! —murmuró Pippi con desdén cuando salieron a la calle—. Supongo que tampoco

tendrán. Quizás, al fin y al cabo, sea una enfermedad. Vamos a preguntar al médico.

Annika sabía dónde vivía, porque hacía unos días había ido a vacunarse.

Pippi llamó al timbre, y una enfermera abrió la puerta.

—Quiero ver al doctor —dijo Pippi—. Es un caso muy grave. Se trata de una terrible y peligrosa enfermedad.

—Por aquí, por favor.

Cuando entraron los niños, hallaron al doctor sentado en su despacho. Pippi fue directamente hacia él, cerró los ojos y sacó la lengua.

—¿Qué te pasa? —le preguntó el médico.

—Me temo que he pillado un «palitroche». Me pica todo el cuerpo, duermo con los ojos cerrados, algunas veces tengo hipo y el domingo me puse mala después de haber comido un plato de betún con leche. Tengo mucho apetito, pero a veces me atraganto y no puedo engullir la comida. Yo creo que tengo un «palitroche». ¿Es contagioso?

El doctor miró la sonrosada carita de Pippi y dijo:

—Creo que tienes más salud que la mayoría de la gente.

—Pero existe una enfermedad con este nombre, ¿verdad?

—No. Pero aunque existiera, dudo que tú la cogieras.

Pippi suspiró tristemente, se despidió del doctor y salió, seguida de Tommy y Annika.

No lejos de Villa Mangaporhombro había una casa de más de trescientos años. En aquel momento tenía una de las ventanas del piso superior abierta, y Pippi señaló hacia allí diciendo:

—No me sorprendería que ahí hubiera uno. Voy a subir a ver.

Saltó a la cañería y trepó velozmente hasta la ventana e introdujo la cabeza dentro.

Vio una gran sala y en ella dos señoras sentadas en unos sillones charlando tranquilamente. Imaginaos su sorpresa cuando, de repente, apareció en la ventana una cabeza de color rojo y una voz dijo:

—¿Por casualidad hay por ahí algún «palitroche»?

Las dos señoras chillaron aterrorizadas.

—¡Cielo santo! ¿Qué estás diciendo, niña? ¿De dónde sales?

—Quisiera saber si tienen algún «palitroche» por ahí.

—¿Y qué es un... eso que has dicho? ¿Muerde?

—Me parece que sí —dijo Pippi, convencida—. Tiene unos colmillos así de grandes.

Las dos señoras se abrazaron y empezaron a gritar. Pippi miró alrededor y dijo, desilusionada:

—No veo que le asomen los bigotes al «palitroche». Perdonen que las haya molestado. —Y se deslizó por la cañería hasta el suelo.

—No existe ningún «palitroche» en esta ciudad —dijo a Tommy y Annika—. Volvamos a casa.

Cuando iban a montar en el caballo, que los esperaba en el soportal, Tommy puso el pie sobre un pequeño escarabajo que se arrastraba por la arena del sendero.

—Ten cuidado. No pises a ese animalito —dijo Pippi.

Los tres miraron hacia el suelo. El bicho era menudo y tenía unas alas verdes que brillaban

como si fueran de metal.

—No es un escarabajo, ni una mariquita —dijo Tommy.

—Ni tampoco una libélula —dijo Annika—. Me gustaría saber qué es.

En el rostro de Pippi se dibujó una radiante sonrisa.

—¡Ya lo tengo! ¡¡Es un «palitroche»!!

—¿Estás segura? —preguntó Tommy dudando.

—¿Crees que no voy a conocer un «palitroche» cuando veo a uno? ¿Has visto tú ninguno en tu vida?

Pippi puso el escarabajo en un sitio donde no pudieran pisarlo y le dijo tiernamente:

—¡Mi querido «palitroche»! Ya sabía yo que al fin iba a encontrarte. Hemos recorrido toda la ciudad buscándote, y estabas cerca de Villa Mangaporhombro.

PIPI Y LA SEÑORITA ROSENBLUM

Las vacaciones se acaban cuando uno menos lo espera, y Tommy y Annika tuvieron que volver a la escuela. Pippi consideraba que sabía ya lo suficiente sin necesidad de ir al colegio, y anunció, muy resuelta, que no tenía intención de poner los pies allí hasta que llegara el día en que no pudiese soportar no saber cómo se escribe la palabra «vértigo».

—Yo nunca me mareo —dijo—. Así que no me preocupa no saber escribir esta palabra. Si algún día llego a marearme, supongo que tendré otras cosas en que pensar.

—No creo que vayas a marearte nunca —dijo Tommy, muy convencido.

Y tenía razón. Pippi había navegado con su padre por todos los mares, antes de que aquel llegase a ser rey de los caníbales y antes de que Pippi se instalara en Villa Mangaporhombro, y nunca, nunca se había mareado.

A menudo, Pippi iba a buscar a sus amigos montada a caballo para llevarlos a la escuela. A ellos les encantaba cabalgar, y ciertamente no había muchos niños que fueran al colegio montados en un caballo.

—Esta tarde ven a buscarnos, Pippi —le dijo un día Tommy.

—Sí, sí, por favor —pidió Annika—. Hoy es el día en el que la señorita Rosenblom viene a la escuela para repartir regalos a los niños que han sido buenos y estudiosos.

La señorita Rosenblom era un dama muy rica que vivía en la pequeña ciudad. Tenía fama de ser muy tacaña, pero, de vez en cuando, tenía la costumbre de ir a la escuela para distribuir obsequios a los niños. Pero no a todos. ¡Ah, no! Concedía regalos solamente a los niños que habían sido muy buenos y estudiosos. Para estar segura de cuáles eran los más aplicados, la señorita Rosenblom los examinaba antes de repartir los obsequios. Por esta razón, todos los niños de la pequeña ciudad vivían en constante temor. Si cuando iban a sus casas empezaban a jugar antes de hacer los deberes, sus padres enseguida les recordaban a la señorita Rosenblom y sus exámenes.

Era una terrible desgracia volver a casa sin ningún regalo el día que la señorita Rosenblom visitaba la escuela. Esta dama les regalaba calderilla, o una bolsita de caramelos, o también ropa interior de lana, especialmente a los niños más pobres. Pero no importaba que fuesen muy pobres si no sabían contestar cuando la señorita Rosenblom les preguntaba cuántos centímetros tenía un metro. Si no lo sabía, se quedaba sin regalo. Así no es de extrañar que todos los niños temiesen a la señorita Rosenblom.

El regalo que menos les gustaba era el plato de sopa con que la señorita premiaba a los niños que estaban delgados. Lo creáis o no, los pesaba y los medía a todos, y si había alguno falto de grasas, lo miraba como si pensase que en su casa no comía lo suficiente, y entonces lo invitaba a que fuera a la suya a la hora de comer para engullir un repugnante plato de sopa de cebada. Lo peor de todo era que la sopa estaba muy espesa y llena de grumos que se les enredaban por la boca

y no podían tragar.

Había llegado el gran día en que la señorita Rosenblom debía visitar la escuela. Las clases se interrumpieron antes que de costumbre y todos los niños se reunieron en el patio del colegio. La señorita Rosenblom se sentó tras una gran mesa que colocaron en medio del patio, y a su lado se acomodaron dos asistentes que ayudaban a anotar todo lo referente a los niños: cuánto pesaban, si habían contestado a las preguntas, si necesitaban ropa, si tenían buenas notas y si tenían hermanos pequeños. La señorita Rosenblom necesitaba saber una gran cantidad de cosas. Delante de ella, sobre la mesa, había una caja con calderilla, bolsas de caramelos y grandes montones de calcetines y pantalones de lana.

—Que todos los niños se pongan en fila —dijo la señorita Rosenblom—. En primer término, que se coloquen los niños que no tienen hermanos; en segundo término, los que tengan uno o dos, y en la última fila que se pongan los niños que tengan más de dos hermanos.

Todo lo quería en un perfecto orden. A los niños que tenían muchos hermanos les daba las bolsas más grandes de caramelos.

Una vez todo dispuesto y en orden, empezaba el examen. ¡Cómo temblaban los niños! Los que no sabían contestar bien a las preguntas tenían que permanecer de pie en un rincón y después marcharse a sus casas sin ningún regalo.

Tommy y Annika tenían muy buenas notas, pero aun así, el lazo que Annika llevaba en el pelo temblaba y la carita de Tommy se ponía cada vez más blanca. Cuando ya iba a comenzar el examen, en las filas de los niños hubo una conmoción. Alguien estaba abriéndose paso atropelladamente. ¿Y quién podía ser sino Pippi? Apartó a los niños y se fue directamente hacia la señorita Rosenblom.

—Perdone —dijo—. Yo no estaba cuando empezó, así que no sé en qué fila debo colocarme. La señorita Rosenblom la miró con desaprobación.

—De momento quédate donde estás. Pero me parece que muy pronto te irás al rincón.

Los asistentes escribieron el nombre de Pippi y la pesaron para ver si necesitaba tomarse la sopa. Pero resultó que pesaba cinco kilos más de lo normal.

—Creo que no necesitas tomar sopa —dijo la señorita, con ironía.

—Menos mal —exclamó Pippi—. Me consideraré afortunada si tampoco necesito ropa interior de lana.

La señorita Rosenblom no le prestó mucha atención, porque estaba buscando en el diccionario una palabra difícil para Pippi.

—Vamos a ver —dijo al fin—. ¿Puedes decirme cómo se escribe la palabra «vértigo»?

—Con mucho gusto —repuso Pippi—. «B-e-r-t-i-g-o».

A la señorita se le puso cara de vinagre.

—¿Estás segura? Según el diccionario, no se escribe así.

—Pues así es como la he escrito yo siempre, y a mí me parece que está bien.

—Anoten esto —dijo la señorita a sus ayudantes apretando los labios con rabia.

—Eso es —exclamó Pippi—. Tomen nota de cómo se escribe y miren de cambiarlo en el diccionario tan pronto como sea posible.

—Vamos a ver —prosiguió la señorita— si sabes contestar a esta pregunta: ¿cuándo murió el rey Carlos XII?

—¡Oh!, pero ¿es que ha muerto? ¡Hay que ver cuánta gente se muere estos días! Si hubiese conservado los pies secos, apuesto a que no le hubiera ocurrido eso.

—Tomen nota —repitió la dama a sus ayudantes con voz glacial.

—¡No faltaba más! —dijo Pippi—. Y tomen nota también de que es muy bueno ponerse sanguijuelas en la piel. Y usted debería beber un poco de petróleo caliente todas las noches antes de acostarse. Reconforta y tonifica.

La señorita Rosenblom la miró furiosa y le preguntó con voz estentórea:

—A ver si sabes por qué a los caballos se les conoce la edad por la dentadura.

—Pregúnteselo usted misma —dijo Pippi señalando a su caballo, que estaba atado a un árbol—. Menos mal que se me ha ocurrido traerlo conmigo. De otro modo, usted no sabría por qué a los caballos se les nota la edad en los dientes. Yo no tengo ni idea y, lo que es más, no me preocupa en absoluto.

La señorita tenía los labios apretados y murmuraba:

—Es increíble..., increíble...

—Yo tampoco lo creo —aseguró Pippi—. Si continúo siendo tan inteligente probablemente tendré que llevarme un par de medias de lana.

—Tomen nota —volvió a decir la señorita Rosenblom a sus ayudantes.

—No se molesten. Pero pueden tomar nota de que quiero una bolsa de caramelos.

—Voy a hacerte otra pregunta —dijo la señorita, y su voz sonó como si estuvieran estrangulándola.

—Me gusta este juego de preguntas y respuestas.

—Entonces, a ver si sabes resolver este problema: Pedro y Pablo dividen un pastel. Si Pedro se queda con una cuarta parte, ¿qué le quedará a Pablo?

—Dolor de estómago —repuso Pippi tranquilamente. Y, volviéndose a los ayudantes, les dijo—: Anoten esto. Tomen nota de que Pablo tendrá dolor de estómago.

La señorita Rosenblom consideró que Pippi había terminado el examen.

—Eres la niña más estúpida y desagradable que he visto en mi vida. ¡Vete enseguida al rincón! Pippi, obediente, se dirigió allí murmurando:

—No hay derecho. He contestado a todas las preguntas.

Cuando había andado unos pasos se acordó repentinamente de algo y regresó junto a la señorita Rosenblom.

—Perdone —dijo—, pero he olvidado darle mis medidas, mi peso y mi altura sobre el nivel del mar. No es que yo quiera ganarme la sopa, pero sus cuadernos de notas tienen que estar en orden.

—Si no vas inmediatamente al rincón, sé de una niña que va a recibir una fuerte azotaina.

—¡Pobre niña! —dijo Pippi—. ¿Dónde está? Dígamelo y yo la defenderé.

Después de esto, Pippi se dirigió al rincón donde estaban los niños que no habían sabido responder a las preguntas que les hizo la señorita Rosenblom. Allí, los ánimos estaban muy

decaídos. Muchos niños lloraban pensando en lo que dirían sus padres cuando los viesan llegar a sus casas sin ningún regalo.

Pippi miró a todos aquellos niños y tragó saliva varias veces. Al final dijo:

—Tendremos nuestro propio juego de preguntas y respuestas.

Los niños la miraron un poco más animados, pero no comprendían lo que Pippi quería decir.

—Formad dos filas —dijo—. Todos los que sepan que el rey Carlos XII ha muerto, que se pongan en primera línea, y los que no lo sepan que se coloquen detrás.

Como todos los niños sabían que Carlos XII había muerto, solo hubo una fila.

—Esto no está bien. Tenéis que formar dos hileras. De otro modo no vale. Preguntad a la señorita Rosenblom y veréis. —Se paró a pensar, y de pronto dijo—: ¡Ya lo tengo! Todos los que sepan hacer gamberradas, que formen una fila.

—¿Y quiénes formarán la otra? —preguntó una niña pequeña que ya estaba harta de que le preguntaran cosas.

—Los que sean buenos y educados.

En la mesa de la señorita Rosenblom seguía el interrogatorio.

—Y ahora viene la peor parte —dijo Pippi con tono severo—. Vamos a ver si sabéis contestar bien. —Y se volvió hacia un niño que llevaba una camisa azul—. Tú, dime quién ha muerto.

El niño la miró un poco sorprendido y repuso:

—La vieja señora Pettersson, del número cincuenta y siete.

—¿Y no ha muerto nadie más estos días?

El niño no lo sabía. Entonces Pippi puso las manos alrededor de la boca y dijo, como si le apuntara:

—El rey Carlos XII.

Después siguió preguntando a todos los niños por turno si sabían quién había muerto, y todos contestaron:

—La anciana señora Pettersson, en el número cincuenta y siete, y el rey Carlos XII.

—Este examen está saliendo mejor de lo que yo esperaba —exclamó Pippi—. Ahora voy a preguntaros otra cosa. Si Pedro y Pablo tienen un pastel y Pedro no quiere ni un pedazo y se come un mendrugo de pan seco..., ¿quién tiene que sacrificarse y comerse el pastel entero?

—¡Pablo! —gritaron todos los niños a una.

—Sois muy inteligentes. Los niños más listos que he visto en mi vida. Tendréis una recompensa.

De sus bolsillos sacó un puñado de monedas de oro y a cada niño le dio una, así como también una enorme bolsa de caramelos.

Hubo gran regocijo y algazara entre los niños castigados. Cuando se marcharon a sus casas, una vez terminado el examen de la señorita Rosenblom, los chiquillos que habían sido enviados al nefasto rincón fueron, aquel día, los más felices de todos.

—¡Gracias, querida Pippi! —gritaban alborozados—. Gracias por el dinero y por los caramelos.

—No tiene importancia. No es preciso que me lo agradezcáis. Pero no olvidéis que os habéis

librado de ganaros unas estrafalarias medias de lana.

PIPPY RECIBE UNA CARTA

Transcurrieron los días plácidamente. Llegó el otoño y después el invierno, un invierno largo y frío, que parecía que no iba a tener fin. Tommy y Annika iban a la escuela y todas las mañanas se levantaban muy temprano. Su madre, la señora Settergreen, estaba muy preocupada porque no tenían apetito y cada día estaban más delgados y pálidos. Para acabar de arreglarlo, los dos tuvieron a la vez el sarampión y se pasaron un par de semanas en cama.

Habrían sido quince días muy tristes a no ser por Pippi. Todos los días iba a ver a sus amigos, pero como el médico le había prohibido entrar en la habitación de los enfermos porque el sarampión es contagioso, tenía que contentarse con hacerles toda suerte de piruetas frente a la ventana.

A Pippi no le preocupaba el sarampión, pero obedecía al médico, aunque le dijo que si se contagiaba era capaz de aplastar entre sus uñas dos o tres billones de microbios en una sola tarde.

Por suerte, no le habían prohibido acercarse a la ventana. La habitación de los niños estaba en el segundo piso, y Pippi tenía que subir por una escalera de cuerda que ella misma había fabricado. Era muy emocionante para Tommy y Annika intentar adivinar desde sus camas cuándo aparecería Pippi en la ventana. Nunca iba vestida de la misma forma dos días seguidos. Unas veces iba vestida de deshollinador; otras, de fantasma, cubierta con una sábana blanca, y otras de bruja. Les divertía interpretando pantomimas, y de vez en cuando hacía acrobacias en la escalera. Parecía una equilibrista. Se ponía de pie en el último peldaño y hacía oscilar la escalera de un lado para otro, hasta que Tommy y Annika gritaban aterrorizados, creyendo que iba a caerse en cualquier momento. Pero no se caía, y para divertir a sus amigos bajaba siempre la escalera cabeza abajo.

Pippi iba a la ciudad a comprar frutas y dulces, lo ponía todo en un cesto atado a una cuerda, y el *Señor Nelson* subía por ella hasta la ventana de la habitación de Tommy y Annika. Cuando Pippi no podía ir a verlos, el *Señor Nelson* les traía una carta por el mismo procedimiento. Pero esto no sucedía a menudo, porque Pippi se pasaba casi todo el tiempo subida a la escalera apoyando la nariz contra los cristales de la ventana y haciéndoles muecas divertidas. Tommy y Annika se reían tanto que hasta se caían de la cama.

Al cabo de dos semanas se pusieron buenos y pudieron levantarse y salir de la habitación. Pero ¡qué pálidos y delgados estaban! Pippi les hacía compañía, sobre todo a las horas de las comidas, para animarlos y distraerlos mientras comían su plato de papillas. Su mamá se disgustaba viéndolos comer tan poco.

Annika removía la cuchara en el plato y no podía tragar la papilla.

—Tenéis que coméroslo todo —dijo su madre.

—Yo no puedo comer. No tengo hambre —dijo Annika, quejumbrosa.

—No digas tonterías —le riñó Pippi—. Claro que tienes que comer. Si no lo haces no crecerás

ni te harás fuerte, y si no eres grande y fuerte no podrás obligar a tus hijos a comerse la papilla.

Tommy y Annika se comieron un par de cucharadas más, pero les costaba tanto esfuerzo que tardaron casi una hora en acabarse el plato de papilla.

—Deberíais ir al mar —dijo Pippi balanceando la silla—. Allí aprenderíais a comer. Recuerdo una vez, cuando iba en el barco de mi padre, que uno de nuestros mejores marineros, que se llamaba Fridolf, perdió de repente el apetito y una mañana no pudo comer más que siete platos. Mi padre estaba muy preocupado por su inapetencia. «Muchacho», le dijo mi padre con voz ahogada, «me temo que estás muy enfermo. Es mejor que permanezcas en tu camarote hasta que te encuentres un poco mejor y puedas comer normalmente. Iré a buscarte una melecina para que puedas recuperar pronto el apetito».

—Medicina —corrigió Annika.

—Fridolf se fue a la cama, y allí estuvo hasta que mi padre le trajo la melecina, que era de color negro y tenía un aspecto realmente desagradable. Pero resultó ser eficaz, porque apenas Fridolf se hubo tragado la primera cucharada, le brotó fuego de la boca y dio un salto que sacudió la *Hoptoad* de popa a proa.

»El cocinero aún no había acabado de servir los platos cuando llegó Fridolf echando humo por la nariz y dando espantosos alaridos. Se sentó a la mesa y empezó a comer, y tras quince platos aún seguía con apetito. Entonces el cocinero le dio un kilo de carne cruda y patatas. Pero, desgraciadamente, solo tenía ciento diecisiete patatas, y cuando Fridolf se las hubo comido, el cocinero, que ya no tenía nada más que darle, y temiendo que se lo comiese a él, lo encerró con llave en la cocina.

»Nosotros, desde fuera, lo estábamos observando a través de la ventana, y vimos como se comía, en rápida sucesión, la cesta del pan, un cántaro y diecisiete vasos. Después arrancó las cuatro patas a la mesa, y estuvo comiendo hasta que el serrín se le caía de la boca, pero él decía que aquellos espárragos tenían un extraño sabor a madera. Debió de creer que el resto de la mesa sabría mejor, porque se limpió los labios y se la tragó toda de un bocado. Mi padre pensó que Fridolf se había recuperado completamente de su enfermedad y fue hacia él y le dijo que se detuviera y esperase solo un par de horas a que sirvieran la comida, y que entonces podría comer nabos y tocino. «Por favor», rogó Fridolf a mi padre, «¿no podrían servírmela enseguida?».

Pippi miró los platos de Tommy y Annika y vio que se lo habían terminado todo.

En aquel momento pasaba por allí el cartero, que se dirigía precisamente a Villa Mangaporhombro, pero, al ver a Pippi por la ventana de la cocina, la llamó y le dijo:

—¡Pippi Calzaslargas! Tengo una carta para ti.

Esto le causó tanta impresión a Pippi que casi se cae de la silla.

—¡Una carta! ¿Para mí? ¿Una sarta del ley? Quiero decir: ¿una carta del rey? Tengo que verlo para crearlo.

Pero era una carta. Una carta con muchos sellos extraños.

—Léela tú —le dijo a Tommy.

Y éste empezó:

—«Mi querida Pippilotta: Cuando recibas esta carta ya puedes empezar a echar a andar para el puerto y a buscar a la *Hoptoad*, porque ahora mismo voy a buscarte para llevarte conmigo a la isla de Kurrekurredutt. Debes conocer el país donde tu padre ha llegado a ser un poderoso rey. Es maravilloso, y creo que a ti te gustaría mucho y te sentirías como en casa. Mis vasallos están impacientes por conocer a la princesa Pippilotta, de quien tanto les he hablado. Así es que ya lo sabes. Vendrás, porque este es mi real y paternal deseo. Un fuerte y principesco beso de tu padre.

»REY EFRAÍN I CALZASLARGAS
»Gobernador de la isla de Kurrekurredutt.»

Cuando Tommy acabó de leer la carta, en la habitación podía oírse el vuelo de una mosca.

PIPPY EMPRENDE EL VIAJE

Una mañana espléndida, la *Hoptoad* entró en el puerto, que estaba engalanado de punta a punta con banderas y gallardetes. La banda de música de la ciudad tocaba alegres sonos de bienvenida. La ciudad entera se había congregado allí para conocer al padre de Pippi, el rey Efraín I Calzaslargas.

También había una fotógrafo dispuesto a sacar una instantánea del encuentro de padre e hija.

Pippi se paseaba arriba y abajo con impaciencia, y apenas su padre descendió por la plancha de embarque, el capitán Calzaslargas y Pippi se arrojaron uno en brazos del otro dando gritos de alegría. El capitán era tan feliz de ver a su hija que la levantó en vilo varias veces, y Pippi era tan feliz de ver a su padre que lo arrojó por el aire más veces aún.

Tommy y Annika también fueron a recibir al padre de Pippi. Era la primera vez que salían a la calle después de su enfermedad, y... ¡qué pálidos estaban!

Pippi subió a bordo y fue a saludar a Fridolf y a todos sus amigos los marineros. Tommy y Annika la seguían por todas partes. Se sentían muy emocionados al visitar un barco que venía de tan lejos, y tenían los ojos bien abiertos para no perderse nada. Estaban impacientes por ver a Teodoro y Agatón, pero Pippi les dijo que los gemelos habían dejado el barco hacía ya mucho tiempo.

A los marineros les dio un abrazo tan fuerte que cinco minutos más tarde aún estaban dando boqueadas para respirar. Al capitán Calzaslargas lo levantó y lo colocó sobre sus hombros, y así lo llevó a través de la gente hasta Villa Mangaporhombro. Tras ellos caminaban Tommy y Annika cogidos de la mano.

—¡Viva el rey Efraín! —gritaban todos.

Fue un día muy importante para la historia de aquella pequeña ciudad.

Unas horas después, el capitán dormía en Villa Mangaporhombro, y roncaba tan fuerte que toda la casa temblaba.

Pippi, Tommy y Annika se hallaban sentados a la mesa de la cocina, donde había aún los restos de una espléndida comida. Tommy y Annika estaban quietos y pensativos. ¿Qué les pasaba? Annika estaba pensando que, tal como estaban las cosas, se sentía muy desgraciada, y Tommy se preguntaba si había algo en el mundo que fuese divertido. «La vida es muy triste», se dijo.

Sin embargo, Pippi estaba de muy buen humor. Acarició al *Señor Nelson*, acarició a Tommy y a Annika, silbó, cantó y trenzó unos pasos de baile. Parecía no darse cuenta de que sus amigos estaban tan tristes.

—Hacer un viaje por mar es maravilloso —dijo, soñadora—. ¡Qué bello es el océano!

Tommy y Annika suspiraron.

—Estoy impaciente por conocer la isla de Kurrekurredukt. Imaginaos qué delicioso será estar tendida sobre la arena de la playa bañándome los pies en el mar, y no tener más que abrir la boca

para que una banana madura caiga en ella.

Tommy y Annika suspiraron de nuevo.

—Será divertido jugar con los niños nativos —continuó Pippi.

Tommy y Annika volvieron a suspirar.

—¿Qué os pasa? ¿No os gusta que juegue con los niños de la isla?

—Claro que sí —dijo Tommy—. Pero estamos pensando que quizá transcurra mucho tiempo antes de que vuelvas a Villa Mangaporhombro.

—¡Seguro! —contestó Pippi alegremente—. Creo que lo pasaré muy bien en la isla de Kurrekurredutt.

Annika volvió su pálida carita hacia Pippi.

—¡Oh, Pippi! ¿Cuánto tiempo piensas permanecer allí?

—No lo sé. Creo que hasta Navidad.

Annika dejó escapar un gemido.

—¡Quién sabe! —prosiguió Pippi—. A lo mejor me gusta tanto que me quedo allí para siempre... ¡Tra-la-la-la-lá! —cantó, e hizo unas cuantas piruetas.

Los ojos de Tommy y de Annika estaban cada vez más brillantes. De repente, Annika apoyó la cabeza sobre la mesa y se echó a llorar.

—No creo que vaya a estar siempre allí —la consoló Pippi abrazándola—. Algún día me cansaré y os diré: «Tommy, Annika, ¿qué os parece si regresara a Villa Mangaporhombro?».

—¡Qué maravilloso será cuando nos escribas esto! —exclamó Tommy.

—¿Escribir? Tenéis oídos, ¿no? No tengo ninguna intención de escribir. Os diré: «Tommy, Annika, es hora de que volvamos a Villa Mangaporhombro».

Annika y Tommy se la quedaron mirando muy asombrados.

—¿Es que no entendéis lo que os digo? ¿O es que he olvidado deciros que vendréis conmigo? Creí que ya os lo había dicho.

Tommy y Annika dieron un salto de alegría, pero enseguida se desanimaron y dijeron:

—Nuestros padres no nos permitirán ir.

—Hablé con vuestra madre y dijo que sí os dejaba venir.

Durante cinco segundos reinó un gran silencio en la cocina de Villa Mangaporhombro. De pronto se oyeron un par de aullidos. Eran Tommy y Annika. El *Señor Nelson*, que estaba sentado sobre la mesa intentando esparcir mantequilla sobre su sombrero, se los quedó mirando sorprendido. Pero se sorprendió aún más cuando vio que Pippi, Tommy y Annika se cogían de las manos y danzaban alrededor de la mesa. Saltaron y gritaron tanto que la lámpara se cayó al suelo. Entonces el *Señor Nelson* arrojó el cuchillo de la mantequilla por la ventana y se unió a ellos.

—¿Es cierto lo que nos has dicho? —le preguntó Tommy cuando se hubieron calmado los ánimos.

Pippi asintió con la cabeza. Era cierto. Tommy y Annika irían con ella a la isla de Kurrekurredutt.

Todas las damas de la pequeña ciudad fueron a visitar a la señora Settergreen y le dijeron:

—No comprendemos cómo deja usted ir a sus hijos a países tan lejanos con Pippi

Calzaslargas. Es una locura.

—¿Y por qué no? Los niños han estado enfermos y el médico les ha recomendado un cambio de aires. Con Pippi no les ha ocurrido nunca ningún daño. Es una niña buena y amable.

—Sí, pero... ¡Pippi Calzaslargas! —dijeron las señoras arrugando la nariz.

—Es cierto que los modales de Pippi no son siempre como deberían ser, pero tiene un corazón de oro.

Una noche de primavera, Tommy y Annika dejaron la pequeña ciudad por primera vez en su vida para viajar por el mundo en compañía de Pippi. Los tres, mejor dicho, los cinco, porque también iban con ellos el caballo y el *Señor Nelson*, se hallaban de pie en la cubierta de la *Hoptoad*.

Todos los compañeros de colegio habían acudido al muelle a despedirlos y lloraban por su marcha, un poquito de pena y otro poquito de envidia. Al día siguiente, todos aquellos niños deberían volver a la escuela, y el tema de la lección serían las lejanas islas de los mares del Sur. Tommy y Annika no tendrían que volver a la escuela durante un largo tiempo.

—Su salud es antes que la escuela —había dicho el doctor.

—Y, ante todo, deben conocer la isla de Kurrekurredutt —añadió Pippi.

Los papás de Tommy y Annika también fueron al puerto a despedir a sus hijos, y los niños sintieron un nudo en la garganta cuando vieron a sus padres enjugándose los ojos con el pañuelo. Pero, al fin y al cabo, Tommy y Annika no podían dejar de sentirse felices pensando en el maravilloso viaje que iban a emprender.

La *Hoptoad* salió lentamente del puerto.

—¡Tommy! ¡Annika! —gritó la señora Settergreen—. Cuando lleguéis al mar del Norte, poneos dos camisetas de lana y...

Pero el resto de la recomendación se perdió entre los gritos de la gente, el relincho del caballo y el ruido que Pippi y el capitán Calzaslargas hacían al sonarse la nariz.

Había comenzado la gran aventura.

La *Hoptoad* navegaba bajo las estrellas. Grandes bloques de hielo flotaban ante su popa y el viento cantaba en las velas.

—Me parece, Annika —dijo Pippi suspirando—, que cuando sea mayor voy a convertirme en pirata.

PIPPI LLEGA A LOS MARES DEL SUR

Una mañana, Pippi gritó desde el puente de mando:

—¡Tierra a la vista!

Habían estado navegando días y días, con tormentas y con tiempo apacible, bajo el cielo oscuro y amenazante y bajo el fulgor del sol. Había transcurrido tanto tiempo que Tommy y Annika casi ya no se acordaban de su casa en la pequeña ciudad sueca.

Si su madre hubiese podido verlos ahora, habría estado muy contenta. Ya no estaban pálidos ni delgados. Ahora tenían un bonito color moreno y sus caritas resplandecían de salud. Sabían trepar por las cuerdas, como hacía Pippi. A medida que el tiempo se volvía más cálido iban quitándose camisetas de lana y jerseys, hasta que no llevaron más que un breve bañador.

—¡Qué tiempo tan maravilloso! —decían los niños cada mañana cuando se asomaban a la puerta del camarote que compartían con Pippi.

Generalmente, Pippi estaba ya levantada y al timón.

El capitán Calzaslargas decía:

—No encontraría en los siete mares mejor marinero que mi hija.

Y tenía razón. Pippi gobernaba la nave con mano segura a través de las aguas más peligrosas.

El viaje tocaba a su fin.

Pippi volvió a gritar:

—¡Tierra!

¡Y allí estaba! Cubierta de verdes palmeras y rodeada del agua más azul que pueda uno imaginarse.

Dos horas más tarde, la *Hoptoad* entraba en una pequeña ensenada de la isla de Kurrekurredutt. Todos los habitantes, hombres, mujeres y niños, bajaron a la playa para recibir al rey y a su hija. Cuando descendieron por la pasarela de embarque, se levantó un rugido de la multitud.

—*Ussamkura! Kussomkara!* —gritaban. Lo cual quiere decir ‘Bienvenido, gran rey blanco’.

El rey Efraín bajó majestuosamente por la pasarela. Iba vestido con el uniforme azul, y Fridolf tocaba en su acordeón el himno de Kurrekurredutt:

*Sonad, trompetas; sonad, tambores,
que viene un rey de los mejores...*

El rey levantó la mano para saludar y dijo:

—*Muoni manaría* —que significa ‘Me alegro de volver a veros’.

Le seguía Pippi, que llevaba en brazos al caballo.

Una exclamación de asombro surgió de entre los isleños. Todos ellos habían oído hablar de la fuerza extraordinaria de Pippi, pero era muy diferente verlo con sus propios ojos. Tommy y Annika también desembarcaron, pero los habitantes de Kurrekurredutt solo miraban a Pippi. El

capitán la levantó por encima de su cabeza para que todos pudieran verla bien, pero Pippi agarró a su padre y se lo colocó en el hombro derecho, mientras en el izquierdo sostenía al caballo.

La multitud rugía entusiasmada.

En la isla solo había ciento veintiséis habitantes.

—Si hubiese más —dijo el rey Efraín—, no podría ocuparme de ellos.

Vivían en pequeñas y agradables chozas rodeadas de palmeras. La más grande y la más bonita pertenecía al rey Efraín. También había otras para la tripulación de la *Hoptoad*. A veces se trasladaban todos a una isla a cincuenta kilómetros al norte, en donde había un gran almacén donde el capitán Calzaslargas compraba rapé.

Para Pippi, Tommy y Annika los nativos construyeron una linda cabaña bajo los cocoteros.

El capitán los llamó a los tres y dijo que quería enseñarles algo. Los llevó a la playa y, señalando con su grueso dedo, dijo:

—Este es el sitio donde el mar me arrojó cuando naufragué.

Los habitantes de la isla habían erigido en aquel lugar un monumento conmemorando tan extraordinario suceso. En la piedra podía leerse una inscripción escrita en lengua indígena que quería decir más o menos esto:

*Por este ancho mar vino nuestro gran jefe blanco
y en este lugar lo dejaron las olas cuando
el árbol del pan florecía y era primavera,
y queremos que siempre permanezca en esta tierra.*

Con voz trémula de emoción, el capitán leyó la inscripción a Pippi y a sus amigos, y acto seguido se sonó ruidosamente.

Cuando el sol empezaba a esconderse en el horizonte y estaba a punto de ser tragado por el mar, los tambores de Kurrekurredutt redoblaron llamando a todo el mundo para que se reunieran en la plaza que estaba situada en medio del poblado. En aquella plaza se hallaba el trono del rey Efraín. Era de bambú y lo habían adornado con flores. A su lado construyeron otro más pequeño para su hija Pippi y también dos sillas: una para Tommy y otra para Annika.

El redoble de los tambores fue en aumento hasta que el rey Efraín, con gran dignidad, se sentó en el trono. Se había quitado el uniforme y puesto sus vestiduras reales: una corona, una falda de hierbas, un collar de dientes de tiburón y, en los tobillos, grandes y pesados brazaletes de oro. Pippi y Annika llevaban en el pelo flores blancas y rojas. Tommy, no. Nadie pudo convencerle de que se pusiera flores en el cabello.

El rey Efraín había abandonado a sus súbditos durante un largo tiempo y ahora tenía que darles muchas órdenes y dictar severas leyes.

Los niños nativos rodeaban a Pippi y no dejaban de contemplarla. Se postraron de rodillas delante de su trono, tocando el suelo con la frente.

Al ver esto, Pippi se levantó y dijo:

—¿Qué os pasa? ¿Estáis jugando a los buscadores de tesoros? Esperad, que voy a jugar con

vosotros. —Y también se arrodilló y empezó a olisquear el suelo.

—Me parece que por aquí han estado ya otros buscadores.

Volvió a sentarse en el trono y de nuevo todos los niños se inclinaron hasta el suelo.

—¿Habéis perdido algo? —les preguntó Pippi—. En todo caso, no está aquí, y será mejor que os levantéis.

El capitán Calzaslargas había enseñado a los nativos su idioma, y poco o mucho podían entenderse con Pippi. Así que, a su manera, le explicaron que le rendían vasallaje.

Los que mejor sabían hablar el idioma de Pippi eran un muchacho que se llamaba Momo y una chiquilla que se llamaba Moana.

—Tú ser muy linda princesa —dijo Momo.

—Yo no ser muy linda princesa —contestó Pippi—. Yo ser Pippi Calzaslargas. —Y bajó del trono de un salto, seguida por el rey Efraín, que por aquel día había concluido los asuntos de gobierno.

El sol parecía una bola de fuego que se hundiera en el mar. Por la noche, el cielo estaba cuajado de estrellas. Los isleños hicieron un gran fuego de campamento, y el rey Efraín, Pippi, Tommy, Annika y los tripulantes de la *Hoptoad* se sentaron en la hierba para ver danzar a los nativos alrededor de las llamas.

El retumbar de los tam-tams, la danza excitante, el enervante perfume de miles de exóticas flores, el resplandor de las estrellas... todo esto hizo que Tommy y Annika se sintieran plenamente felices.

Cuando se fueron a dormir a su choza bajo los cocoteros, Tommy exclamó entusiasmado:

—Creo que esta isla es la más bonita del mundo.

—Yo también lo creo así —añadió Annika—. ¿Y tú, Pippi?

Pippi, que estaba echada en la cama con los pies sobre la almohada, como era su costumbre, contestó con voz soñolienta:

—¡Hummm! Me gusta tanto que me parece que me quedaré aquí para siempre.

PIPI Y LOS TIBURONES

A la mañana siguiente, Pippi y sus amigos se levantaron muy temprano. Pero los niños de la isla de Kurrekurredutt se habían levantado más temprano aún y estaban sentados bajo el cocotero esperándolos para jugar. Entre ellos hablaban el idioma del país y se reían, y sus dientes relucían en sus oscuras caritas.

Bajaron a la playa capitaneados por Pippi. Tommy y Annika se quedaron boquiabiertos al ver la blanca arena y el mar azul, quieto como un espejo, que invitaba a darse un buen baño. Todos los niños se quitaron la poca ropa que llevaban y se quedaron en bañador y, chillando y riéndose, se sumergieron en el agua.

Después se revolcaron por la arena, y Pippi hizo un hoyo y se metió en él. Resultaba muy divertido ver solamente su cara pecosa y sus trenzas, tiasas como palos. Todos los niños se sentaron alrededor de ella y empezaron a hacerle preguntas.

—Pippi, dinos cómo son los niños de tu país.

—Son muy estudiosos. Adoran las *matenméticas*.

—Se dice «matemáticas» —advirtió Annika—. Además, no es verdad que las adoren.

—Los niños de mi país adoran las *matenméticas* —insistió Pippi obstinadamente—. Se enfurecen si no pueden estudiar *matenméticas*. Si ves a un niño que llora, puedes estar seguro de que no es día de escuela, o de que al maestro se le ha olvidado darles la lección. Y no hablemos de las vacaciones. Cuando se cierra la puerta de la escuela para las vacaciones de verano, todos los niños lloran desconsoladamente, y se marchan a sus casas entonando tristes canciones. Es un espectáculo digno de verse —dijo Pippi suspirando profundamente.

Momo pidió que le explicara qué eran las matemáticas. Tommy iba a hacerlo, pero Pippi se le adelantó:

—Es esto: siete veces siete es igual a ciento dos. Divertido, ¿eh?

—No es igual a ciento dos, Pippi —dijo Annika.

—Siete veces siete son cuarenta y nueve —añadió Tommy.

—Bueno, pero acordaos de que estáis en la isla de Kurrekurredutt, que tiene muy buen clima y todo crece muy aprisa. Así que siete veces siete bien pudieran llegar a ser más de cuarenta y nueve.

La lección de matemáticas fue interrumpida por el capitán Calzaslargas, que venía a anunciar que iba a marcharse por un par de días, con la tripulación de la *Hoptoad* y todos sus súbditos, a cazar jabalíes. Iban a ir todos los hombres y las mujeres de la isla, y esto quería decir que los niños tendrían que quedarse solos.

—Espero que no os quedaréis tristes —dijo el capitán.

—El día que yo sepa de un niño que está triste, prometo aprenderme la tabla de multiplicar al revés —aseguró Pippi muy seria.

El capitán y sus compañeros subieron a unas canoas y partieron hacia otras islas.

Pippi puso las manos junto a la boca haciendo bocina y gritó:

—¡Buen viaje! ¡Si no estáis aquí para cuando cumpla cincuenta años, os haré llamar por la radio!

Los chiquillos se miraron satisfechos. Tendrían una maravillosa isla para ellos solos durante varios días.

—¿Qué haremos ahora? —preguntaron Tommy y Annika.

—Tomaremos el desayuno de los árboles —dijo Pippi encaramándose de un salto a un cocotero.

Los demás niños cogieron el fruto del árbol del pan y bananas, mientras Pippi iba echando cocos al suelo.

Se sentaron formando corro y comieron la fruta y bebieron leche de coco.

En la isla de Kurrekurredutt no había caballos, y el de Pippi tenía mucho éxito entre los nativos, que no habían visto nunca ninguno.

Moana dijo que le gustaría ir a un país en donde hubiera tan extraños animales.

El *Señor Nelson* se había marchado de excursión por la selva a visitar a sus parientes.

—¿Qué haremos ahora? —preguntaron cuando se cansaron de jugar con el caballo de Pippi.

—¿Querer ver los niños blancos unas cuevas? —repuso Momo.

—Los niños blancos querer verlas —dijo Pippi.

En la isla había enormes rocas de coral que emergían del mar y que las olas habían horadado, formando maravillosas grutas. En la más grande de todas, los niños guardaban un buen surtido de cocos y otras frutas. Para ir hasta allí tenían que subir por el lado que daba al mar y quedarse colgando sobre el agua. Era una aventura arriesgada, puesto que en aquellos parajes había muchos tiburones, a quienes les gustaba mucho comerse a los niños. A despecho de este peligro, encontraban divertido y emocionante sumergirse en busca de ostras. Quedaba siempre un niño vigilando, y tan pronto como veía aproximarse una aleta de tiburón gritaba con todas sus fuerzas: «¡Tiburones!»

En aquella cueva guardaban también las hermosas perlas que sacaban de las ostras y que empleaban para jugar a las canicas. No tenían ni la menor idea de la gran cantidad de dinero que valían las perlas en Europa o América. De vez en cuando, el capitán Calzaslargas tomaba algunas para cambiarlas por rapé.

Annika se asustó mucho cuando oyó a su hermano decir que quería subir a la gruta. Al principio no era muy difícil subir, porque había un ancho borde por el que se podía andar bien, pero a medida que se iba avanzando se hacía más estrecho, y al final se tenía que subir gateando.

—Yo no subiré jamás —dijo Annika temblando de miedo.

—No seas cobarde —dijo Tommy mientras trepaba por las rocas—. Mírame.

Pero en aquel momento se oyó un grito y Tommy cayó al agua.

Annika se quedó blanca como el papel, y los niños nativos gritaron aterrados, señalando el mar:

—¡Un tiburón! ¡Un tiburón!

Efectivamente, se veía la aleta de un tiburón dirigiéndose rápidamente hacia el pobre Tommy.

Sin pensarlo un segundo, Pippi se zambulló de un salto y llegó junto a Tommy al mismo tiempo que el terrible animal.

Tommy gritaba horrorizado porque sentía los dientes del tiburón rozándole la pierna. En aquel instante, Pippi agarró a la bestia por la cola y la sacó del agua.

—¿No te da vergüenza? —le preguntó irritada.

El tiburón miró sorprendido alrededor. No podía respirar fuera del agua y lo estaba pasando francamente mal en manos de aquella niña.

—Prométeme que no volverás a hacerlo y te dejaré marchar. —Y al decir esto lo arrojó con todas sus fuerzas lejos de sí.

El tiburón no perdió mucho tiempo en decidir marcharse de allí a toda prisa.

Mientras tanto, Tommy había alcanzado nadando la playa y estaba echado sobre la arena. Tenía una pequeña herida en la pierna, causada por los dientes del tiburón. Pippi lo levantó del suelo y le dio un abrazo tan fuerte que casi le hizo perder la respiración. Después se sentó en las rocas, puso la cabeza entre los brazos y se echó a llorar.

Los niños la contemplaban asustados. ¡Pippi llorando!

—¿Lloras porque el tiburón casi se come a Tommy? —le preguntó Momo.

—No —respondió Pippi sorbiéndose las lágrimas—. Lloro porque el tiburón se ha quedado sin desayuno.

UN BUQUE LLEGA A LA ISLA

Cuando a Tommy le hubo pasado el susto, siguió trepando valientemente hasta llegar a la gruta. Para Annika, Pippi trenzó una escalera con unas lianas, y así su amiguita pudo subir sin miedo.

La cueva era maravillosa, y tan grande que cabían holgadamente todos los niños de la isla.

—Esta gruta es casi mejor que nuestro roble hueco de Villa Mangaporhombro —dijo Tommy con admiración.

—Mejor, no, pero también es bonita —opinó Annika, a quien se le había puesto un nudo en la garganta pensando en Villa Mangaporhombro.

Momo enseñó a los niños forasteros los cocos, las frutas y unas cañas huecas llenas de magníficas perlas. Y les dio un buen puñado a cada uno.

—En este país tenéis unas canicas muy lindas —dijo Pippi.

Era delicioso sentarse a la entrada de la cueva y escupir en el agua a ver quién llegaba más lejos. Nadie pudo ganar a Pippi.

—Seguro que llegó hasta Nueva Zelanda —se pavoneó Pippi.

Ni Tommy ni Annika lo hicieron tan bien.

—Los niños blancos no saber escupir —dijo Momo. Se ve que a Pippi no la consideraban una niña blanca...

—¿Que los niños blancos no saben escupir? —exclamó Pippi—. No sabes lo que dices. Es lo primero que enseñan en la escuela. Tendríais que haber visto a nuestra profesora. ¡Ella sí sabía!

Pippi se puso las manos sobre la frente haciendo visera y miró hacia el mar.

—Viene un barco hacia aquí. Es un buque de vapor.

El barco se iba acercando con rapidez. A bordo iban varios indígenas y dos hombres blancos. Los dos hombres se llamaban Jim y Buck. Iban sucios, eran ordinarios y tenían facha de bandidos.

Jim y Buck conocieron al capitán en el almacén comprando rapé y le vieron pagar la mercancía con dos enormes y bellísimas perlas. Habían oído relatar que en la isla de Kurrekurredutt los niños jugaban con ellas a las canicas.

Desde aquel momento solo habían tenido una idea: la de ir a la isla y llevarse todas las perlas. Sabían que el capitán Calzaslargas tenía una fuerza extraordinaria, y también les causaba respeto la tripulación de la *Hoptoad* así que decidieron esperar a que se marcharan todos de caza.

Ahora esta oportunidad había llegado. Escondidos tras unas rocas, habían visto partir al capitán, a su tripulación y a todos los habitantes de la isla.

—¡Echad el ancla! —dijo Buck a sus marineros.

Pippi y sus amigos los estaban contemplando desde lo alto de la gruta. Los marineros echaron el ancla, y Jim y Buck desembarcaron. La tripulación recibió órdenes de permanecer a bordo.

—Ahora entraremos en el poblado y los sorprenderemos indefensos —dijo Jim—. Probablemente solo encontraremos a mujeres y niños.

—Había muchas mujeres en las canoas —dijo Buck—. Creo que solamente dejaron niños en la isla..., y espero que estén jugando a las canicas... ¡Ja, ja, ja!

—¿Les gusta jugar a las canicas? —les preguntó Pippi desde la entrada de la cueva—. Yo también lo encuentro divertido.

Se volvieron hacia la gruta y vieron a Pippi y a todos los demás niños.

—¡Ahí están! —dijo Jim señalándolos.

—Estupendo —exclamó Buck—. Los tenemos en el bote.

No sabían dónde guardaban las perlas, de modo que decidieron obrar con astucia. Harían ver que habían ido a la isla de excursión.

Hacía mucho calor, y Buck sugirió la conveniencia de tomar un baño.

—Volveré al barco y traeré los trajes de baño —dijo Buck.

Y así lo hizo. Mientras tanto, Jim permaneció en la playa charlando con los niños que estaban en la gruta.

—Buen sitio para bañarse, ¿eh? —dijo amablemente.

—Maravilloso... para los tiburones —repuso Pippi—. Todos los días vienen aquí.

—Tonterías. Yo no he visto ninguno.

Sin embargo, se asustó un poco, y cuando volvió Buck con los trajes de baño, le contó lo que le había dicho Pippi.

—¡Bobadas! —exclamó Buck, y dirigiéndose hacia Pippi, dijo—: ¡Eh, tú! ¿Has dicho que era peligroso bañarse aquí?

—Yo no he dicho eso.

—No seas mentirosa. ¿No me acabas de decir que hay tiburones?

—Eso sí que lo he dicho, pero no que fuera peligroso. Mi abuelo se bañaba aquí el año pasado.

—En tal caso, quiere decir que no hay peligro en...

—Mi abuelo salió del hospital la semana pasada —le interrumpió Pippi—. Y llevaba la pierna de madera más fantástica que haya usted visto en su vida. —Pippi escupió en el agua y se quedó pensativa—. No es que sea peligroso, pero puede desaparecer un brazo o una pierna si uno se baña aquí. Pero la verdad es que un par de piernas de madera no cuestan más de una corona y no creo que deban privarse de un baño por ese precio. Mi abuelo le tomó gran cariño a su pierna; decía que le era absolutamente imprescindible para pelear.

—¿Sabes lo que pienso? —dijo Buck—. Que estás mintiendo. Tu abuelo debía de ser ya muy viejo, y estoy seguro de que no querría pelear.

—Es un viejo con muy malas pulgas —exclamó Pippi con voz estridente—. Si no puede pelear de la mañana a la noche se siente muy desgraciado y le da tanta rabia que se muerde su propia nariz.

—¿Qué disparates estás diciendo, niña? Nadie puede morderse su propia nariz.

—Él sí podía, porque se subía a una silla —agregó Pippi.

Buck quedó pensativo considerando la respuesta.

—No quiero seguir oyendo tu necia charla. Vamos a bañarnos, Jim.

—Quiero que sepa que mi abuelo posee la nariz más larga del mundo —insistió Pippi—. Tiene

cinco loros, y los cinco se colocan uno al lado del otro sobre su nariz.

Esta barbaridad sacó a Buck de sus casillas.

—Oye, mocosa, ¿sabes que eres la peor embustera que he visto en mi vida? ¿No te da vergüenza? Intentas hacerme creer que cinco loros pueden posarse sobre una nariz. Confiesa ahora mismo que has dicho una mentira.

—Sí —reconoció Pippi—. He dicho una mentira.

—¿Lo ves? ¿No te lo decía yo?

—He dicho una horrible mentira... El quinto loro solo tenía una pata.

—¡Lárgate! —le gritó Buck, exasperado.

Y se fue con Jim detrás de unas rocas para ponerse el traje de baño.

—Pippi, tú no has tenido abuelo —le dijo Annika.

—No, pero ¿para qué lo necesito?

Buck fue el primero en meterse al agua y empezar a nadar. Los niños se asomaron a la boca de la gruta para observarlo. En aquel momento vieron la aleta de un tiburón que emergía del agua.

—¡Tiburones! ¡Tiburones! —chilló Momo.

Buck, que estaba nadando tranquilamente, se volvió con rapidez y vio que el tiburón se dirigía hacia él. En dos segundos alcanzó la playa y salió del agua a todo correr. Estaba asustado y furioso, y parecía estar convencido de que Pippi tenía la culpa de que allí hubiese tiburones.

—¡Insolente! ¡Descarada! —vociferó—. ¡Esta playa está llena de tiburones!

—Ya se lo dije —repuso Pippi dulcemente.

Jim y Buck decidieron dejar el baño para mejor ocasión y volvieron a vestirse. Era ya tiempo de ocuparse de las perlas, porque el capitán Calzaslargas y su gente podían regresar de un momento a otro.

—Escuchad, niños —dijo Buck—. He oído decir que por aquí había algunos criaderos de ostras. ¿Es cierto eso?

—Claro. Las ostras crujen bajo los pies cuando uno anda por el fondo del mar. Baje y compruébelo usted mismo.

Pero Buck no pensaba hacer tal cosa.

—Hay perlas tan grandes como esta —dijo Pippi mostrándole una hermosa perla gigante.

Jim y Buck casi se desmayan de la impresión.

—Oye... oye... ¿tie... tienes otras como esta? Nos gustaría comprarlas.

Era mentira. Ni Jim ni Buck tenían dinero para comprarlas. Solo podían conseguirlas de manera deshonrosa.

—En la gruta tenemos diez o doce del mismo tamaño —explicó Pippi.

Los dos hombres no podían ocultar su satisfacción.

—Tráenoslas aquí y te las compraremos.

—¿Y con qué van a jugar luego los pobres niños? —preguntó Pippi.

Vieron que no podrían conseguir nada empleando la astucia y resolvieron apoderarse de las perlas por la fuerza. Ahora ya sabían dónde estaban: no tenían más que subir a la gruta y cogerlas.

Pero lo difícil era subir. Pippi había guardado la escalera de cuerda y, por lo tanto, para los dos

malhechores no resultaba muy atractivo trepar hasta allá arriba, pero parecía no haber otro camino para conseguir las perlas.

—Sube tú, Jim —dijo Buck.

—No. Sube tú, Buck —dijo Jim.

—Sube tú —insistió Buck, y como era más fuerte que su compañero, este no tuvo más remedio que obedecer.

Cuando Jim se quedó suspendido sobre el mar, un sudor frío empezó a empapar sus ropas.

—Agárrese fuerte; si no, se caerá —le animaba Pippi—. Seguro que se caerá.

Y Jim se cayó. Desde la playa, Buck gritaba y maldecía. Jim estaba muerto de miedo porque había visto a dos tiburones dirigiéndose hacia donde él estaba. Cuando le faltaban solo tres palmos para alcanzarle, Pippi arrojó un coco a la cabeza del tiburón y lo asustó lo suficiente para que Jim tuviera tiempo de llegar a la playa. ¡Daba pena mirarle!

—¡Inútil! —le regañaba Buck—. Ahora te enseñaré cómo se hace. —Y empezó a trepar por las rocas.

—Usted también se caerá ahí.

—¿Dónde?

—Allí —dijo Pippi señalando el mar.

Buck miró hacia abajo, sintió vértigo, aflojó las manos y, ¡paf!, al agua. Buck estaba furioso, y de nuevo empezó a trepar por las rocas y continuó subiendo hasta alcanzar la entrada de la gruta.

—¡Lo conseguí, pequeños monstruos! —dijo Buck.

Pero entonces Pippi empezó a golpearle el estómago con el dedo índice. Se oyó una zambullida y... ¡otra vez estaba en el agua!

—Ya le advertí que se caería —dijo Pippi, y comenzó a tirar cocos, en previsión de que vinieran los tiburones, pero uno de ellos le dio a Buck en la cabeza y este lanzó un aullido de rabia.

—Perdone —se excusó Pippi—. Le di sin querer. Desde aquí parece usted un tiburón.

Finalmente los dos hombres creyeron que sería mejor esperar a que los niños se marcharan de allí.

—Se irán cuando tengan hambre —dijo Buck. Y, dirigiéndose a los niños, voceó—: ¡Eh! Siento que tengáis que estaros ahí hasta que os muráis de hambre.

—Tiene muy buen corazón. Pero no debe usted preocuparse por nosotros durante los próximos quince días.

El sol se ocultaba en el horizonte, y Jim y Buck empezaron a hacer preparativos para pasar la noche en la playa. Estaban furiosos. No se atrevían a irse a dormir al barco, por miedo a que los niños se fueran y se llevaran las perlas. Con las ropas mojadas y durmiendo sobre las rocas, pasaron una noche muy desagradable.

Los niños estaban pasándolo en grande. La situación era en extremo interesante. Abajo, en la playa, oían las exclamaciones de Jim y Buck.

De pronto se puso a llover torrencialmente. Pippi asomó la nariz fuera de la cueva y gritó:

—¡Están ustedes de suerte!

—¿Por qué dices eso? —preguntó Buck, esperanzado. Quizá los niños habían cambiado de opinión y estaban dispuestos a entregarles las perlas.

—Quiero decir que tienen ustedes suerte de estar empapados de agua de mar, porque, si no fuese así, se hubieran mojado de agua de lluvia.

Jim y Buck se enfadaron mucho con Pippi, pero esta les dijo amablemente:

—Buenas noches. Que duerman bien, porque eso es lo que vamos a hacer nosotros.

Los niños se dispusieron a dormir. Annika y Tommy se colocaron uno a cada lado de Pippi, cogidos de las manos. La gruta era caliente y acogedora... Afuera seguía cayendo un chaparrón.

PIPPY SE ENFADA CON LOS LADRONES DE PERLAS

Los niños durmieron estupendamente, pero no Jim y Buck, que tuvieron que pasar la noche bajo la lluvia. Empezaban a sospechar que no había sido una buena idea ir a Kurrekurredutt a robar las perlas. Pero cuando salió el sol, se secaron sus vestidos y la cara pecosa de Pippi se asomó a la gruta deseándoles buenos días, pensaron que habían hecho muy bien en ir y que pronto iban a ser ricos.

Entretanto, el caballo de Pippi empezaba a impacientarse al no ver a Pippi y a sus amigos. El *Señor Nelson* había regresado de su reunión familiar en la selva y se sentía muy inquieto pensando en lo que diría Pippi cuando se enterase de que había perdido su sombrero de paja.

El *Señor Nelson* se agarró a la cola del caballo, y ambos emprendieron el camino de regreso en busca de Pippi.

—¡Mira, ahí está tu caballo! —exclamó Tommy.

—Y el *Señor Nelson* agarrado a su cola —añadió Annika.

Así, Jim y Buck supieron que aquel caballo pertenecía a la niña de las coletas.

Entonces Buck agarró al caballo por la crin.

—Oye, niña tonta —le dijo a Pippi—. Voy a matar a tu caballo.

—¿Matar a mi caballo? ¡Usted no puede hacer eso!

—¿Que no? ¡Vaya si lo haré! Ven aquí y entrégnos las perlas. Si no lo haces, mataré a tu caballo.

—¡Por favor! —suplicó Pippi—. Se lo ruego. No mate a mi caballo y permita que los niños guarden sus perlas.

—Entrégnoslas; de lo contrario... —amenazó Buck.

»Espera a que nos las dé —dijo en voz baja a su compañero—. Después la golpearé. El caballo nos lo llevaremos y lo venderemos en otra isla.

Luego, en voz alta, preguntó a Pippi:

—¿Vienes tú o voy yo?

—Iré yo —repuso la niña—. Pero no olvide que usted lo ha querido.

Pippi bajó por las rocas y llegó a la playa con la misma facilidad con que se hubiera paseado por un jardín. Se detuvo frente a Buck y se le quedó mirando. Se la veía pequeña y frágil, con sus dos trenzas apuntando hacia arriba, pero sus ojos resplandecían de furor.

—¿Dónde están las perlas, pequeña bestia? —tronó Buck.

—No hay perlas. Tendrán que jugar al escondite.

Buck soltó un rugido que hizo temblar a los demás niños que contemplaban la escena y se abalanzó sobre Pippi.

—¡Voy a mataros: a ti y a tu caballo! —aulló, lleno de rabia.

—Tómelo con calma, buen hombre —repuso Pippi cogiéndolo por la cintura y lanzándolo al

aire.

El hombre aterrizó sobre las rocas dándose un tremendo porrazo. Jim fue en su ayuda y levantó el brazo para golpear a Pippi, pero esta dio un salto y no pudo cogerla. Un segundo después, Jim también volaba por los aires. Ambos se quedaron sentados sobre la playa sin saber qué era lo que estaba pasando. Pippi los levantó y se colocó uno en cada brazo.

—Me parece que les gusta demasiado jugar a las canicas —murmuró.

Los llevó junto al bote y los lanzó al agua.

—Ahora mismo se marchan a sus casas y les piden a sus mamás cinco ores para comprar canicas, y verán lo bien que van a jugar con ellas.

Poco después, el buque levó anclas y se marchó a toda prisa de allí, y nunca más volvió a aquella isla.

Pippi acarició a su caballo y el *Señor Nelson* saltó a su hombro. Unas canoas estaban llegando a la playa. Eran el capitán Calzaslargas y su pueblo que regresaban de cazar jabalíes. Pippi agitó los brazos y ellos le hicieron señas con los remos.

Cuando las canoas entraron en la caleta donde estaba anclada la *Hoptoad*, todos los niños se reunieron en la playa para darles la bienvenida.

—¿Ha ido todo bien, hija mía? —preguntó el capitán abrazando a Pippi.

—¡Oh, sí! Perfectamente bien —repuso ella.

—Pippi..., ¿cómo puedes decir eso? —exclamó Annika—. Nos han sucedido cosas terribles.

—¡Ah... sí! Lo olvidé —dijo Pippi—. No ha ido todo bien, papá Efraín. Tan pronto volvisteis la espalda, empezaron a suceder cosas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ansiosamente el capitán.

—Algo terrible —contestó Pippi—. El *Señor Nelson* ha perdido su sombrero de paja.

PIPPY REGRESA A VILLA MANGAPORHOMBRO

Siguieron unos días maravillosos en un prodigioso mundo de sol brillante, resplandeciente cielo azul y flores perfumadas y exóticas.

Tommy y Annika estaban tan morenos que apenas podían diferenciarse de los niños isleños. Pippi tenía más pecas que nunca. Cada trocito de su piel estaba cubierto de ellas.

—Este viaje está resultando un verdadero tratamiento de belleza —dijo alegremente—. Tengo muchas más pecas y estoy más guapa que nunca. Si continúo así, estaré irresistible.

Momo, Moana y todos los demás niños de Kurrekuredutt la consideraban ya irresistible. Nunca lo habían pasado tan bien como ahora. Les enseñaba juegos fascinantes.

También había llevado sábanas a la gruta para estar más cómodos cuando quisieran pasar la noche allí, y bajaban al agua por la escalera de cuerda. Ahora sí que podían nadar seguros. Pippi había cercado una porción de mar con gruesas redes que impedían el paso de los terribles tiburones. Era muy divertido sumergirse en aquellas cuevas submarinas. Tommy y Annika habían aprendido a bucear para buscar ostras. La primera perla que Annika encontró era enorme y de color rosa. Dijo que se la llevaría a su país para ponerla en un anillo y así tendría un bello recuerdo de los mares del Sur.

A veces jugaban a que Pippi era Buck que venía a robarles las perlas. Entonces Tommy retiraba la escalera de cuerda y Pippi tenía que subir trepando por las rocas, y los niños gritaban: «¡Que viene Buck! ¡Que viene Buck!». Cuando Pippi asomaba la cabeza en la gruta se turnaban para empujarla y hacerla caer al mar. Se reían mucho con este juego y lo pasaban muy bien.

Cuando se cansaban de estar en la gruta iban a una cabaña de bambú que Pippi y los niños habían construido. Claro que Pippi había hecho la mayor parte del trabajo...

Cerca de la cabaña había un cocotero en cuya corteza habían tallado unos escalones para poder subir con más comodidad hasta la copa del árbol. Entre dos palmeras colgaron un columpio, y si se balanceaban muy fuerte podían saltar del columpio y caer al mar. ¡Qué delicia!

Pippi llegaba tan alto y saltaba tan lejos que decía:

—Un día aterrizaré en Australia, y no creo que al que le caiga en la cabeza lo pase muy bien.

Una mañana fueron de excursión por la selva y llegaron a una cascada que caía desde muy alto sobre unas rocas. Pippi, nada más verla, se hizo el propósito de bajar por allí metida dentro de un barril. Trajo uno de la *Hoptoad* y se metió en él. Momo y Tommy clavaron la tapa y lo empujaron hasta el borde de la cascada. El barril bajó dando tumbos a gran velocidad y se estrelló contra unas rocas, rompiéndose en mil pedazos. Pippi desapareció en las revueltas aguas, y los niños, horrorizados, pensaron que nunca más volverían a verla. Pero enseguida salió del agua y dijo tranquilamente:

—Estos barriles no resisten nada.

Pasó el tiempo y empezó la estación de las lluvias. Los niños se veían obligados a pasar todo

el día dentro de las chozas, y el capitán Calzaslargas pensó que Pippi se aburriría sin poder salir a jugar. Además, Tommy y Annika querían estar en su casa por Navidad y añoraban a sus padres. Por lo tanto, se pusieron muy contentos cuando, una mañana, el capitán les dijo:

—Chicos, ¿os gustaría volver a Villa Mangaporhombro?

Momo, Moana y los demás niños de la isla se pusieron muy tristes cuando sus amigos subieron a bordo de la *Hoptoad* para iniciar el viaje de regreso a casa. Pero Pippi les prometió que volverían. Llevaban guirnaldas de flores blancas colgadas en el cuello, que los indígenas de Kurrekuredutt les pusieron en señal de despedida. Hasta que el barco no llegó a alta mar, les acompañaron tristes canciones de adiós.

El rey Efraín tuvo que quedarse en la isla para seguir gobernando, y fue Fridolf el encargado de llevar a los niños a su país. El capitán Calzaslargas se quedó en la playa agitando su pañuelo hasta que el barco se perdió de vista. Pippi y sus amigos lloraron desconsolados al despedirse del rey Efraín y de todos sus súbditos.

La *Hoptoad* gozó de viento favorable durante todo el viaje de regreso.

—Es mejor que saquemos las camisetas del baúl, porque pronto llegaremos al mar del Norte —dijo Pippi.

—¡Qué fastidio volver a ponerse prendas de lana! —exclamaron Tommy y Annika.

Sin embargo, a pesar del viento favorable, no estarían en casa por Navidad. Annika y Tommy se disgustaron mucho cuando lo supieron. ¡No tendrían regalos... ni árbol de Navidad!

—Habría sido mejor que no nos hubiéramos marchado de los mares del Sur —dijo Tommy, enfadado.

Annika pensaba en sus papás, y se dijo que, de todos modos, estaba muy contenta de volver a verlos.

Una fría noche de principios de enero divisaron a distancia las luces de la pequeña ciudad dándoles la bienvenida. ¡Volvían a estar en casa!

—Nuestro viaje ha terminado —dijo Pippi mientras bajaba por la pasarela acompañada por su caballo.

En el muelle no había nadie esperándolos, porque nadie sabía cuándo iban a llegar.

Montaron a caballo y se dirigieron a la ciudad. Tuvieron que pasar en medio de grandes montones de nieve apilados a ambos lados de la calle. Tommy y Annika estaban impacientes por ver a sus padres.

En casa de los Settergreen había las luces encendidas, y a través de la ventana del comedor vieron a sus padres sentados a la mesa.

—¡Ahí están papá y mamá! —gritó Tommy.

Sin embargo, Villa Mangaporhombro se encontraba a oscuras y cubierta de nieve.

Annika se sintió muy triste pensando en que Pippi iba a encontrarse muy sola en su casa.

—Por favor, Pippi, ¡quédate esta noche con nosotros!

—No puedo —contestó Pippi—. Tengo mucho que hacer.

—Pero hará mucho frío en tu casa —añadió Annika.

—¡Tonterías! —dijo Pippi—. Si el corazón late en el pecho con ardor, no hay razón para sentir

frío.

PIPI CALZASLARGAS NO QUIERE CRECER

¡Qué de besos y abrazos les dieron a Tommy y Annika sus padres! ¡Y qué cena tan succulenta les prepararon! Después de cenar los metieron en la cama y los arroparon dulcemente. Luego se sentaron junto a ellos para oírles relatar las cosas tan maravillosas que les habían sucedido en la isla de los mares del Sur. Todos eran muy felices. Solo una cosa entristecía a Tommy y a Annika: el no haber tenido árbol de Navidad. ¡Ojalá hubieran llegado por Nochebuena!

También se sentían tristes al recordar a Pippi. Ahora debía de estar en su cama con los pies sobre la almohada, y no habría nadie que fuera a arroparla. Resolvieron ir a verla al día siguiente temprano.

Pero a la mañana siguiente su madre no les permitió ir, porque quería que estuvieran con ella y, además, porque su abuela iba a ir a comer con ellos para darles la bienvenida.

Cuando empezó a oscurecer no pudieron esperar más, y Tommy dijo a su madre:

—Mamá, por favor, déjanos ir a ver a Pippi.

—Bueno. Pero no tardéis.

Salieron corriendo hasta llegar al jardín de Villa Mangaporhombro y allí se detuvieron maravillados. ¡Parecía una postal navideña! La casa estaba cubierta de nieve y en todas las ventanas brillaban las luces. En el porche ardía una antorcha que esparcía su luz sobre el césped nevado.

Cuando iban a llamar a la puerta, esta se abrió y apareció Pippi.

—¡Felices Pascuas! —exclamó.

Los hizo pasar a la cocina, y allí había... ¡un árbol de Navidad! Estaba cubierto de velitas encendidas y en la mesa había pasteles, jamón, galletas y toda clase de golosinas. Hasta había figuritas de mazapán y de chocolate. La estufa estaba ardiendo y despedía un calorcillo muy agradable. El caballo restregaba sus herraduras contra el suelo en señal de contento, y el *Señor Nelson* se hallaba sentado en una de las ramas del árbol de Navidad.

Tommy y Annika se habían quedado mudos de asombro.

—¡Oh, Pippi! —dijo Annika finalmente cuando pudo hablar—. ¡Es maravilloso! ¿Cómo has tenido tiempo de hacer todo esto?

—La verdad es que he estado muy atareada.

—Creo que es estupendo haber vuelto a Villa Mangaporhombro —dijo Tommy, muy feliz.

Los tres se sentaron a la mesa y comieron montones de pasteles, jamón, figuritas de mazapán y chocolate, y todo les gustó aún más que las frutas de la isla de Kurrekuredutt.

—Pero, Pippi, no estamos en Navidad —dijo Tommy.

—Sí, señor —replicó Pippi—. El calendario de Villa Mangaporhombro atrasa. Tendré que llevarlo a un arreglacionalendarios para que lo componga y funcione bien de nuevo.

—¡Qué bien! —exclamó—. Al fin celebramos la Navidad. Claro que... no tenemos regalos.

—Se me olvidaba. Los he escondido. Debéis buscarlos.

Tommy y Annika saltaron de alegría y empezaron a explorar la habitación.

Detrás del árbol de Navidad, Tommy encontró un paquete con una etiqueta que ponía para Tommy. Dentro había una hermosa caja de pinturas.

Annika encontró bajo la mesa un envoltorio con su nombre escrito, y dentro había una lindísima sombrilla roja.

—Me la llevaré la próxima vez que vaya a la isla de Kurrekurredutt —exclamó, contentísima.

Cerca de la estufa encontraron otros dos paquetes. Uno contenía un cochecito para Tommy y el otro, una vajilla para las muñecas de Annika. Y colgado de la cola del caballo hallaron un reloj despertador para la habitación de Tommy y Annika.

Cuando tuvieron todos los regalos abrazaron a Pippi y le dieron las gracias una y otra vez. Pippi estaba sentada en la ventana de la cocina mirando el jardín.

—Mañana construiremos una cabaña de nieve, y por la noche nos alumbraremos con velas —dijo.

—¡Oh, sí... sí! —exclamó Annika juntando las manos en el colmo de la felicidad.

—También podríamos hacer un tobogán desde el tejado hasta un gran montón de nieve y deslizarnos por allí —prosiguió Pippi—. Me gustaría enseñar a esquiar a mi caballo, pero aún no he averiguado si necesita dos esquís o cuatro.

—¡Qué suerte que tengamos vacaciones por Navidad! —exclamó Tommy.

—Nos lo pasamos muy bien contigo, Pippi —dijo Annika—. En Villa Mangaporhombro, en los mares del Sur..., en todas partes.

Pippi inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Los tres se habían subido a la mesa de la cocina. De pronto, a Tommy se le ensombreció el rostro.

—No quisiera hacerme mayor.

—Yo tampoco —añadió Annika.

—La gente mayor nunca se divierte —dijo Pippi con énfasis—. Tienen que trabajar en cosas aburridas, llevan vestidos ridículos, les salen callos y tienen que pagar recibos.

—Se dice recibos —corrigió Annika.

—Bueno, de todas formas, es la misma tontería —exclamó Pippi—. Están llenos de manías; dicen que no se debe comer con el cuchillo, ni sorber la sopa, ni...

—Y no juegan —interrumpió Annika.

—¡Qué horroroso es crecer!

—¡Eh! ¿Y quién dice que va a crecer? Si no recuerdo mal, debo de tener algunas píldoras por ahí.

—¿Qué clase de píldoras? —preguntó Tommy.

—Unas píldoras para la gente que no quiere hacerse mayor —repuso Pippi bajando de la mesa. Buscó por los armarios y revolvió los cajones, y al cabo de un rato trajo algo parecido a tres guisantes amarillos.

—¡Bah! ¡Guisantes! —exclamó Tommy, decepcionado.

—Que te crees tú eso. Son píldoras de «chimir», y me las dio un jefe indio cuando le dije que

no quería crecer.

—¿Estás segura de que estas píldoras sirven para eso?

—Completamente segura. Pero tienes que tragártelas a oscuras y decir:

*Píldora de chirimir,
yo no quzero crecer.*

—Querrás decir crecer —rectificó Tommy.

—Si digo «crecer» es que quiero decir «crecer». En esto radica el poder. La mayoría de los niños dicen «crecer», y esto es lo peor que puede pasarles, porque entonces empiezan a crecer cada día más. Una vez había un chico que tomó píldoras como estas y dijo «crecer» en vez de «crecer», y cada día crecía metros y metros. Era terrible. Tan alto se hizo que podía comerse las manzanas desde el mismo árbol, como si fuera una jirafa. Iba a verle mucha gente y le decían: «Muchacho, ¡cómo has crecido!», y tenían que hablarle con un altavoz para que pudiera oírlos. Todo lo que veían de él eran sus larguísimas y flacuchas piernas, que desaparecían entre las nubes. Un día dio un lametón al Sol y le salieron ampollas en la lengua, y soltó un rugido tan fuerte que las flores de la tierra se marchitaron del susto. Aquello fue lo último que supieron de él.

—Jamás me atrevería a probar una de estas píldoras —dijo Annika, aterrada—. Podría equivocarme al decir la palabra.

—Si creyera que podía ocurrir esto, no te daría ninguna, porque sería una lata ver solamente tus piernas. Tommy, yo y tus piernas... ¡Valiente compañía!

—No te equivoques, Annika —le dijo su hermano.

Apagaron las luces, se sentaron en el suelo de la cocina y se cogieron de la mano. Cada uno de ellos tenía una píldora de «chirimir». ¡Un escalofrío les recorrió la espalda!

—¡Ahora! —susurró Pippi.

*Píldora de chirimir,
yo no quzero crecer.*

La suerte estaba echada...

Pippi encendió la luz.

—Ya está —dijo—. Ya no creceremos y no tendremos callos ni otras calamidades. De todos modos, estas píldoras han estado tanto tiempo encerradas en mi armario que no me extrañaría que se hubiese esfumado todo su poder. Esperemos que no sea así.

De pronto, Annika dijo alarmada:

—¡Oh, Pippi! Tú querías ser pirata cuando fueras mayor.

—No importa. Puedo ser el pirata más pequeño del mundo, que siembra la muerte y la destrucción a su paso.

Se quedó un rato pensativa, y finalmente dijo: —Imaginaos que alguien viniese por aquí dentro de muchos años y nos viera jugando por el jardín y preguntara a Tommy: «¿Cuántos años tienes, amiguito?». Y él respondiera: «Cincuenta y tres, si no me equivoco».

—Probablemente pensaría que era muy bajito para mi edad —dijo Tommy riendo alegremente.

—Creo que sí.

En aquel momento, Annika y Tommy recordaron que su madre les había dicho que no tardaran en regresar.

—Tenemos que marcharnos.

—Pero volveremos mañana.

—Empezaremos a construir la choza de nieve a las ocho de la mañana —dijo Pippi.

Los acompañó hasta la puerta y regresó saltando a Villa Mangaporhombro.

—Si no supiese que eran píldoras de «chirimir» —dijo Tommy mientras se estaba cepillando los dientes—, hubiera jurado que se trataba de simples guisantes.

Annika, que llevaba un lindo pijama rosa, se hallaba de pie junto a la ventana mirando hacia Villa Mangaporhombro.

—Estoy viendo a Pippi —dijo.

Tommy se acercó para mirar.

En invierno, los árboles no tenían hojas y podía verse claramente la cocina de Villa Mangaporhombro.

Pippi estaba sentada a la mesa con la cabeza apoyada en las manos y miraba fijamente la llama de la vela que tenía frente a sí. Parecía estar soñando.

—Está tan sola... —dijo Annika temblándole la voz.

Permanecieron en silencio contemplando la noche invernal. Las estrellas brillaban en el cielo, la nieve cubría el jardín y Pippi estaba allí. Los años pasarían, y ellos seguirían siendo niños. Bueno..., esto si el poder de las píldoras de «chirimir» no se había evaporado.

Al día siguiente iban a construir una choza de nieve y un tobogán, y cuando llegase la primavera descenderían por el roble hueco en busca de refrescos de soda y barras de chocolate. Montados a caballo, irían en busca de tesoros; se sentarían en la leñera para contar historias. Quizá, de vez en cuando, harían un viaje a Kurrekurredutt, en los mares del Sur. Pero siempre, siempre regresarían a Villa Mangaporhombro.

Y lo más maravilloso de todo era que Pippi estaría con ellos.

—Si mirase hacia aquí, podríamos hacerle señas —dijo Annika.

Pero Pippi continuó mirando fijamente frente a ella con expresión soñadora. Al cabo de un rato, sopló la vela y apagó la luz.



ASTRID LINDGREN (Näs, Suecia, 1907 - Estocolmo, Suecia, 2002). Creció en medio de bosques, lagos y un paisaje tan bonito como el de un cuento de hadas. De mayor marchó a Estocolmo; allí se casó y tuvo dos hijos. Su hija Karin se inventaba nombres divertidos, y entonces Astrid imaginaba una historia con ellos. Así escribió el cuento de *Pippi*.

Este libro lo llevó a varios editores quienes se horrorizaron al ver que Pippi era una niña poco modélica y no quisieron editarlo. Por fin ganó un concurso y encontró editor. Así empezó el éxito de *Pippi*, de su autora y de casi los sesenta libros que ha escrito.

Astrid Lindgren es una de las escritoras más importantes de la literatura infantil del siglo XX. Sus protagonistas son irreverentes, inteligentes, fuertes, débiles y con dudas. Sus libros reflejan un espíritu humanista y una defensa decidida de los valores de la paz, el ecologismo y el feminismo. Astrid Lindgren, gracias a sus obras, consiguió numerosos premios: *Andersen*, 1958; *Nils Holguerson*, 1950; *Premio Nacional de Literatura de Suecia*, 1957; *Medalla de oro de la Academia Sueca*, 1971; *Premio de la Paz*, otorgado por los libreros alemanes.